COMENTARIO CRÍTICO
al NUEVO TESTAMENTO

Tema 1: JESÚS NUNCA FUE PROFETIZADO

Carlos Saura Garre carlosaura06@gemail.com

INTRODUCCIÓN

Una vez desaparecido Jesús, sus seguidores se vieron en la necesidad de enfrentarse a la frustración de su fracaso: la muerte de su líder, inesperada, cruel e ignominiosa; el incumplimiento de las promesas del Maestro acerca de la pronta venida del Reino de Dios, que no había llegado, y el rechazo de sus connacionales, que no creían en la mesianidad de Jesús.

La historia nos muestra que consiguieron resolver todos esos problemas de un modo satisfactorio para ellos: La

muerte de Jesús de Nazaret fue comprendida como un sacrificio expiatorio, pues su sangre fue derramada para salvar al mundo de sus pecados Se le dio, pues, un sentido totalmente religioso: el Hijo de Dios no era un rey político, no había venido a expulsar a los romanos de la Tierra Santa. Al mismo tiempo, se convencieron de que había resucitado y subido a los cielos, donde estaba desde entonces sentado a la diestra de Dios. La llegada del Reino se pospuso hasta la vuelta definitiva del mismo Jesús, que vendría, con toda su gloria, a juzgar a la humanidad. Y el rechazo de sus compatriotas se entendió como una necesidad de volverse a los paganos para predicarles la llegada al mundo de un Salvador divino, Jesús, declarando sin valor la Ley de Moisés y el centralismo del culto en el Templo de Jerusalén: Jesús había venido a establecer una nueva Alianza (esta vez con toda la humanidad), y él mismo era el único Sumo Sacerdote ante Dios, de forma que en cualquier parte se le podía dar culto a través suyo. Esto, inevitablemente, supuso un cambio radical: Jesús, el anunciador del Reino de Dios, se convirtió en anunciado, según la conocida frase de Bultmann, uno de los más conocidos estudiosos del NT. (En realidad, la expresión Reino de Dios

desaparece prácticamente del NT después de Marcos, Mateo y Lucas).

Para llegar a estas conclusiones, los seguidores del Maestro no tuvieron necesidad de inventar una nueva religión (en lo que se convirtió sólo tras el rechazo de los sacerdotes y la mayoría del pueblo), sino simplemente apoyarse en la herencia cultural de los propios judíos. Como todo buen israelita, se habían criado, desde niños, en el estudio de las Escrituras sagradas. Las sabían de memoria. Todos los sábados, ya adultos, las recitaban en las sinagogas y las comentaban. Los israelitas volvían a ellas y releían con nostalgia las frases que prometían, contra viento y marea, la llegada de alguien que les devolvería a la situación querida por Dios: la de ser su pueblo elegido.

Los seguidores de Jesús tenían material suficiente para proclamar que en Jesús de Nazaret, que acababa de ser condenado a muerte, se cumplían todos esos textos. Los escribas cristianos no inventaron nada: interpretaron esas Escrituras dándoles un sentido nuevo para acomodarlas a la figura de su Maestro. Para ello, tomaron aquellas frases que les interesaban y las separaron de su contexto original. De esta forma podían aplicarlas a la situación presente

(cosa que, por otra parte, siempre hicieron los escribas y rabinos judíos). Utilizaron especialmente la traducción griega llamada de los Setenta, realizada unos trescientos años antes, y en ocasiones la Biblia escrita en hebreo, tomando de cada una lo que mejor convenía a sus intereses (la Biblia griega no coincidía exactamente con la hebrea, como aún puede comprobarse), incluso suprimiendo o añadiendo palabras para redondear los textos sagrados de forma que se ajustaran perfectamente a la figura de Jesús. En otras ocasiones, cuando no disponían de textos en los que apoyarse, se limitaban a referirse a las Escrituras generalizando *(como está escrito,* o expresiones parecidas) o bien interpretando forzadamente determinadas frases (el hecho de *estar sentado a la diestra de Dios,* por ejemplo, sirvió para demostrar la resurrección de Jesús).

El trabajo de buscar en las Escrituras hebreas lo hicieron todos los escribas cristianos cuyas obras se encuentran en el llamado Nuevo Testamento. Sin embargo hay que hacer notar que las ideas elaboradas por los seguidores del Maestro no procedían todas de la cultura religiosa hebrea: la creencia en un Jesús divinizado y más tarde convertido en Señor divino, que desciende del cielo, salva y vuelve a subir al empíreo, no procede del judaísmo, sino

que o bien es generación espontánea del cristianismo naciente, basada en ciertas palabras y hechos de Jesús, o bien es una acomodación de ideas similares que circulaban y se difundía por doquier en la época helenística y el Imperio Romano, nacidas al abrigo de las religiones histéricas, de las concepciones en torno a la divinización de seres humanos, como ocurría en el culto a los héroes y al emperador y en la veneración por los "hombres divinos" (Antonio Piñero, *Orígenes del Cristianismo*).

También influyó en los escribas cristianos el conjunto de concepciones éticas y filosóficas, especialmente platónicas, que circulaban libremente por el Imperio, y Palestina había sido helenizada desde hacía tiempo, de forma que muchos judíos eran griegos por su idioma y su cultura, aunque fuesen judíos de corazón y cumpliesen la Ley escrupulosamente. De todas formas, las ideas griegas llegaron al cristianismo filtradas por el judaísmo de estos prosélitos helenizados.

Aquí nos limitamos a analizar las citas de la Biblia hebrea que encontramos en el NT, con las que se pretendía demostrar que las promesas y oráculos de las viejas Escrituras se cumplían en Jesús de Nazaret, algo que no

sucedió, como se deduce del análisis de esas mismas citas. No olvidemos, desde luego, que utilizar las Escrituras para justificar unas circunstancias *actuales* que son diferentes, era algo normal en el ámbito de los rabinos, como puede verse en numerosos pasajes del Talmud. Los autores cristianos no pretendieron, en modo alguno, engañar a sus oyentes, se limitaron a seguir la costumbre de su ambiente judío.

---

1. MARÍA, LA VIRGEN EMBARAZADA (Isaías 7,14)

Mateo y Lucas cuentan el embarazo milagroso de la madre de Jesús, pero sólo Mateo lo explica como cumplimiento de antiguas profecías.

Según éste, María se encuentra encinta por obra del Espíritu Santo sin que José supiese nada. Cuando el buen hombre se entera piensa repudiarla en secreto, pero un ángel se le aparece en sueños y le explica lo que ocurre:

"José, no temas tomar contigo a María tu esposa, porque lo concebido en ella viene del Espíritu Santo. Dará a luz un

hijo a quien pondrás por nombre Jesús, porque él salvará a su pueblo de sus pecados”. Y sigue Mateo:

Mateo 1,23; Todo esto sucedió para que se cumpliese el oráculo del Señor por medio del profeta:

Ved que la virgen concebirá y dará a luz un hijo,
a quien pondrán por nombre Emmanuel,
que traducido significa “Dios con nosotros”*.*

Pero ¿estaba hablando Isaías de María, la virgen, y de Jesús, el Emmanuel? Veamos el texto completo y las circunstancias históricas que refleja para comprender el sentido de la cita:

En aquel tiempo, los hebreos estaban divididos en dos reinos: Israel, cuyo rey se llamaba Pécaj, y Judá, regido por Ajaz.

Pécaj se alió con su amigo el rey de Aram o Siria, que entonces era un tal Rasón, para atacar Jerusalén, la capital del rey Ajaz. Así comienza el capítulo 7 de Isaías.

El rey de Judá se echó a temblar. Yahvé habla a Isaías para que vaya a consolarlo: “No temas, ni desmaye tu corazón por ese par de cabos de tizones humeantes”.

Y le dice que pida una señal de Yahvé en prueba de su protección. Ajaz se niega “para no tentar a Yahvé” y es Isaías quien le da la señal:

Isaías 7,14-16

Pues bien, el Señor mismo va a daros una señal:

He aquí que la doncella ha concebido y va a dar a luz un hijo, y le pondrá por nombre Emmanuel. *Cuajada y miel comerá hasta que sepa rehusar lo malo y elegir lo bueno.* ***Porque antes que sepa el niño rehusar lo malo y elegir lo bueno, será abandonado el territorio cuyos dos reyes te dan miedo.***

Basta leer a Isaías, amigo de Ajaz (especialmente los dos últimos renglones en negrita) para mostrar que estos versículos nada tienen que ver con Jesús ni con María. Esas palabras son una señal que Dios le da al rey Ajaz de que se vería libre de sus enemigos cuando el niño haya alcanzado cierta edad. Y esa señal de nada le iba a servir a Ajaz si tal cosa no ocurría hasta setecientos años más tarde.

Pero entonces, ¿quién era aquel niño?

La Biblia de Jerusalén, en una nota, dice: "según la interpretación de muchos exegetas, incluso católicos, la señal aquí propuesta es el próximo nacimiento del futuro rey Ezequías, hijo de Ajaz".

Otros especulan con la posibilidad de que se refiera al futuro hijo del propio Isaías, cuya esposa era por entonces muy joven. Desde luego, Jesús no era ese niño. Mateo se apropió unas frases de Isaías para destacar la virginidad de la madre, ya que de ese modo Jesús aparecía como un ser divino, como tantos otros, en otras religiones, que se suponía nacidos de mujeres vírgenes.

Pero hay más. El texto hebreo no habla de una "virgen". Habla de una mujer joven, doncella (*almah*), al margen de que esté casada o no.

Para el estado de virginidad, los hebreos tenían otra palabra, *betulah,* que no se emplea aquí. Se utiliza más de cincuenta veces en los textos hebreos y es la única que se emplea para designar a una mujer virgen. Si en el texto hebreo hubiese aparecido *betulah,* todo estaría claro: se trataría de una virgen. Pero no fue así.

Entonces, ¿qué ocurrió realmente?

Unos trescientos años antes de Cristo, los israelitas tradujeron sus Escrituras al griego. Los traductores, al en-

contrarse con las palabra *almah* (doncella), la transcribieron con el término griego *parthenos* (virgen) ¿Por qué?

El exegeta católico Hugues Cousin, afirma que “el traductor de Isaías 7,14 no pensaba probablemente dar al término *parthenos* un sentido distinto del que tiene el hebreo *almah.* Serían entonces las lecturas posteriores de esta traducción las que habrían dado un sentido nuevo a este texto”.

Es decir: fueron los escribas cristianos, empezando por Mateo, los que creyeron, de acuerdo con la traducción griega, que María era “virgen” en el sentido de excluir de forma radical toda experiencia sexual, cuando concibió a Jesús. Pero esa idea no estaba ni en el texto hebreo ni en el de los Setenta.

2. JESÚS NACE en BELEN (Miqueas 5, 1)

Nacido Jesús en Belén de Judea -dice Mateo-, vinieron unos magos de Oriente para adorarle. El rey Herodes, enterado, convocó a los sumos sacerdotes y escribas para preguntarles dónde había de nacer el Cristo.

Mateo 2,6

Ellos le contestan: “En Belén de Judea, porque así está escrito por el profeta:

Y tú, Belén, tierra de Judá, no eres la menor
entre los principales clanes de Judá;
porque de ti saldrá un ***caudillo***
que será pastor de mi pueblo Israel.

Se trata de **Miqueas 5,1ss**, contemporáneo de Isaías. Tal y como Mateo transcribe el texto, está claro que se refiere a un líder político que conducirá a Israel, tomado aquí como todo el pueblo hebreo. Este detalle es suficiente para desautorizar el sentido mesiánico del texto en el caso de que se refiriese a Jesús, puesto que éste nunca fue lo que aquí se dice: *caudillo* y *pastor del pueblo de Israel.* Pero los versículos de Miqueas nos aclaran más las cosas, aunque será necesario transcribirlos todos:

Miqueas 14,14 - 5,5

¡Se ha puesto asedio contra nosotros, con vara hieren en la mejilla al juez de Israel! Mas tú, Belén-Efratá, aunque eres la menor entre las familias de Judá, de ti me ha de salir aquel que ha de dominar en Israel, y *cuyos orígenes*

son de antigüedad, desde los días de antaño. Por eso Yahvé los abandonará hasta el tiempo en que dará a luz la que ha de dar a luz. Entonces el resto de sus hermanos volverá a los hijos de Israel. Él se alzará y *pastoreará con el poder de Yahvé... Se asentará bien, porque entonces se hará él grande, hasta los confines de la tierra. Y él será la Paz.* ***Nos librará de Asur si invade nuestra tierra*** **y** ***huella nuestro término.***

El "juez de Israel", herido, es el rey Ezequías, atacado por Senaquerib, rey asirio. Contra Senaquerib, habla de un caudillo que le vencerá y será grande "hasta los confines de la tierra". Es suficiente con el último renglón (Nos libraré de Asur…) para comprender que Jesús nada tuvo que ver con este asunto, ocurrido unos seiscientos años antes de su nacimiento.

Por otra parte, no hubo ningún caudillo que recondujera a Israel: poco después casi todo el pueblo hebreo cayó en manos de los babilonios, que lo llevaron al exilio en masa. Pero el hecho de que David hubiese nacido en Belén y de que este oscuro personaje de Miqueas, un libertador, también hubiera de nacer allí, hizo creer a muchos que se trataba del Mesías

3. HUIDA A EGIPTO (Oseas 11, 1)

Herodes, asustado por el nacimiento de un “Rey de los judíos”, que puede arrebatarle su autoridad sobre Judea, Idumea y Samaria, donde él reinaba, según los documentos históricos, decide secretamente matar al niño. José y María, para evitarlo, marcharon a Egipto avisados por un ángel.

“Y allí estuvieron hasta la muerte de Herodes; para que se cumpliera el oráculo del Señor por medio del profeta**:** *De Egipto llamé a mi hijo.* (Se trata de Oseas).

Oseas 11, 1

Cuando Israel era niño, yo le amé,

y *de Egipto llamé* a *mi hijo.*

Cuanto más los llamaba, más se alejaban de mí:

sacrificaban a *los Baales e incensaban a los ídolos*

El texto de Oseas no puede ser más claro: el “hijo” es el pueblo de Israel, un hijo mimado e ingrato, como puede confirmarse aún más por los versículos que siguen, por cierto llenos de ternura y poesía: “*Y con todo enseñé a Efraím a caminar tomándole en mis brazos. Con cuerdas humanas los atraía, con lazos de amor, y era para ellos*

como quien alza a un niño contra su mejilla, me inclinaba hacia él para darle de comer...”

Mateo utiliza aquí el texto hebreo, pero la Setenta dice otra cosa, aunque es una traducción exacta, según los exegetas:

“Porque Israel era niño, yo también lo amé, y de Egipto llamé ***a sus hijos****”.*

De todas formas, Mateo, para aplicarlo a Jesús, se vio obligado a separar este verso de todos los otros.

4. MUERTE de los INOCENTES (Jeremías 31, 15)

Herodes había encargado a los magos que cuando encontraran al niño volvieran para informarle dónde estaba, pues él también quería ir a adorarle, aunque en realidad lo que deseaba era matarlo. Lo más lógico es que hubiera enviado a su propia gente, junto a los magos, para cerciorarse y poder así realizar sus planes asesinos, pero entonces la historia que deseaba contar Mateo sobre la muerte de los inocentes no hubiera tenido lugar. Según él, los magos, avisados por un ángel, volvieron a su tierra por otro camino. Herodes, irritado, decide matar a todos los niños de Belén y alrededores, de dos años para abajo.

Mateo 2,18

"Entonces se cumplió el oráculo del profeta Jeremías: *Un clamor se ha oído en Ramá, llanto y lamento grande; Es Raquel que llora a sus hijos, y no se quiere consolar, pues ya no existen.*

Se trata de **Jeremías 31, 15**: *Así dice Yahvé: En Ramá se escuchan ayes, lloro amarguísimo. Raquel que llora por sus hijos, que rehúsa consolarse, porque no existen"*

Raquel fue la segunda esposa del patriarca Jacob. Por supuesto que no podía estar viva cuando escribe Jeremías y, por tanto, no podía llorar por nadie. Dicen que se trata de una ficción poética del profeta, y evidentemente no podía ser otra cosa.

Mateo utiliza otra licencia poética idéntica. El llanto de Raquel era por los hombres de Efraím, Manasés y Benjamín, reunidos en Ramá para ser deportados por los asirios.

Fue enterrada en el camino de Efratá, según Gén 35, 19:

"*Murió Raquel y fue enterrada en el camino de Efratá,*
o sea, en Belén".

Pero aquí hay una confusión por parte del autor de esta frase: Efratá no era Belén. Esto dio lugar a una tradición

según la cual la tumba de Raquel estaba en Belén. No era cierto, pero de esta confusión se aprovechó Mateo para colocar su cita de Jeremías, y situó los lamentos en Belén, donde habían sido asesinados los niños.
No se cumplió ninguna Escritura: el llanto de Raquel no era por los inocentes.

5. RESIDENCIA en NAZARET

Muerto Herodes, José toma a los suyos y vuelve a Israel, pero asustado porque allí reinaba Arquelao, hijo de Herodes, sigue hasta el norte y fue a vivir a una ciudad llamada Nazaret, para que se cumpliese el oráculo de los profetas:

Mateo 2,23: *Será llamado Nazareno.*

Pero no existe en las Escrituras hebreas ningún oráculo que se exprese de ese modo. Tal vez por esa razón lo atribuye a “los profetas” en general.

Alguien, con gran imaginación, ha pensado en la palabra *nazir,* que aparece en Jueces 13, 5,7 referido a Sansón, pero ni el nazir (que debía llevar una vida de dura absti-

nencia) se parecía a Jesús, ni se dice que “será llamado nazareno” o algo parecido. Otros piensan que Mateo se refiere a Zacarías 6,12, donde se habla de alguien llamado *Germen* que edificará el Templo (se trata de Zorobabel en realidad), que en hebreo es *netzer.* Mateo juega con *nazir* o con *netzer.*

Lucas cuenta que Jesús “vino a Nazaret” después de las tentaciones en el desierto, y dice que allí se había criado. Pero no tiene ninguna relación con la historia que cuenta Mateo. En realidad, Belén, como lugar de nacimiento de Jesús, sólo aparece en estos dos relatos de la infancia; en el resto de los cuatro evangelios siempre se habla de Nazaret como la patria de Jesús.

6. JUAN EL BAUTISTA (Isaías 40, 1-8)

Este personaje debió ejercer una notable influencia en su tiempo, pues incluso el historiador del siglo I, Flavio Josefo, lo menciona en su libro *Antigüedades judaicas.*
Los cuatro evangelistas se refieren a la predicación de Juan “en el desierto”.

Marcos 1, 2-3

Según está escrito en el profeta Isaías:

He aquí que envío delante de ti a mi mensajero, que prepará tu camino.

Voz que clama en el desierto: "Preparad el camino del Señor. Enderezad sus sendas"

Mateo 3,3

"Por aquellos días aparece Juan el Bautista, proclamando en el desierto de Judea: Convertíos, porque el Reino de los Cielos está cerca. Este es el anunciado por el profeta Isaías cuando dice:

Voz que clama en el desierto:

"Preparad el camino del Señor, rectificad sus sendas".

Lucas 3,4-6 añade los versículos 4 y 5 de Isaías:

"Y se fue (el Bautista) por toda la región del Jordán, proclamando un bautismo de conversión para perdón de los pecados, como está escrito en el libro de los oráculos del profeta Isaías:

Voz que grita en el desierto: "Preparad el camino del Señor, rectificad sus sendas. Todo barranco será rellenado, todo monte y colina será rebajado, lo tortuoso se hará

recto y las asperezas serán caminos llanos. Y todos verán la salvación de Dios".

Juan 1, 23

Yo soy voz que clama en el desierto:

Rectificad el camino del Señor, como dijo el profeta Isaías

Veamos el texto original de Isaías que los evangelistas citan:

Isaías 40, 1-8: *Consolad, consolad a mi pueblo, dice vuestro Dios. Hablad al corazón de Jerusalén y decidle bien alto que ya ha cumplido su servicio, ya ha satisfecho por su culpa, pues ha recibido de manos de Yahvé castigo doble por todos sus pecados.*

Una voz grita: "En el desierto, abrid camino a Yahvé, *trazad en la estepa una calzada recta a nuestro Dios.*

Que todo valle sea elevado y todo monte y cerro rebajado; vuélvase lo escabroso llano y las breñas planicie. Se revelará la gloria de Yahvé y toda criatura a una lo verá. Pues la boca de Yahvé ha hablado"

Estos versículos resumen el mensaje del llamado Libro de la Consolación. Yahvé quiere que el profeta anime a su

pueblo desterrado en Babilonia, pues lo va a llevar otra vez a Palestina en un nuevo Éxodo. De estas frases tomarán los evangelistas las que crean convenientes. Pero está claro que la “voz” no clama en el desierto, sino que ordena abrir un camino a Dios en el desierto, que es distinto. La voz es la de Yahvé, no la del Bautista, y la puntuación se ha alterado deliberadamente:

Isaías: **Una voz clama**: *“En el desierto abrid camino a Yahvé*
Mc, Mt, Lc**:** **Una voz clama en el desierto**: *“Preparad el camino…*

Marcos, el evangelista más antiguo, comienza su Evangelio presentándolo bautizando en el desierto. Nada más empezar ya menciona las Escrituras hebreas. Dice: “Conforme a lo escrito por el profeta Isaías...” Pero la cita no concuerda con lo que acaba de decir, pues los dos primeros versos son de Malaquías (que no era un profeta, sino el nombre de un libro profético), y lo empalma, todo seguido, con otro de Isaías. Veámoslo:

Marcos 1,2-3

Mira, envío mi mensajero delante de ti,
el que ha de preparar tu camino. **(Malaquías 3 ,1)**

Voz que clama en el desierto:
Preparad el camino del Señor,
rectificad sus sendas. **(Isaías 40,3)**

La unión de ambos textos resulta una idea genial: Un mensajero es enviado a preparar el camino a alguien que ha de venir, y su voz resuena "en el desierto" para las gentes que acuden a escucharle. Dando por supuesto que Marcos sabía perfectamente lo que estaba haciendo, puesto que los hebreos conocían sus escritos sagrados, ¿por qué los unió como si fueran uno solo? Esto formaba parte de la manipulación que hacen los evangelistas de los textos de las Escrituras, como vamos a ver.

Comparemos lo que dice Marcos con lo que aparece en el libro de Malaquías:

Marcos:
Mira, envío mi mensajero ***delante de ti,***
el que ha de preparar tu camino.

Malaquías:
He aquí que yo envío a mi mensajero ***delante de mí***
a allanar el camino.

Lo primero que sorprende es que Yahvé, en Malaquías, dice ***delante de mí,*** mientras que el evangelista transcribe *delante de ti,* obligándonos a entender que la frase se refiere a Jesús directamente. Pero en Malaquías se habla del precursor de Yahvé, no de Jesús. De haber dejado a Malaquías como estaba, el texto no hubiera tenido sentido alguno.

La segunda diferencia acentúa la idea de que, según Marcos, el profeta estaba hablando del Cristo: El Bautista era *el que ha de preparar tu camino,* el de Jesús. De esta forma la acomodación resulta evidente. Marcos toma una frase de las Escrituras hebreas y la modifica convenientemente para que parezca una profecía. Pero no era tal cosa. Y vamos a comprobarlo:

En el epílogo de **Malaquías (3,23),** resulta que el mensajero es Elías:

"He aquí que yo os enviaré al profeta Elías antes que llegue el día grande y terrible de Yahvé. Él hará volver el corazón de los padres a los hijos y el corazón de los hijos

a los padres, de modo que al venir yo no tenga que consagrar el país al anatema".

El famoso Día de Yahvé, del que hablan casi todos los profetas, aún no ha llegado.

Cuando el autor de Malaquías escribe su libro, hacía unos 400 años que Elías estaba en el cielo, donde había sido arrebatado por un carro de fuego. Pero volvería **como precursor de Yahvé**. Esta idea permaneció en los ambientes rabínicos de la época, hasta el punto de que el mismo Jesús no tiene inconveniente en llamar Elías al Bautista: *"Pues bien, yo os digo que Elías ha venido y han hecho con él cuanto han querido,* ***según estaba escrito de él****".*

Jesús se equivoca (o Marcos al escribir esto): no hay ningún texto en la Escritura que hable así ni de Elías ni del Bautista.

El evangelista Mateo, que sigue aquí a Marcos, repite esas palabras de Jesús, pero no dice que *estaba escrito*.

Lucas (1,16-17) que también leyó a Marcos, suprime esta frase de Jesús sobre el Bautista. Pero sí cuenta que un

ángel se dirige al sacerdote Zacarías, padre del Bautista, refiriéndose a su hijo y, entre otras cosas, le dice:

"...y a muchos de los hijos de Israel les convertirá al Señor su Dios, y le precederá con el espíritu y el poder de Elías".

Ya el Bautista no es Elías, sino el que estará en posesión de su espíritu y su poder. Y precederá al Señor su Dios, no a Jesús. Ninguno de los tres menciona a Malaquías, sólo a Isaías.

Pero si Mateo y Lucas eliminan a Malaquías de esta escena del Bautista, no por eso lo dejan en el tintero. Los dos transcriben sus palabras, pero en otra ocasión: Mateo en 11,10 y Lucas en 7,27.

Ambos evangelistas conocían una historia (ignorada por Marcos, se considera que forma parte de la Colección de Dichos) en la que esas palabras venían muy a propósito: El Bautista, desde la cárcel, envía emisarios a Jesús para preguntarle si era él quien había de venir; Jesús les muestra los milagros que hace y los devuelve a Juan, y volviéndose a la gente les habla de él en términos elogiosos: "¿Qué salisteis a ver en el desierto? ¿A ver a un profeta?

Sí, os lo aseguro, y más que un profeta. Este es de quien está escrito: *He aquí que yo envío mi mensajero delante de ti, el cual te preparará por delante el camino".*

Jesús, según Mt y Lc, sigue en la misma línea de Mc: sustituir "*delante de mí"* por *"delante de ti"*, con la idea de que todos entendieras que Juan era enviado para preparar el camino del mismo Jesús.

La unión de los textos de Malaquías y de Isaías, con los oportunos cambios gramaticales, fue una idea genial de Marcos, pero la profecía, tal como la cita él, no se cumplió.

El Bautista no preparó el camino a Jesús ni siquiera a sus propios discípulos, que siguieron sus enseñanzas años después de muertos los dos líderes, al margen del cristianismo naciente (ver Mt 9,14; Jn 3,23-26 y Hechos 18,25; 19,3-4). Más aún: Juan no conocía a Jesús, según cuenta Mateo en 11,2: "Y Juan, que en la cárcel había oído hablar de las obras de Cristo, envió a sus discípulos a decirle: "¿Eres tú el que ha de venir o debemos esperar a otro?"

Está claro que *el mensajero* no era el Bautista. Los evangelistas lo presentaron así porque en aquella época todos los judíos esperaban que Dios enviara un mensajero antes de que ocurriese el Día grande de Yahvé, y los cristianos creían que la llegada de Jesús inauguraba precisamente el tiempo de ese Día.

7. VUELTA a GALILEA (Isaías 8,23b a 9, 1)

Jesús, según Marcos, Mateo y Lucas, no comienza a predicar hasta enterarse de que el Bautista había sido apresado (lo que contradice Juan en su evangelio). *Y dejando Nazaret, fue a residir en Cafarnaúm, junto al mar, en el término de Zabulón y Neftalí, "para que se cumpliera el oráculo del profeta Isaías":*

Mateo 4,15-16

¡Tierra de Zabulón, tierra de Neftalí,
camino del mar, allende el Jordán,
Galilea de los gentiles!
El pueblo postrado en tinieblas
ha visto una intensa luz;
a los postrados en parajes

de sombras de muerte

una luz les ha amanecido.

Isaías 8,23b

En un principio tuvo en poco a la tierra de Zabulón y a la de Neftalí, pero después honró el camino del mar, allende el Jordán, la Galilea de los gentiles.

9,1: *El pueblo que andaba a oscuras*
vio una luz intensa.
Sobre los que vivían en tierra
de sombras brilló una luz.

La cita de Isaías es exclusiva de Mateo, quien acaba informando de que Jesús comenzó a predicar que el Reino de los Cielos estaba cerca.

Obsérvese que Isaías habla en pasado *(vio, vivían, brilló).* A Mateo, eso no le interesaba y transcribió el oráculo en presente, que resultaba más efectivo.

Como dato curioso, Is 8,23b está en prosa en el original, y son un añadido posterior, no de Isaías, para introducir el oráculo en verso que le sigue (9,1), pronunciado proba-

blemente cuando la deportación de los galileos que siguió a la campaña de Teglatfalasar III el año 732 antes de Cristo (la noticia se encuentra el 2 Reyes 15,29).

Anuncia Isaías el Día de Yahvé que traerá la liberación a los deportados. A continuación (versos 5-6) parece que esa liberación vendrá de la mano de un niño, tal vez el Emmanuel de que hablaba el profeta en 7,14, aunque no es seguro. Ya hemos visto al principio cómo el Emmanuel no tiene nada que ver con Jesús.

Las tierras de Zabulón y Neftalí (hijos de Jacob) estaban en Galilea. Los deportados fueron sustituidos en sus tierras por poblaciones paganas procedentes de otros pueblos dominados. Los sucesores de Teglatfalasar culminaron la conquista del reino de Israel, en el norte. Los deportados nunca volvieron a Galilea. Los descendientes de los que quedaron no parecen haber logrado un lugar preponderante en el suelo ancestral. Después de cinco siglos y medio se les ve amenazados en toda Galilea por paganos hostiles, y conducidos a Judea por un ejército de socorro al mando de Simón Macabeo (el judeo que luchó contra el sucesor de Alejandro Magno, Antioco IV Epifanes).

El oráculo de Isaías no se cumplió. Mateo, trasladándolo a su tiempo, el siglo primero, pretende verlo cumplido en la figura de Jesús. Nada más lejos de la realidad, puesto que se refería, como hemos visto, a los galileos deportados setecientos años antes. Por otra parte, aquella "luz" enviada a los que estaban en tinieblas y que en la profecía se expresa como una apoteosis, una conmoción o un gozo, fue en realidad un fracaso: Cafarnaúm fue de las primeras que rechazaron a Jesús.

8. EN LA SINAGOGA de NAZARET (Isaías 61, 1-2)

No sabemos si esta visita a Nazaret, narrada por Lucas, fue anterior o posterior a la escena en Cafarnaúm que acaba de contarnos Mateo. Ambas historias suceden después de las tentaciones en el desierto.

Lucas 4, 18ss

"Vino a Nazaret, donde se había criado y, según su costumbre, entró en la sinagoga el día de sábado, y se levantó para hacer la lectura. Le entregaron el libro del profeta Isaías, y desenrollando el volumen, halló el pasaje donde estaba escrito:

El Espíritu del Señor sobre mí, porque me ha ungido. Me ha enviado a anunciar a los pobres la Buena Nueva, a proclamar la liberación de los cautivos y la vista a los ciegos, para dar la libertad a los oprimidos y proclamar un año de gracia del Señor.

…Y comenzó a decirles: "Hoy se ha cumplido ante vosotros esta profecía"

He aquí el texto que Jesús no leyó completo:

Isaías 61, 1-2

El espíritu del Señor está sobre mí, por cuanto me ha ungido Yahvé. Me ha enviado a anunciar la buena nueva a los pobres, a vendar los corazones rotos; a pregonar a los cautivos la liberación, y a los reclusos la libertad, a pregonar año de gracia de Yahvé, ***día de venganza de nuestro Dios.***

A pesar de algunas diferencias, el contenido es el mismo. El hecho de que, en la lectura, Jesús se detenga en el penúltimo verso indica que deseaba evitar las referencias concretas del texto de Isaías: lo de "el día de venganza de nuestro Dios" no se acomodaba a su misión pacífica en la tierra.

De todas formas, el texto de Isaías son palabras del mismo profeta, que cuenta a sus lectores la misión que Yahvé le ha encomendado. Jesús se las apropia diciendo a sus oyentes: “Esta Escritura se ha cumplido hoy”. No estaba escrito acerca de él, ni tenía por qué cumplirse, puesto que ya Isaías se encargó de anunciar la buena nueva a los pobres, etcétera, pero a Jesús le venía bien, porque consideraba que su misión era muy parecida a la de Isaías. Si es que esta frase es del propio Jesús.

Pero si alguien lee este episodio y no sabe que la cita de la Escritura son palabras de Isaías, creerá a ciegas que se trata realmente de una profecía que se cumple en Jesús. Esto ocurre a menudo porque los lectores acríticos de los evangelios no se toman la molestia de leer la Biblia hebrea en su propio contexto.

En el primer Canto del Siervo de Isaías (42,1b) se dice: “He puesto mi espíritu sobre él: dictará ley a las naciones”. Y en 11,1-4: “Saldrá un vástago de Jesé, y un retoño de sus raíces brotará. Reposará sobre él el espíritu de Yahvé...Juzgará con justicia a los débiles, y sentenciará con rectitud a los pobres de la tierra”. Aquí se está hablando de la venida de un rey justo que traerá a Israel y al mundo una paz paradisíaca (“serán vecinos el lobo y el cordero, y

el leopardo se echará sobre el cabrito...Nadie hará daño, nadie hará mal en todo mi santo Monte... versos 6-9), una paz que, evidentemente, aún no ha llegado. Por otra parte, ese rey herirá al hombre cruel con la vara de su boca y con el soplo de sus labios matará al malvado.

Un versículo que no encaja con la imagen de Jesús.

9. NUMEROSAS CURACIONES (Isaías 53, 4a)

Mateo 8,16-17: "Al atardecer, le trajeron muchos endemoniados; él expulsó a los espíritus con su palabra, y sanó a todos los enfermos. Así se cumplió el oráculo del profeta Isaías: "*El tomó nuestras flaquezas y cargó con nuestras enfermedades"*

Is 53,4a: *¡Y con todo, eran nuestras dolencias las que él llevaba y nuestros dolores los que soportaba!*

Tenemos aquí una referencia al cuarto Canto del Siervo de Yahvé.

En primer lugar hemos de observar que Mateo hace un uso restrictivo del Canto aplicándolo a las curaciones de los enfermos cuando, en realidad, todo él se refiere al su-

frimiento de quien se ofrece a Dios para redimir a los demás.

Así lo expresa la traducción griega de los Setenta: “Ese lleva nuestros pecados y sufre por nosotros”.

Según todos los exegetas, incluso católicos, estos cantos no son de Isaías, sino de alguien que vivió unos doscientos años más tarde (ver la Biblia de Jerusalén, pág. 988), al final del Destierro en Babilonia. Es el llamado Libro de la Consolación, con cuyas palabras, el profeta anónimo pretende animar a los desterrados de Babilonia.

Por otra parte, en las Escrituras se llama comúnmente “siervo” al pueblo hebreo:

*-Y tú, Israel, **siervo mío**, Jacob, a quien elegí, simiente de mi amigo Abraham”* (Isaías 41,8);

*-Jacob, **mi siervo**, yo lo sostendré; Israel, mi elegido, mi alma lo ha acogido”* (42,1 según los Setenta);

*-Vosotros sois mis testigos y **mis siervos** a quienes elegí”* (43,10);

*-Recuerda esto, Jacob, y que eres **mi siervo**, Israel”* (44,21)

Y otros muchos lugares.

Pero hay ocasiones en las que parece ser el mismo profeta el que habla como “siervo” de Yahvé, según se desprende del capítulo 49,1-6: *“Oídme, islas, atended, pueblos lejanos. Yahvé desde el seno materno me llamó...* *Hizo mi boca como espada afilada, en la sombra de su mano me escondió; me hizo como saeta aguda, en su carcaj me guardó. Me dijo: “Tú eres mi siervo, en quien me gloriaré”.*

Aunque algunos estudiosos opinan que este siervo podría designar a un personaje histórico, contemporáneo del profeta (tal vez Zorobabel, o Joaquín), la mayoría de los estudiosos dan por sentado que ese “siervo” es el “resto” del pueblo de que tanto se habla en la Biblia, que ahora reside en el Exilio, pero que será la luz de todos los israelitas y quien, con su sufrimiento, redimirá a todos, incluso a los paganos: *“Te voy a poner por luz de las gentes, para que mi salvación alcance hasta los confines de la tierra”* (2º Canto del Siervo, 49,6), lo que también podría decirse del profeta que lleva la palabra de Dios, por supuesto.

Hugues Cousin (autor católico de La Biblia Griega, Verbo Divino), comentando la traducción del 4º Canto al griego, reconoce lo mismo que los otros exegetas, haciendo

ver que los Setenta van en la misma línea: “El traductor adopta deliberadamente la interpretación colectiva de la figura del siervo. El texto de Isaías 52,13 a 53,12 describe los sufrimientos históricos de Israel y su gloria futura”.

Marcos (1,32-34) Y Lucas (4,40-41) nos transmiten estas numerosas curaciones en el mismo contexto que Mateo (después de la curación de la suegra de Pedro) pero no citan ninguna Escritura.

10. POR QUÉ HABLA en PARÁBOLAS (Isaías 6, 9-10):

Como tenía por costumbre, Jesús cuenta una parábola; esta vez sentado en una barca a la orilla del mar de Galilea. Se trataba de la parábola del sembra*dor. Cuando acabó, sus discípulos le preguntaron su significado. Jesús dice:*

Marcos 4, 11-12

“A vosotros se os ha dado el misterio del Reino de Dios, pero a los que están fuera todo se les presenta en parábolas, **para que** *por mucho que miren no vean, por mucho que oigan no entiendan, no sea que se conviertan y se les perdone”.*

Lucas 8, 10

"A vosotros se os ha dado a conocer los misterios del Reino de Dios; a los demás sólo en parábolas, **para que** *viendo, no vean y oyendo, no entiendan"*.

Juan 12,39-40

"No podían creer, porque también había dicho Isaías:

Ha cegado sus ojos, ha endurecido su corazón;

para que no *vean con los ojos, ni comprendan con su corazón, ni se conviertan, ni yo los sane.*

(Obsérvese el **para qué** en los tres**:** Jesús habla en parábolas **con la finalidad** de endurecer el corazón de quienes le escuchan, lo cual está en concordancia con la cita de Isaías 6, 9-10, en el original hebreo que veremos más adelante. Para estos evangelistas, pues, Jesús se convertiría en el ejecutor de la dureza de corazón de los judíos hablándoles en parábolas para que no entendieran nada).

Sin embargo, según Mateo, Jesús traduce a Isaías de forma diferente (o fue el evangelista quien lo hizo). Se ha suprimido el **para que**:

Mateo 13,14-15:

"En ellos (se entiende "los que están fuera") se cumple la profecía de Isaías:

Escucharéis, pero no entenderéis,

miraréis bien, pero no veréis.

Porque se ha embotado el corazón de este pueblo,

han hecho** duros sus oídos y sus ojos **han cerrado;

no sea que vean con sus ojos, y con sus oídos oigan,

y con su corazón entiendan y se conviertan,

y yo los cure".

Pero la cita se encuentra también en el libro de los Hechos de los Apóstoles, cuyo autor, como se sabe, es el mismo Lucas:

Hechos 28, 25b-27: (habla Pablo en Roma a los judíos): "Con razón habló el Espíritu Santo a vuestros padres por medio del profeta Isaías:

*Ve a encontrar a este pueblo y dile: Escucharéis bien, pero no entenderéis, miraréis bien**,** pero no veréis. Porque se ha embotado el corazón de este pueblo, **han hecho** duros sus oídos y sus ojos **han** cerrado; no sea que vean con*

sus ojos, y con sus oídos oigan, y con su corazón entiendan y se conviertan, y yo los cure.

En Mateo y Hechos, como puede verse atendiendo a lo subrayado en negrita, no es Yahvé ni Jesús quien embota los corazones de los oyentes, sino que estos son los culpables de su propia ceguera. La contradicción es evidente. ¿Puede resolverse?

Veamos el texto hebreo original antes de ser traducido al griego:

Isaías 6, 9-10:

Ve y di a ese pueblo: "Escuchad bien, ***pero no*** *entendáis, ved bien,* ***pero no*** *comprendáis".* ***Haz torpe el corazón de ese pueblo y duros sus oídos, y péga1e los ojos****,* no *sea que vea con sus ojos, y oiga con sus oídos, y entienda con su corazón y* se *convierta y se le cure.*

Se narra aquí la visión, vocación y misión del profeta, misión que resulta especialmente dura, incluso cruel, puesto que debe convertirse en el mensajero y ejecutor de la dureza de corazón de Israel para evitar que el pueblo se con-

vierta y sea sanado. Es la versión que traducen Marcos, Lucas y Juan.

Pero el texto resultaba tan escandaloso que **en la traducción griega de la Biblia**, llamada de los Setenta, se cambia el sentido de la frase: En lugar de *Haz torpe…* se prefiere "***Se ha endurecido** el corazón de este pueblo*": el pueblo es culpable, pues.

Mateo y Hechos están es esta misma línea.

Por otra parte, **Mateo,** en el capítulo **13 (34-35)** informa:
"Todo esto dijo Jesús en parábolas a la gente, y nada les hablaba sin parábolas, para que se cumpliese el oráculo del profeta:

Abriré en parábolas mi boca, publicaré lo que estaba oculto desde la creación del mundo".

Se trata del **Salmo 78,2**, que no es una profecía (aunque el autor, Asaf, era considerado un profeta) sino la narración en verso de la historia de Israel.

Ahora bien, *hacer público lo oculto* supone clarificarlo, y aquí es donde aparece la contradicción. ¿Habló Jesús para que todos lo entendieran o para que se cumpliera la Escritura según la cuál no comprenderían nada?

Pero no tendría sentido que Jesús se molestara en hablar a la gente a sabiendas de que no lo iban a entender. De hecho, trataba de hacerla con sencillez: “El Reino de los Cielos es semejante a...” Por esta razón, muchos exegetas prefieren pensar que las palabras de Isaías fueron incorporadas por los escribas cristianos para explicar el rechazo de los judíos al evangelio: no son palabras de Jesús, sino de los evangelistas, que las pusieron en boca del Maestro. En realidad, ésta es la única forma de resolver la contradicción entre unos textos y otros.

Las diferencias que se observan entre los cinco textos nos muestran la libertad con que estos citaban la Escritura. Es curioso que Hechos (escrito por Lucas) diga igual que Mateo, mientras Lucas, en su evangelio, se parezca a Marcos, aunque no se parece a Hechos. La comparación con el texto original de Isaías muestra una diferencia notable, como hemos visto: el profeta es quien debe endurecer a los israelitas por mandato divino *(Haz torpe el corazón de ese pueblo),* sin embargo, algunos de los autores cristianos culpan directamente al pueblo hebreo *(Porque se ha embotado el corazón de este pueblo).* Tratan de explicar así la razón de que los de su propio pueblo rechazaran a Jesús.

11. LA SEÑAL de JONÁS

En determinado momento, le dicen que quieren ver una señal, es decir, un milagro hecho por él que justifique su autoridad. Pero los sinópticos **nos ofrecen tres versiones diferentes:**

Marcos 8, 11-12:

Se presentaron unos fariseos pidiéndole una señal del cielo para ponerle a prueba. Dando un profundo gemido, les dice:

Yo os aseguro: no se dará a esta generación ninguna señal

Mateo 12,38-40:

Le interpelaron algunos escribas y fariseos: Queremos ver una señal hecha por ti. Mas él les respondió: ¡Generación malvada y adúltera! **No se os dará otra señal que la del profeta Jonás.**

Porque de la misma manera que él estuvo en el vientre del cetáceo tres días y tres noches, así también el Hijo del hombre estará en el seno de la tierra tres días y tres noches.

Lucas 11,29-30:

Habiéndose reunido la gente, comenzó a decir:

Esta generación es una generación malvada; busca una señal **y no se le dará otra que la señal de Jonás.**

Porque así como Jonás fue señal para los ninivitas, así lo será el Hijo del hombre para esta generación.

Puede observarse cómo Marcos, el más antiguo, no habla de ninguna señal: Jesús se niega rotundamente a darla. Mateo y Lucas, posteriores, añadieron lo de Jonás, pero de forma totalmente distinta. En definitiva, sólo nos queda a Mateo citando las Escrituras, en este caso el libro de Jonás (2,1), que dice exactamente lo mismo.

Para comprender la interpretación de Mateo es necesario analizar la de Lucas y la de Marcos. La señal, en el caso de Lucas, se refiere a que Jonás enseñó a los ninivitas el camino de la salvación, como hacía Jesús con sus contemporáneos, quienes en verdad fueron menos generosos que los ninivitas, pues no le siguieron. El hecho de que Mateo invierta el sentido de "la señal" y la convierta en una profecía de la muerte y resurrección de Jesús, indica cla-

ramente que se trata de un añadido del propio evangelista, que está muy lejos de Marcos, en cuyo relato Jesús ignora totalmente al profeta Jonás. Que Mateo y Lucas coincidan en parte pero que difieran sustancialmente, puede significar que ambos conocieron algunas tradiciones, probablemente orales, acerca de esas palabras de Jesús sobre Jonás, pero que diferían entre sí. Desde luego está claro que ambos añadieron al relato de Marcos lo que oyeron.

La diferencia entre Lucas y Mateo es tan grande que sólo podemos interpretarla de tres formas: 1) Jesús dijo ambas cosas en situaciones diferentes; 2) Jesús no pronunció más que una de las dos y la otra es imaginada (por la tradición oral o por el evangelista); 3) Jesús no quiso dar ninguna señal, como dice Marcos.

12. JESÚS, el SIERVO de YAHVÉ (Isaías 42, 1-4)

Después de curar a muchos enfermos, les ordena "enérgicamente" que no le descubran, "para que se cumpliera el oráculo del profeta Isaías".

Mateo 12,18-21	**Isaías 42, 1-4**
Éste es mi siervo a quien elegí	*Éste es mi siervo a quien sostengo*
mi amado, en quien mi alma	*mi elegido, en quien mi alma*
se complace.	*se complace.*
***Pondré** mi Espíritu sobre él,*	***He puesto** mi espíritu sobre él*
anunciará el juicio a las naciones.	*dictará ley a las naciones.*
No disputará ni gritará,	***No vociferará ni alzará el tono,***
ni se oirá en las plazas su voz.	***y no se oirá en la calle su voz.***

Mateo utiliza tanto el texto hebreo de Isaías como el de los Setenta mezclándolos. El original, cuando dice “espíritu”, se refiere al de profecía, no al Espíritu Santo.

De todas formas, lo que Mateo parece querer resaltar son las frases “*No vociferará ni alzará el tono, y no hará oír en la calle su voz”,* según el texto original, que Mateo transcribe con bastante fidelidad. Ya hemos hablado del Siervo de Yahvé cuando las numerosas curaciones que hizo Jesús, narradas por Mateo 8, 17.

Lo interesante de este pasaje de Mateo, sin embargo, consiste en lo que se dice antes: “les mandó enérgicamente que no le descubrieran”, dirigido a los enfermos que había curado. Y es interesante porque resulta difícil de explicar

que Jesús les dé esa orden, ya que era imposible ocultar las maravillas que estaba haciendo.

Si leemos esta misma historia en Marcos (3, 7-12) veremos que habla de “una gran muchedumbre de Galilea, Judea, Jerusalén, Idumea, del otro lado del Jordán, de Tiro y Sidón, una gran muchedumbre, al oír lo que hacía, acudió a él”.

No eran unos pocos enfermos. Al menos eso dice el evangelista. Además, era conocido por todos el poder taumatúrgico de Jesús. ¿Cómo ocultar nada ante tanta gente que ya estaba enterada? Marcos afirma que la frase “les mandó enérgicamente que no le descubrieran” se la dijo Jesús a los espíritus inmundos que, al verle, caían a sus pies y gritaban: “Tú eres el Hijo de Dios”.

¿Jesús no quería que se conociese su verdadera identidad? Pero ¿qué identidad? La expresión “Hijo de Dios” no significaba, en aquellos tiempos, “Segunda Persona de la Santísima Trinidad”. Los hebreos no se imaginaban siquiera esa extraña situación divina, por lo tanto, Jesús no podía referirse a eso. Los estudiosos del NT aseguran que se trata del “secreto mesiánico”, una ficción ideada por Mar-

cos (y seguida por Mateo y Lucas) para justificar la incomprensión de la gente respecto a la verdadera personalidad de Jesús, que no debía revelarse hasta después de su muerte.

¿O quizás Jesús sólo deseaba permanecer en el anonimato? Pero esto, como hemos visto, resultaba de todo punto imposible para una persona que iba por los pueblos haciendo prodigios. La pretendida profecía de secretismo no se cumplió, evidentemente, puesto que Jesús dejaba oír su voz por cualquier parte, disputó e incluso alzó el tono en más de una ocasión.

13. PREPARACIÓN de la ENTRADA en JERUSALÉN

(Zac 9, 9)

Jesús va a hacer su entrada triunfal (en un sentido mucho más modesto de lo que narran los evangelistas), y para ello encarga a sus discípulos que vayan a buscar un asna, que se encuentra atada, y su pollino (esta escena la cuentan Marcos y Lucas, pero no citan la Escritura). "**Esto sucedió para que se cumpliera el oráculo del profeta":**

Mateo 21, 4-5	**Zacarías 9, 9**
Decid a la hija de Sión:	*¡Exulta sin mesura, hija de Sión!*
He aquí que tu rey viene a ti,	***He aquí que viene a ti tu rey,***
	justo él y victorioso,
*manso y sentado **en una asna***	*humilde y montado **en un asno**,*
***y** un pollino*	***en** un pollino,*
hijo de animal de yugo.	***cría de asna.***

Mateo no menciona el nombre del profeta, como otras veces. La comparación de los dos textos nos muestra la simplificación que hace el evangelista. Es interesante el hecho de eliminar la frase que dice “justo él y victorioso”, referida, sin duda, a un rey que ha combatido en alguna acción guerrera.

La profecía no se refería a Jesús: basta seguir leyendo los versículos que siguen en Zacarías:

> *“Él suprimirá los carros de Efraím y los caballos de Jerusalén; será suprimido el carro de combate, y él proclamará la paz a las naciones. Su dominio irá de mar a mar y desde el Río hasta los confines de la tierra”.*

Si se continúa leyendo aún más, aparecen escenas de guerras sangrientas. No hubo entonces tal rey pacífico. Ni

Jesús reinó de mar a mar y desde el Río hasta los confines de la tierra (el Río no es el Nilo, sino el uad El Arish, al sur de Palestina, llamado entonces Río de Egipto). Pero no hay necesidad de indagar más: Jesús mismo, con su acción, obligó a la profecía a cumplirse.

Añadamos una curiosidad: El texto original de Zacarías no habla de dos animales, sino de uno solo, pues la frase *“montado en un asno, en un pollino hijo de asna”* describe el mismo animal en dos expresiones ligeramente diferentes, según el paralelismo propio de la poesía hebrea. Mateo no captó la idea y hace que los discípulos lleven a Jesús una asna y su pollino. De esta forma, resulta un tanto incongruente ver al Maestro montado en dos animales a la vez: “Fueron, pues, los discípulos e hicieron como Jesús les había encargado: trajeron el asna y el pollino. Luego pusieron sobre ellos sus mantos y él se sentó encima” (Mateo 21,6).

Juan 12,15 cita a Zacarías, pero también simplificando e incluso cambiando: *“No temas, hija de Sión; mira que viene tu Rey montado en un pollino de asna”.* Lo de “No temas” no aparece en el original. Por otra parte, esta cita la

coloca después de los gritos de la gente. Mateo lo hace al revés.

14. PURIFICACIÓN del TEMPLO (Isaías 56, 7c y Jeremías 7, 11)

Entra Jesús en el Templo y echa sin contemplaciones a los vendedores y compradores, volcando las mesas de los cambistas y los puestos de los que vendían palomas, y no permitía que nadie transportase cosas por el Templo: Marcos 11,15-16. En realidad se trataba del mercado situado en el atrio de los gentiles, no en el Templo mismo. De todas formas, Jesús dijo:

Marcos 11, 17

¿No está escrito: *Mi Casa será llamada Casa de oración para todas las gentes?* **(Isaías 56,7c)**

¡Pero vosotros la habéis hecho *cueva de bandidos!*" **(Jeremías 7, 11)**

Como puede verse, se han unido citas de dos profetas diferentes. Veamos lo que realmente dicen Isaías y Jeremías.

Isaías 56, 7*:* (La expresión es igual, pero se está refiriendo a los extranjeros “adheridos a Yahvé”, según se ve desde el versículo 6):

“En cuanto a los extranjeros adheridos a Yahvé para su ministerio, para amar el nombre de Yahvé y para ser sus siervos, y a todo aquel que guarda el sábado sin profanarle, y a los que se mantienen firmes en mi alianza, yo les traeré a mi monte santo y les alegraré en mi Casa de oración. Sus holocaustos y sacrificios serán gratos sobre mi altar. Porque ***mi Casa será llamada Casa de oración para todos los pueblos”.***

Yahvé admite a los gentiles, pero les exige, como condición, que cumplan con los rituales del culto. Esta será la gran discusión entre los seguidores de Jesús tras su muerte. Pablo y, más tarde, todos los demás cristianos, anularon esa exigencia de someterse a los rituales judíos. La Ley hebrea estaba definitivamente superada (a pesar de que era “Palabra de Dios”).

Jeremías 7,11: *¿En cueva de bandoleros se ha convertido a vuestros ojos esta Casa que se llama por mi Nombre?*

En realidad, Jeremías 7,1-15 es una invectiva contra el Templo, al que Yahvé piensa destruir.

El evangelio de Juan repite la escena, pero no menciona a Isaías ni a Jeremías. Busca otro lugar de la Escritura, pero no lo pone en boca de Jesús:

Juan 2,16-17: Y dijo a los vendedores de palomas: "Quitad esto de aquí. No hagáis de la Casa de mi Padre una casa de mercado". Sus discípulos se acordaron de que estaba escrito: *El celo por tu casa me devorará.*

Se refiere Juan a **Salmo 69,10**, que es una doble lamentación: en la primera se desarrolla el tema de las aguas infernales y el de los enemigos; la segunda es el grito de angustia de alguien perseguido e insultado. No dice *me devorará,* sino *me devora.* No hay indicio alguno de que se refiera a Jesús, como se deduce del final: *Pues salvará Dios a Sión, reconstruirá las ciudades de Judá: habitarán*

allí y las poseerán; la estirpe de sus siervos la heredará, los que aman su nombre en ella morarán.

Mateo añade algo que ni Marcos ni Lucas transcriben: Jesús, una vez en el Templo, después de la expulsión de los vendedores, cura a varios enfermos, mas los Sumos Sacerdotes y escribas, al ver los milagros que hacía y escuchar a los niños gritando en el Templo: “Hosanna al Hijo de David”, se lo reprochan al Maestro. El respondió:

Mateo 21, 16:

¿No habéis leído nunca que

“de la boca de los niños y de los que aún maman

te preparaste alabanza?

(Mateo no lo dice, pero Jesús cita el Salmo 8,3 aunque nada tiene que ver con esta escena, como puede verse por el original):

Salmo 8, 3:

Por boca de los niños, los que aún maman,

afirmas tú ***tu fortaleza*** *frente a los adversarios,*

para acabar con enemigos y rebeldes.

El Salmo 8 es un canto a la creación. La “fortaleza” de que se habla es el firmamento, desde el cual Dios confunde a

sus enemigos. Traer a colación este versículo parece más bien un despiste de Mateo. En todo caso, esta escena nos ilustra acerca de lo que pensaba Jesús respecto al Templo: no pretendía prescindir de él ni, por lo tanto, abolir el culto, como más tarde hicieron sus seguidores (Pablo y los misioneros helenistas); lo único que le interesaba era todo lo contrario: que fuese respetado como lo que era, una casa de oración.

15. LA PIEDRA ANGULAR (Salmo 118, 22-23)

En Marcos 12, Jesús cuenta la parábola que se refiere a unos viñadores a quienes el dueño arrendó una viña. Cuando envió a por su parte, ellos golpearon al enviado y lo despidieron sin nada. Al segundo enviado lo hirieron y al tercero lo mataron. Por último, el dueño envía a su propio hijo, que también fue muerto. Jesús pregunta: “¿Qué hará el dueño de la viña?” Y, sin esperar respuesta, él mismo añade: “Vendrá y dará muerte a los labradores y entregará la viña a otros”, (como dato digno de mención, hay que recordar que Mateo, al contar esta escena, coloca esta última frase en boca de los oyentes, no de Jesús). Y sigue el Maestro:

Marcos 12,10-11

¿No habéis leído esta Escritura:

La piedra que los constructores desecharon
en piedra angular se ha convertido;
fue el Señor quien hizo esto
y es maravilloso a nuestros ojos? **(Salmo 118)**

Los oyentes (sumos sacerdotes, escribas y ancianos que se nombran poco antes) comprendieron que se refería a ellos, *los constructores,* que han desechado a Jesús, *la piedra*.

Marcos cita el **Salmo 118, 22-23**, donde se dice exactamente lo mismo. Pero, a continuación, el salmo añade: *¡Este es el día que Yahvé ha hecho, exultemos y gocémonos en él.* Este verso nos confirma lo que ya se sabe: se trata de un salmo que se cantaba en la fiesta de las Tiendas, que recuerda la estancia del pueblo hebreo en el desierto. Cuando se escribe, eran los tiempos de la reconstrucción del Templo, tras la vuelta del exilio, unos quinientos años antes de Cristo. **La piedra angular se refiere, naturalmente, a la construcción del Templo.**

Pero esta piedra angular (“clave de bóveda”) acabará convirtiéndose, también, en piedra de tropiezo y escándalo, debido a palabras que pronuncia Jesús y a un par de textos de Isaías. Veamos Mateo y Lucas, que también cuentan la escena:

Mateo 21, 42: “¿No habéis leído nunca en las Escrituras?...” El resto es igual, pero añade: “Por eso os digo que se os quitará el Reino de Dios para dárselo a un pueblo que rinda sus frutos”.

Aparece el primer indicio: al no reconocer a Jesús, se les quitará el Reino.

Lucas 20,17 lo dice más claro: Cuando Jesús afirma que el dueño dará muerte a los viñadores homicidas y entregará la viña a otros, los oyentes no están de acuerdo (por cierto, en contra de Mateo), y Jesús les dice:
“¿Pues qué es lo que está escrito: La piedra que desecharon los constructores en piedra angular se ha convertido”.
Y sigue, añadiendo por su cuenta: Todo el que caiga sobre esta piedra se destrozará, y aquel sobre quien ella caiga, le aplastará”, palabras que no aparecen en el salmo.

Isaías es el que hace referencia a una piedra "de tropiezo y escándalo".

Isaías 8, 14

*A Yahvé Sebaot tened por santo, sea él vuestro temor. Será él trampa y piedra de tropiezo y peña de escándalo para las dos casas de Israel; lazo y trampa para los moradores de Jerusalén***.**

Pero se refiere a Yahvé. Él es quien será piedra de escándalo, no Jesús.

Hay otra cita de Isaías que resulta interesante. Se trata de un oráculo incrustado a la mitad de un poema (contra los malos consejeros) con el que nada tiene que ver:

Isaías 28, 16

He aquí que Yo pongo por fundamento de Sión una piedra elegida, angular, preciosa y fundamental: ***quien tuviere fe en ella no vacilará.***

No tiene nada que ver con la otra piedra, puesto que no se dice que hubiera de ser desechada (en realidad, *No-vacilará* es el nombre de la piedra, según los comentarios de la Biblia de Jerusalén). La frase en negrita será más

tarde utilizada por Pablo (Romanos 9, 32-33) y por 1Pedro (2, 6-8).

Por otra parte, en labios cristianos, este Salmo 118 cantaba el triunfo de la resurrección de Cristo:

Hechos (4,8-12):

(Habla Pedro) “Sabed todos vosotros y todo el pueblo de Israel que ha sido por el nombre de Jesucristo Nazareno, a quien vosotros crucificasteis y a quien Dios resucitó de entre los muertos... Él es *la piedra que* vosotros, *los constructores, habéis despreciado y que se ha convertido en piedra angular.*

Así se exalta la figura de Jesús al tiempo que se denuncia el rechazo judío.

En **Romanos 9,32-33** vuelve a usarse la roca como tropiezo:

(Habla Pablo del pueblo hebreo): “Porque buscaban (la Ley) no en la fe sino en las obras. Tropezaron contra la piedra de tropiezo, como dice la Escritura: He aquí que pongo en Sión piedra de tropiezo y roca de escándalo (Is 8, 14); mas el que crea en él, no será confundido (Is. 28, 16)

Aquí puede verse el nuevo uso, interesado, que se hace de las Escrituras: se han unido dos citas diferentes en una sola, y la piedra se ha convertido ya en Jesús (como en Hechos): *el que crea en él.* El original decía: *quien tuviere fe en ella* (en la piedra)*...*

Pero hay más:

1Pedro 2, 6-8:

"Pues está en la Escritura: He aquí que coloco en Sión una piedra angular, elegida, preciosa, y el que crea en ella no será confundido" (Isaías 28,16). Para vosotros, creyentes, el honor; pero para los incrédulos, la piedra que los constructores desecharon, en piedra angular se ha convertido (Salmo 118), en piedra de tropiezo y roca de escándalo" (Isaías 8,14ss).

La combinación de los tres textos es perfecta. La piedra de tropiezo de Isaías 8 es Yahvé, como ya hemos visto, pero en 1Pedro se aplica a Jesús, como en Romanos. Lo mismo puede decirse de la cita de Marcos, que busca justificar con temas bíblicos la ruptura del cristianismo oficial con el judaísmo oficial y presentar a Jesús como un maestro de las Escrituras no menos versado que los rabinos.

M. Pérez Fernández, de la Universidad de Córdoba, duda de que ese pasaje de Isaías en Marcos lo haya pronunciado Jesús. Argumenta este especialista que el Maestro nunca cuenta una parábola para interpretar la Escritura; este es el único caso. Además, aquí, el Salmo es aducido para confirmar la enseñanza de la parábola, al contrario de los rabinos, que ideaban una parábola para iluminar un texto de la Escritura.

16. CRISTO, SEÑOR de DAVID (Salmo 110, 1)

Marcos 12,36

"¿Cómo dicen los escribas que el Cristo es hijo de David? David mismo dijo, movido por el Espíritu Santo:
Dijo el Señor a mi Señor: Siéntate a mi diestra hasta que ponga a tus enemigos debajo de tus pies. (**Salmo 110,1**)
El mismo David le llama Señor, ¿cómo entonces puede ser hijo suyo?" Y la numerosa muchedumbre lo escuchaba con agrado.

La perícopa, si nos atenemos al lugar en el que aparece, es una intervención más de Jesús sin que nadie le pregunte. Más bien da la impresión de que el evangelista quería

dar a entender cuan sabio era y hasta qué punto dejaba boquiabiertos a sus oyentes. Pero el hecho de recurrir al salmo 110 fue un acierto a la larga.

Mateo (22, 41-45) y **Lucas (20, 41-43),** con algunas variantes, siguen a Marcos, y el tema de alguien sentado a la diestra de Dios (llamado el Hijo del hombre, Jesús o Cristo) se hace recurrente en casi todo el NT. Lo veremos más adelante cuando Jesús está ante el Sanedrín, con las interesantes diferencias entre los sinópticos.

En el libro de los **Hechos** (2, 34-35), en el primer discurso de Pedro, hablando de la resurrección de Cristo, el apóstol recurre también a esta cita para demostrar que Jesús fue exaltado a la diestra de Dios:

Hechos 2,41-43

"Pues David no subió a los cielos y sin embargo dice:

Dijo el Señor a mi Señor: Siéntate a mi diestra

hasta que ponga a tus enemigos debajo de tus pies.

Sepa, pues, con certeza toda la casa de Israel que Dios ha constituido Señor y Cristo a este Jesús a quien vosotros habéis crucificado".

Pedro va más lejos que el mismo Jesús, que sólo quería demostrar que el Mesías no era hijo de David, sino su Señor, sin referirse a su resurrección. Más adelante (7, 55 y 56) se cuenta que Esteban "miró fijamente al cielo y vio la gloria de Dios y a Jesús que estaba en pie a la diestra de Dios..."

En **Romanos 8,33-34** leemos: "¿Quién acusará a los elegidos de Dios? ¿Acaso Cristo Jesús...el que está *a la diestra de Dios?".*

O bien en **Efesios 1,20**: "... para que conozcáis....el poder de Dios que desplegó en Cristo... *sentándole a su diestra en los cielos".*

Y en **Colosenses 3,1**: "... buscad las cosas de arriba, donde está Cristo *sentado a la diestra de Dios".*

En la carta a los **Hebreos** se multiplican las alusiones al Salmo 110,1: "El cual (el Hijo)... después de llevar a cabo la purificación de los pecados, *se sentó a la diestra de la Majestad en las alturas* **(1,2)".**

Está mostrando la superioridad de Jesús sobre los ángeles y en esta línea sigue: "Y ¿a qué ángel dijo alguna

vez: *siéntate a mi diestra*, hasta que ponga a tus enemigos por escabel de tus pies?” **(1,13)**.

En **8,1** lo aplica a Jesús como Sumo Sacerdote:

“... tenemos un Sumo Sacerdote tal, que *se sentó a la diestra del trono de la Majestad* en los cielos, al servicio del santuario”.

En **12,1-2** se lee de nuevo:

“...corramos con fortaleza la prueba que se nos propone, fijos los ojos en Jesús...que está *sentado a la diestra de Dios”.*

En **10,12-13** leemos:

“Él, habiendo ofrecido por los pecados un solo sacrificio, *se sentó a la diestra de Dios para siempre*, esperando desde entonces hasta que sus enemigos sean puestos por escabel de sus pies”.

Ahora no se ve relación alguna con la resurrección, como en el discurso de Pedro, ni se trata de compararlo con los ángeles, como en 1,13, sino que se vuelve al tema de Cristo Sacerdote.

Las mismas palabras de las Escrituras se acomodan a las necesidades del discurso cristiano.

Por otra parte, la frase *hasta que ponga a todos tus enemigos bajo tus pies* necesitaba una explicación, ya que no tenía nada que ver con Jesús, pues se refería claramente a un personaje guerrero. San Pablo debió darse cuenta de este hecho, y en su carta primera a los **Corintios** (15,25), hablando también de la resurrección, dice que cada uno resucitará según su rango: Cristo como primicias, luego los de Cristo en su venida. Y luego vendrá el fin de todo, cuando Cristo entregue a su Padre el Reino "después de haber destruido todo Principado, Dominaciones y Potestades", es decir, todos los poderes hostiles al Reino. Y sigue entonces:

"*Porque debe reinar (Cristo) hasta que ponga a todos sus enemigos bajo sus pies"*.

Obsérvese que el sentido de la frase se ha cambiado: ya no es Yahvé quien pone a los pies del Mesías a sus enemigos, sino el mismo Cristo quien lo hace.

Veamos el **Salmo 110,1:**

Oráculo de Yahvé a mi Señor: Siéntate a mi diestra hasta que yo haga de tus enemigos el estrado de tus pies.

Yahvé Dios es quien va a poner a los “enemigos” bajo los pies del *Señor,* que se supone es el Mesías. Sin embargo, el texto completo no concuerda con la figura de Jesús Mesías de la tradición cristiana. Basta continuar leyendo el salmo:

El cetro de tu poder lo extenderá Yahvé desde Sión:
¡Domina en medio de tus enemigos!...
Él quebranta a los reyes el día de su cólera;
juzga a las naciones, amontona cadáveres,
cabezas quebranta sobre la tierra inmensa.

Es una imagen guerrera que recuerda las palabras de Josué a los capitanes que le habían acompañado en la victoria: *“Poned vuestros pies sobre la nuca de esos reyes”.* Pero, sea como fuere, es evidente que a Jesús, para su insólito argumento (insólito porque no se explica que quisiera demostrar lo contrario de lo que todos creían: que el Mesías era “hijo” de David), sólo le interesaba la primera frase: *Dijo el Señor a mi Señor.*

Pero Pablo, en la Carta a los **Efesios (1,22)** vuelve a insistir en el tema, aunque ahora recurre a otra cita: *Bajo sus*

pies sometió todas las cosas. Se trata del **salmo 8,7** (ya utilizado en 1 Corintios), dedicado a alabar a Dios por haber hecho al hombre, al ser humano, "apenas inferior a un dios", y dice:

Salmo 8,7:
Le hiciste (al hombre) señor de las obras de tus manos,
todo fue puesto por ti bajo sus pies.

Pablo aplica, sin más, a Cristo lo que estaba dicho para todos los humanos.

17. JESÚS SE DECLARA HIJO de DIOS (Sal 82, 6)

Jesús estaba en el pórtico de Salomón del Templo. Los judíos quieren apedrearle acusándole de una blasfemia: "porque tú, siendo hombre, te haces a ti mismo Dios" (Jesús acababa de decir: "El Padre y yo somos una misma cosa"). Ante la acusación, responde:

Juan 10, 34
"¿No está escrito en vuestra Ley: *"Yo he dicho: dioses sois?"*. Si llama dioses a aquellos a quienes se dirigió la

palabra de Dios -y no puede fallar la Escritura- ¿cómo decís que blasfemo por haber dicho: Yo soy Hijo de Dios?”

Jesús no había dicho que él era “Hijo de Dios”, sino que se había comparado con el mismo Dios parangonándose con El. Por eso, el argumento va en la dirección marcada por los judíos: Tú te haces Dios a ti mismo.

La clave está en el Salmo 82, 6. Es una diatriba contra los malos jueces, a los que el salmista llama “hijos del Altísimo” además de “dioses”:

Salmo 82, 6

Había dicho yo: ¡Vosotros, dioses sois,

todos vosotros, hijos del Altísimo!

(Y luego viene el castigo): *Mas ahora, como el hombre moriréis, como uno solo caeréis, oh, príncipes”.*

La verdad es que en la Biblia hebrea se llama “dios” *(elohim)* a diversos personajes: un rey (Salmo 45,7), a los jefes y jueces (Salmo 58,2; Éxodo 21,6 y 22,7), a Moisés (Éxodo 4,16 y 7,1), al espectro de Samuel (1 Samuel

28,13), al pueblo elegido (Éxodo 4,22 y Sabiduría 18,13), etc.

Jesús evade una respuesta clara sobre su filiación divina, aduciendo que él tiene el mismo derecho que todos esos personajes para compararse a Dios Padre. Se contradice con lo que acababa de decir ("el Padre y yo somos una misma cosa") o esta afirmación no tenía para Jesús las connotaciones que sus seguidores le dieron más tarde.

18. INCREDULIDAD de los JUDIOS (Isaías 53, 1)

> **Juan 12, 38**: "Aunque había realizado tan grandes señales delante de ellos, no creían en él, para que se cumpliera el oráculo del profeta Isaías:
>
> *Señor, ¿quién dio crédito a nuestras palabras?*
> *Y el brazo del Señor ¿a quién se le reveló?*

La frase es del Cuarto Canto del Siervo de Yahvé, en **Isaías 53,1**, casi idéntica. La frase que cita Juan intenta probar por qué los judíos no creyeron en Jesús. Sin embargo, justo en el versículo anterior (final del capítulo 52) se dice todo lo contrario:

Isaías 53.1

“Ante él cerrarán los reyes la boca, pues verán lo que nunca se les contó, y lo que nunca oyeron reconocerán”.

Juan debió darse cuenta de que la cita no era suficiente, pues eso de que no le creyeran podía pasarle a cualquiera, y a los profetas les sucedió muchas veces. En realidad, la cita de Juan son palabras del profeta Isaías dirigidas a un grupo de oyentes del que él mismo formaba parte: por eso dice *nuestras palabras,* en plural. Por esta razón, al parecer, Juan vuelve a la carga, dos versículos después, y explica de nuevo por qué no le creyeron, recurriendo a otra frase de Isaías de la que ofrece una interpretación personal:

> **Juan 12, 40:** “No podían creer, porque también había dicho Isaías: *Ha cegado sus ojos, ha endurecido su corazón; para que no vean con los ojos, ni comprendan con su corazón, ni* se *conviertan, ni yo los sane*.

Se trata de **Isaías 6,9-10**. Lo vimos en Marcos 4,11-12 (Jesús habla en parábolas).

La primera cita de Juan (Isaías 53, 1) la volvemos a encontrar en la Carta a los **Romanos 10,16**, pero haciendo referencia tanto al rechazo de los judíos como a la necesidad de la predicación:

> "Porque Isaías dice: *Señor, ¿quién ha creído* a *nuestra predicación?* Por tanto, la fe viene de la predicación y la predicación por la Palabra de Cristo".

Pablo aplica las palabras de Isaías a sí mismo. Juan las aplica a Jesús.

19. DENUNCIA de la TRAICION de JUDAS (Sal 41, 10)

Estamos en la última cena. Después del lavatorio de pies, cuando ya el diablo había "inspirado" el corazón de Judas Iscariote para que le entregase, Jesús hace referencia al apóstol traidor:

Juan 13, 18

"‥ .yo conozco a los que he elegido; pero tiene que cumplirse la Escritura: ***El que come mi pan ha alzado contra mí su talón"***

Salmo 41,10:

Hasta mi amigo íntimo en quien yo confiaba,

el que mi pan comía, levanta contra mí su calcañal

Este salmo es la oración de un enfermo abandonado; se queja de que vienen a verle sólo para cuchichear, y que consideran su enfermedad como “cosa del infierno”. Pide a Dios: *“Levántame y les daré su merecido”.* Así y todo, resultaba tentador citar el versículo 10 en semejante circunstancia. La Escritura dice “mi pan *comía”,* refiriéndose al amigo más íntimo que venía a su casa antes de estar enfermo. Jesús dice: “el que *come* mi pan”, puesto que acababan de cenar juntos. Hay que poner al día las viejas Escrituras para que resulten congruentes con la situación actual.

Marcos, Mateo y Lucas narran el anuncio de la traición de Judas, pero no citan las Escrituras.

20. EL ODIO del MUNDO (Salmo 35, 19)

Seguimos con el evangelio de Juan. Durante la misma última cena, después de la queja de Jesús acerca de ser traicionado por quien come el pan con él, anuncia su traición y a continuación tiene lugar el larguísimo discurso de despedida. Aproximadamente hacia la mitad, tras las referencias a "la vid verdadera", habla a sus discípulos del odio que el mundo les tendrá, como le tienen a él.

Juan 15, 25: "Nos odian a mi y a mi Padre. Pero así se cumple lo que está escrito en su Ley:

Me han odiado sin motivo.

(Se trata de las palabras de un salmo):

Salmo 35, 19:

No se rían de mí mis enemigos pérfidos,
no se guiñen sus ojos ***los que me odian sin motivo.***

La misma idea se repite en el Salmo 69,5a (*Más numerosos que los cabellos de mi cabeza los que sin causa me odian)* pero que Juan no usó.

Son dos ejemplos de *lamentación,* como puede verse en los Salmos: 22, 35, 59, 69, 70, 109. Los justos, cuando eran perseguidos o se encontraban en circunstancias adversas, recurrían a Yahvé para lamentarse e invocar su protección. A Jesús le hubiese venido bien cualquiera de ellos, pues ninguno se escribió para él expresamente.

21. LA HORA DECISIVA (Isaías 43, 12)

Después de la Cena, Jesús advierte a sus discípulos:

Lucas 22,37

"... .porque os digo que es necesario que se cumpla en mí esto que está escrito: *Ha sido contado entre los malhechores"*

(La cita forma parte del Cuarto Canto del Siervo de Yahvé. El versículo completo dice):

Isaías 53, 12

Por eso le daré su *parte entre los grandes, y con poderosos repartirá despojos; ya que indefenso se entregó a la muerte y* ***con los rebeldes fue contado,*** *cuando él*

llevó los pecados de muchos e intercedió por los rebeldes.

Jesús dice “malhechores” (“inicuos” según los Setenta) en lugar de “rebeldes”.

Lucas tuvo una versión distinta al original de que hoy disponemos (el texto masorético, hebreo, dice “pecadores”), o bien le pareció que “malhechores” era más apropiado, puesto que había sido crucificado entre dos ladrones. El término “rebelde”, en aquellos tiempos de rechazo, incluso armado, contra Roma, no resultaba muy conveniente.

Ya nos hemos referido al Siervo de Yahvé en varias ocasiones. No es necesario insistir más en que no se refiere a Jesús, sino al pueblo hebreo.

22. PREDICE la HUIDA de los DISCÍPULOS (Zac 13, 7)

Acabada la Cena, cantando himnos, salieron hacia el monte de los olivos. Jesús les dice:

Marcos 14,26

“Todos os vais a escandalizar, ya que está escrito:

Heriré al pastor y se dispersarán las ovejas

(En este caso, Mateo sigue a Marcos al pie de la letra. Sólo añade *del rebaño*. Lucas y Juan no cuentan esta escena. La cita pertenece a un versículo de Zacarías):

Zacarías 13, 7

¡Despierta, espada, contra mi pastor,
y contra el hombre de mi compañía!
¡Heriré al pastor y se dispersarán las ovejas,
y tornaré mi mano contra los pequeños!
Y sucederá en toda la tierra
que dos tercios serán exterminados
y el otro tercio quedará en ella.
Yo meteré en el fuego a este tercio:
los purgaré como se purga la plata
y los probaré como se prueba el oro.

Según la nota de la Biblia de Jerusalén, el pastor es aquí, no ya el buen pastor ni el malo del capítulo 11, sino, sin más precisiones, el jefe del pueblo, lugarteniente de Yahvé. La espada que le va a herir entregará a todo el pueblo a la prueba final, que ha de preceder al tiempo de la salvación. Esta prueba se describe con las imágenes clásicas de las ovejas sin pastor, del Resto, del tercio, del fuego

que acrisola. Pero el final es consolador, como tantas veces sucede con los oráculos de los profetas: *Invocará él mi nombre y yo le atenderé. Diré: "¡Él, mi pueblo!", y él dirá: "¡Yahvé, mi Dios!".*

Este es uno de los muchos textos que se consideran mesiánicos. El Mesías debería ser el pastor herido. Las ovejas dispersas, el pueblo hebreo que quedará indemne después de la aniquilación de "los dos tercios", y que una vez purgado, se convertiría de nuevo a Yahvé y le proclamaría su Dios. Demasiado complicado para aplicarlo a Jesús y sus seguidores. Jesús bien podría compararse con aquel "pastor" herido, pero sus discípulos eran demasiado poco numerosos para ser "el tercio" restante después de un exterminio masivo que no se sabe a qué se refiere. No podía referirse a la destrucción de Jerusalén, pues la vuelta del pueblo-discípulos a Dios ya tuvo lugar antes de eso. La profecía sólo anticipaba la previsible huida de los discípulos.

Hay en Ezequiel 34,1 y siguientes, una invectiva contra los pastores de Israel, es decir, los reyes, que en vez de reinar con justicia, abusaban del pueblo o descuidaban sus debe-

res para con él. Pero Yahvé no habla de exterminio, ni de herir a ningún pastor, ni de ovejas que volverán a reconocerle como Dios, sino, simplemente, de que Yahvé mismo se va a hacer cargo de ellas, recogiéndolas de todos los lugares en los que están dispersas.

23. ANTE el SANEDRÍN (Daniel 7, 13 y Salmo 110, 1)

En Marcos encontramos a Jesús llevado ante el consejo del Sanedrín, formado por los sumos sacerdotes, los ancianos y los escribas. Después del testimonio de algunos supuestos testigos, el Sumo Sacerdote (no se dice que sea Caifás) le pregunta directamente:

Marcos 14, 61b-62

"¿Eres tú el Cristo, el Hijo del Bendito? Jesús respondió: *Sí, yo soy, y* ***veréis*** *al Hijo del Hombre sentado a la diestra del Padre y venir entre las nubes del cielo*"

Aquí se trata de una combinación de Daniel 7,13 (el Hijo del hombre entre las nubes del cielo) y Salmo 110,1 (sentado a la diestra de Dios). Pero en Daniel no se dice que el

Hijo del hombre se sentara a la diestra de Dios, sino que fue llevado a su presencia. Veamos el texto original.

Daniel 7,13-14

Yo *seguía contemplando en las visiones de la noche.*

Y *he aquí que* ***en las nubes del cielo venía como un Hijo de hombre****. Se dirigió al Anciano y* ***fue llevado a su presencia****. A él se le dio imperio, honor y reino, y todos los pueblos, naciones y lenguas le sirvieron.*

Hijo de hombre significa simplemente "hombre" (al menos en numerosos casos en el NT). En Daniel **7,1-7** se habla de las cuatro "bestias", que representan a los imperios asirio, medo, persa y macedonio. En contraposición, el estado ideal judío (los santos) tiene forma de hombre. A "los santos" se les dará el reino, según los versículos 18 y 22. Esta figura, Hijo de hombre, con el tiempo acabó convirtiéndose en un ser personal que, siguiendo el Salmo 110, se sentaría a la diestra de Dios y desde allí vendría a presidir el juicio final. Pero ese Hijo de hombre no era Jesús (aunque él se lo aplicara a sí mismo, según los evangelistas) sino el pueblo de los santos, los israelitas En Daniel, pues, se trata de un personaje que representa a una colectividad, no a

un individuo. Fue más tarde cuando tuvo lugar la transformación por obra de los escribas judíos.

Pero es interesante recalcar que, según **Marcos**, Jesús dijo a los presentes que “ellos” **verían** al hijo del hombre (es decir, “a mí”, en una posición gloriosa.

Mateo (26,64), al seguir a Marcos, añade una frase que recalca esta idea de cercanía de la venida de Jesús:

“El Sumo Sacerdote Caifás le dice: Yo te conjuro por Dios vivo a que nos digas si tú eres el Cristo, el Hijo de Dios. Dícele Jesús: “Sí, tú lo has dicho. Y yo os declaro que a partir de ahora veréis al *Hijo del hombre sentado a la diestra del Poder y venir sobre las nubes del cielo”*

No sólo dice “veréis”, sino “a partir de ahora”.

Pero **Lucas (22,69)** cambia las cosas al cambiar las palabras del Maestro:

“El Consejo de los Ancianos le conmina: Si eres tú el Cristo, dínoslo. Respondió: “De ahora en adelante, el Hijo del hombre *estará sentado a la diestra* del poder de Dios”.

Lucas evita el “veréis” y de esta forma la frase “de ahora en adelante” pierde el sentido que tenía en Mateo. Del mismo modo prescinde de la referencia a Daniel: vendrá en las nubes del cielo. Evidentemente, la vuelta de Jesús no le parecía a Lucas tan cercana cuando él escribe y por esa razón acomoda la frase del Maestro a sus intereses o vivencias.

Nada de esto se cuenta en el evangelio de Juan.

Los sinópticos, vistos en paralelo, nos permitirán ver mejor las diferencias.

Marcos 14,62	**Mateo 26,64**	**Lucas 22,69**
*y v**eréi**s al Hijo del h*	***a partir de ahora***	***…de ahora en adelante***
sentado a la diestra del	***veréis…***(como Mc)	*el Hijo del h. estará*
Poder y venir entre		*sentado a la diestra*
las nubes del cielo		*del poder de Dios.*

Por supuesto que, como otras veces, surge la duda acerca de cuál fue, de las tres, la frase que dijo Jesús. Incluso pudiera suponerse, tal y como están las cosas en los evangelios, que no fuese ninguna de ellas, como cabe deducir del evangelio de Juan 18,19-21 donde lo que dice Jesús nada tiene que ver con lo referido por los sinópticos:

El Sumo Sacerdote le interroga sobre sus discípulos y su doctrina, no se interesa por la idea de que sea el Cristo. Jesús responde: “He hablado abiertamente ante todo el mundo, en la sinagoga y en el Templo, y no he hablado nada a ocultas. ¿Por qué me preguntas? Pregunta a los que me han oído”.

24. MUERTE de JUDAS

Judas, arrepentido por haber entregado a Jesús a las autoridades judías, devuelve las treinta monedas que le dieron por su traición y acto seguido “se ahorcó”. Los sumos sacerdotes compraron con ellas el Campo del Alfarero como lugar de sepultura para los forasteros. “Por esta razón ese campo se llama “Campo de Sangre”, hasta hoy”.
Es Mateo quien lo cuenta.

Mateo 27, 9-10

“Entonces se cumplió el oráculo del profeta **Jeremías**:

y tomaron las treinta monedas de plata,
cantidad en que fue tasado aquel a quien pusieron
precio algunos hijos de Israel, y las dieron por
el campo del Alfarero, según me ordenó el Señor.

Mateo es el único que transmite esta historia. Es un buen ejemplo de manipulación de las Escrituras por sus características especiales.

En primer lugar, no se trata de Jeremías, sino de Zacarías. En segundo lugar, Zacarías no dice lo que transmite Mateo. Sólo habla de treinta monedas de plata que le habían dado a él, a Zacarías, por apacentar unas ovejas en nombre de Yahvé y representándolo a él. A Yahvé le parece irrisorio el jornal y le dice al profeta que lo eche al tesoro. He aquí la cita:

Zacarías 11,12-13

"Les dije (a los tratantes de ovejas): *Si os parece bien, dadme mi jornal; si no, dejadlo. Ellos pesaron mi jornal: treinta siclos de plata. Mas Yahvé me dijo: ¡Échalo al tesoro esa lindeza de precio en el que he sido valorado por ellos".*

No hay ninguna referencia al Campo del Alfarero, así que tuvo que buscarla en otro lugar. Y aquí viene lo más sorprendente: encontró en **Jeremías 32, 6-15** la historia de la compra por el profeta de un campo, el de Anatot:

Dijo Jeremías: He recibido una palabra de Yahvé que dice así: "He aquí que Hanamel, hijo de tu tío Sal-lum, va a dirigirse a ti diciendo: Ea, cómprame el campo de Anatot, porque a ti te toca el derecho de rescate para comprarlo.

Y en el mismo profeta, en **18, 1-12**, una especie de parábola en acción (otros también utilizan este procedimiento pedagógico: Ezequiel, Oseas, Isaías) en la que se habla de un alfarero a quien se le estropea el cacharro que estaba haciendo y al fin acaba haciendo otro diferente. Yahvé dice que él también puede hacer con Israel lo mismo que el alfarero con el barro.

Con estas tres escenas (treinta monedas echadas al tesoro, más un campo comprado, más un alfarero), Mateo, juntándolas, creó una cita inexistente. No se puede llegar más lejos para convencer a los lectores de que las Escrituras se cumplían en todo lo referente a la vida de Jesús, pues aunque aquí se trate de Judas está claro que este personaje tuvo una enorme importancia en la misión del Maestro.

Por otra parte, Mateo afirma que el campo del alfarero fue comprado por los sacerdotes, puesto que las monedas que Judas, arrepentido, les había precio de sangre. Sin embargo, Lucas, en su libro Hechos de los Apóstoles, dice que el campo lo compró el propio Judas.

Si todo esto fuese histórico, no sabríamos a qué atenernos.

25. REPARTO de las VESTIDURAS (Salmo 22, 19)

El evangelista Juan nos cuenta que, después de ser crucificado Jesús, los soldados se reparten sus vestidos y su túnica. Se trata de nuevo de un salmo de lamentación, el mismo que Jesús comenzó a rezar en el momento de su muerte.

Salmo 22,19

Se reparten entre sí mis vestiduras y se sortean mi túnica

Aunque algunas expresiones parecen retratar la situación de Jesús, en conjunto lo hacen demasiado exactamente para tratarse de una profecía, uno de cuyos rasgos típicos es precisamente la ausencia de exactitud y claridad. Pero

es lo que sucede con los salmos de lamentación: en todos ellos hay alguien que sufre, y ese sufrimiento se describe con imágenes poéticas de una gran fuerza. Los padecimientos de Jesús coincidían, por supuesto, con los de aquellos personajes de los salmos.

El exegeta católico Simon Légasse (*El proceso de Jesús*) sostiene que “la costumbre de entregar a los verdugos los efectos personales de los ajusticiados estaba legalizada entre los romanos”. El reparto de las vestiduras puede ser, por tanto, un hecho histórico. Pero la escena, tal y como la cuenta Juan, admite Légasse, revela la mano del evangelista. No parece que hubiera sorteo alguno, y el hecho de que la túnica de Jesús fuese “de una sola pieza”, sin costuras, como la que usaban los Sumos Sacerdotes, hace pensar en que Juan estaba queriendo insinuar (descaradamente para sus lectores de aquellos tiempos) el sacerdocio de Cristo. S. Légasse termina: “La pluma del cuarto evangelista ha sido guiada por un afán de verosimilitud a la hora de presentar el detalle de la túnica indivisible, justificando así el procedimiento en cuestión”.

26. LA LANZADA (Salmo 19, 36-37)

Una vez muerto Jesús, los soldados no le quebraron las piernas porque lo hallaron ya muerto, pero uno de ellos le atravesó el costado con una lanza.

Juan 19, 36-37

"Y esto sucedió para que se cumpliera la Escritura:
No le quebrará hueso alguno. (**Salmo 34,21**)
Y también otra Escritura dice:
Mirarán al que traspasaron. (**Zacarías 12,10**)

Los otros evangelistas no narran esta escena.

El salmo 34 es un canto de confianza en Dios a pesar de todas las adversidades. La estrofa completa nos aclara el sentido de la frase de Juan):

Salmo 34, 21

Muchas son las desgracias del justo,
pero de todas le libera Yahvé;
todos sus huesos guarda,
no será quebrantado ni uno solo.

El justo no es Jesús, sino todo el que cumple las normas divinas contenidas en la Ley.

En cuanto a la cita de Zacarías, escrita tras la vuelta del exilio, cuando los griegos ya dominaban la zona, el contexto nos habla de una restauración de la casa de David. Hay que retrotraerse al capítulo 9 para entenderlo mejor. Allí se habla de una nueva tierra hebrea, que incluirá las ciudades arameas, fenicias y filisteas. El oráculo alude a una conquista, interpretada como una acción de Yahvé, pero que se refiere a la de Alejandro Magno en el 333 ad. Sigue hablando de un rey, montado en un asno, que restaurará el reino hebreo tal y como lo extendieron David y Salomón (nada de lo cual hizo Jesús). Continúan los versos dedicados a la restauración de Israel hasta el final del libro, donde se cuenta el definitivo esplendor del pueblo hebreo cuando acudan a Jerusalén todas las naciones para adorar a Yahvé. En este contexto, se cita una frase como la de Juan:

Zacarías 12, 9-10

Aquel día me pondré a destruir a todas las naciones. que vengan contra Jerusalén. Derramaré sobre la casa de David y sobre los habitantes de Jerusalén un espíritu de gracia y de oración. Y mirarán a aquel a quien traspasaron: harán lamentación por él como lamentación por hijo único, y le llorarán amargamente como se llora amargamente a un primogénito.

No hubo, en tiempos de Jesús, ninguna destrucción de naciones por Dios, ni la casa de David existía, ni hubo entonces ese derramamiento de gracia. "El que traspasaron" aparece de improviso en medio del gozo de una restauración que por cierto resulta escatológica, es decir, propia de los últimos tiempos, que no se sabe cuando llegarán.

No tiene ningún sentido que el profeta piense en un Mesías traspasado si está hablando de un tiempo que aún hoy todavía no ha llegado. Por otra parte, los únicos que lloraron a Jesús fueron los suyos, no todo el país, como sigue diciendo el oráculo de Zacarías. Pero a Juan le venían de perlas las cuatro palabras de Zacarías. Y las colocó allí.

APÉNDICE a los EVANGELIOS

NOTAS al EVANGELIO DE MARCOS

I.-Hay en Marcos un par de referencias a las Escrituras que no se citan: durante la Cena, Jesús anuncia la traición de Judas (Marcos 14, 17-21): "Os aseguro que me entregará uno de vosotros...Uno de los Doce que moja conmigo en el plato. Porque el Hijo del hombre se va, como **está escrito de él**, pero ¡ay de aquel por quien el Hijo del hombre es entregado! ¡Más le valdría a ese hombre no haber nacido!".

Le siguen Mateo y Lucas al pie de la letra.

Pero ni el Maestro ni el autor del relato nos informan de qué Escritura se trata. No existe ningún texto bíblico que diga eso del Hijo del hombre.

Un poco más adelante, Marcos transcribe otra frase de Jesús en el momento de ser prendido. Mateo y Lucas le siguen, aunque con ciertas diferencias:

Marcos 14, 49	Lucas 22, 53
Todos los días estaba junto a vosotros, enseñando en el Templo y no me detuvisteis. **Pero es para que se cumplan las Escrituras.**	Estando todos los días en el Templo entre vosotros, no me pusisteis las manos encima. **Pero ésta es vuestra hora y el poder de las tinieblas.**

Mateo 26,52-56 (Alguien corta una oreja al siervo el Sumo sacerdote) “Vuelve tu espada a su sitio... ¿Piensas que no puedo rogar al Padre, que pondría a mi disposición más de doce legiones de ángeles? Mas, ¿cómo **se cumplirían entonces las Escrituras de que así debe suceder?...** Todos los días me sentaba en el Templo para enseñar, y no me detuvisteis. Pero todo esto ha sucedido **para que se cumplan las Escrituras de los profetas”**

Jesús se refiere directamente al hecho de ser detenido, pero esto no se dice en el cuarto canto del Siervo.

Nada sabemos tampoco de esta presunta Escritura. Pero podemos ver a Mateo duplicando la frase y a Lucas más prudente incluso que Marcos.

NOTAS a LUCAS

En Lucas aparece una referencia velada a las Escrituras. Jesús resucitado se acerca a dos de sus seguidores que andaban de camino, tristes y desanimados por su muerte, y les dice: “¡Oh, insensatos y tardos de corazón para creer todo lo que dijeron los profetas!... Y empezando por Moisés y continuando por todos los profetas, les explicó **lo que había sobre él en todas las Escrituras”.**

Más que palabras del propio Jesús, aquí se está desvelando lo que hicieron los escribas cristianos con las Escrituras hebreas. Como se dice, de otra forma, en Mateo 13,52: “Así, todo escriba que se ha hecho discípulo del Reino de los Cielos es semejante al dueño de una casa que saca de sus arcas lo nuevo y lo viejo”. O como se dice en Lucas a continuación de la secuencia citaba arriba, dirigiéndose a todos los apóstoles: “Estas son aquellas palabras mías que os hablé cuando todavía estaba con vosotros: **Es necesario que se cumpla todo lo que está escrito en la Ley de Moisés, en los Profetas y en los salmos acerca de mí**. Y, entonces, abrió sus inteligencias para que comprendieran las Escrituras” Es decir, lo que

hicieron los evangelistas y escritores del NT sin necesidad de que Jesús les abriera la inteligencia.

Pero Lucas sigue: “Y les dijo: Así **está escrito** que el Cristo padeciera y resucitara de entre los muertos al tercer día y se predicara en su nombre...”

No existe ningún párrafo de las Escrituras hebreas en las que se diga que el Cristo debía morir y resucitar al tercer día. Lo único que encontramos respecto a esa pretendida profecía es lo que el mismo Jesús dijo a sus apóstoles por tres veces anunciándoles sus próximos sufrimientos, su muerte y su resurrección, según cuentan los sinópticos. Pero parece absurdo que Jesús se apoye en sus propias palabras para presentarlas como una profecía “de las Escrituras”. Más bien habría que buscar la explicación en el trabajo personal de Lucas.

En los tres anuncios de la Pasión, Marcos, Mateo y Lucas coinciden, excepto en la tercera, en la que Lucas (y sólo él) hace una referencia a las Escrituras sin nombrarlas: “Mirad que subimos a Jerusalén y se **cumplirá todo lo que los profetas escribieron del Hijo del hombre,** pues

le matarán y al tercer día resucitará”. Aquí hay un anticipo de lo que el propio Lucas cuenta cuando Jesús ya ha resucitado y habla a los caminantes hacia Emaús. El mismo Lucas, en el libro de los Hechos, insiste en la idea de que la pasión, muerte y resurrección estaba escrita, y otro tanto podemos decir de las cartas de los apóstoles. Lo veremos al analizar esos textos.

Todo ello nos lleva a la conclusión de que en estas palabras atribuidas a Jesús está claramente la mano del evangelista, en este caso Lucas. Marcos nunca menciona los Cantos del Siervo, y Mateo lo hace una vez (Is 53,5) para justificar las curaciones que hacía Jesús, y otra (Is 42,1-4) para defender la tesis del “secreto mesiánico”, nunca como prueba de que los sufrimientos de Jesús habían sido profetizados.

La idea de usar el Cuarto Canto como profecía de la Pasión no debía estar madura todavía, o Marcos y Mateo la desconocían. Cuando escribe Lucas, los seguidores de Jesús habían encontrado ya una explicación a sus sufrimientos y su muerte (pero no a su resurrección) en los pasajes de Isaías 53.

Lo que resulta sorprendente es la referencia a Moisés hablando de estos acontecimientos últimos ocurridos al Cristo: En Moisés, es decir, en el Pentateuco (la Ley), no están. Allí sólo encontramos la referencia a “un profeta”, como veremos en las notas a Juan, pero nada se dice de sufrimientos, muerte en cruz y resurrección. Todo esto son añadidos posteriores.

NOTAS A JUAN

En Juan hay también referencias a las Escrituras sin explicar cuáles son. Hablando a los judíos en Jerusalén, Jesús dice: “Porque si creyerais a Moisés, me creeríais a mí, **porque él escribió de mí**”. Lo que dijo Moisés está escrito en el Deuteronomio 18,15, pero en un párrafo dedicado a la institución del profetismo. No se está refiriendo a Jesús, sino a los profetas en general.
Habla Moisés “a todo Israel”:

“Has de ser totalmente fiel a Yahvé, tu Dios. porque esas naciones que vas a desalojar escucharán astrólogos y adivinos, pero a ti Yahvé, tu Dios, no te permite semejante cosa… (Debe suponerse que ese profeta tendrá como mi-

sión evitar que el pueblo caiga en manos de esos adivinos y magos; hasta aquí habla Moisés, pero sigue Yahvé): Pondré mis palabras en su boca, y él les dirá todo lo que yo le mande... Pero si un profeta tiene la presunción de decir en mi nombre una palabra que yo no he mandado decir, si habla en nombre de otros dioses, ese profeta morirá".

Antes de Moisés no hubo profetas, según la Biblia hebrea; aquí se establecen las reglas de la profecía y el modo de saber si el profeta habla en nombre de Yahvé o no, como se dice en los versículos siguientes. Ese profeta, en singular, que se promete, en realidad se refiere a todos los profetas que vendrán después del líder hebreo. Pero la referencia a Moisés prometiendo la llegada de "un profeta" se convirtió, para el pueblo hebreo, en la esperanza de un mesías. Los escribas cristianos, que eran hebreos, lo repitieron una y otra vez aplicándolo a Jesús. Lo encontramos tanto en los evangelios como en los Hechos y las epístolas.

Sin embargo, Jesús no aparece precisamente como un profeta en los evangelios. En los dichos de Jesús, el Maestro sólo atribuye este título a Juan el Bautista, de quien di-

ce que es el último de ellos (si Jesús hubiese sido un profeta, Juan debería haber sido el penúltimo), y respecto a sí mismo, lo hace un par de veces y de forma indirecta: cuando van a Nazaret y les predica a sus conocidos, e1:!tos se escandalizan y él dice (Mateo 13,57): “Un profeta sólo en su tierra y en su casa carece de prestigio”; y camino de Jerusalén, según Lucas (13,33): “Conviene que hoy y mañana y pasado siga adelante, porque no cabe que un profeta perezca fuera de Jerusalén”. El hecho de que el Nazareno apenas aparezca como profeta, se explica porque “habiéndose difundido el carisma profético en la iglesia primitiva después de Pentecostés, este título de Jesús cayó pronto en desuso ante otros títulos más específicos: Mesías e Hijo de Dios” (Biblia de Jerusalén).

No se explica, por tanto, el desmesurado interés por el pretendido anuncio de Moisés en Deuteronomio 18,15, que, por otra parte, como hemos visto, nada tiene que ver con Jesús. Lo más probable es que los escribas cristianos quisieran demostrar que “toda la Biblia hebrea”, desde el principio hasta el final, hablaba de él.

NOTAS al LIBRO DE LOS HECHOS

En diversas ocasiones, Lucas hace referencia a palabras de la Escritura sin especificar su procedencia.
Esteban, uno de los seguidores helenistas, termina su encendido discurso:
"¿A qué profeta no persiguieron vuestros padres? Ellos mataron a **los que anunciaban de antemano la venida del Justo**, de aquel a quien vosotros ahora habéis traicionado y asesinado" (7,52).

Pedro acaba su discurso en casa de Cornelio, el centurión romano:
"De este (Jesús) **todos los profetas dan testimonio** de que todo el que cree en él alcanza, por su nombre, el perdón de los pecados"

Pablo está en Tesalónica y "durante tres sábados discutió con ellos (los judíos) **basándose en las Escrituras**" (17,2), o bien en Acaya, donde "refutaba vigorosamente a los judíos **demostrando por las escrituras** que el Cristo era Jesús" (18,28), y más tarde en Roma: "El les iba exponiendo el Reino de Dios, intentando persuadirles (a los ju-

díos) acerca de Jesús **basándose en la Ley de Moisés y en los profetas** (28,23).

PROFECÍAS en HECHOS, EPÍSTOLAS y APOCALIPSIS

En Hechos, las cartas y el Apocalipsis, como era de suponer, también se recurre a las Escrituras hebreas. Pero ahora las circunstancias son distintas y hay que buscar en ellas los versículos que prueben las nuevas creencias:

1) Jesús ha resucitado. La cita que "lo prueba" aparece en Hechos.

2) Todos los difuntos resucitarán también. Lo vemos en 1Corintios.

3) En vista del rechazo judío, surge la necesidad de predicar a los gentiles. Se trata de probar en Hebreos, Romanos y Gálatas.

4) El pueblo elegido había sido el hebreo, ahora es la comunidad cristiana. Aparecen las citas en las epístolas a Tito, 1Pedro y en Apocalipsis.

5) Del mismo modo, frente a la antigua alianza, los cristianos disponen de una nueva. Pretende probarlo la epístola a los Hebreos.

6) Y lo más importante: Jesús no era sólo un ser humano, sino que forma parte de la divinidad. Las pruebas se encuentran en Filipenses, Efesios y Apocalipsis.

1. LA RESURRECCIÓN de JESÚS

Hechos de los Apóstoles

Pedro, tras el prodigio de Pentecostés, se dirige a los judíos, estupefactos por lo ocurrido, y les habla de Jesús Nazareno, "a quien vosotros matasteis clavándole en la cruz por mano de los impíos", y quiere demostrar a los oyentes que ese Jesús ha resucitado, librándose de los dolores del Hades. Para ello, recurre a un Salmo, introduciéndolo con las palabras: ***"Porque dice de él David",*** como si hubiese sido escrito por el monarca hebreo para hablar de Jesús. Pero el Salmo 16, al que se refiere, no fue escrito por David, sino por un levita para quien Yahvé

es su heredad, y comienza hablando a sus contemporáneos que trataban de unir a la adoración de Yahvé, el culto de los dioses locales. Pero, además, el salmo ha sido citado según la versión griega, que introduce un cambio importante en el texto:

Hechos, 2, 25-28

Veía constantemente al Señor delante de mí, puesto que está a mi derecha para que no vacile. Por eso se ha alegrado mi corazón y se ha alborozado mi lengua, y hasta mi carne reposará en la esperanza de que no abandonarás mi alma en el Hades ***ni permitirás que tu santo experimente la corrupción.*** *Me has hecho conocer caminos de vida, me llenarás de gozo con tu rostro.*

Salmo 16, 8-11

*Pongo a Yahvé ante mí sin cesar, porque él está ante mí, no vacilo. Por eso se me alegra el corazón, mis entrañas retozan y hasta mi carne en seguro descansa; pues no has de abandonar mi alma al seol****, ni dejarás a tu amigo ver la fosa.*** *Me enseñarás el camino de la vi-*

da, hartura de goces delante de tu rostro, a tu derecha delicias para siempre.

El texto hebreo sólo expresaba el deseo de escapar a la muerte inminente: “No dejarás que tu fiel vea la fosa”; es decir: “No permitas que muera”. Pero la versión griega de los Setenta traduce “fosa” (tumba) por corrupción, introduciendo una idea totalmente nueva que es la que permite a Pedro argumentar acerca de la resurrección: Jesús resucitó porque su carne no experimentó la corrupción, según dijo David, porque (añade Pedro en su discurso) éste, siendo profeta, vio a lo lejos y habló de la resurrección de Cristo.

No satisfecho con este argumento, Pedro (2,33-35) añade otro Salmo (el 110,1; que ya vimos en Mateo):

Hechos 2,33-35: *Exaltado por la diestra de Dios*, ha recibido del Padre el Espíritu Santo prometido y ha derramado lo que vosotros veis y oís. Pues David no subió a los cielos y sin embargo dice:
Dijo el Señor a mi Señor: Siéntate a mi diestra, hasta que ponga a tus enemigos por escabel de tus pies.

Ya vimos esta cita en Marcos, Mateo y Lucas, cuando Jesús la trae a colación para pasmar a sus oyentes con la idea de que si David llama Señor al Cristo, es que este no puede ser su hijo, su descendiente, contradiciendo así toda la tradición hebrea al respecto. Jesús se limitó a expresar este novedísimo pensamiento, pero Pedro utiliza el salmo con otra intención: demostrar la resurrección de Jesús, lo que el Maestro nunca hizo. Obsérvese de qué modo, una misma cita sirve a los escribas para obtener distintas conclusiones. Lo veremos en otros lugares.

Pero Pedro introduce también la expresión "***exaltado por la diestra de Dios***", inspirada en el Salmo 118,16. Este salmo lo cantaba la comunidad judía en la fiesta de las Tiendas y quien habla es esa comunidad, personificada en un solo individuo:

Salmo 118

En mi angustia llamé a Yahvé / y él me respondió /

Me rodeaban todos los gentiles, / en el nombre de Yahvé los cercené /Se me empujó para abatirme /pero Yahvé vino en mi ayuda, ….Clamor de júbilo y salvación / en las tiendas de los justos. La diestra de Yahvé hace proezas / ***excelsa la diestra de Yahvé.***

Esta última frase en negrita, en otras versiones de la Biblia hebrea se traduce por: ***la diestra de Yahvé me ha exaltado.*** Pedro lo aplica a Jesús.

Es evidente que la unión de estos dos versos (*siéntate a mi diestra,* del Salmo 110, 1 y *exaltado a la diestra de Yahvé, d*el 118,16) influyó decisivamente en los escribas cristianos para demostrar que Jesús había resucitado realmente. Y se veían forzados a demostrarlo porque esa resurrección no era evidente, ya que sólo se apareció a los suyos, como afirma Pedro: "A éste, Dios le resucitó al tercer día y le concedió la gracia de aparecerse, no a todo el pueblo, sino a los testigos que Dios había escogido de antemano" (10,40-41).
Pablo, en la sinagoga de Antioquía de Pisidia, habla a los judíos reunidos:

Hechos 13, 32-33 - Cita Salmo 2,7 e Isaías 55,3
"Os anunciamos la Buena Nueva de que la promesa hecha a los padres Dios la ha cumplido en nosotros, los hijos, al resucitar a Jesús, como está escrito en el salmo primero: *Hijo mío eres tú; yo te he engendrado hoy.* Y que resucitó

de entre los muertos para nunca más volver a la corrupción, lo tiene declarado: Os *daré las cosas santas de David, las verdaderas".*

El Salmo 2 presenta a un rey (ungido, Mesías) guerrero, contra el que conspiran los reyes de la tierra y a los que él quebrantará con cetro de hierro. Se trata de un salmo que los mismos israelitas consideran mesiánico, probablemente por su carácter bélico. De todas formas no es un argumento relacionado con la resurrección, como resulta evidente; la frase tiene en la Biblia el sentido de elegir a un rey.

Es por eso que la **Carta a los Hebreos** también utiliza esta frase, pero con diferente intención: una vez (1,5), para probar que Cristo es superior a los ángeles, y otra (5,5), para demostrar el sumo sacerdocio de Cristo porque se lo dio quien pronunció esas palabras.

Tampoco resulta convincente la cita de Isaías, *os daré las cosas santas de David, las verdaderas.* La Biblia hebrea no se refiere a ninguna resurrección, sino al hecho de dar al pueblo hebreo el caudillaje de las naciones:

Isaías 55, 3b-4

Vaya firmar con vosotros una alianza eterna:
las amorosas y fieles promesas hechas a David.
Mira que te he puesto por testigo de las naciones,
caudillo y legislador de las naciones.

Más bien parece ser, esa cita puesta en boca de Pablo, una introducción a lo que viene después: “Por eso dice también en otro lugar: *No permitirás que tu santo experimente la corrupción* (Salmo 16,10), utilizado también por Pedro, como hemos visto, para demostrar la resurrección de Jesús. Véase allí lo referente a este Salmo 16.

2. LA RESURRECCIÓN de los DIFUNTOS

1Corintios

En 15,54-55 se dice, hablando de la resurrección futura, de la que fue primicias la resurrección de Cristo:

1Corintios 54-55:

“Y cuando este ser corruptible se revista de incorruptibilidad, y este ser mortal se revista de inmortalidad, entonces se cumplirá la palabra de la Escritura:

La muerte ha sido devorada en la victoria (Is 21,8)***.***

¿Dónde está, 0h muerte, tu victoria?

¿Dónde está, oh muerte, tu aguijón?" (Oseas 13,14) (Pablo cita aquí a Isaías y a Oseas conjuntamente).

Isaías 25, 8

(Yahvé) consumirá a la Muerte definitivamente, *enjugará el Señor Yahvé las lágrimas de todos los rostros, y quitará el oprobio de su pueblo de sobre toda la tierra… Moab será aplastado en su sitio como se aplasta la paja en el muladar... Yahvé abajará su altivez y el esfuerzo de sus manos…*

Oseas 13, 14:

¡De la mano del seol los libraré, de la muerte los res catarté!

¿Dónde están, muerte, tus pestes? ¿Dónde tus azotes, seol?

El texto de Oseas está escrito, según el contexto, pensando en la supervivencia de la nación hebrea. El seol era el lugar donde se creía que iban los difuntos; en realidad es sinónimo de "muerte", como puede comprobarse, al menos aquí, por el paralelismo a que la poesía hebrea nos tiene

acostumbrados. Pablo cambia el sentido de ambos textos y lo aplica a la resurrección de los individuos, pero es obvio que no era esa la intención de los autores de la Escritura. Por otra parte, la muerte sigue haciendo su trabajo de siempre.

3. NECESIDAD de PREDICAR a los GENTILES

Hechos de los Apóstoles

Pablo y Bernabé están en Antioquía de Pisidia. Se había reunido mucha gente, además de los judíos, para escuchar a Pablo y Bernabé. Los judíos abuchean e insultan. Ellos se dan cuenta de que deben dirigirse a los gentiles que iban a la sinagoga, los llamados prosélitos, y para justificar esa decisión, mencionan a Isaías:

Hechos 13,47

"Era necesario anunciaros a vosotros en primer lugar la Palabra de Dios, pero ya que la rechazáis... "Mirad que nos **volvemos a los gentiles, pues así nos lo ordenó el Señor:** (Isaías 49,6)

Te he puesto como luz de los gentiles,
para que lleves la salvación hasta el fin de la tierra.

Pero las palabras que cita Pablo son las de Yahvé dirigiéndose a su profeta, a Isaías, como se ve fácilmente leyendo todo el pasaje completo. Pablo se las apropia como si hubiesen sido dirigidas a él.

Pablo da por supuesto que "el Señor" le ha ordenado volverse a los gentiles. El texto completo de Isaías parece referirse más bien al propio profeta: así todas las frases cobrarían sentido. Pero si se trata del Segundo Canto del Siervo, sabemos ya que se refiere al pueblo fiel. A Pablo nadie le dijo tal cosa. Fueron las circunstancias las que le obligaron, a él y a otros apóstoles (no a todos), a volverse a los paganos cuando se vieron rechazados. Esto sucedió también a Pedro, según cuenta Lucas, cuando tuvo una visión y fue invitado a casa de un gentil, un tal Cornelio, centurión romano, caritativo y piadoso, a quien bautizó. Y cuando se produce una controversia entre los que afirman que los gentiles deben circuncidarse y cumplir la Ley de Moisés y los que desean librarles de tales obligaciones, Lucas pone en boca de Santiago (en realidad es un discurso de los predicadores helenistas) una cita de Amós, pero tomada de la traducción griega:

Hechos 15, 16-17

Después de esto volveré y reconstruiré la tienda de David que está caída; reconstruiré sus ruinas y la volveré a levantar.

Para que el resto de los hombres busque al Señor, y todas las naciones consagradas a mi nombre.

Se refiere a Amós 9, 11-12 (B. hebrea):

El día aquel yo levantaré la cabaña de David ruinosa, repararé sus brechas y restauraré sus ruinas. La reconstruiré como en los días de antaño, ***para que hereden lo que queda de Edom y de todas las naciones sobre las que se haya invocado mi nombre.***

Las diferencias son tan notables que no puede dudarse de algo obvio, sobre todo si se acaba de leer lo que sigue de Amós: el profeta no se estaba refiriendo a que los cristianos se volvieran a los gentiles. Pero resultó ineludible hacerlo. Al final de Hechos, Pablo, hablando a los judíos de Roma, que no acaban de convencerse, les repite aquellas palabras de Isaías que en los sinópticos servían para justificar el embotamiento de quienes escuchaban a Jesús:

Ve a encontrar a este pueblo y dile: Escucharéis bien, pero no entenderéis; miraréis bien pero no veréis, porque se ha embotado el corazón de este pueblo, han hecho duros sus oídos, etc.

No insistiremos en este texto, puesto que ya lo analizamos extensamente en aquel1a ocasión. Sólo repetir lo que Pablo añade después de la cita: "**Sabed, pues, que esta salvación de Dios ha sido enviada a los gentiles; ellos sí que la oirán**" (Hechos 28, 28).

Romanos

En 15, 7-12, el autor trata de probar una vez más que los gentiles han sido llamados por Dios para que le glorifiquen por su misericordia, "como dice la Escritura" (alusión al **salmo 18**): "*Por eso te bendeciré entre los gentiles y ensalzaré tu nombre".*

Pero la cita no dice tal cosa, no habla de que los gentiles glorificarán a Dios, sino de un judío que hará tal cosa entre los gentiles:

Salmo 18, 50

Tú me liberas de mis enemigos, me exaltas sobre mis agresores, me liberas del hombre violento. ***Por eso te alabaré entre los pueblos, a tu nombre, oh Yahvé, salmodiaré.***

¿Quiénes son los agresores y los enemigos sino los gentiles? El sentido del salmo se ha trastocado para que diga lo que no dice. Por eso, Pablo insiste:

"Y en otro lugar de la Escritura:

Gentiles, regocijaos juntamente con su pueblo".

Es una cita de Deuteronomio 32,43 tomada de la versión griega de los Setenta. Forma parte del Cántico de Moisés, y de nuevo vuelven a aparecer los *gentiles* como enemigos del pueblo hebreo y de Dios:

Deuteronomio 32,43

¡Exultad, naciones con su pueblo...! Porque él vengará la sangre de sus siervos, tomará venganza de sus adversarios, dará su pago a quienes les aborrecen y purificará el suelo de su pueblo.   .

El texto, pues, encierra una contradicción: se anima a *las naciones* (que son realmente gentiles) a que exulten de gozo con el pueblo hebreo, pero ¿por qué razón? Porque ese pueblo *tomará venganza, dará su pago,* a sus enemigos, a quienes les han atacado, que son, también, gentiles. Para el autor del texto existen naciones dignas de la amistad hebrea, y naciones indignas de esa amistad, que deben ser machacadas. Esto último contradecía la idea que Romanos desea exponer, pero a Pablo no le interesa el contexto, lo ignora deliberadamente (en realidad no tenía otra opción) y sólo transmite una pequeña frase, la única que le venía bien. Y continúa (versículo 11):

> "Y de nuevo: *Alabad, gentiles todos, al Señor*
> *y cántenle himnos todos los pueblos"*

El texto completo es:

Salmo 117 (sólo contiene dos versículos)

¡Alabad a Yahvé, todas las naciones,
celebradle, pueblos todos!
Porque es fuerte su amor hacia nosotros,
la lealtad de Yahvé dura por siempre.

Este salmo no es más que una invitación a la alabanza, como lo titula la Biblia de Jerusalén. Una invitación no supone una realización, ni una orden de que se realice, no es una profecía sino un simple deseo. Por lo tanto resulta un argumento muy débil para probar lo que Pablo intenta. Pero el apóstol sigue:

> "Y a su vez Isaías dice:
>
> *Aparecerá el retoño de Jesé, el que se levanta para imperar sobre los gentiles. En él pondrán los gentiles su esperanza"*

El texto original dice:

Isaías 11, 10

> *Aquel día la raíz de Jesé, que estará enhiesta para estandarte de los pueblos, las gentes la buscarán, y su morada será gloriosa.*

Se trata del comienzo de un poema que pertenece al ciclo de la vuelta del destierro babilónico. Los desterrados tras la ruina de Jerusalén procederán de todos los países circundantes; por eso el poema continúa:

Aquel día volverá el Señor a mostrar su mano
para recobrar al resto de su pueblo
que haya quedado de Asur y de Egipto,
de Patrós, de Kus, de Elam, de Senaar, de Jamat
y de las islas del mar.

Y termina describiendo cómo los enemigos de Israel (filisteos, edomitas, moabitas y ammonitas) quedarán bajo el dominio "de su mano" y el mismo Dios colaborará con su poder violento a la hegemonía y superioridad del pueblo hebreo. Difícilmente puede aducirse este texto en favor de la tesis de que los *gentiles* han sido llamados para incorporarse a la nueva comunidad.

Gálatas

Pablo vuelve a insistir en la justificación de los *gentiles,* tema tan querido para él. En esta ocasión (3,8) escribe:

"La Escritura, previendo que Dios justificaría a los gentiles por la fe, anunció con antelación a Abraham esta buena nueva:

En ti serán benditas todas las naciones".

La cita es de Génesis:

Gen 12, 3

Bendeciré a quienes te bendigan....

Por ti se bendecirán todos los linajes de la tierra

(Pero es el caso que la frase en negrita, citada en esta carta, traducida en sentido estricto no dice eso, sino esto otro):

¡Las gentes se dirán: Bendito seas como Abraham!

Se trata de una fórmula que se repite en otros lugares del Génesis: 18,18; 22,18; 26,4 Y 28,14). Avalan esta traducción las palabras anteriores a ese texto: *"Engrandeceré tu nombre (Abraham), que servirá de bendición",* y las de 48,20, cuando Jacob bendice a los hijos de José:

"Que con vuestro nombre se bendiga en Israel y se diga: ¡Que te haga Dios como a Efraím y Manasés!.

Pero sucedió como otras veces: intervino el texto griego de los Setenta, que había cambiado el sentido de la frase. Pablo se atiene a este texto griego.

En **3,15-16** escribe respecto a que la Ley no anula la Promesa:

“Hermanos, voy a explicarme al modo humano: aun entre los hombres, nadie anula ni añade codicilo alguno a un testamento hecho en regla. Pues bien, las promesas fueron dirigidas a Abraham y a su descendencia. No dice; “y a sus descendientes”, como si fueran muchos, sino a uno solo, *a tu descendencia,* es decir, a Cristo”.

Pablo vuelve a apoyarse en Génesis:

Génesis 12, 7

“Yahvé se apareció a Abram y le dijo: A tu descendencia he de dar esta tierra”

Pablo acaba de decir que “las promesas” fueron hechas a Abraham y a su descendencia, que es Cristo, porque está en singular. Se trata de un abuso de la intención del texto basándose en algo tan sutil como el hecho de que la palabra “descendencia” en singular pudiera, efectivamente, referirse a una sola persona. Pero no es esto sólo, pues hay algo que Pablo trastoca sin más explicaciones: las pretendidas “promesas”, según acabamos de ver en Gen. 12,7 no eran más que el “regalo” de la Tierra Santa que Yahvé le hacía a los descendientes de Abraham (y que por

eso llegó a llamarse Tierra Prometida). ¿Qué tiene que ver esto con el personaje llamado Cristo? Aplicar a Jesús de Nazaret la promesa, hecha a favor de un pueblo sin patria, de poseer una tierra en la que asentarse, es un absurdo. A menos que el concepto de "promesa" se entienda ahora de una forma diferente. ¿De qué se trataría en tal caso? Tratemos de averiguarlo.

La promesa de poseer una tierra determinada fue hecha a Abraham y, más adelante a su hijo Isaac y a su nieto Jacob, siempre, como hemos visto, referida al pueblo hebreo, puesto que no podría ser de otro modo. Más tarde, Dios hace una nueva promesa al rey David, referida en este caso a su descendencia como dinastía monárquica. Ambas promesas se mezclan cuando se perfila la idea del Enviado, el Mesías: él será descendiente de David y al mismo tiempo hará de todas las naciones conocidas adoradores de Dios. Con el Cristo, el Mesías, los "hijos de la promesa" (como dice Pablo en esta misma carta, 4,28) ya no son sólo los descendientes de Abraham sino todos los que tenga la fe que el patriarca tuvo en Dios, aunque ahora se trata de la fe en Cristo Jesús. Todo se ha desplazado, simplemente porque los judíos rechazaron a este Cristo. Y esta

idea es lo que pretende demostrar Pablo apoyándose en Génesis 12, 3: *“En ti serán benditas todas las naciones de la tierra”.* Pero acabamos de ver que esa frase no se corresponde con el original, sino que es una versión interesada que los traductores hebreos helenizados hicieron de la Biblia hebrea, traducción de la que se aprovecha Pablo.

4. Un NUEVO PUEBLO

Epístola a Tito

En **2,14** se afirma que

“el gran Dios y Salvador nuestro Jesucristo se entregó por nosotros a fin de ***rescatarnos*** *de toda iniquidad y purificar* ***para sí*** *un pueblo que fuera suyo,* fervoroso en buenas obras”.

La primera frase es de un salmo, el final del famoso *De profundis,* y la segunda una idea contenida en Éxodo y en Deuteronomio, ambas simplemente unidas por la conjunción ***y****,* como formando parte del texto anterior y posterior. Nosotros las hemos separado para que el lector lo vea con más claridad. No se trata de citas textuales, ni se dice que sean palabras de la Biblia, como tantas veces.

Los textos de donde están sacadas son los siguientes:

Salmo 130, 8

.. *él (Yahvé)* ***rescatará*** *a Israel de todas sus culpas.*

Éxodo 19, 5

Si escucháis mi voz y guardáis mi alianza, seréis ***mi propiedad personal*** *entre todos los pueblos...*

Deuteronomio 7, 6

Yahvé te ha elegido a ti para que seas el pueblo de su ***propiedad personal*** *entre todos los pueblos...*

La frase del **salmo 130** se refiere a Yahvé, pero no debe extrañarnos que en esta carta se aplique a Jesús puesto que acaba de llamarle "gran Dios". Otra cosa es que el salmo hable de Israel, que será liberado de sus culpas. Jesús no hizo tal cosa, puesto que los judíos de su tiempo no creyeron en él y aún siguen sin ser rescatados de sus iniquidades (se supone, según la doctrina oficial de la Iglesia, que la remisión de los pecados sólo la consiguen aquellos que aceptan a Jesús como salvador).

En cuanto a la frase de **Éxodo**, son palabras de Yahvé a Moisés en el monte Sinaí poco antes de entregarle el Decálogo. Son las palabras preliminares a la Alianza que Dios quiso hacer con el pueblo hebreo. En Deuteronomio es Moisés mismo el que habla contando lo que le dijo Yahvé tras ordenarle que destruyera a los pueblos que habitaban la Tierra Prometida. En ambos casos, el pueblo a que se refieren, por supuesto, es el israelita, pero el autor de esta carta (algunos especialistas no creen que sea Pablo) lo aplica a los cristianos con la mayor tranquilidad del mundo, aquellos cristianos por los que Cristo "se entregó".

La idea de que los seguidores de Jesús constituyen un pueblo elegido y propiedad divina, a imitación del pueblo hebreo, se encuentra también en

1Pedro 2,9-10: "Vosotros sois *linaje elegido, sacerdocio real, nación santa, pueblo adquirido,* para anunciar las alabanzas de Aquel que os ha llamado de la tinieblas a su admirable luz, vosotros que en un tiempo no erais pueblo, y que ahora sois el Pueblo de Dios..."

(Nuevamente se recurre al texto de Éxodo que hemos citado arriba y que completo dice):

“...*Vosotros seréis mi propiedad personal entre todos los pueblos…seréis para mí un reino de sacerdotes y una nación santa”*

Del mismo modo, **Apocalipsis 1,6:** (Jesucristo) ha hecho de nosotros *un Reino de Sacerdotes”.*

La exaltación de que es objeto Jesús se traslada igualmente a sus seguidores. Los hebreo-cristianos, y en seguida los gentiles, sustituyen al pueblo hebreo-judío no creyente. Todas las extraordinarias prerrogativas de este último contenidas en las Escrituras han sido acaparadas por los escribas cristianos para que pasen a la nueva comunidad. El viejo pueblo elegido ha sido desheredado definitivamente. Dios se olvida de él después de haber sido su amigo y protector durante unos diez siglos.

5. Una NUEVA ALIANZA

Epístola a los Hebreos

La entrada de los gentiles en la comunidad cristiana da lugar a la idea de un *nuevo pueblo*, en contraposición al

pueblo hebreo. De modo lógico, todo ello va unido a la idea de una *Nueva Alianza*, en contraposición a la antigua.

La Epístola a los Hebreos lo expresa claramente:
Esta carta está escrita para demostrar que Jesús es el Sumo Sacerdote que ofreció el sacrificio de su sangre, único y definitivo, para rescatar a la humanidad de sus pecados. En este sentido (8, 8ss), él es el Mediador de una nueva Alianza. Tal idea la fundamenta el autor en palabras de Jeremías.31,31-34.

El viejo texto del profeta habla, efectivamente, de una nueva Alianza. La anterior, la del Sinaí, había sido un fracaso que, al parecer, Dios no supo prever *(ellos rompieron mi alianza).*

La cita es una versión un tanto libre de los Setenta:

Hebreos 8,8-12

Porque les dice en tono de reproche: *He aquí que vienen días, dice el Señor, que concertaré con la casa de Israel y con la casa de Judá una nueva Alianza, no como la Alianza que hice con sus padres... Como ellos no permanecieron fieles, también yo me desentendí de ellos.*

Esta es la Alianza que pactaré con la casa de Israel: Pondré mis leyes en su mente, en sus corazones las grabaré; y yo seré su Dios y ellos serán mi pueblo. Y no habrá de instruir cada cual a su conciudadano ni cada uno a su hermano diciendo:

"¡Conoce al Señor!", pues todos me conocerán, desde el menor hasta el mayor de ellos. Porque me apiadaré de ellos y de sus pecados no me acordaré ya.

Tal vez lo más importante no esté en la cita misma (que es bastante fiel al original y por ello no transcribimos), sino en lo que acaba diciendo el autor:

"Al decir *nueva,* declaró anticuada la primera; y lo anticuado y viejo está a punto de cesar".

La ruptura con el judaísmo tradicional se ha consumado. La misma epístola a los Hebreos vuelve a recordar esta nueva Alianza en el capítulo 10,16-17.

En cuanto a la cita en sí, hay que notar el carácter totalmente utópico de la promesa hecha por Dios, puesto que sus leyes, dice, serán impresas, grabadas, en el interior de los humanos, en sus mentes, sean niños o adultos, hasta el extremo de que ni siquiera será necesario instruir a nadie respecto a esas leyes. Tal cosa es de todo punto impo-

sible, puesto que exigiría un milagro colectivo excepcional. Por otra parte, nunca sucedió: Jesús fue incapaz de obrar un prodigio de tales dimensiones y la historia del cristianismo y de los cristianos lo demuestra con tanta contundencia que resulta ocioso insistir en ello.

Ezequiel habla de esta extraordinaria situación, aunque no menciona que se trate de una nueva Alianza:

Ezequiel 36,26-27

Os daré un corazón nuevo, infundiré en vosotros un espíritu nuevo, quitaré de vuestra carne el corazón de piedra y os daré un corazón de carne. Infundiré mi espíritu en vosotros y haré que os conduzcáis según mis preceptos y observéis y practiquéis mis normas.

Isaías (55,3 y 61,8) habla de firmar una *alianza eterna.* Evidentemente se refería al pueblo hebreo, pero ellos fueron finalmente descartados.

5. LA DIVINIDAD de JESÚS

Epístola a los Filipenses

En 2,6-11 se trasmite un himno que ya existía antes de escribirse esta carta, en el que se habla de la humillación de Jesús, ser divino, al hacerse hombre, y su exaltación por el Padre. Transcribimos las tres últimas estrofas:

Filipenses 2,6-11

Por lo cual Dios le exaltó y le otorgó el Nombre,
que está sobre todo nombre.
Para que al nombre de Jesús ***toda rodilla se doble***
en los cielos, en la tierra y en los abismos,
y toda lengua confiese
que Cristo Jesús es Señor para gloria de Dios Padre.

Es un himno cristológico de exaltación (se encuentran otros en 1Timoteo 3,16; Efesios 1,3-14; Colosenses 1,15-20 o 1Pedro 18,22; éste termina afirmando que a Jesús, subido al cielo y sentado a la diestra de Dios, le están sometidos los ángeles, las Dominaciones y las Potestades, sin que sepamos si estas últimas se refieren a criaturas angélicas o demoníacas, puesto que “Principados, Domi-

naciones y Potestades" aparecen en 1Corintios 15,24 como poderes hostiles al Reino que Jesús destruirá antes de entregar ese Reino al Padre). Todos estos himnos hablan de Cristo, pero no se dirigen a él, es decir, no están escritos en la forma de adoración.

Aquí nos interesan las frases en cursiva del himno del recuadro, que son una alusión a Isaías:

Isaías 45, 23-24

Yo juro por mi nombre; de mi boca sale palabra verdadera y no será vana: Que ***ante mí se doblará toda rodilla y toda lengua jurará diciendo:*** *¡Sólo en Yahvé hay victoria y fuerza!*

Está claro que es Yahvé quien habla y que el autor del himno se apropia sus palabras para referirlas a Jesús, pero esto último no debe extrañamos porque el Nazareno ya está en camino de ser divinizado totalmente, según dice el comienzo del himno: *El cual, teniendo la forma de Dios...,* es decir, todos sus atributos esenciales.

Epístola a los Efesios

Pero Pablo (o quienquiera que fuese el autor de esta Carta a los Efesios, pues muchos especialistas le niegan autoría paulina), a pesar de lo que acabamos de decir, no podía despreciar al pueblo hebreo, y aquí intenta una reconciliación entre judíos y gentiles:

Efesios 4,8:

(Aquí se exhorta a la unidad de todos los creyentes de Éfeso a pesar de los diferentes dones que han recibido, y se recurre a un salmo).

A cada uno de nosotros se nos ha concedido la gracia (los carismas) a la medida del don de Cristo. Por eso dice:

Subiendo *a la altura llevó cautivos*
y ***dio*** *dones a los hombres.*

Para analizar este pasaje basta con recurrir a la católica Biblia de Jerusalén. Comencemos por transcribir el texto original:

Salmo 68, 19

Tú has ***subido*** *a la altura, conduciendo cautivos,*
has recibido hombres como tributos, oh Dios,
y hasta los rebeldes en tu mansión, Yahvé.

En primer lugar vemos que el versículo está dirigido al mismo Dios; no es Cristo el que sube. En segundo lugar, "la altura" no es otra cosa que Sión, es decir, Jerusalén. En tercer lugar, no se habla de ningún don concedido a los hombres, probablemente porque el autor tenía delante una traducción griega que había cambiado el original hebreo. Y en cuarto lugar, siguiendo los métodos rabínicos, el autor de la carta cita el salmo para utilizar solamente dos términos: "subió" y "dio", aunque este último no aparezca, como hemos visto.

Teniendo en cuenta todo esto, Efesios sigue diciendo:

¿Qué quiere decir "subió" sino que antes bajó a las regiones inferiores de la tierra? Este que bajó es el mismo que subió por encima de todos los cielos para llenarlo todo. Él mismo "dio" a unos el ser apóstoles; a otros profetas; a otros evangelizadores; a otros pastores y maestros..."

De esta forma, apropiándose un texto que nada tiene que ver con Jesús, el autor expone tres ideas cristológicas que tuvieron un enorme éxito:

Una: Cristo bajó a los infiernos antes de resucitar.

Dos: Cristo ascendió a los cielos (que aparece en los Evangelios)

Tres: Cristo llenó todos los cielos, es decir, el universo entero. De aquí nació la idea del Cristo cósmico. Se trata de la única forma que tenía el autor de exaltar a Cristo hasta el máximo extremo a que se podía llegar: él es la Cabeza de todo lo que hay en los cielos y en la tierra (1,10), tema central de toda la epístola.

Como hemos visto, se dejan de lado a “los cautivos” de que habla el original, no se dice en él que el Cristo bajara a los infiernos, ni que subiera a los cielos, ni que concediera don alguno a nadie. Todo es pura especulación teológica.

El descenso a los infiernos se repite probablemente en **1Pedro 3,19**: “En el espíritu fue también a predicar a los espíritu encarcelados, en otro tiempo incrédulos, cuando les esperaba la paciencia de Dios, en los días en que Noé construía el Arca...”

Apocalipsis

Sólo vamos a transcribir las citas contenidas en el saludo, la visión preparatoria y las cartas. El resto apenas contiene

alusiones escriturísticas a Cristo. Hay que destacar el hecho de que el autor nunca menciona las Escrituras cuando transcribe, una tras otra, innumerables frases bíblicas; sencillamente las intercala en su escrito como si fueran suyas.

En el saludo **(1,5)** se afirma que Jesucristo es el *Testigo fiel, el Primogénito* de entre los muertos, *el Príncipe de los reyes de la tierra.*

Los tres títulos aparecen en loa salmos Salmo 89, 28 Y 38, pero refiriéndose al rey David. Nada tienen que ver con Jesús.

Más adelante **(1,13-15),** en la visión preparatoria, retrata a Cristo siguiendo la descripción que el Libro de Daniel hace de Dios, pero trastocando el orden de las citas. En Daniel 7 aparece primero un Anciano, Dios sin duda, y después alguien como un Hijo de hombre. En el capítulo 10 ve a otro hombre que resulta ser un ángel. El autor de Apocalipsis lo mezcla todo. Comparemos su descripción con lo que dice Daniel:

APOCALIPSIS	DANIEL
Vi ***como a un Hijo de hombre,*** vestido con una túnica talar	Y he aquí que en las nubes del cielo venía ***como un Hijo de hombre*** (7,13)
ceñido el pecho ***con un ceñidor de oro***	Vi un hombre (un ángel) vestido de lino ***ceñidos los lomos de oro puro*** (10,5)
Su cabeza y sus cabellos eran blancos como la lana blanca*,* como la nieve.	***Los cabellos de su cabeza puros como la lana*** (el Anciano, 7,9)
sus ojos como llama de ***fuego****;* ***sus pies parecían de metal*** precioso acrisolado en el horno;	***sus ojos como antorchas de fuego, sus brazos y sus piernas como el fulgor de bronce bruñido***
su voz, como ruido de grandes aguas	***y el rumor de sus palabras como el rumor*** de una multitud (10, 6: se trata del ángel)

O bien esto último es de Ezequiel 43,2:

"La gloria del Dios de Israel llegaba de la parte de oriente, con un rumor, ***como el ruido de grandes aguas*****"**. Pero como aquí no se habla de "una voz", sino de la gloria de Dios, tal vez se trate de una combinación de Daniel y Eze-

quiel: de Daniel ha tomado "el rumor de sus palabras" (su voz) y de Ezequiel "como el ruido de grandes aguas".

En el mismo capítulo **(1,17)** el autor hace habla a Jesús:

"Él, poniendo su mano derecha sobre mí, dijo:

"No temas, soy yo, el Primero y el Último... "

Y en **2,8** habla otra vez Jesús:

"Esto dice *el Primero y el Último,* el que estuvo muerto y revivió"

Se trata de dos títulos divinos que aparecen, juntos, por dos veces:

Isaías 44, 6

Así dice el Rey de Israel y su redentor, Yahvé Sebaot:

Yo soy el primero y el último,

fuera de mí no *hay ningún dios.*

Isaías 48, 12

Escúchame, Jacob, Israel, a quien llamé:

Yo soy, yo soy el primero y también soy el último.

Apocalipsis vuelve a hablar de estos títulos en **21,6** aunque en esta ocasión es el Anciano el que habla, puesto que se trata de "el que está sentado en el trono":

“Hecho está: yo soy el Alfa y la Omega, el Principio y el Fin..."

Y a punto de terminar el libro **(22,13):** *“Yo el Alfa y la Omega, el Primero y el Último, el Principio y el Fin* “, aunque en este caso no se sabe quién lo dice, pues un segundo antes estaba hablando un ángel.

Un poco más adelante **(en 2,23),** Jesús dice:
“A sus hijos (los de la impía profetisa Jezabel) los voy herir de muerte: así sabrán todas las Iglesias que yo soy *el que sondea los riñones y los corazones,* y el que os *dará a cada uno según vuestras obras”.*

Ahora tenemos a Jeremías y un Salmo, según los expertos:

Jeremías 11, 20

¡Oh Yahvé Sebaot, juez de los justo
que escrutas los riñones y el corazón!

Salmo 62,13

Tú al hombre pagas con arreglo a sus obras

Aunque no hace falta recurrir a ambos, pues el mismo Jeremías lo dice todo:

Jeremías 17,10

Yo, Yahvé, exploro el corazón, pruebo los riñones,
para dar a cada uno según su camino,
según el fruto de sus obras.

En todas estas frases, como en las de la visión preparatoria, nos encontramos con un caso claro de divinización de Jesús, puesto que se le aplican títulos propios de Dios. El proceso de exaltación del Nazareno había llegado a su culminación.

CONCLUSIONES:

UNA CRISTOLOGÍA NACIENTE

Todo el NT está dedicado a exaltar la figura de Jesús. Parece ser que en un principio algunos cristianos lo consideraron simplemente un hombre “especial” (así, un grupo llamados *ebionitas)* por haber sido elegido por Dios y enviado para predicar la Buena Nueva del reino-reinado divino al pueblo hebreo, realizando numerosos prodigios que demuestran esta predilección de Dios por él. Su muerte, y

el rechazo mayoritario de los judíos, provocaron la necesidad de “exaltarlo”, haciendo al mismo Dios sujeto de esta exaltación: interviene en su nacimiento e infancia, le da el poder de hacer milagros, le nombra su Siervo predilecto, al que conduce a la Pasión y Muerte para conseguir el perdón de los pecados y la reconciliación divina de toda la humanidad, le resucita y eleva al cielo, a su diestra, de donde vendrá de nuevo rodeado de gloria para juzgar a todas las naciones. Aunque aparecen afirmaciones que sugieren un claro adopcionismo (Jesús no era Dios, sino que fue “adoptado” por Él), acabaron considerándolo Hijo de Dios y equiparado a Él. El proceso de exaltación de Jesús culmina, al cabo de aproximadamente un siglo, con su divinización total. No se olvidó, sin embargo, su naturaleza humana, ya que resultaba imposible dejar a un lado algo tan patente.

Las Escrituras hebreas consideradas como profecías que han de cumplirse en Jesús, sirven a este propósito, aunque en ellas nada se diga, al menos de una forma clara y contundente, que el Mesías, el Cristo, era un ser preexistente en el seno de Dios y consustancial con la divinidad. El cerrado monoteísmo judío impedía pensar siquiera en alguien igual a Dios.

Por lo tanto, las Escrituras hebreas sirven para plantar los fundamentos de una cristología basada en ese proceso de exaltación de Jesús. No tienen otro objetivo. Esta cristología puede resumirse en varios puntos que vamos a desarrollar a partir de cuanto llevamos dicho en las páginas anteriores.

Aunque resulte sorprendente, los escritos más antiguos (exceptuando a Marcos) apenas citan las Escrituras hebreas.

Entre todos los especialistas se consideran más antiguos los siguientes documentos: Q, 1Tesalonicenses, Filipenses, 1Corintios, 2Corintios, Gálatas y Marcos.

El **Documento Q** sólo recoge el debate entre Jesús y el demonio durante las tentaciones en el desierto, y ya vimos que aquí no hay más que un texto que el mismo demonio expone como profecía de cumplimiento (que no llega a cumplirse por la negativa de Jesús).

1Tesalonicense no contiene ninguna cita de la Biblia hebrea. En **Filipenses** sólo aparece un himno de exaltación, que termina concediendo a Jesús el título de Señor (que los judíos sólo aplicaban a Dios), a pesar de lo cual

deja bien claro que fue Dios quien le exaltó a ese estado, y cita una sola frase de Isaías 45,23 referida a que toda rodilla se doblará ante Yahvé y toda lengua jurará que sólo él es victorioso y fuerte, aplicándola a Cristo. Todo el mundo sabe que tal cosa (que toda rodilla se doble ante él y toda lengua le proclame) no se ha cumplido en Jesús. Al menos en lo que respecta al adjetivo “toda”.

1Corintios sólo transcribe un par de citas breves (Isaías y Oseas) pero no están referidas a Jesús: hablan de la resurrección de todos nosotros. En **2Corintios** aparecen numerosas citas, todas ellas formando una sola frase, pero no son profecías (por lo que no las hemos traído a colación en este trabajo), sino advertencias para que el pueblo hebreo rehuya a los otros pueblos infieles, lo cual deben hacer también los cristianos de Corinto (extraña idea que choca de lleno con el pretendido universalismo del mensaje cristiano). Otro tanto puede decirse de **Gálatas**, cuyas citas tampoco se refieren a Jesús ni son profecías. Sólo una de ellas (Génesis 12,3: *En ti serán benditas todas las naciones)* es interesante porque trata de justificar la predicación a los gentiles (aunque debemos recordar que no era ese el significado de la frase).

Marcos, entre todos los documentos más antiguos, es el que más veces cita las escrituras hebreas (más tarde lo superaron Mateo y Lucas): con ellas presenta al Precursor de Jesús, el Bautista; explica por qué habla Jesús en parábolas; transmite las palabras de Jesús cuando expulsa del Templo a los vendedores y cambistas; presenta a Jesús como la piedra angular rechazada (importante por la repercusión que tuvo esta frase del Salmo 118); expone la idea de que Jesús es superior a David, según el Salmo 110, pero sin otras pretensiones, aunque los otros escribas (y Marcos mismo más adelante) explotaron al máximo la primera frase del Salmo: *siéntate a mi diestra.* La diferencia, no obstante, consiste en que Marcos no la utiliza como prueba de la resurrección de Jesús, y los otros sí. Según Marcos, Jesús habló en tres ocasiones de su pasión, muerte y resurrección, pero en tales escenas no cita ninguna Escritura.

Vemos, pues, que en los escritos más antiguos, el proceso de exaltación de Jesús, es decir, la cristología, ha comenzado evidentemente muy pronto, pero el apoyo de las Escrituras es aún muy escaso. Hay que esperar a la segunda mitad del siglo primero para que los escribas cristianos las

utilicen con más profusión. Así y todo, las cartas dirigidas a Filemón y a Tito, como las atribuidas a Pedro (la segunda), a Judas, a Santiago y a Juan (las tres), no contienen ninguna cita de las Escrituras que puedan considerarse de cumplimiento.

En definitiva, sólo encontramos citas apropiadas (para la construcción de una cristología basada en las Escrituras) en los Evangelios, Hechos de los Apóstoles, Hebreos, 1Pedro, Efesios, 2Tesalonicenses (si es que no se escribió en la primera mitad del siglo, como opinan algunos expertos), Tito y Apocalipsis.

La relación de Jesús con el rey David. Jesús Mesías.

Como supuesto Mesías, Jesús debía ser descendiente del gran rey, guerrero y poeta. Así lo creía toda la tradición hebrea. *¡Hosanna al Hijo de David!*, dice Mateo que exclamaron las turbas cuando Jesús hizo su entrada en Jerusalén a lomos de un borrico. Pero ni Marcos, ni Lucas, ni Juan transmiten esta expresión, así que no podemos hacernos muchas ilusiones, pues ya sabemos lo aficionado que era Mateo a cambiar los textos de las Escrituras (a la expresión “Hijo de David” sigue una frase del Salmo 118: *Bendito el que viene en nombre del Señor,* que

sí repiten los otros tres evangelistas). Según los Hechos, Pedro habla a la gente diciendo de David: “Pero como él era profeta y sabía que Dios le había asegurado con juramento que se sentaría en su trono un descendiente de su sangre, vio a lo lejos y habló de la resurrección de Cristo...” aludiendo al Salmo 16,8-11. Otros muchos Salmos, como vimos en la introducción, fueron interpretados como mesiánicos. Pero el mismo Jesús se niega a reconocer que el Cristo, el Mesías, sea “hijo de David”, como también hemos visto.

El mesianismo de Jesús está muy claro en todo el NT, donde continuamente se le llama Cristo, es decir, Mesías (no está tan claro en la conciencia de Jesús, pues sólo en una ocasión, ante el Sanedrín, lo afirma categóricamente, como vimos), pero este título, cuando se fundamenta en las Escrituras, se hace de una forma velada: el anuncio del niño Emmanuel, el nacimiento en Belén, de donde supone la tradición que vendría el Ungido, el Cristo, la aplicación que se hace a sí mismo Jesús de Isaías 61,18-19...

En una ocasión, se argumenta que Jesús es el Mesías: “Pues David no subió a los cielos (?) y sin embargo dice: *Dijo el Señor a mi Señor: Siéntate a mi* diestra, etc (Salmo 110,1). Sepa, pues, con certeza toda la casa de Israel que

Dios ha constituido Señor y Mesías a este Jesús a quien vosotros habéis crucificado”. Esta argumentación la veremos con más detenimiento cuando hablemos de la resurrección de Jesús, aunque conviene recordar que, en la tradición hebrea, no existe un Mesías que debiera ser crucificado. Pedro toma el concepto de Mesías en un sentido diferente al que tenían los judíos de su tiempo. (De todas formas recordemos que los sinópticos transmiten estas mismas palabras del Salmo 110,1 puestas en boca de Jesús, que las refiere al Mesías).

Relacionado con el Salmo 110,1 está el 118,16: *La diestra del Señor me ha exaltado* (según la traducción griega de los Setenta), y que Pedro insinúa en su primer discurso (Hechos 2,33).

Pero como dice A. Piñero (*Fuentes del cristianismo, Ed*. El Almendro, Córdoba), en los sinópticos aparecen dos concepciones mesiánicas divergentes: la tradicional judía (un Mesías que salvaría al pueblo de la opresión extranjera y le traería una época de grandeza política y religiosa), asumida por los discípulos de Jesús antes de su muerte, y otra totalmente novedosa, aparecida después de los sucesos de Pascua: la de un siervo de Dios doliente, que ha de sufrir y morir por nuestros pecados y después ser resucita-

do y elevado al cielo, un Mesías que no fue reconocido por sus discípulos, ni quiere ser reconocido él mismo como tal (el llamado secreto mesiánico) hasta después de su muerte. "No es sensato pensar -dice A. Piñero- que Jesús se proclamara Mesías entrando en Jerusalén, y que la plebe lo aclamara como tal a la vez que lo hacía en un sentido totalmente distinto al de su época". El mesianismo del Maestro de Nazaret, según los autores del NT, nada tenía que ver con el mesianismo judío. En realidad, nunca existió "un" Mesías, sino muchos. Mesías eran los reyes de Israel. Estos eran visto como salvadores en el sentido de que les libraría (al menos debía intentarlo) de los enemigos que les atacaban. Así, la idea de Mesías se fundió con la de "salvador". Cada vez que las cosas iban mal, los profetas y salmistas hablaban de un Ungido que vendría a resolver la situación. En tiempos de Jesús, otros muchos individuos se autoproclamaron mesías, pues tenían la pretensión de expulsar a los romanos del territorio que sólo pertenecía a Yahvé. Jesús posiblemente se vio a sí mismo como un enviado especial para salvar a Israel, aunque su mente andaba por otros derroteros distintos a los políticos (si hemos de creer a los evangelistas), aunque los discípulos sí que estaban en la línea de sus connacionales. Esos

mismos discípulos acabaron por comprender, tras la frustración producida por la muerte del Maestro y la certeza de que su "salvación" no llegaba, que había que tomar un camino diferente. De todas formas, esta ambigüedad del concepto de Mesías explica la escasez de texto escriturísticos claros para referirse a ese título cristológico.

Jesús es el Siervo de Yahvé.

Isaías 53, 4a *(Eran nuestras dolencias las que él llevaba y nuestros dolores los que soportaba)* es citado por Mateo tras anotar que curó a muchos endemoniados y enfermos. Se trata del cuarto canto del Siervo que el evangelista traducen de otra forma para aplicarlo a las circunstancias: *Tomó nuestras dolencias y cargó con nuestras enfermedades.* Una vez más, Marcos y Lucas no recurren a las Escrituras al narrar la misma escena de Mateo. Éste alude al mismo canto en otras ocasiones, pero sin citarlo expresamente: en la escena del Sanedrín: "Pero Jesús seguía callado" *(Fue oprimido, se humilló y no abrió la boca)*; en la crucifixión: "Con él crucificaron a dos salteadores" *(y se puso su tumba entre los malhechores*); cuando la sepultura: "(José de Arimatea) lo puso en un sepulcro nuevo que había hecho excavar en la roca" *(y con los ricos (se puso)*

su tumba). El libro de los Hechos mezcla Éxodo 3,6 con Isaías *52,13: El Dios de Abraham, de Isaac y de Jacob, el Dios de nuestros padres, ha glorificado a su Siervo.* La glorificación del Siervo se refiere a las palabras *Prosperará mi Siervo, será enaltecido, levantado y ensalzado sobremanera,* cosa que, evidentemente sucedió, pues los seguidores de Jesús no hicieron otra cosa (si seguimos el hilo del pensamiento de Lucas y confundimos al Siervo con el Maestro de Nazaret).

Mas adelante Hechos cita los versículos 7 y 8 de Isaías 53, como ya vimos, cuando un alto funcionario le pregunta a Felipe acerca de quién se dijo aquello. 1Pedro, otros versículos, pero textualmente:

“El que no cometió pecado y en cuya boca no se halló engaño”,

“el mismo que sobre el madero llevó nuestros pecados”,

“con cuyas heridas habéis sido curados’,

“Erais como ovejas descarriadas’,

todos ellos como desarrollo de la idea de que Jesús fue siempre sumiso, y así debían ser los criados cristianos con sus amos. Juan cita este canto para referirse a la incredulidad de los judíos:

“¿Quién dio crédito a nuestras palabras? Y el brazo del Señor, ¿a quién se le reveló?’, y Pablo, en Romanos, repite a Juan hablando de la necesidad de la predicación, que no todos obedecen: “¡Señor! ¡Quién dio crédito a nuestra predicación?’. Del mismo modo, Romanos cita otra frase: “Los que ningún anuncio recibieron de él, le verán, y los que nada oyeron comprenderán”, aludiendo al ministerio de Pablo allí donde otros no habían estado.

El canto primero (Isaías 42,1-4) lo transmite íntegramente Mateo para que se cumpliera en el hecho de que Jesús ordenó enérgicamente a los enfermos que curaba que no le descubrieran.

Mateo alude al segundo canto (Isaías 49,3) en el momento en que, tras el bautismo de Jesús, se oye una voz del cielo, diciendo que aquel era “mi Hijo amado, en quien me complazco” *(Tú eres mi siervo, Israel, en quien me glo-riaré*). Pablo (Hechos 13,47) justifica, con la frase final de este canto, el hecho de que se dirija a los gentiles: “Pues así me lo ordenó el Señor: *Te he puesto como luz de los gentiles, para que lleves la salvación hasta el fin de la tierra”.* Lucas alude este versículo por boca de Simeón.

El canto tercero (Isaías 50, 4-9) es citado en Romanos (verso8) como una especie de himno al amor de Dios:

“¿Quién acusará a los elegidos de Dios? *Dios es quien justifica. ¿Quién condenará?*

Jesús, Hijo de Dios

Como ya dijimos, la idea de que Dios tuviese un hijo repugna al pensamiento judío, ya que, en realidad, se trata de una idea pagana. Es por eso que, al igual que en el caso del Mesías, también aquí nos encontramos con textos muy vagos de las Escrituras.

En 1Corintios, Pablo dice una frase que recuerda a Éxodo 17,5-6 (la peña golpeada por Moisés para hacer brotar el agua): “y todos (nuestros padres) bebieron la misma bebida espiritual, pues bebían de la roca espiritual que les seguía; y la roca era Cristo”. Dejando aparte el extraño hecho de una roca que iba detrás de los hebreos en su peregrinaje por el desierto (que Pablo indudablemente recoge de las traducciones libres al arameo del Antiguo Testamento, es decir, los *targumin*), deja entrever que ese Cristo existía antes de aparecer sobre la tierra.

También resultaba tentador suponer la preexistencia y filiación divina de Jesús en el Salmo 2,7 *(Hijo mío eres tú; yo te he engendrado hoy),* que la epístola a los Hebreos cita por dos veces, aunque la primera lo hace para demos-

trar que Jesús es superior a los ángeles, y la segunda para aclarar que la gloria del Sumo Sacerdocio se la otorgó el mismo Dios, aunque este último texto nada tiene que ver con la filiación divina. La frase del Salmo 2,7 la utiliza Pablo en Hechos, como vimos, para "demostrar" la resurrección de Jesús.

Una nota a Mateo 4,3 de la Biblia de Jerusalén especifica que la expresión "Hijo de Dios" no expresa necesariamente una filiación de naturaleza, sino que puede indicar simplemente una filiación adoptiva resultante de una elección divina que establece entre Dios y su criatura relaciones de una intimidad particular, y, entre otros muchos textos, cita el Salmo 2,7 como sujeto a esta interpretación. Esta misma nota fundamenta la filiación de naturaleza en otros textos (Jesús llama "su Padre" a Dios, es señor del sábado, puede perdonar los pecados..., y las numerosas expresiones contenidas en Pablo y otras epístolas.

Pero hay que hacer notar que ninguna de ellas está fundamentada en las Escrituras.

Los discípulos del Maestro no tuvieron clara conciencia de esa "divinidad" de Jesús. Lo prueba el hecho de los añadidos que hizo Mateo a dos relatos de Marcos, señal

de que cuando Mateo escribe la fe de la comunidad cristiana ha evolucionado. Lo vemos en el cuadro siguiente:

Marcos 6, 47-51	Mateo 14, 25-33
Jesús anda sobre las aguas, luego sube a la barca y ellos “**quedaron estupefactos en su interior”**	Cuando Jesús sube a la barca, ellos **se postraron y exclamaron: Verdaderamente eres Hijo de Dios**
Marcos 8,29	**Mateo 16, 15-16**
Jesús pregunta a sus discípulos quién creen que es él. Pedro dice: “**Tú eres el Cristo”**	Pedro responde: **“Tú eres el Cristo, el Hijo de Dios vivo”**

Del mismo modo, a Jesús no se le llama “Dios” a secas hasta los estratos más tardíos del NT: Juan (1,1 y 20,28); Tito (2,13) y 2Pedro (1,1). Hay como un cierto reparo. Además, el acto crucial de la creación, o la iniciativa en el acto salvífico de la redención se refieren siempre al Padre, y las oraciones de petición a la divinidad se dirigen a Dios-Padre, directamente y a Él sólo, o por la intermediación de Jesús (A. Piñero (Ed), Orígenes del Cristianismo). Según este mismo autor, debió ser el grupo de cristianos helenistas, buenos conocedores de la religiosidad pagana circundante, que consideraban a ciertos personajes importantes

(los “faraones” sucesores de Alejandro Magno, el emperador romano, los héroes griegos, algunos ascetas, predicadores ambulantes, taumaturgos, sanadores) verdaderos “hombres divinos” finalmente divinizados.

Resurrección.

Nada había en las Escrituras hebreas que hablase de la resurrección, tras su muerte, de un Mesías, del Siervo o de algún profeta. Los escribas cristianos se vieron obligados a forzar otros textos para que diesen la impresión de que se estaban refiriendo a este suceso trascendental. Esos textos se encuentran exclusivamente en el libro de los **Hechos**.

2,24-36. Ya vimos esta cita en el apartado dedicado a Hechos. Es el primer discurso de Pedro después del evento de Pentecostés. Pedro, o Lucas, el autor del libro, recurre al Salmo 16, 8-11 en su versión griega, un Salmo que refiere las súplicas de un justo para que Dios le libre de la muerte. Aplicado a Jesús (al que no se refería, por supuesto), librarle de la muerte *(no ser abandonado en el Hades* y *no experimentar la corrupción*) debían significar resucitarlo. Esta misma conclusión se obtiene del hecho de *estar a la*

derecha de Dios (Salmo 110,1), lo cual es forzar el texto hasta el extremo.

3,13. Otro intento de Pedro, en su segundo discurso, consiste en recurrir a una frase de Isaías 52,13: D*ios ha glorificado a su Siervo.* Pero ni el Siervo era Jesús, sino, como ya vimos, un colectivo de personas, ni es suficiente "glorificar" a alguien para considerarlo resucitado.

13,33-37. Ahora es Pablo el que habla. La resurrección, para él, estaba profetizada en el Salmo 2,7 *(Hijo mío eres tú; yo te he engendrado hoy),* en Isaías 55,3 *(Os daré las cosas santas de David, las verdaderas,* que pudiera referirse a "el santo de Dios", que no aparece en el original hebreo, del Salmo 16, que viene a continuación), y en este Salmo 16, con idéntico argumento al utilizado por Pedro.

No deja de ser interesante el hecho de que en la primera cita Pedro diga antes de argumentar la resurrección: "A Jesús Nazareno, hombre a quien Dios acreditó entre vosotros con milagros, prodigios y señales que Dios hizo por su medio", como ostensible declaración de la dependencia de Jesús respecto a la divinidad, declaración que se refrenda

en numerosos textos en los que Pablo y los demás autores del NT explican claramente que Jesús no resucitó por su propio poder, sino que fue Dios quien lo arrancó a la muerte. La divinidad de Jesús, sobre todo la idea de una Segunda Persona de la Trinidad, estaba todavía muy lejos.

Consecuencias de la pasión y resurrección.

El hecho de que Jesús hubiera sufrido por nosotros, muerto y resucitado, tuvo unas consecuencias teológicas muy importantes, que ya hemos visto en otras ocasiones:

A) Antes de resucitar bajó a los infiernos. Lo vimos en la epístola a los Efesios, donde Pablo hace una exégesis rabínica sobre la palabra "subió", que se encuentra en el salmo 68,19.

B) Tras la resurrección subió a los cielos y llenó todo el universo (continúa Pablo la exégesis del texto anterior).

C) Es el Sumo Sacerdote que ofreció un único y definitivo sacrificio (carta a los Hebreos).

D) Como ser exaltado y resucitado, se sentó a la diestra de Dios (salmos 16 y 110, tan repetidos).

E) Es superior a los ángeles (Hebreos),

F) Lo someterá todo bajo sus pies (salmo 110 en Hebreos y 1Corintios)

G) Envía desde el cielo al Espíritu Santo (Joel, en Hechos).

H) Volverá triunfante. Está en Marcos y Mateo, promesa puesta en boca de Jesús en la escena ante el Sanedrín, refiriéndose libremente a Daniel 7,13. Ya vimos que Lucas omite esta referencia.

O sea, con la Biblia hebrea en la mano, los escritores del Nuevo Testamento sacaron todas estas consecuencias.

¿Hay quien dé más?

COMENTARIO CRÍTICO
al NUEVO TESTAMENTO

Tema 2:
UNA ÉTICA PROVISIONAL

Carlos Saura Garre carlosaura06@gmail.com

ÍNDICE

PRESENTACIÓN

La ética, las normas de conducta que Jesús pide a sus seguidores son provisionales: están pensadas exclusivamente para un tiempo corto, puesto que su cumplimiento exige un elevado grado de heroísmo.

Esta es la tesis que se sustenta en la primera parte de estas páginas.

Para mostrarla, nos detenemos en todos los aspectos de esa ética. Comprobaremos, uno por uno, que su cumplimiento no es posible a largo plazo. Y la Historia lo ha demostrado así de forma irrefutable: los que a sí mismos se llaman cristianos no han logrado cumplir los mandatos de Jesús, excepto alguna personalidad aislada o una pequeña comunidad alejada del mundo.

Asumida esta afirmación, queda en pie un interrogante: ¿Por qué razón exigiría el Maestro una conducta imposible de cumplir? La respuesta se encuentra en las propias palabras del Nuevo Testamento: Jesús esperaba que sus seguidores no tendría que estar mucho tiempo sometidos a esas normas tan exigentes y duras. Sólo eran necesarias mientras llegaba el fin de los tiempos, que iba a ser inminente, y en el que irrumpiría el Reino de Dios con los efectos extra-

ordinarios que el mismo Jesús describe.

Esta afirmación se muestra en la segunda parte (ver “A la espera del reino que nunca llegó”) analizando con detalle los textos. Encontrada la respuesta que buscábamos, queda a salvo la coherencia de pensamiento del rabí de Nazaret, un hombre obsesionado con una idea religiosa a la que dedica los últimos años de su vida antes de ser ajusticiado en una cruz.

Por supuesto, estas afirmaciones no tienen nada de originales. Numerosos especialistas de prestigio así lo han afirmado, pero dentro de alguna obra de gran extensión dedicada a la figura total de Jesús y la problemática literaria e históricas de los Evangelios, debido a lo cual sólo se han ocupado de nuestro objeto de estudio en algún párrafo o capítulo. De otro lado, algunos tratan la primera parte o sólo la segunda, pero no ambas a la vez. Por último, la mayoría de esos autores hacen referencia a las palabras del nazareno mencionando simplemente el lugar en que se encuentran en la Biblia cristiana, con lo que el lector se ve en la necesidad de abandonar continuamente la lectura para buscarlas.

La única originalidad de este trabajo consiste en habernos ceñido sólo y exclusivamente a ambas partes del tema (y de la forma más extensas posible), sin necesidad de referirnos

a otros aspectos de la figura del Maestro, y la de ofrecer al lector todos los textos originales.

Al final de esta primera parte, se ha introducido un capítulo que analiza dos aspectos necesarios: a quién iba dirigida la ética de Jesús (¿a todos sus seguidores, sólo a los apóstoles?), y qué sentido tiene, si ello es posible, la expresión "Reino de Dios" que se predica como inminente.

LAS EXIGENCIAS ÉTICAS de JESÚS

POBREZA

Jesús está definitivamente a favor de la pobreza y en contra de la riqueza. La pobreza, para el Maestro, tiene la propiedad de mantener a la gente desligada de este mundo y, por lo tanto, los pobres son los aspirantes idóneos para formar parte del Reino, mientras que las riquezas atan indisolublemente a la tierra e impiden aspirar a él. Esta idea está claramente expresada en la parábola del sembrador. Lo que se siembra es la Palabra que conduce al Reino, y que cae en

distintos lugares, por ejemplo, "los abrojos", explica así lo que sucede:

> *Lo que fue sembrado entre los abrojos es como el que oye la Palabra, pero las preocupaciones del mundo y la seducción de las riquezas ahogan la Palabra y queda sin fruto (Mt 13, 22)*

Parece como si Jesús olvidara que los pobres pueden permanecer tan atados a la tierra como los ricos, pero exactamente por las razones contrarias: tienen tantas dificultades para sobrevivir que no pueden pensar en otra cosa que no sea resolverlas. Pero sabía (y estamos convencidos de ello por la forma en que actuó), que el agobio en que viven puede convertirse en la fuerza que los empuje hacia soluciones idealistas o utópicas: la desesperación puede cambiarse en esperanza. Para conseguir que esta quimérica transmutación sea aceptada, sólo necesitan un líder que les convoque y les hable de ella como si se tratase de una realidad verosímil, asequible y viable, aunque no pueda ser percibida por los sentidos por el hecho de que está por venir. No obstante, su llegada se presenta como inminente, lo que da sentido y fuerza a la esperanza.

La conversión de la pobreza en una especie de "riqueza espiritual", la propone en el célebre Sermón del Monte, concretamente en las primeras Bienaventuranzas:

> *Afortunados vosotros los pobres, porque vuestro es el Reino de Dios. Dichosos los que ahora tenéis hambre, porque seréis saciados. Felices los que ahora lloráis, porque reiréis. (Lucas 6, 20-21).*

Y a continuación:

> *Ay de vosotros, los ricos, porque ya habéis recibido vuestro consuelo. Ay de vosotros, los que ahora estáis hartos, porque tendréis hambre. Ay de los que reís ahora, porque tendréis aflicción y llanto* (Luc 6,24-26).

Otros textos insisten en la necesidad de ser pobres:

> *No os amontonéis tesoros en la tierra, donde hay polilla y herrumbre que corroen, y ladrones que socavan y roban. Atesorad más bien en el cielo, donde no hay polilla ni herrumbre que corroan, ni ladrones que socaven y roben. Porque donde esté tu tesoro, allí estará también tu corazón (Mateo 6, 19-21).*

Y si estas frases parecen una advertencia a todos los curio-

sos oyentes, Jesús es más categórico cuando se dirige a aquellos que deseen ser sus discípulos, es decir, a los cristianos:

Cualquiera de vosotros que no renuncie a *todos sus bienes, no puede ser discípulo mío* (Lucas 14, 33).

¿Por qué?

Porque *nadie puede servir a dos señores, ya que aborrecerá a uno y amará al otro; a bien se entregará a uno y despreciará al otro. No podéis servir a Dios y al Dinero (Mateo 6, 24)*

La predilección cristiana por la pobreza se trasluce también en el poema que Lucas pone en boca de María, madre de Jesús, cuando visita a su prima Isabel. Hay tres estrofas muy significativas:

(Dios) ha desplegada la fuerza de su brazo, ha destruido las planes de las soberbias, ha derribado a los poderosos de sus tronos y ha encumbrado a las humildes; ha calmado de bienes a los hambrientos y ha despedido a los ricos con las manos vacías (Lucas 1, 51-53).

En un determinado momento de la vida de Jesús, alguien de entre la gente que le escuchaba le pidió que mediara ante un hermano para que repartiera cierta herencia con él. Jesús no duda en responder:

Guardaos bien de toda avaricia, porque, aun en la abundancia, la vida de uno no está asegurada por sus bienes (Lucas 12, 15).

Y a continuación les cuenta una parábola: Cierto hombre rico tuvo una cosecha abundante, y pensó en agrandar sus graneros y descansar comiendo, bebiendo y banqueteando. Pero Dios le dijo:

¡Necio! Esta misma noche morirás, ¿para quién será toda cuanto has acaparado? Así sucederá al que amontona riquezas para sí y no se enriquece en orden a Dios.(Lc 12, 20)

El peligro de las riquezas se recalca una y otra vez:

Era un hombre rico que vestía de púrpura y lino, y que celebraba todas las noches espléndidas fiestas. Y uno pobre, Lázaro, que echada junto a su puerta, cubierto de llagas, deseaba quitarse el hambre con lo que caía de la mesa del rico. Pero sucedió que murió el pobre y fue llevado par los ángeles al seno de Abraham. Murió también el rico y fue sepultado. Estando en el Hades, entre tormentos, vio a lo lejos a Abraham y a Lázaro en su seno, y gritando, dijo: -"Padre Abraham, ten compasión de mí y manda a Lázaro a que moje en agua la punta de su dedo y refresque mi lengua, porque estay atormentado en esta

llama". Pero Abraham le dijo: -"Hijo, recuerda que tú recibiste bienes durante tu vida y Lázaro, por el contrario, males. Ahora, pues, él es aquí consolado y tú atormentado (Lucas 16,19 -25).

Es notable el hecho de que el rico haya sido enviado a un lugar de tormento, pero más notable aún la circunstancia de que no se hace ninguna mención a la conducta: el rico se condena sólo por ser rico y el pobre se salva sólo por ser pobre, al margen de que hayan sido buenos o malos.

Esta parábola coincide con otros textos, como la célebre frase del camello y el ojo de la aguja:

Yo os aseguro que un rico difícilmente entrará en el Reina de los Cielos. Pero no se conforma con lanzar su sentencia, sino que insiste: *Os lo repito: es más fácil que un camello entre por el ojo de una aguja, que el que un rico entre en el Reino de los Cielos* (Mateo 19, 23-24).

Ante la sorpresa de los discípulos, añade: *Para los hombres eso es imposible, mas para Dios todo es posible.* Aunque este final parece una componenda para que los ricos se tranquilicen, lo cierto es que nos da a entender claramente que su salvación es tan problemática que necesita de una intervención divina especial.

En cierta ocasión se le acerca un joven preguntándole qué

debía hacer para conseguir la vida eterna, y cuando le recuerda que cumpliera los mandamientos, el joven le asegura que ya lo hace. Entonces, el Maestro añade:

> *Si quieres ser perfecto vende cuanto tienes y dáselo a los pobres, y tendrás un tesoro en los cielos; luego ven y sígueme. Pero el joven se marchó apenado, porque tenía muchos bienes* (Mateo 19, 21-22).

Jesús ha convertido la pobreza en un bien. Aquello que era causa de desprecio, incluso que se creía consecuencia del pecado, para Jesús es la única circunstancia que reúne las condiciones necesarias para hacerse amigos de Dios. Y el Maestro llega aún más lejos: no sólo se pone a favor de la pobreza, sino que pide a todos, pobres incluidos, que no se preocupen siquiera de las cosas más necesarias y básicas. Les exhorta a tener confianza en la providencia, con un abandono tan profundo e ilimitado que parecen las frases más utópicas del Maestro:

> *No andéis preocupados por vuestra vida, qué comeréis, ni por vuestro cuerpo, con qué os vestiréis; porque la vida vale más que el alimento y el cuerpo más que el vestido. Fijaos en los cuervos que ni siembran ni cosechan, que no tienen bodegas ni graneros, y Dios los alimenta.*

¡Cuánto más valéis vosotros que los pájaros/...Fijaos en los lirios, que no hilan ni tejen. Pero yo os digo que ni Salomón en toda su gloria se pudo vestir como uno de ellos. Pues si la hierba que hoy está en el campo y mañana va a ser echada al fuego, Dios así la viste, cuánto más a vosotros, hombres de poca fe! Así pues, vosotros no andéis buscando qué comer ni qué beber, y no estéis inquietos, que por todas esas cosas se afanan los paganos, y ya sabe vuestro Padre que tenéis necesidad de ellas. Buscad más bien su Reino y esas cosas se os darán por añadidura (Lucas 12, 22-31).

Él mismo predica con el ejemplo. Cuando un maestro de la ley, un escriba, le dice que está dispuesto a seguirle, le advierte:

Las raposas tienen madrigueras y las aves del cielo nidos, pero el Hijo del hombre no tiene donde reclinar la cabeza. (Mateo 8, 20).

Las palabras respecto a la pobreza son demasiado radicales y provocadoras. Nada tiene de extraño que a través de dos mil años se haya intentado darles un sentido simbólico que sustituyera el carácter extremoso de esas expresiones. Y pa-

ra ello han tratado de apoyarse en las bienaventuranzas tal y como las expone Mateo:

> *Afortunados los pobres de espíritu* (no "vosotros", como en Lucas), *porque de ellos es el Reino de los Cielos. Felices los mansos, porque ellos poseerán en herencia la tierra. Dichosos los que lloran, porque serán consolados. Afortunados los que tienen hambre y sed de justicia, porque ellos serán saciados* (Mt 5, 3-6).

Este evangelistas trastoca las palabras que aparecen en Lucas (6, 20-21): ahora el Maestro no está hablando a los pobres, sino de los pobres. Se distancia de ellos, lo que no está de acuerdo con la forma de actuar de Jesús. Por otra parte, Mateo añade algo por su cuenta: *Afortunados los pobres de espíritu..., los mansos..., los que tienen hambre y sed de justicia, porque serán saciados* (Mateo 5, 3-6).

Pero la expresión "pobres de espíritu" no significa que la pobreza pueda estar sólo en la mente, en el sentido de no encontrarse apegados a las riquezas que de hecho se poseen. Los teólogos reconocen que la frase podría interpretarse como *los que eligen ser pobres,* o bien *los que se desprenden de las riquezas.* No hay opción para quienes intentan ampararse en esa expresión para disfrutar de sus bienes con la excusa de que no están apegados a ellos.

En cuanto a *los mansos,* en realidad son *los humildes.* Así se dice en el salmo 37,11 de donde está tomada la frase: "Pero los humildes poseerán la tierra...", con un sentido claro de retribución meramente temporal. (En realidad, todas las Bienaventuranzas son reformulaciones de textos del Antiguo Testamento, salmos e Isaías principalmente).

Los que tienen hambre se han sustituido por "los que tienen hambre y sed de justicia", que si bien puede entenderse como el ansia de una sociedad más justa con los pobres, da pie a interpretaciones puramente espirituales: tener hambre y sed de justicia equivaldría a *buscar el Reino de Dios y su justicia.* Pero los mismos eruditos creyentes saben que tanto Lucas como Mateo se inspiraron en un mismo texto para hablar de las bienaventuranzas, y que Lucas fue más fiel a ese texto que el propio Mateo. Posiblemente, a éste le parecieron demasiado gravosas las palabras de Jesús: entre los primeros cristianos ya había gente de buena posición.

Resulta muy significativo el hecho de que, una vez desaparecido Jesús, sus discípulos ponen en práctica las enseñanzas del Maestro, prueba de que él no estaba hablando metafóricamente. Lucas lo cuenta en Hechos 2,44-47 y 4,32-37.

Tan en serio se toman sus palabras los seguidores de Jesús, que se cuenta el castigo sufrido por un tal Ananías por haberse quedado con parte del dinero (que debía ser repartido entre todos) después de vender su propiedad.

Por otra parte, la cautela que hay que demostrar ante las riquezas o su rechazo absoluto, pasan también de Jesús a sus discípulos. Santiago, jefe de la iglesia de Jerusalén (o quien fuere el autor de esta epístola), escribe deforma bastante radical, tal y como se esperaría de alguien que ha comprendido el mensaje de su Maestro:

El hermano de condición humilde gloríese en su exaltación (Jesús había exaltado la pobreza en sus bienaventuranzas, como hemos visto), *y el rico, en su humillación, porque pasará como flor de hierba: sale el sol con fuerza, y seca la hierba, su flor cae y se pierde su hermosa apariencia; así también el rico se marchitará en sus caminos* (Sant 1,9-11).

Escuchad, hermanos: ¿No son acaso los ricos los que os oprimen y os arrastran a los tribunales? ¿No son ellos los que blasfeman el hermoso Nombre que ha sido invocado sobre vosotros? (Sant 2, 5-7).

Vosotros los que decid: "Hoy o mañana iremos a tal ciudad, pasaremos allí el año, negociaremos y ganaremos" (no se habla aquí de ricos cuyas ganancias hayan sido adquiridas indebidamente, sino de empresarios honestos que hacen negocios normales), *vosotros que no sabéis qué será de vuestra vida mañana ¡sois vapor que aparece un momento y después desaparece! Os jactáis en vuestra fanfarronería. Toda jactancia de este tipo es mala... Ahora bien, vosotros, ricos, llorad y dad alaridos por las desgracias que están para caer sobre vosotros. Vuestra riqueza está podrida y vuestros vestidos están apolillados; vuestro oro y vuestra plata están tomados de herrumbre y su herrumbre será testimonio contra vosotros y devorará vuestras carnes como fuego. Habéis acumulado riquezas en estos días que son los últimos. Mirad: el salario que no habéis pagado a los obreros que segaron vuestros campos está gritando, y los gritos de los segadores han llegado a los oídos del Señor de los ejércitos. Habéis vivido sobre la tierra en delicias y placeres y habéis engordado para el día de la matanza* (Sant 4,13 a 5,5).

Estas durísimas palabras sólo tienen parangón con las severas diatribas de los antiguos profeta.

Las ideas de Jesús y los suyos sobre la pobreza son imposibles de cumplir en la actualidad. Ni siquiera tuvieron éxito aquellas ventas y repartos que hizo la primera comunidad cristiana. El dinero así obtenido tenía que agotarse antes o después. En realidad, nunca más se intentó una solución a todas luces absurda. Entonces, ¿por qué aconseja desprenderse de los bienes a los ricos y a quienes quieran seguirle?

Una posible respuesta: En aquellos días, "seguir" a Jesús significaba convertirse en un discípulo itinerante; los bienes, como la familia (lo veremos a continuación) sólo podían ser un impedimento. Aún así, nos queda otra pregunta por responder: ¿Por qué llama *afortunados* a quienes sufren hambre, sed e injusticia? En aquellos días no tienen sentido, excepto en el caso de que Jesús esperase un cambio radical en la sociedad, es decir: la llegada del Reino de Dios. Y esto es, exactamente, lo que él estuvo predicando desde el principio.

Nos hemos detenido en los textos que se refieren a lo que pensaba Jesús de la pobreza con objeto de mostrar su conexión con la venida del reino-reinado de Dios, y la conclusión, como en los otros casos, vendría a ser algo así como que *la pobreza desaparecería cuando irrumpiera ese cambio tan contundente.* Pero hay un detalle evangélico que pone

patas arriba todo lo que llevamos dicho. Se trata de la conocida escena ocurrida en Betania. Jesús ha sido invitado a comer en cierta casa. En esto, una mujer se le acerca con un jarro de alabastro con un perfume “de mucho valor” y unge con él la cabeza del Maestro. Alguien protesta por gastar tanto dinero habiendo pobres que carecen de todos. En este momento, Jesús pronuncia la célebre frase: *A los pobres siempre los tendréis entre vosotros y cuando queráis podéis hacerles bien, pero a mí no me tendréis siempre.* Si realmente este era su pensamiento, es evidente que Jesús no esperaba la llegada de ningún cambio radical en la sociedad auspiciado por su Padre. Y las palabras del sermón del monte acerca de lo bienaventurados que son los pobres resultan huecas y sin sentido. Se ha tratado de justificar esas palabras de Jesús argumentando que se trata de una expresión “sapiencial” y no una predicción, pero Deuteronomio 15, 11 ya decía lo mismo refiriéndose a nuestra conducta con los pobres: *Puesto que nunca faltarán pobres en la tierra, por eso te digo: Abre tu mano a tu hermano, al humillado y al pobre.* Y en la Biblia hebrea nunca se dice nada respecto a una posible erradicación de la pobreza.

FAMILIA

Jesús nunca se refiere a la familia en los términos que hoy día usan los dirigentes eclesiásticos, los políticos conservadores, las asociaciones de defensa de la familia o los cristianos comprometidos. Todos ellos presentan el entorno familiar como la célula básica e imprescindible de la sociedad, el lugar idóneo para el aprendizaje de la vida en común y el baluarte desde el que se defienden los grandes valores morales. Pues bien, nada de esto encontramos en los evangelios. Por el contrario, se nos aparece con un indudable despego por la familia, comenzando por la suya propia, y por la institución familiar misma.

Cuando en las bodas de Canaán, María le dice que en el convite se ha terminado el vino, la respuesta de Jesús es sorprendente e inesperada:

¿Qué tengo yo contigo, mujer?, o bien, literalmente: *¿Qué* a *mí y* a *ti?* (Juan 2,4), una expresión semítica bastante frecuente en la Biblia hebrea, que se emplea para rechazar una intervención que no se considera oportuna, incluso para indicarle a alguien que no se desea mantener ninguna relación con él. La circunstancia de que acabara obrando el milagro

no invalida el hecho de su intempestiva respuesta.

Desde la cruz, vuelve a dirigirse a ella llamándola de nuevo "mujer": *"Mujer, ahí tienes* a *tu hijo"* (Juan 19, 26).

También sorprende que esta escena, descrita en un momento tan importante para el Maestro, sólo aparece en Juan, los otros tres evangelistas ignoran que María estuviese al pie de la cruz (véanse Mc 15, 40-41 / Mt 27, 55-56 / Lc 23, 49).

Los tres sinópticos nos cuentan una escena muy significativa:

Llegan su madre y hermanos y quedándose fuera, le envían a llamar. Le dicen: Oye, tu madre, tus hermanos y tus hermanas están fuera y te buscan. -Él les responde: "¿Quién es mi madre y mis hermanos?", y mirando en torno suyo dice: "Quien cumpla la voluntad de Dios, ése es mi hermano, mi hermana y mi madre" (Marcos 3, 31-35).

O este otro incidente:

Estando él diciendo estas cosas, alzó la voz una mujer del pueblo y dijo: -¡Dichoso el seno que te llevó y los pechos que te criaron!

-Pero él dijo: Dichosos más bien los que oyen la Palabra de Dios y la guardan" (Lucas 11, 27-28).

Más importante que llevarlo a él en su seno es ser fiel a la palabra divina que se escucha. La mariología ha ignorado este hecho, que deja a María en segundo plano ante la realidad del Reino.

Pero si María aparece de un modo extrañamente marginado en la vida de Jesús, de su padre, José, sólo sabemos quién era, y su oficio de carpintero, por testimonios ajenos al Maestro, pues él ni siquiera lo menciona en ningún Evangelio.

Realmente, la familia de Jesús no entendía nada acerca ni de su origen divino ni de su misión, lo que evidentemente contrasta con el relato de Mateo acerca de un ángel que le desvela a María el misterio de su hijo:

> *Vuelve a casa. Se aglomera de nuevo la muchedumbre de modo que ni siquiera podían comer. Se enteraron sus parientes y fueron a hacerse cargo de él, pues decían: "Está loco"* (Marcos 3, 20-21).

Exactamente igual que decían "los judíos", según cuenta Juan en 10, 20). Esta escena fue eliminada por los otros evangelistas que leyeron a Marcos. No se veía bien que de tan ilustre personaje se dijera algo tan vejatorio.

LOS PARIENTES

Cuando encuentra a Simón y a su hermano Andrés echando las redes para pescar, les dice: *Venid conmigo y os haré pescadores de hombres.* Y ellos, sin más, dejan lo que estaban haciendo y a sus familias, y se van tras él.

> *Poco más adelante, vio* a *Santiago, el de Zebedeo, y* a *su hermano Juan; estaban arreglando las redes en la barca; y los llamó. Y ellos, dejando* a *su padre en la barca con los jornaleros, se fueron con él* (Marcos 1,17 - 20).

Lucas dice que *lo dejaron todo.*

La renuncia a la propia familia no admite excusas:

-En cierta ocasión dijo a otro: Sígueme.

-Él respondi6: "Déjame primero ir a *enterrar* a *mi padre".*

-Le respondió: "Deja que los muertos entierren a *sus muertos; tú vete* a *anunciar el Reino de Dios"*.

-Otro le dijo: "Te seguiré, pero déjame antes despedirme de los de mi casa".

-Le dijo Jesús: "Nadie que pone la mano en el arado y mira hacia atrás es apto para el Reino de Dios" (Lucas 9, 59-62).

Estos dos ejemplos, en los que no se menciona el nombre de los personajes, parecen una redacción estereotipada y ejemplarizadora, encaminada precisamente a convencer a los lectores de que el Reino no admite excusas de ninguna clase.

Pero hay más. El Reino tiene tales exigencias (y está tan cercano), que los lazos familiares pueden llegar a constituir un impedimento para recibirlo y propagarlo.

> *No penséis que he venido a traer paz a la tierra. No he venido a traer paz, sino espada. Sí, he venido a enfrentar al hombre con su padre, a la hija con su madre,* a *la nuera con su suegra; y sus propios familiares serán los enemigos de cada cual. El que ama a su padre o a su madre más que a mí, no es digno de mí; el que ama* a *su hijo o a su hija más que a mí no es digno de mí* (Mateo 10, 34-37).

Las mismas palabras, según Lucas (12,51s), son incluso más expresivas: *¿Pensáis que he venido para dar paz* a *la tierra? No, os lo aseguro, sino división. Porque desde ahora habrá cinco en una casa y estarán divididos; tres contra dos y dos contra tres; estarán divididos el padre contra el hijo y el hijo contra el padre; la madre contra la hija y la hija contra la madre; la suegra contra la nuera y la nuera contra la suegra*.

Siendo Jesús un predicador itinerante, abandonar a la familia para seguirle podía resultar razonable. El círculo de sus más cercanos (que estaban destinados a predicar la Buena Nueva del Reino como ayudantes del Maestro), ¿podía hacer otra cosa que deambular con él de un lado a otro? Sin embargo no parece que rechazara a la familia porque fuese un impedimento en su vida itinerante, sino porque había observado que los familiares se oponían a su seguimiento: *sus propios familiares serán los enemigos de cada cual.*

La sorprendente actitud de Jesús hacia la familia está corroborada por el pensamiento propio de los evangelistas: la forma en que narran la elección de los apóstoles, quienes lo abandonan todo para seguirle obedeciendo a una simple orden del Maestro, sin pensárselo dos veces y teniendo apenas conocimiento del personaje que los llama. Pero, de todas formas, nos muestran hasta qué punto los narradores evangélicos habían comprendido que el Maestro anteponía las exigencias del Reino a cualquier relación humana por muy importante que sea. Una vez más, no admite términos medios. Para él, sólo vale el todo o nada: *El que no está conmigo está contra mi* (Lucas 11, 23).

Las palabras de Jesús son realmente duras, y una vez

más no tienen en cuenta las necesidades humanas. Llega a decir que si el Reino lo exige, el cristiano deberá *hacerse eunuco* a *sí mismo por el Reino* (Mateo 21,12) para servirle mejor. Tampoco la sexualidad estaba incluida en sus planes. Pablo se muestra tan reacio como Jesús a "la carne", y sólo acepta el matrimonio con reticencias:

> *¿No estás ligado* a *una mujer? No la busques. El tiempo es corto. Por tanto, los que tienen mujer que vivan como si no la tuvieran...El no casado se preocupa de las cosas del Señor, de cómo agradarle. El casado se preocupa de las cosas del mundo, de cómo agradar* a *su mujer, está por tanto dividido...El que casa* a *su doncella, obra bien. Y el que no la casa, obra mejor* (1Corintios 7, 27, 29, 32, 38).

¿Influyó en Pablo la actitud de Jesús hacia el matrimonio? Sea como fuere, esa actitud de rechazo o desprecio estaba condicionada, como puede verse por el contexto de esas frases, por la urgencia que suponía la próxima llegada del Reino: ante esto, nada era importante.

Jesús relega el trabajo, como tantas cosas, a un segundo término. Ni una sola palabra del Maestro está dedicada a ensalza el valor del trabajo. Había enviado a setenta discípulos a predicar la llegada del Reino y entre otras cosas les había instruido: *Permaneced en la misma casa comiendo* y *bebiendo lo que tengan, porque el obrero tiene derecho* a *su salario* (Lucas 10, 7).

Se refiere a sus discípulos-apóstoles. Todo el que trabaje para el Reino de Dios merece ser alimentado y vestido por aquellos a los que se dirige. Así lo hizo él mismo: nunca se le ocurrió trabajar (durante su vida ambulante) para ganarse la vida. Las mujeres que lo seguían lo servían, a él y a sus próximos, en todo lo que necesitaban. Pablo deja claro que él también puede vivir de su predicación, pero renuncia decididamente a ese derecho.

Escuchemos a Lucas: *Yendo de camino, entró en un pueblo, y una mujer, llamada Marta, le recibió en su casa. Tenía ella una hermana llamada María, que sentada a los pies del Señor, escuchaba su palabra, mientras Marta estaba atareada en muchos quehaceres.*

Hasta aquí queda planteado, con descarada intención, el

dilema entre el trabajo y las exigencias del Reino. A continuación, se pretende colocar al trabajo ordinario en primer lugar: Entonces, Marta, *acercándose dijo: "Señor, ¿no te importa que mi hermana me deje sola en el trabajo? Dile, pues, que me ayude".*

Y la respuesta queda suficientemente clara:

> *Le respondió el Señor: ¡Marta, Marta, te afanas y preocupas por muchas cosas, y hay necesidad de pocas,* o *mejor, de una sola. María ha elegido la parte buena, que no le será quitada!"* (Lucas 10, 38-42).

La escena parece estar narrada adrede (aunque no se tratase de un hecho real) para aclarar, de una vez por todas, lo que era bien sabido en los primeros tiempos: que los intereses del Reino están antes que cualquier preocupación humana. Pero no se trata sólo de prioridades, sino que incluso deja clara su indiferencia despreciativa hacia las necesidades legítimas: *sólo una cosa es necesaria...* Otro tanto puede decirse del discurso acerca de la necesidad de abandonarse a la Providencia.

> *Mirad las aves del cielo que no siembran ni cosechan, ni recogen en graneros* (es decir: no trabajan), *y vuestro Padre celestial las alimenta... Aprended de los lirios del*

campo, cómo crecen; no se fatigan ni hilan (es decir: no se afanan con ningún trabajo). *Pero ni Salomón en toda su gloria se vistió como uno de ellos.*

No andéis preocupados diciendo: ¿qué comeremos, qué beberemos, con qué nos vamos a vestir? Que por todas esas cosas se afanan los gentiles, y ya sabe vuestro Padre celestial que tenéis necesidad de todo eso. Buscad primero su Reino y su justicia y todas esas cosas se os darán por añadidura. Así que no os preocupéis por el mañana; el mañana se preocupará de sí mismo. Cada día tiene bastante con su inquietud (Mateo 6, 26 y 28-29).

(Y Juan 6,26: *Obrad, no por el alimento perecedero, sino por el alimento que permanece para vida eterna, el que os dará el Hijo del hombre).*

No existen palabras más expresivas para dar a entender lo que venimos diciendo. Jesús comprende que la gente necesita comer, beber y vestirse (observemos que aquí se está refiriendo a necesidades básicas, imprescindibles; ¿qué hubiera dicho el Maestro de lo superfluo?), pero anima a sus seguidores a dejar incluso todo eso fuera de sus preocupaciones diarias. Lo sorprendente es la afirmación de que Dios les proveerá de todo ello sólo por el hecho de ocuparse del

Reino y su justicia: *se os darán por añadidura.*

El ejemplo acerca de las aves del cielo y las flores del campo está en contradicción con lo que cualquier campesino sabe: que miles de aves mueren de hambre, sobre todo en invierno, o cuando caen de los nidos y no pueden volar, y miles de plantas mueren de sed en los tiempos de sequía, o son arrastradas por las inundaciones, etc. El mundo natural de Jesús es idílico, irreal.

Todo ello ha obligado a exegetas y teólogos a afirmar que Jesús no quiso decir lo que dijo: no pensó que sus seguidores se cruzasen de brazos y esperasen que la providencia les proveyera de lo que necesitaban. Pero al razonar así, esos teólogos están apoyándose en un juicio a priori: "Es imposible organizar una sociedad en tales condiciones". De aquí se pasaba a concluir: Luego no pueden entenderse en sentido estricto las palabras del Maestro.

A primera vista, esas palabras tienen toda la apariencia de una frase gratuita e irreal, pero el pensamiento del Maestro, dentro de su idealismo, es coherente. Lo volvemos a comprobar cuando habla del poder de la oración: basta rogar a Dios que nos dé lo que necesitamos para que se acaben los problemas. Porque Dios es misericordioso, mucho más que un padre humano.

Todos recordamos una de las peticiones del Padrenuestro, la oración que enseñó personalmente: *Danos hoy el pan de cada día* (Mateo 6,11). El pan es necesario cada día, pero sólo lo pedimos para hoy. Pero, lo más importante: se trata de un bien que, normalmente, se alcanza con el esfuerzo propio en cualquier sociedad; sin embargo, en lugar de trabajar para lograrlo, debemos pedírselo al Padre. ¿Por qué pedir lo que nosotros mismo podemos conseguir? Volvemos a encontrar la admirable coherencia de pensamiento en el Maestro de Nazaret: "No os preocupéis por el mañana, porque cada día trae su propia inquietud".

Y antes de pedir el pan diario, hay otra petición: *Que venga a nosotros tu Reino.* El Reino del Padre es más importante que el alimento que necesitamos para vivir. Todo coincide, todo encaja: Jesús no olvida las necesidades humanas, pero las relega a un lugar secundario cuando se comparan con las maravillas del Reino.

Por último, no deja de ser significativo el hecho de que el mismo Jesús, en las dos únicas ocasiones en que dio de comer a las muchedumbres que le seguían, lo hizo mediante sendos supuestos milagros: estaba poniendo en práctica lo que predicaba a sus discípulos. Si esos milagros fueron verdaderos o no, resulta indiferente a nuestra argumentación:

quienes los escribieron estaban en la misma onda que Jesús. Y como no fueron reales (ver el apartado “Milagros en el NT), tal vez se escribieron con la intención de reforzar las palabras del Maestro.

Pero si nuestros problemas básicos los resuelve Dios Padre con tal de que se lo pidamos confiadamente, ¿qué necesidad tenemos de trabajar? La sabiduría popular ha comprendido la incongruencia de esa actitud resumiéndola en un dicho muy conocido: "A Dios rogando y con el mazo dando". Los monjes, en sus monasterios, decían lo mismo, aunque con otras palabras: "Ora et labora". Pablo también se dio cuenta de que hay que ser prácticos y, mientras estemos en el mundo, debemos ocupamos de los asuntos del mundo. Más aún: el apóstol pensaba que una de las razones para trabajar era poder, así, ayudar a los necesitados:

> *En todo os he enseñado que es así, trabajando, como se debe socorrer a los débiles* (Hechos 20, 35).

Jesús, por el contrario, como ya hemos visto, pedía a sus seguidores que, para ayudar a los pobres, vendiesen sus bienes. Es obvio que o no era práctico o tenía otra cosa en la cabeza.

En las cartas apostólicas, no hay ninguna referencia a ese discurso utópico de Jesús.

FE y ORACIÓN

Jesús estaba convencido de que la oración es eficaz, es decir: produce el efecto que se busca con ella. Estamos hablando de la oración de petición. Pero esa eficacia se la da la fe. Sin ella, la oración es estéril. Él mismo se vio imposibilitado de hacer milagros en Nazaret, su propia tierra, porque aquella gente no creía en él (Mateo 13,58), ni quiere hacerlos ante los escribas y fariseos que le piden una señal (Mateo 12, 38-39). Sin embargo, la gente enferma que acude a él confiada, encuentra la salud: así se cuenta concretamente de la hemorroísa, la hija de Jairo, el ciego de Jericó de Marcos, los dos ciegos de Mateo, los diez leprosos de Lucas, el leproso de Marcos, la hija de una siro-fenicia, el paralítico y el criado del centurión. Los apóstoles, en cierta ocasión, intentaron curar a un muchacho que tenía *un espíritu mudo,* pero no lo consiguieron. Jesús lo sana, y sus discí-

pulos le preguntan por qué ellos no pudieron hacerla. El Maestro, según Marcos 9,29, les responde que esa clase de espíritus malignos sólo pueden ser expulsados con la oración, pero Mateo afirma que dijo: *Por vuestra poca fe* (Mateo 17,20). Oración y fe, o confianza actualizada en oración.

Resulta curioso comprobar que, hoy mismo, miles de personas enfermas que acuden a sanadores y curanderos de todo tipo, encuentran también la salud por medio de su confianza en ellos (al menos así lo explican los estudiosos del tema) y las oraciones que se imparten en esas curaciones.

La confianza en el poder de Dios es una fuerza capaz de obrar milagros, maravillas y prodigios.

Al amanecer, cuando volvía a *la ciudad, sintió hambre, y viendo una higuera junto al camino se acercó* a *ella, pero no encontró más que hojas. Entonces dice* a *la higuera: "Que nunca jamás brote fruto de ti". Y al momento se secó la higuera. Al verlo, los discípulos se maravillaron y decían:*

-¿Cómo al momento quedó seca la higuera?

-Jesús les respondió: "Yo os aseguro: si tenéis fe y no vaciláis, no solo haréis lo de la higuera, sino que si decís a *este monte: 'Quítate y arrójate al mar', así* se *hará. y todo cuanto pidáis con fe en la oración, lo recibiréis"* (Mt 21, 18s).

Siempre nos ha sorprendido la escena de la higuera seca y del monte que puede ser trasladado sólo con desearlo. Son actuaciones inverosímiles. Por esta razón, se ha tratado de darle una explicación racional: Jesús no secó ninguna higuera, sino que Marcos (el primero que lo cuenta) quiso dar a entender a sus lectores, con unos ejemplos desproporcionados, el poder de la fe.

Juan 14, 12 informa también de estas palabras de Jesús: *El que crea en mí hará él también las obras que yo hago y mayores aún.*

La fe en su Padre, y este es el mensaje de fondo, es esencial para todo el que quiera seguirle e incluso realizar prodigios. Aunque algunos no tienen una finalidad clara, como andar sobre las aguas ante sus discípulos: Pedro le ruega que le ayude a caminar también sobre las aguas, pero se asusta ante la vehemencia del viento y se hunde. Jesús lo toma de la mano: *Hombre de poca fe, ¿por qué has dudado?* (Mateo 14, 22-31).

O bien el caso aquel en el que calma una tempestad: sus discípulos recurren a él asustados, pero vuelve a decirles: *¿Por qué andáis con miedo, hombres de poca fe?* (Mateo 8, 23-26). El mensaje siempre es el mismo.

La conversión del agua en vino en las bodas de Caná

(Juan 2,1ss) es otro prodigio más bien innecesario (se dice que sus discípulos, entonces, "creyeron" en él; pero no resulta lógico realizar milagros para convencer a quienes ya le seguían) y lo es igualmente el de secar la higuera. Pero está demostrando (o el narrador de estas escenas) que la fe lo puede todo, sin excepción.

Los discípulos sólo pueden hacer prodigios cuando reciben ese poder del mismo Jesús. Al enviar a los doce en misión apostólica *les dio poder sobre los espíritus inmundos para expulsarlos, y para sanar toda enfermedad y dolencia* (Mateo 10, 1). Lucas nos cuenta que también envió a setenta y dos, y aunque no les dice nada al respecto, al volver están alborozados: *Señor, hasta los demonios se nos someten en tu nombre.* Y el Maestro lo reconoce: *Os he dado el poder de pisar sobre serpientes y escorpiones, y sobre toda potencia enemiga, y nada os podrá hacer daño* (Lucas 10, 17-19).

Marcos asegura que, después de resucitado, dijo a sus seguidores:

> *Estas son las señales que acompañarán* a *los que crean: en mi nombre expulsarán demonios, hablarán en lenguas nuevas, tomarán serpientes en sus manos y aunque beban veneno no les hará daño; impondrán las manos sobre*

los enfermos y se pondrán bien (Marcos 16, 17-18).

El Maestro siempre sorprende con sus palabras. Lo de las serpientes, los escorpiones y el veneno, sobre todo, nos deja perplejos. Y no puede argumentarse que se trata de alegorías o simbolismos, porque junto a esas circunstancias se menciona la curación de los enfermos, que, en tal caso, deberíamos interpretar también como algo puramente simbólico.

No entramos a discutir si lo que realizaba eran auténticos milagros o simples curaciones psicológicas (al estilo de los curanderos de todas las épocas). Fuese lo que fuese que hiciera, lo realmente asombroso es que él desee que sus discípulos posean esa misma confianza y realicen las mismas maravillas. Pero lo más interesante de todo es el hecho de que no pone límite alguno a lo que sus seguidores pueden pedir.

Pedid y se os dará; buscad y hallaréis; llamad y se os abrirá. Porque todo el que pide recibe, el que busca halla, y al que llama se le abrirá. ¿O hay acaso alguno entre vosotros que al hijo que le pide pan le da una piedra; o si le pide un pescado, le da una culebra? Si, pues, vosotros, siendo malos, sabéis dar cosas buenas a *vuestros hijos,*

¡cuánto más vuestro Padre que está en los cielos dará cosas buenas a los que se las pidan! (Mateo 7, 7-11).

Marcos 11,24: *Todo cuanto pidáis en la oración, creed que ya lo habéis recibido y lo obtendréis.*

Mateo 18,18-20: *Si dos de vosotros se ponen de acuerdo en la tierra para pedir algo, sea lo que fuere, lo conseguiréis de mi Padre que está en los cielos.*

Juan 15,7: *Si permanecéis en mí y mis palabras permanecen en vosotros, pedid lo que queráis y lo conseguiréis*

Juan 15,16: *Todo lo que pidáis al Padre en mi nombre os lo concederá.*

Jesús pone condiciones, ciertamente: pedir *en su nombre,* y estar unidos a él por la fe *(sin mí no podéis hacer nada,* Juan 15,5), pero nunca pone límites.

Esta desmesurada confianza en el poder de la oración dicha con fe sin condiciones ha desconcertado siempre a los teólogos, que se han visto en la necesidad de encontrar una explicación convincente: se trataría de un lenguaje propio de los orientales, dados a utilizar las exageraciones, un lenguaje hiperbólico. Sin embargo cabría preguntarse si sus oyentes lo entendían así, como exageraciones, y por qué, si existían límites a las peticiones, no los mencionó nunca.

Está claro, pues, que orar con fe es, para Jesús, algo capaz de obrar prodigios asombrosos. Y esto parece conectado con la confianza que pone en la Providencia del Padre: no debemos preocupamos por las cosas de este mundo, pues si atendemos en primer lugar al Reino, todo lo demás se nos dará por añadidura. Pero en dos mil años de historia del cristianismo, los encargados de predicar el Reino (las jerarquías eclesiásticas, sacerdotes, monjas, frailes, popes, pastores, misioneros, etc.) no han heredado esa fe de Jesús ni su fuerza espiritual. Era imposible: los cristianos hubiesen acabado con todas las miserias humanas. ¿Por qué, entonces, el Maestro deseaba convencer a los suyos del poder extraordinario de la oración dicha con fe? Posiblemente pensaba que aquella era una época muy especial: el reinado de Dios estaba cerca, y sus seguidores debían poseer una confianza inconmovible para desenvolverse en un mundo a punto de cambiar drásticamente. Sólo así cobran sentido sus palabras y el hecho del posterior fracaso de los creyentes.

AMOR al PRÓJIMO

Desde tiempo inmemorial, a Jesús se le ha considerado como el paladín del amor al prójimo. En realidad no es cierto, puesto que varios siglos antes, Buda y Confucio lo habían proclamado en términos muy parecidos. Incluso en la Biblia hebrea, exactamente en el libro llamado Levítico (19, 18) puede leerse: *Amarás* a *tu pr6jimo como* a *ti mismo,* una máxima que Jesús recordará en varias ocasiones. Pero aunque no fuese original, no deja de insistir en ello, y llega a darle una nueva dimensión cuando afirma que los discípulos deben amarse unos a otros como él mismo los ha amado y que, precisamente en ese detalle, conocerán los de fuera que ellos son su seguidores (Juan 13, 35).

Por otra parte, si bien el maestro judío Hilel (fallecido hacia el año 10 d.e.c.) proclama: "No hagas a otro lo que no quieras que te hagan a ti". Jesús dice lo mismo pero en un sentido positivo: *Todo cuanto queráis que os hagan los hombres, hacédselo también vosotros* a *ellos* (Mt 7, 1 2)

¿Pero quién es el prójimo? Es evidente que se ha confundido al prójimo, durante siglos, con cualquier ser humano. Jesús tiene cuidado en aclararlo contando a sus oyentes la historia del buen samaritano.

Bajaba un hombre de Jerusalén a *Jericó y cayó en manos de salteadores que le despojaron y le golpearon dejándole medio muerto. Casualmente bajaba por aquel camino un sacerdote y, al verle, dio un rodeo. De igual modo, un levita que pasaba por aquel sitio le vio y dio un rodeo. Pero un samaritano que iba de camino llegó junto* a *él y, al verle, tuvo compasión: vendó sus heridas, echando en ellas aceite y vino, le montó en su propia cabalgadura, le llevó* a *una posada y cuidó de él. Al día siguiente le entregó dos denarios al posadero diciéndole: "Cuida de él y si gastas algo más, te lo pagaré cuando vuelva"*.

Acabado el piadoso cuento, pregunta al legista:

-¿Quién de estos tres te parece que fue pr6jimo del que cayó en manos de los salteadores?

-El legista respondi6: "El que tuvo misericordia de él".

-Dijo Jesús: "Vete y haz tú lo mismo" (Lucas 10, 30-37).

Lo curioso de esta escena es que el prójimo, a quien se ha de amar, no es el necesitado de auxilio, sino el que ayuda al herido *(el que tuvo misericordia de él).* En realidad, Jesús estaba invitando a su interlocutor a comportarse como un prójimo: *Vete y haz tú lo mismo.*

Mateo relata (es el único que lo hace) lo que hará y dirá

cuando venga Jesús en su gloria, cuando este orden de cosas acabe. Afirma que el Maestro separará a los humanos en dos grupos. A uno de ellos le dirá:

Venid, benditos de mi Padre y recibid la herencia del Reino...Porque tuve hambre y me disteis de comer; tuve sed y me disteis de beber; era forastero y me acogisteis; estaba desnudo y me vestisteis; enfermo y me visitasteis; en la cárcel y vinisteis a *verme.*

-Señor, ¿cuando te vimos hambriento y te dimos de comer…

-Responde: Cuanto hicisteis a *uno de estos hermanos míos más pequeños, a mi me lo hicisteis.*

Del mismo modo, el otro grupo, acusado, pregunta:

-Señor, ¿cuándo te vimos hambriento…y no te asistimos?

Y respondera:

-En verdad os digo que cuanto dejasteis de hacer con uno de estos más pequeños, conmigo dejasteis de hacerlo.

(Mt 25, 34-40).

Es decir, serán premiados o castigados incluso quienes no pensaban en él cuando hacían el bien o se negaban a hacerlo, lo cual incluye a personas que no son cristianas, ni

siquiera creyentes.

Por lo tanto, el amor a los demás, para Jesús, no es un puro sentimiento que se expresa en meras palabras, sino una actuación coherente con aquellos que padecen alguna clase de sufrimiento. Esta coherencia se especifica detalladamente en la historia del buen samaritano: deja a un lado sus ocupaciones y preocupaciones, le atiende personalmente, lo lleva a un lugar adecuado para que le cuiden y corre con todos los gastos. Acabamos de ver cómo se refiere a los que tienen hambre y sed; a los enfermos, a los que no tienen con qué cubrirse, a los forasteros (he aquí a los emigrantes) y a los presos (de quienes no se especifica si son culpables o no). Todos son gente marginada en nuestras sociedades. Son los *pobres* a que se refería en el discurso de la Montaña.

Una vez que Jesús desaparece, sus seguidores ponen en práctica sus enseñanzas, como hemos visto por la relación de los Hechos de los Apóstoles. Aunque para él la pobreza fuese una riqueza espiritual, sabía que no se podía dejar a los pobres abandonados a su suerte. Pero cuando habla de ayuda, de limosnas, insiste en que han de hacerse después de haberse desprendido de los bienes propios, no como el que da de lo que le sobra (ver Lc 6, 30 y 18, 22).

Y en otros textos:

Sed misericordiosos como vuestro Padre...Dad y se os dará: como midáis se os medirá a vosotros, una medida buena, apretada, remecida hasta rebosar, pondrán en el halda de vuestros vestidos. Porque con la medida con que midáis se os medirá a vosotros (Lucas 6, 36,38)...

Cuando des un banquete, llama a *los pobres,* a *los lisiados,* a *los cojos,* a *los ciegos, y serás dichoso, porque no te pueden corresponder y se te recompensará en la resurrecci6n de los justos* (Lucas 14, 13-14).

Además de dar limosna con generosidad, aconseja no juzgar a los demás (Mateo 7,1-5), corregir al hermano que ha cometido una falta grave y pública (Mateo 18, 15-18), no encolerizarse con él ni insultarle (Mateo 5, 22), y lo más difícil: perdonar a quienes nos han ofendido: *perdona nuestras ofensas como nosotros perdonamos* a *quienes nos ofenden;* y añade la parábola del siervo sin entrañas (Mateo 18, 23-35) que termina con una amenaza:

Esto mismo hará con vosotros mi Padre si no perdonáis de corazón cada uno a *su hermano.*

Pero no es suficiente con perdonar una sola vez, sino que hay que hacerlo indefinidamente, *setenta veces siete* según Mateo (18, 22), o *siete veces al día,* como dice Lucas (17, 4). El autor de Marcos insiste en otro aspecto:

Y cuando os pongáis de pie para orar, perdonad, si tenéis algo contra alguno, para que también vuestro Padre os perdone vuestras ofensas (Marcos 11, 25).

Mateo se refiere también al que va a hacer oración, pero en otro sentido: el amor es más importante que la acción litúrgica:

Si al presentar tu ofrenda en el altar te acuerdas de que un hermano tuyo tiene algo que reprocharte, deja tu ofrenda allí, delante del altar, y vete primero a *reconciliarte con tu hermano; luego, vuelves y presentas tu ofrenda* (Mateo 5, 22-24).

Y estando ya colgado de la cruz:

Padre, perdónalos porque no saben lo que hacen (Lucas 23, 34).

Las cartas de los Apóstoles, como era de esperar, abundan en las mismas ideas. Santiago deja bien claro, refiriéndose a

la ayuda que debemos a los hermanos necesitados, que *la fe, si no tiene obras, está realmente muerta* (Sant 2, 17), por lo tanto *poned por obra la Palabra y no os contentéis sólo con oírla engañándoos a vosotros mismos* (Sant 1, 22), y que *la religión pura* e *intachable ante Dios Padre es esta: visitar a los huérfanos y* a *las viudas en su tribulación y conservarse incontaminado del mundo* (Sant .1, 27).

Por otra parte añade: *No habléis mal unos de otros, hermanos...Uno solo es el legislador y juez, que puede salvar* o *perder. En cambio tú, ¿quién eres para juzgar al prójimo?* (Sant 4, 11,12).

La primera carta de Juan es aún más incisiva:

Todo el que aborrece a *su hermano* es *un asesino; y sabéis que ningún asesino tiene vida eterna permanente en él…También nosotros debemos dar la vida por los hermanos. Si alguno que posee bienes en la tierra, ve a su hermano padecer necesidad y le cierra su corazón, ¿cómo puede permanecer en él el amor de Dios? Hijos míos, no amemos de palabra ni de boca, sino con obras y según la verdad* (1 Juan 3, 15 -18). *Si alguno dice: "Amo* a *Dios* ", *y aborre*ce a *su hermano,* es *un mentiroso, pues quien no ama* a *su hermano* a *quien ve, no puede amar* a *Dios* a *quien* a *no ve* (1 Juan 4, 20).

En conclusión -añade la primera carta de Pedro- *tened todos unos mismos sentimientos, sed compasivos, amaos como hermanos, sed misericordiosos y humildes* (1P 3, 8).

¿Pero este amor puede extenderse a todos los seres humanos? Tenemos una frase sorprendente en Mateo (5, 46), según la cual, el amor al prójimo no podría entenderse como una regla de conducta social:

Si amáis a *los que* os *aman, ¿qué recompensa vais* a *tener? ¿No hacen eso mismo también los publicanos?*

Es decir, amar a los que nos aman, corresponder al amor que otros nos tienen, no supone ningún mérito. Pero esto no invalida el mensaje de portarnos bien con quienes necesiten de nuestra ayuda, al margen de que se trate de personas que nos amen o no, de conocidos o de desconocidos, de compatriotas o de extranjeros. Lo que Jesús parece querer decir es que el verdadero mérito consiste en amar a quienes nos odian, el *amor* a los enemigos que veremos en el apartado siguiente.

De todas formas, tal y como lo expusieron Jesús y sus seguidores, es completamente imposible el amor-ayuda. Nues-

tras ciudades, en sociedades consumistas y derrochadoras, están llenas de gentes marginadas (sólo en Estados Unidos se calculan más de treinta millones), y en el tercer mundo los que necesitan ayuda se cuentan por miles de millones (más de un tercio de la población mundial).

Centenares de organizaciones solidarias se esfuerzan por paliar los incontables problemas que se presentan diariamente: heridos, minusválidos para toda la vida, huérfanos, viudas, jóvenes y niñas violadas, destrucción de ciudades y viviendas, éxodos masivos en precarias condiciones, son algunos de los resultados de las numerosas guerras que se producen en el mundo. Países en donde no se respetan los derechos humanos, pena de muerte, millones de parados, explotación laboral y sexual de menores, migraciones obligadas en busca de mejores oportunidades, cárceles masificadas, falta de condiciones sanitarias básicas y de atención médica, escasez de escuelas que generan millones de analfabetos... ¿Cómo es posible comportarse como prójimo con esos millones de personas tal y como Jesús pedía en la parábola del buen samaritano? Podemos sentir *compasión,* incluso enviar nuestra limosna a una organización que trabaje en favor de los más abandonados, pero nada más. No po-

demos ser todos samaritanos. Los que sufren son demasiado numerosos.

Pero si bien la historia del samaritano caritativo sugiere la idea de que ese amor ha de extenderse incluso a los desconocidos, es más razonable pensar que el Maestro se estaba refiriendo al reducido grupo de sus seguidores. Los textos de Santiago, Juan y Pedro que hemos trascrito antes van en esa dirección.

Las mismas características de ese amor (dar limosnas con generosidad, corregir al hermano no encolerizarse con él ni insultarle, perdonar sus ofensas...), se entienden perfectamente dirigidas a la pequeña comunidad judeocristiana de los primeros tiempos. Y las propias palabras de Jesús en la última cena lo confirman:

> *Os doy un mandamiento nuevo: que os améis los unos* a *los otros como yo os he amado. En esto conocerán todos que sois discípulos míos: si os tenéis amor los unos* a *los otros* (Juan 13, 34-3S)

Esto sería más factible, indudablemente. Sin embargo se trata más bien de un hermoso deseo que de una posible realidad. Muerto Jesús, el amor a los hermanos del propio grupo se puso en práctica en la comunidad de que nos hablan

los Hechos de los Apóstoles. Era irremediable que fracasara: en cualquier sociedad tradicional, largamente establecida, con sus diferencias de clases, su jerarquización del poder y su sistema económico aquella primera experiencia no podía fructificar. Por otra parte, la convivencia, dada la complejidad de la psicología humana, es harto difícil. Ni siquiera los conventos y monasterios se libran de esa enmarañada red de sutiles envidias, resentimientos, celos, desconfianzas y rivalidades.

En realidad, a pesar de sus buenas palabras, Jesús no aportó nada a la sociedad, ni en el plano político, ni en el económico, ni en el cultural; su mensaje es exclusivamente religioso.

AMOR a los ENEMIGOS

Si el amor al prójimo es de por sí bastante problemático, las cosas se complican cuando de lo que se trata es de amar también a los enemigos. Pues bien: Jesús llega incluso a

ese extremo. Tanto Mateo como Lucas narran sus palabras al respecto, pero el texto de Lucas es más amplio e incluye más detalles.

> *Pero yo os digo a los que me escucháis: Amad a vuestros enemigos, haced bien a los que os odien, bendecid a los que os maldigan, rogad por lo que os maltraten. Al que te hiera en una mejilla preséntale también la otra, y al que te quite el manto, no le niegues la túnica. Da a todo el que te pida, y al que tome lo tuyo no se lo reclames; y lo que queráis que los hombres os hagan, hacédselo vosotros igualmente. Si amáis a los que os aman ¿qué mérito tenéis? Pues también los pecadores aman a los que les aman.*
>
> *Si hacéis el bien a los que os lo hacen a vosotros, ¿qué mérito tenéis? ¡También los pecadores hacen otro tanto! Si prestáis a aquellos de quienes esperáis recibir, ¿qué mérito tenéis? También los pecadores prestan a los pecadores para recibir lo correspondiente. Más bien amad a vuestros enemigos; haced el bien y prestad sin esperar nada a cambio; y vuestra recompensa será grande, y seréis hijos del Altísimo, porque él es bueno con los ingratos y los perversos.* (Lucas 6, 27-35).

Igual que ocurre con el prójimo, el concepto de enemigo en

los Evangelios se ha interpretado siempre de modo general. Sin embargo, basta leer atentamente el texto de Lucas para damos cuenta de que esos enemigos son personas concretas que conviven con nosotros: Son aquellos que nos odian, maldicen, maltratan, abofetean y roban. Nadie viene desde lugares lejanos a hacemos nada de eso. Jesús no está pensando para nada en una situación de guerra, circunstancia en la que el término "enemigo" adquiere connotaciones mucho más dramáticas. El Maestro se está refiriendo a personas de nuestro entorno social que nos rechazan. Esa proximidad queda reflejada igualmente en las otras frases: *Si amáis* a *los que os aman, si hacéis el bien* a *los que os lo hacen* a *vosotros, si prestáis* a *aquellos de quienes esperáis recibir...*

Por otra parte, él mismo no practicó ese amor a los enemigos. Por el contrario, odia, o desprecia, a los ricos, y dirige palabras muy duras contra aquellos que rechazan la Palabra del Reino, los judíos que se niegan a recibirle o las ciudades en los que no tiene éxito su prédica. No hay para ellos ninguna compasión, ninguna tolerancia. Él tiene sus propios enemigos, a los que condena a un fuego eterno, una conducta que contrasta de forma sorprendente con su mandamiento de amor universal, como veremos en otro apartado

de estos comentarios.

Si el mismo Jesús no pudo sobreponerse al rechazo que le inspiraban sus "enemigos", ¿cómo podríamos hacerla nosotros?

Pero los apóstoles siguen en líneas generales al Maestro. La primera carta atribuida a Pedro (dirigida a los creyentes de fuera de Palestina), les exhorta a *no devolver mal por mal, ni insulto por insulto* (1 Pedro 3, 9). Es decir: predica la no violencia, pero sólo dentro del grupo cristiano. Lo mismo puede decirse del resto de las cartas apostólicas. Pero, del mismo modo, también rechazan con fuerza a quienes no ponen atención a la palabra de Jesús: Moisés dijo: El Señor os enviará a un profeta, escuchadle, porque todo el que no escuche a ese profeta, será exterminado del pueblo (palabras de Pedro en Hechos 3, 22-23).

Si leemos detenidamente todo lo que nos pide que hagamos respecto a nuestros enemigos, resulta obvio que es imposible cumplirlo: si nos roban, no debemos denunciarlo a la policía ni intentar recuperar nada, sino, por el contrario, darle al ladrón lo que no llegó a robarnos. Si alguien se lleva algo nuestro, no debemos reclamárselo (¿no hay aquí un rechazo claro a la propiedad privada?). Si prestamos algo, no debemos esperar nada a cambio (las instituciones bancarias se-

rían, pues, anticristianas). ¡Cuando nos ataquen, no debemos ofrecer resistencia!

Esta imposibilidad de cumplir los mandatos de Jesús se ve con más claridad en el caso de que esos enemigos sean todos los humanos que nos ocasionen algún mal (y no solo los de nuestro grupo social o religioso), como en una situación de guerra. ¿Podemos amar a quienes asesinan a nuestras familias ante nuestros propios ojos, arrasan nuestras tierras y destruyen nuestras casas? ¿Es lógico acaso no oponer resistencia al que pretende quitarnos la vida? La moral cristiana posterior, convencida de la imposibilidad de esta conducta, se ha visto obligada a afirmar categóricamente que la "defensa propia" es un derecho que todos tenemos, amparándonos en el cual podemos llegar incluso a matar a quienes ponen en peligro nuestra vida o la de nuestros familiares. Pero no es esto lo que Jesús pensaba.

A nuestros "enemigos" cercanos. y caseros podemos llegar a perdonarles sus fechorías, prescindiendo de la venganza, si con ello se nos garantiza que podemos comenzar a vivir pacíficamente a partir de ese punto. También podemos bendecirles cuando nos maldicen y rogar a Dios por ellos, pero una sociedad que pretenda funcionar adecuadamente no puede prescindir de la *justicia* para detener los

desmanes de agresores y ladrones (una justicia aplicada, por supuesto, por los tribunales competentes), aun en el caso de que esa justicia no se aplique con el rigor actual (la pena de muerte, las cárceles masificadas, los malos tratos...), como sería deseable. Y por otra parte, terminada una contienda, ¿podemos dejar que vivan libremente los que han sido descubiertos como criminales de guerra? Jesús no quiere que *juzguemos* a los demás, ni que los condenemos:

> *No juzguéis y no seréis juzgados, no condenéis y no seréis condenados. Perdonad y seréis perdonados* (Lucas 6, 37).

Mateo (7,3-5) añade:

> *¿Cómo es que miras la brizna que hay en el ojo de tu hermano, y no reparas en la viga que hay en el tuyo?... Hipócrita: saca primero la viga de tu ojo, y entonces podrás ver para sacar la brizna del ojo de tu hermano.*

Es posible que se refiriese a los juicios personales cotidianos que hacemos en nuestro fuero interno, pero si no debemos hacer eso, tampoco podremos hacerlo en un tribunal donde, al fin y al cabo, se está juzgando a alguien, y por personas que tal vez no sean de vida intachable. Desgraciadamente necesitamos de unos mecanismos de justicia mucho más severos que los que propone Jesús cuando habla de la co-

rrección fraterna (Mateo 18, 15-17). La sociedad no tiene otra forma de funcionar más que por intermedio de los mismos seres humanos que la componen. Si dejásemos a Dios el juicio y castigo de los delincuentes, no podríamos convivir en paz. Lo único que podemos hacer es procurar comportarnos con ecuanimidad y objetividad en nuestros *juicios* para no causar un daño irreparable a los inocentes.

Pero no era esta la idea de Jesús: él prefería que la *justicia* se manifestara cuando llegase el Reino, que los *juicios* no los pronunciaran los hombres, sino su Padre, el único que puede premiar y condenar.

OTRAS EXIGENCIAS ÉTICAS

Además de cuanto llevamos dicho, Jesús exige que sus seguidores huyan de todo privilegio, preeminencia, autoridad o deseo de poder, ya sea en lo social como en lo religioso. La humildad es un pilar fundamental para el Maestro de Nazaret.

Los discípulos discuten y preguntan acerca de quién será el mayor en el Reino. Jesús toma a un chiquillo junto a él y

dice:

Yo os aseguro: si no cambiáis y os hacéis como niños, no entraréis en el Reino de los Cielos. Así pues, quien se haga pequeño como este niño, ese es el mayor en el Reino de los Cielos (Mateo 18, 2-4).

La madre de Santiago y Juan, los hijos de Zebedeo, le pide que ambos se sienten a su lado en el Reino. Jesús reconoce el ansia de poder que rezuman esos deseos, por muy comprensibles que resulten en una madre. Pero no siempre que una madre quiere lo mejor para sus hijos se está comportando correctamente. Así pues, hay que aclarar las cosas:

Sabéis que los jefes de las naciones las gobiernan como señores absolutos, y los grandes las oprimen con su poder. Pero no ha de ser así entre vosotros, sino que quien quiera llegar a *ser grande entre vosotros, será vuestro servidor, y el que quiera ser el primero entre vosotros, será esclavo vuestro de la misma manera que el Hijo del hombre no ha venido* a *ser servido, sino* a *servir. (Mateo* 20, 25-28).

El poder absoluto, como el de los gobernantes, debe ser rechazado entre sus seguidores, pero hay también que re-

chazar la aspiración a parecer gente importante, como los escribas y fariseos, que *todas sus obras las hacen para ser vistos, buscan los primeros puestos en banquetes y sinagogas, quieren que se les salude en las plazas y que la gente les llame* "*mi maestro"*. *Vosotros, en cambio, no os dejéis llamar "mi maestro", porque uno solo es vuestro Maestro, y vosotros sois todos hermanos. Ni llaméis* a *nadie Padre vuestro en la tierra, porque uno solo es vuestro Padre: el del cielo. Ni os dejéis llamar "preceptores* ", *porque uno solo es vuestro Preceptor. El mayor entre vosotros sea vuestro servidor* (Mateo 23, 5 -12).

Las parábolas del fariseo soberbio y el publicano humilde, así como aquella de la elección de asientos en una boda (la humildad exige sentarse en los últimos puestos) insisten en la misma idea (Lucas 18, 14/14, 11).

Y otra vez vuelve cuando les aconseja que no se gloríen de haber cumplido con su obligación:

> *Cuando hayáis hecho todo lo que os fue mandado, decid: Somos siervos inútiles; hemos hecho lo que debíamos hacer* (Lucas 17, 10).

Lo que Jesús pretende es evitar la soberbia que amenaza a quien cumple con su deber, o con aquello a lo que se ha comprometido. Sin embargo, la satisfacción que produce el cumplimiento de nuestros deberes o responsabilidades y su reconocimiento por los demás, es uno de nuestros mayores incentivos psicológicos y sociales, algo tan necesario, desde el punto de vista humano, que sería absurdo y cruel privamos de ella.

Él mismo da ejemplo de servicio humilde a los demás cuando lava los pies a sus discípulos durante la última cena con ellos y les pide que hagan lo propio unos con otros:

> *¿Comprendéis lo que he hecho con vosotros? Me llamáis Maestro* y *Señor,* y *decís bien, pues lo soy. Pues si yo, el Señor* y *el Maestro, os he lavado los pies, también vosotros debéis lavaros los pies los unos* a *los otros.* (Juan 13, 2-14).

Lavar los pies no es más que una forma de expresar el servicio humilde a los hermanos, por supuesto. Pero la humildad que exige es más profunda. Supone ponerse al servicio del Reino tan incondicionalmente, que no se deben tener en cuenta ni siquiera las más legitimas aspiraciones del cuerpo y de las mente.

El que no tome su cruz y me siga no es digno de mí. El que encuentre su vida, la perderá; y el que pierda su vida por mi, la encontrará.

Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz y sígame. (Mateo 10,38-39 y 16, 24).

Si alguno viene donde mí y no odia a *su padre,* a *su madre,* a *su mujer,* a *sus hijos,* a *sus hermanos, a sus hermanas y hasta su propia vida, no puede ser discípulo mío. El que no lleve su cruz y venga en pos de mí no puede ser discípulo mío. Cualquiera de vosotros que no renuncie a todos sus bienes, no puede ser discípulo mío* (Lucas 14, 26-27,33).

Jesús exige la renuncia a toda comodidad y bienestar, a la propia personalidad (niéguese a sí mismo), incluso a la vida, el mayor de los bienes humanos, si llega el caso de perderla por el Reino. En todo caso, debe estar siempre dispuesto al martirio. Y si el Reino lo exige, el cristiano deberá hacerse eunuco a sí mismo para servirle mejor (Mateo 19, 12).

En este pasaje, no aclara si la continencia, que a su juicio es voluntaria, deberán practicarla los que se dedican exclusivamente al servicio del Reino o todos sus discípulos y seguidores llegada la ocasión. La lectura detenida de los evangelios nos da a entender que para el Maestro todos sus se-

guidores deben estar igualmente dispuestos y preparados para servir al Reino. Por otra parte, si, como hemos visto, coloca a la familia por debajo de los intereses de ese Reino de Dios, nada tiene de extraño que invite a la continencia a quienes lo deseen: *Quien pueda entender, que entienda;* termina diciendo tras la referencia a los eunucos.

Pero, ¿es posible renunciar a la propia personalidad? ¿Cómo negarse a escuchar las tendencias razonables de nuestra mente y nuestro cuerpo? ¿Cómo poner a disposición del Reino nada menos que la propia vida? Sabemos también por la historia del cristianismo que los seguidores de Jesús no renunciaron nunca al poder y a los cargos honoríficos. Por el contrario, llegaron al extremo de disputárselos utilizando incluso la violencia. De nuevo, quienes querían seguir de veras al Maestro tenían que ser verdaderos héroes. Pero la inmensa mayoría de la gente está incapacitada para tales heroicidades. El Maestro, como en otras cosas, andaba aquí bien ajeno a la naturaleza humana.

Hay otras exigencias de Jesús que resultan extremosas. Una de ellas es la prohibición de mirar a una mujer con deseos sexuales (Mateo 5, 28), lo que va mucho más lejos que el adulterio, ya que incide directamente en lo más íntimo de

la personalidad: los pensamientos y las emociones. Pero tales cosas son en gran medida involuntarias y su control supone un ejercicio continuado y difícil. La historia, una vez más, nos demuestra que la inmensa mayoría de los cristianos nunca se han tomado en serio estas palabras. Ni siquiera las jerarquías eclesiásticas, obligadas por sus votos. Resulta prácticamente imposible luchar contra las tendencias impuestas por Dios mismo al hombre.

Y precisamente hablando del adulterio, el Maestro no tiene rebozo en afirmar:

> *Si, pues, tu ojo* o *tu mano te* es *ocasión de pecado, sácatelos* y *arrójalos de ti; más te conviene que se pierda uno de tus miembros, que no que todo tu cuerpo sea arrojado a la gehenna* (Mateo 5, 29-30)

Sin duda que son formas de hablar sorprendentes, pero que esconden una invitación a comportarse de cierta manera, a una forma de conducta que acaba siendo tan sorprendente como las palabras concretas con que se expresan. Es decir: el hecho de que Jesús emplee un lenguaje concreto que no puede tomarse al pie de la letra, no disminuye en nada la extremosidad de sus exigencias.

Es cierto que, en un determinado momento, él mismo afirmó que sus enseñanzas no eran tan difíciles de poner en

práctica como parecían:

Tomad sobre vosotros mi yugo y aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón; y hallaréis descanso para vuestras almas. Porque mi yugo, es suave mi carga, ligera (Mateo 11, 29-30)

Pero visto todo cuanto antecede, la frase apenas tiene sentido. Más cerca de la realidad estaba cuando pronunció estas otras palabras:

Entrad por la entrada estrecha; porque ancha es la entrada y *espacioso el camino que lleva a la perdición, y son muchos los que entran por ella; mas ¡qué estrecha la entrada y qué angosto el camino que lleva* a *la Vida! Y pocos son los que la encuentran* (Mateo 7, 13-14).

Esforzaos por entrar por la puerta estrecha, porque os digo que muchos pretenderán entrar y no podrán. (Lucas 13, 24).

INTERLUDIO

LOS DISCÍPULOS y EL REINO de JESÚS

Nos hemos referido en los capítulos precedentes a las normas dictadas por Jesús, pero se hace necesario, aclarar un interrogante: esas normas de conducta ¿estaban dirigidas a todos sus seguidores o sólo al pequeño grupo de apóstoles-misioneros? Dicho con lenguaje actual: ¿están obligados a ellas todos los cristianos o sólo los sacerdotes, religiosos y dirigentes eclesiásticos?

1) Jesús habla a las muchedumbres que le siguen buscando alivio a sus enfermedades, o bien se dirige a sus seguidores, a sus discípulos en general; y de forma particular a los doce o a sus apóstoles-misioneros. Pero no resulta tan sencillo como parece: hay ocasiones en las que habla a sus discípulos en presencia de una muchedumbre, otras en las que se dirige a sus seguidores inmediatos, pero su forma de hablar es universal, o bien, al hablar de "discípulos", se está refiriendo concretamente a los Doce, o los Setenta y dos. Por otra parte, una misma frase de Jesús es presentada de

distinto modo por un evangelista u otro. A nosotros nos interesa aclarar, si es posible, a quiénes se dirige cuando pronuncia las frases que hemos visto hasta aquí.

En primer lugar, analicemos el llamado Sermón de la Montaña, que se encuentra en Mateo y Lucas.

En Mateo tenemos frases de Jesús referidas a la pobreza (las bienaventuranzas, las riquezas que puede roer la polilla y se llevan los ladrones, la imposibilidad de servir a Dios y al Dinero y el abandono en manos de. la Providencia), al amor al prójimo y a los enemigos, la no-violencia, el adulterio de pensamiento, la necesidad de perder un miembro para no pecar, la humildad (oración, ayuno y limosna en secreto), el perdón de las ofensas, no juzgar a los demás, la eficacia de la oración y la dificultad (el camino estrecho) para entrar en la Vida. ¿Deben darse por aludidos sólo los sacerdotes y religiosos, o todos los cristianos?

Mateo comienza el Sermón con estas palabras:

Viendo a *la muchedumbre, subió al monte, se sentó y sus discípulos se le acercaron, y tomando la palabra, les enseñaba diciendo…* (Mt 5,1-2).

¿Quiénes eran esos discípulos? Unos versículos antes, al final del capítulo 4, acababa de contar el llamamiento de los

cuatro primeros (Pedro, Andrés, Santiago y Juan). Para Mateo, pues, no estaban presentes más que esos discípulos-apóstoles. Lucas, por el contrario, antes del Sermón cuenta que había elegido ya a los Doce. Sea como fuere la presencia de la muchedumbre y el carácter universalista del Sermón, nos inclinan a pensar que el mensaje iba dirigido a todos los judíos presentes y, por lo tanto, a los futuros cristianos.

Las frases que Jesús dirige particularmente a sus apóstoles-misioneros pueden ser identificadas más fácilmente. Mateo habla de una misión encargada a los Doce (capítulo 10), pidiéndoles que no lleven dinero ni alforjas, en lo que coinciden Marcos (6, 7-9) y Lucas (9, 3). Mateo incluye en los consejos a los misioneros: poner a la familia en segundo lugar, tomar la cruz y estar dispuesto a perder la vida por el Reino. Sin embargo, Lucas habla también del alejamiento de la familia y de la necesidad de tomar la cruz y seguirle, pero no lo hace como consejo a los misioneros, sino que se dirige a todos:

> *Caminaba con él mucha gente y volviéndose les dijo: Si alguno viene donde mí y no odia* a *su padre,* a *su madre,* a *su mujer,* a *sus hijos,* a *sus hermanos,* a *sus hermanas, y hasta su propia vida, no puede ser discípulo mío. El que*

no lleve su cruz y venga en pos de .mí no puede ser discípulo mío (Lc 14,25-27).

Aunque no incluye el perder la vida por Jesús. Ese detalle aparece en otra ocasión, pero entonces anticipa que es una condición general:

Decía a todos: Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a *sí mismo, tome su cruz cada día, y sígame. Porque quien quiera salvar su vida la perderá, pero quien perdiere su vida por mí, ése la salvará*. (Lc 9, 23-24).

Y, por supuesto, Lucas coincide con Marcos 8,34-35)

Parece claro que Mateo insertó esas ideas en la misión de los Doce porque así le pareció conveniente, pero que no van dirigidas exclusivamente a ellos. En realidad, las repitió en 16, 24-25 presentándolas como dichas "a sus discípulos" en general.

Hay en Mateo otro texto que está dirigido a los discípulos: *Hay eunucos que se hicieron tales por el Reino de los Cielos* (Mt 19, 12).

Se trata de la respuesta que les da Jesús cuando estos le dicen que si el matrimonio es indisoluble no merece la pena casarse. La Iglesia Católica ha entendido este pasaje como

dirigido exclusivamente a los apóstoles-misioneros, pero el texto no lo aclara.

Sí parece más claramente dirigido a estos últimos el texto donde se refiere al servicio de los "jefes". La madre de Santiago y Juan pide a Jesús que los siente a su lado en su Reino:

Al oír esto los otros diez se indignaron contra los dos hermanos. Mas Jesús los llamó y dijo: El que quiera ser grande entre vosotros, será vuestro servidor, y el que quiera ser el primero entre vosotros, será esclavo vuestro (Mateo 20,24-27).

La fuerza de la oración hecha con confianza, que puede realizar prodigios, está dirigida a los "discípulos", según Mateo 17, 20 y 21, 21, pero Lucas dice que les hablaba a los apóstoles (Lc 17,5) y Marcos afirma que se dirigía a Pedro (Mc 11,21). El evangelio de Marcos cuenta que Jesús, después de su resurrección, hablando a "los once", les dice:

Estas serán las señales que acompañarán a los que crean: en mi nombre expulsarán demonios, hablarán en lenguas nuevas, tomarán serpientes en sus manos y aunque beban veneno no les hará, daño; impondrán las ma-

nos sobre los enfermos y se pondrán bien (Marcos 16, 17-18).

La expresión "a los que crean" no parece aquí dirigida sólo a los once, puesto que se supone que ya creen. Por otra parte, como ya vimos, en el Sermón, narrado por Mateo, se habla también de la eficacia de la oración, y estaba dirigido a todos los presentes, los discípulos y la muchedumbre que le seguía.

En resumen, podemos afirmar que la mayor parte de las exigencias de Jesús van dirigidas a todo el que quiera seguirle, a todos los cristianos sin excepción. Las jerarquías religiosas tendrán a su favor los supuestos milagros que pueden hacer si poseen una fe ciega, pero también la necesidad (¿posibilidad?) de practicar la continencia para dedicarse totalmente al servicio del Reino.

2) Tratemos ahora de averiguar en qué consiste el Reino predicado por el Maestro de Nazaret. La respuesta no es sencilla, puesto que nunca dijo claramente en qué consistía ese Reino, sino que lo explicó en forma de parábolas y sentencias. Otros autores han sugerido que Jesús no necesitaba explicar nada porque sus oyentes sabían de antemano a qué se refería. Pero es el caso que los judíos de su época, lo

que esperaban era el reinado de Dios sobre su pueblo como único monarca (aunque se sustentase en un rey humano), esperaban el fin de la dominación romana, la liberación definitiva de Israel, que se convertiría en el centro político y religioso del mundo, según habían anunciado los profetas. Del mismo modo, también estaban convencidos de que el fin del mundo estaba cerca, y de que el juicio que entonces tendría lugar no se pronunciaría sólo sobre los enemigos de Israel, sino sobre todos los hombres y naciones. La lógica de los acontecimientos históricos exige que el concepto de Reino de Dios tuviera esta connotación soteriológica, temporal y política, a la que se añadirían los dones espirituales de la práctica de la justicia, la paz, la defensa del pobre y el quebranto del explotador. Es lógico pensar que si Jesús hubiese hablado de un Reino fundamentalmente distinto de este, nadie le hubiese comprendido (A. Piñero, *Orígenes del cristianismo*). De hecho, tanto la gente del pueblo como sus discípulos lo entendieron a la manera tradicional.

En efecto, la madre de los Zebedeos, le pide a Jesús que siente a sus hijos a su lado en el Reino; a los apóstoles, les promete doce tronos para juzgar a las doce tribus de Israel. Marcos relata la entrada triunfal a Jerusalén, indicando que la gente gritaba: *¡Bendito el que viene en nombre del Señor!*

¡Bendito el Reino que viene, de nuestro padre David! (Marcos 11,10).

Antes de la Ascensión, los que estaban reunidos con él, le preguntan: *Señor, ¿es ahora cuando vas a restablecer el Reino de Israel?* (Hechos 1,6), y cuando dos discípulos van a Emaús y se les acerca resucitado, ellos, sin reconocerlo, le dicen: *Nosotros esperábamos que sería él el que iba a librar a Israel* (Lucas 24,21).

Este mismo evangelista nos cuenta que, una vez circuncidado Juan el Bautista, su padre, Zacarías, lleno del Espíritu Santo (es decir, inspirado por la divinidad, lo que resulta muy significativo), exclamó: *Bendito el Señor Dios de Israel, porque ha visitado y redimido a su pueblo, y nos ha suscitado una fuerza salvadora en la casa de David su siervo, como había prometido desde los tiempos antiguos por boca de sus santos profetas, que nos salvaría de nuestros enemigos y de las manos de todos los que nos odian haciendo misericordia a nuestros padres y recordando su santa alianza y el juramento que juró a Abraham, nuestro padre, de concedernos que,* ***libres de manos enemigas****, podamos servirle sin temor en santidad y justicia delante de él todos nuestros días. Y tú, niño, serás llamado profeta del Altísimo, pues irás delante del Señor para preparar sus caminos* (Lucas 1, 68-76).

Y al narrar la presentación de Jesús niño en el Templo, dice que un anciano, de nombre Simeón, en quien estaba el Espíritu Santo, movido por él tomó al niño en brazos y dijo:

Ahora, Señor, puedes dejar que tu siervo se vaya en paz, porque han visto mis ojos tu salvación, la que has preparado a la vista de todos los pueblos, luz para iluminar a *los gentiles y gloria de tu pueblo Israel* (Lucas 2, 29-32).

Las palabras de Zacarías y Simeón encajan perfectamente con la expectación que existía en los tiempos de Jesús acerca de la restauración y definitiva liberación de Israel, tal y como los profetas y salmos lo habían predicho en numerosas ocasiones. Pero algo debió ocurrir que cambió esta perspectiva radicalmente. Si Jesús iba a ser gloria del pueblo de Israel, no se explica que llegara a convertirse en todo lo contrario: él redujo Israel a un pueblo abandonado por su Dios porque no le recibió como su enviado. Las palabras de Simeón no se cumplieron, ni tuvieron sentido tampoco las de Zacarías.

Cabe argumentar que, como cuentan los evangelistas (especialmente Marcos), los discípulos no entendían nada de lo que Jesús predicaba (otro tanto debía ocurrir con el

pueblo llano), y que sólo comprendieron sus palabras después de haber recibido al Espíritu Santo tras la Ascensión de Jesús a los cielos. Pero esto no concuerda con el hecho, también transmitido por el mismo Marcos, de que instruía de un modo especial a sus seguidores: *No les hablaba* (a la gente) *sin parábolas, pero a sus propios discípulos se lo explicaba todo en privado* (Marcos 4,34). Se trata de una de las muchas contradicciones que encontramos en las palabras de Jesús, como aquellas en las que se afirma que el Maestro hablaba en parábolas *para que no entendieran* (Mateo 13,10-15) y que sólo pueden explicarse si admitimos que fueron sus discípulos quienes introdujeron tales contradicciones, empujados, como veremos a continuación, por las circunstancias de rechazo en que se vieron envueltos.

Así, observamos que otros muchos textos que hablan del Reino no contienen esta perspectiva política. No podemos prescindir de ellos, aunque la mayoría de los exegetas estén de acuerdo en que las palabras atribuidas a Jesús no siempre las pronunció él mismo, sino que los evangelistas (y muy posiblemente los profetas de la comunidad cristiana, que se suponía hablaban inspirados por el Espíritu Santo), le habrían atribuido frases que traducían lo que la comunidad primitiva pensaba acerca de Jesús y del Reino. Porque,

desaparecido el Maestro, al constatar que sus promesas se retrasaban y presionados por el decidido rechazo de la mayoría (especialmente de los estamentos religiosos), interpretaron su mensaje incluyendo en él la repulsa y exclusión del pueblo hebreo, del Israel tradicional, y percibiéndose a sí misma como los verdaderos herederos de las promesas de las Escrituras (precisamente en ellas, encontraron, como puede verse en los evangelios, todos los testimonios que desearon para afianzarse en esta idea (ver el apartado "Jesús nunca fue profetizado). Pero es claro que esos pensamientos eran diferentes de los que el pueblo hebreo y los primeros seguidores de Jesús tenían, como acabamos de ver.

Es interesante constatar, por otra parte, que son los evangelios sinópticos (Marcos, Mateo y Lucas) los que hablan realmente del Reino de Dios: unas cien veces entre los tres. En las otras partes del Nuevo Testamento, esta expresión apenas aparece. Juan sólo la menciona dos veces. El libro de Hechos, seis (a pesar de haberlo escrito el mismo Lucas, que la menciona en 32 ocasiones en su evangelio). En las catorce epístolas atribuidas a Pablo, sólo la encontramos nueve veces, y en las siete cartas de los otros apóstoles, la expresión ha desaparecido prácticamente. Todo

ello nos muestra que, tras la desaparición de Jesús, la comunidad primitiva acabó dando más importancia a la persona de Jesús como enviado divino, que a su mensaje del Reino, tan insistentemente predicado.

A pesar de todo ello, veamos las características que se deducen de los textos.

Es un Reino-reinado de Dios mismo, destinado a los pobres, a los que sufren, a los sencillos y a los humildes, a quienes se les promete que tendrán de todo lo que aquí, en este mundo, les falta.

Es, igualmente, de los que se hacen como niños.

Pero *el misterio del Reino* sólo **se les da** a los Doce, no a *los que están fuera.* A Pedro se le concede el poder de **abrir y de cerrar el Reino**. De todas formas, se puede **entrar** en él si se evita todo lo que es ocasión de pecado, incluso el propio cuerpo; si uno se hace como niño; si la justicia del creyente supera a la de los escribas y fariseos; si se es pobre (a los ricos les será muy difícil, casi imposible) y si no se limita la religiosidad a rezar mucho.

Entrar en el Reino es difícil, y por eso se dice que, antes, ha de pasarse por *una puerta estrecha.*

Quien pierda su vida por el Reino, la salvará, y aquellos que dejen familia y haciendas por la Buena Noticia, tendrán

un premio aquí, en este mundo, y en la otra vida, porque, para pertenecer al Reino hay que venderlo todo, ponerlo en primer lugar (antes que la familia y los bienes) y hacerse pobres.

El Reino de Dios tiene varios enemigos: el primero es Satanás, que siembra maldad entre los hijos de ese Reino, pero, además, las riquezas y preocupaciones mundanas, la inconstancia para soportar las persecuciones y los mismos judíos a los que va dirigido el mensaje. **Se les dará** a los publicanos y prostitutas y **se les quitará** a los sacerdotes y ancianos del pueblo. Los fariseos **cierran el Reino** a la gente y por eso mismo, al rechazarlo, serán definitivamente excluidos, condenados, y se les dará a otras gentes extrañas que lo merezcan (¿los gentiles o paganos?), de tal manera que habrá *últimos* que serán *primeros* en entrar en él y *primeros* que serán los *últimos,* aunque a todos se les dará igual.

Pero no sólo serán rechazados los fariseos; el pueblo de Israel será excluido, como pueblo, del Reino, porque fueron invitados y no acudieron, y porque Dios le envió a su hijo y le mataron, como hicieron antes con los profetas.

Hay que buscarlo, pues se le puede encontrar, pero es necesario estar preparados para recibirle cuando llegue. Porque el Reino, **es como una red**: recoge a buenos y ma-

los hasta que sean separados (la cizaña irá al fuego eterno) en el juicio del fin del mundo.

En ese Reino puede haber *menores* y *mayores.* El mayor será quien se haga como un niño, y debe ser el servidor de los demás. Y el más *pequeño* es, sin embargo, *mayor* que Juan Bautista, a pesar de que este sea el mayor nacido de mujer. Todo aquel que cumpla hasta el *menor* de los mandamientos de la Ley y los enseñe, será *grande* en el Reino, y el que no lo haga, será *el menor.*

El Reino es algo que **parece insignificante a los ojos humanos**, pero crece sin que los hombres se den cuenta, y llega a convertirse en algo grande.

Está cerca. Cuando sea proclamado por los apóstoles, deberán incluir ese dato. Y es necesario orar pidiendo al Padre que venga. Pero, sorprendentemente, el Reino *ya ha llegado,* por la sencilla razón de que Jesús está expulsando a los demonios por el Espíritu de Dios. Pero *viene* sin dejarse sentir, y nadie lo verá porque **ya está entre nosotros**. Aquí puede verse, de forma más clara, la ambigüedad con que los evangelistas presentan el mensaje de Jesús respecto al Reino. Pero eso no es todo.

A pesar de estar ya aquí, hay que *entrar* en él naciendo de lo alto, y de agua y Espíritu. Y Jesús sólo se incorporará

a él (el banquete del Reino donde beberá un vino nuevo) cuando éste llegue (Lucas, Marcos), o cuando se reúna en ese Reino con sus discípulos (Mateo).

Hay un Reino de Dios y otro Reino de Jesús. Él es *rey de los judíos.* Pero no se trata de un reino temporal, porque asegura que *no es de este mundo.* Él enviará a sus ángeles para que arrojen en el horno de fuego a todos los agentes de iniquidad que hay en *su* reino y así puedan pasar los justos al reino del Padre.

En el libro de los Hechos de los Apóstoles, Lucas sólo se refiere al Reino diciendo que se *predicaba,* y, en una ocasión, que es necesario pasar tribulaciones para entrar en él. Pablo dice que el Reino es justicia, paz y gozo en el Espíritu Santo, que no consiste en palabrerías, sino en "poder", que Dios ha llamado a su Reino a la comunidad cristiana de Tesalónica, cuyos integrantes serán declarados dignos de ese Reino por las persecuciones que han soportado, que los injustos no lo heredarán, ni la carne y la sangre, los que practican las obras de la carne, los impuros, fornicarios o codiciosos.

Nos hemos detenido en esta incursión por los textos (aunque no están todos, pero son suficientes) para constatar la

complejidad de la expresión Reino de Dios o Reino de los Cielos. El peligro de esta complejidad reside en el hecho de que nosotros podemos, ahora, interpretarlo como queramos. Podemos entender que se trata de un "reinado" de Dios en lo más íntimo de nuestros corazones, o de un verdadero "Reino" que los cristianos vienen obligados a implantar en el mundo transformando sus estructuras sociales y religiosas, o bien de una situación de ultratumba, es decir, del premio que recibirán los buenos en la otra Vida. También se ha tratado de identificarlo con la Iglesia, en cuyo caso, cada iglesia, de cualquier confesión cristiana, podría llamarse a sí misma el Reino de Dios en este mundo. De todas formas, ni siquiera los teólogos más ilustres se han tomado en serio esta idea.

Sea como fuere, el hecho es que Jesús esperaba la llegada inminente de ese cambio, fuese político, religioso, social o individual. Y que nada ocurrió. Desde que el Maestro proclamó su mensaje, hace dos mil años, todo sigue igual, individual o socialmente. Basta con echar un vistazo a la Historia de este tiempo y compararla con la anterior: los humanos seguimos cometiendo las mismas canalladas de siempre. Por otra parte, lo que nos queda, puesto que el Reino no llegó, es una Iglesia dividida en numerosas Iglesias, comuni-

dades, sectas y grupos. Las siguientes palabras del teólogo católico Hans Küng van en esta línea:

"Bastante triste y contradictorio resulta de por sí el presente como para que pueda ser ya, con toda su miseria y su culpa, el reinado de Dios. Demasiado imperfectos e inhumanos son nuestro mundo y nuestra sociedad como para que puedan ser ya la realidad perfecta y definitiva". Por supuesto, su condición de cristiano le obliga a pensar que ese Reino comenzó con Jesús, aunque de forma tan limitada que necesita ir desarrollándose hasta su plenitud: "El reinado de Dios no se queda en su apunte inicial, sino que debe llegar a su implantación definitiva. Lo que comenzó con Jesús, también con Jesús tiene que ser consumado. La expectación próxima no se cumplió. Mas no por eso ha de descartarse la expectación como tal" (*20 tesis sobre ser cristiano*).

Es una forma de consolarse.

Ahora, los judíos siguen esperando al Mesías, y los cristianos siguen esperando a Jesús.

De todas maneras, lo que aquí nos interesa es demostrar, con el Nuevo Testamento en la mano, que Jesús y sus primeros seguidores esperaban la inmediata llegada del Reino.

Es lo que hacemos en un texto aparte (A la espera del

Reino), para evitar la fatiga que supone leer en la pantalla del ordenador tantas páginas seguidas.

COMENTARIO CRÍTICO
al NUEVO TESTAMENTO

Tema 3: A la ESPERA del REINO que NUNCA LLEGÓ

Carlos Saura Garre carlosaura06@gmail.com

INTRODUCCIÓN

Como hemos visto en el apartado “Una ética provisional”, en la predicación de Jesús se observa todo un programa de vida religiosa y comunitaria propio de una sociedad que espera un cambio drástico y urgente. Porque Jesús habla del Reino-reinado de Dios como una transformación total y subversiva de la sociedad en que vivían sus oyentes: los pobres serían saciados, los que sufrían hambre serían hartos; a los que habían elegido la pobreza se les daría en propiedad la tierra, quienes lucharan por el reino recibirían

una cuantiosa recompensa, no sólo en la vida eterna, sino, también, en este mundo, así como quienes sufrieran persecución por la justicia o a causa del Reino. Se trataba de una sociedad nueva, rica en solidaridad e igualdad, en la que el único Rey a quien servir sería Dios.

Pero nos encontramos con un problema previo: Jesús no escribió absolutamente nada, ni lo hicieron tampoco sus seguidores más allegados (puesto que las cartas atribuidas a Pedro, Santiago, Judas y Juan, según los expertos, no pueden ser de ellos, ni los evangelistas fueron testigos directos) y, por tanto no podemos conocer de primera mano el pensamiento del Maestro. Sin embargo, nadie duda de que Jesús hablara de la proximidad del Reino. La transmisión oral originaria permitió que se plasmaran en escritos, si no sus palabras textuales, sí su pensamiento, sus ideas, sus inquietudes al respecto, y así se encuentran diseminadas por casi todo el NT.

Aquí se analizan los textos empezando por los más antiguos (siguiendo una cronología más o menos aproximada, ya que carecemos de datos fiables y concretos respecto a fechas de redacción). Se sigue esta cronología tratando de demostrar que, efectivamente, la primitiva comunidad cris-

tiana esperaba la inminente irrupción del Reino de los Cielos.

Cronología:

1-Las cartas a los Tesalonicenses, Filipenses y Corintios.

2-El evangelio de Marcos y la Colección de Dichos.

3-Textos exclusivos de Lucas

4-Textos exclusivos. de Mateo .

5-Los escritos tardíos: epístola a los Hebreos, cartas de Santiago, 1 y 2 Pedro, 1Juan, evangelio de Juan y Apocalipsis.

1.- Las cartas a los Tesalonicenses, Filipenses y Corintios.

La primera carta escrita por el apóstol Pablo a la comunidad creyente de la ciudad de Tesalónica es, según todos los autores, el documento más antiguo del NT que ha llegado a nosotros. En ella, Pablo, entre otras cosas, les dice que ansiaba con ardiente deseo ir a verlos, pero que no había podido. Y añade:

Pues, ¿cuál es nuestra esperanza, nuestro, gozo, la corona de la que nos sentiremos orgullosos ante nuestro Señor Jesús en su. Venida, sino vosotros? (1Tes 2, 19).

Pablo podría haber dicho que se sentiría orgulloso de ellos cuando, tras su muerte, estuviese en la presencia del Señor, pero afirma claramente que será cuando Jesús venga, mientras él esté aún con vida. Y está claro que esa era su intención porque poco después les informa:

Os decimos esto como *Palabra del Señor:* ***Nosotros, los que vivamos, los que quedemos hasta la venida del Señor no nos adelantaremos a los que murieron.*** *El Señor mismo, a la orden dada por la voz de un arcángel y por la trompeta de Dios, bajará del cielo, y los que murieron en Cristo resucitarán en primer lugar. Después nosotros, los que vivamos, los que quedemos, seremos arrebatados en nubes junto con ellos, al encuentro del Señor en los aires* (1Tes 4, 15-17).

Para comprender mejor estas palabras, recordemos que Pablo, había enviado a la comunidad de Tesalónica a su amigo Timoteo, quien le trajo noticias de ella. Entre otras

cosas, Timoteo debió hablarle a Pablo de las dudas que encontró entre los cristianos acerca del destino de los difuntos de la comunidad. Estas inquietudes resultaban lógicas: si la venida de Jesús en su Reino era inminente, ¿quedaban excluidos los difuntos de la salvación? Pablo da la respuesta que hemos trascrito (aunque es sorprendente que no les hubiese hablado antes de la resurrección de los muertos). Pero lo que está claro es que les preocupaba esa llegada triunfante. A continuación les dice:

> *En lo que se refiere al tiempo y al momento, no tenéis necesidad de que os escriba. Vosotros mismos sabéis perfectamente que el Día del Señor ha de venir como un ladrón en la noche. Cuando digan: "Paz y seguridad", entonces mismo, de repente, vendrá sobre ellos la ruina, como los dolores de parto a la que está encinta* (1Tes 5,1-3)

(Recordemos a Mc 13,8 y Mt 24,8: *esto será el comienzo de los dolores de alumbramiento,* hablando de los signos que precederán a la venida de Jesús).

En este último texto parece como si Pablo "retrasara" deliberadamente la Parusía, pero en realidad sólo está informando de que no sabe, ni él ni nadie, en qué momento

preciso tendrá lugar. Pero toda la carta está diciendo claramente que ellos, los cristianos de Tesalónica, verán la llegada de Jesús:

Que él fortalezca vuestros corazones en una santidad sin tacha ante Dios, nuestro Padre, para cuando venga Jesús, nuestro Señor, con todos los suyos (3, 13).

Todos vosotros sois hijos de la luz e hijos del día; no sois hijos de la noche ni de las tinieblas. Por tanto, no nos echemos a dormir como los otros, sino estemos alertas y seamos sobrios (5, 5-6).

¿Para qué estar alertas si Jesús iba a tardar siglos en llegar y ellos morirían antes de esa llegada?

La segunda carta a los tesalonicenses parece contradecir lo que Pablo había dicho en la primera:

Por lo que respecta a la Venida de nuestro Señor Jesucristo y *a nuestra reunión con él, os rogamos, hermanos, que no os dejéis alterar tan fácilmente en vuestros ánimos, ni os alarméis por alguna manifestación profética, por algunas palabras* o *por alguna carta presentada como nuestra, que os hagan suponer que está inminente el*

Día del Señor. Que nadie os engañe de ninguna manera (2Tes 2, 1-3).

Esta frase parece ir dirigida contra la primera epístola, pero el caso es que la primera no ofrece dudas respecto a su autenticidad, por lo que los entendidos han llegado a la conclusión de que es esta segunda la que no fue escrita por Pablo. Además de esta contradicción, encontramos en ella varios paralelos con la primera, como si hubiese sido "copiada" para introducir las modificaciones que hemos visto. Además, 2Tes introduce varios elementos totalmente desconocidos en la correspondencia de Pablo. A continuación de la frase que acabamos de transcribir, el autor de esta carta habla de un "obstáculo" *(katejon)* que "retiene" al Hombre impío, el Adversario, el Hijo de perdición, una especie de anti-Dios. El Impío, bajo el influjo de Satanás, obrará toda clase de prodigios y maldades, y entonces vendrá la apostasía general. Sólo cuando aparezca esta apostasía, el Señor vendrá con su Reino. Pero nadie sabe qué es el *katejon,* ni por qué retiene al Impío, ni cuando lo dejará manifestarse.

Pero a nosotros nos interesa no sólo lo que dice Pablo, sino lo que pensaban los creyentes de la comunidad tesalonicense. Y a este respecto no tenemos ninguna duda: aquellos cristianos estaban "alterados" y "alarmados" porque esperaban la pronta llegada de Jesús glorioso en su Reino, hasta el punto de que algunos habían dejado incluso de trabajar, porque, lógicamente, no valía la pena (2Tes habla de ellos en 3,6-15).

Pero es el caso que en la misma 2Tes se encuentra una frase que da por supuesta esa proximidad. Pablo (o quienquiera que fuese el autor) está dando gracias por la forma en que la comunidad soporta ciertas persecuciones de que son o han sido objeto. Entonces continúa:

Esto es señal del justo juicio de Dios, en el que seréis declarados dignos del Reino de Dios, por cuya causa padecéis. Porque es propio de la justicia de Dios el pagar con tribulación a los que os atribulan, y a vosotros, los atribulados, con el descanso junto con nosotros, cuando el Señor Jesús se revele desde el cielo con sus poderosos ángeles, y tome venganza de los que no conocen a *Dios y de los que no obedecen al Evangelio de nuestro Señor Jesús. Estos sufrirán la pena de una ruina*

eterna, alejados de la presencia del Señor y de la gloria de su poder, cuando venga en aquel Día a *ser glorificado en sus santos.* (2Tes 1, 5-10).

Es decir: aquellas personas concretas que persiguen a los cristianos de Tesalónica recibirán el castigo que se merecen precisamente cuando venga Jesús en su Día. Como aún no ha venido después de dos mil años habría que suponer que esos perseguidores aún no han sido castigados, en cuyo caso Pablo les mintió. Pero si Pablo creía que ese Día estaba cerca, todo se explica fácilmente.

Las cartas a los cristianos de Filipos y de Corinto fueron también escritas muy tempranamente. Es posible que a finales de los cincuenta. Veamos cómo Pablo insiste en la cercanía de la Venida:

*Estad siempre alegres en el Señor...Que vuestra bondad sea conocida de todos los hombres. El Señor está cerca. -*Y añade a continuación: *No os inquietéis por cosa alguna; antes bien, en toda ocasión, presentad a Dios vuestras peticiones, mediante la oración y la súplica.* (Filipenses 4, 4-6)

Y en la primera carta a los Corintios:

Acerca de la virginidad, no tengo precepto del Señor. Doy, no obstante, un consejo...Entiendo que, a causa de la inminente necesidad, lo que conviene es quedarse como uno está. ¿Estás ligado a una mujer? No busques la separaci6n. ¿No estás ligado a mujer? No la busques (1Cor 7,25-27).

Esta frase tiene sentido sólo si se entiende la inminencia de la cercanía del Reino. Si el Señor iba a llegar pronto, no valía la pena ni siquiera que los solteros se casasen ni que los casados mantuvieses relaciones sexuales:

*Os digo, pues, hermanos: **el tiempo es corto.** Por tanto, los que tengan mujer, vivan como si no la tuviesen* (1Cor 7,29).

La idea de que, cuando llegue Jesús, algunos -o muchos- de los presentes, aún estarán vivos, vuelve a aparecer más adelante en la misma epístola:

Del mismo modo que en Adán mueren todos, así también todos revivirán en Cristo. Pero cada cual en su rango: Cristo como primicias; luego, los de Cristo en su Venida... (1Cor 15, 22-23).

¡Mirad! -exclama entusiasmado más adelante- *Os revelo un misterio: No moriremos todos, mas todos seremos transformados. En un instante, en un pestañear de ojos, al toque de la trompeta final, pues sonará la trompeta, los muertos resucitarán incorruptibles y nosotros seremos transformados.* (1Cor 15, 51-5 2)

En 2Cor, Pablo les señala claramente el "día de la salvación" que ha llegado ahora:

... *os exhortamos a que no recibáis en vano la gracia de Dios. Pues dice él: En el tiempo favorable te escuché y en el día de la salvaci6n te ayudé* (referencia a Isaías 49,8) *¡Mirad!* ***Ahora es el tiempo favorable, ahora el día de salvación*** (2Cor 6, 1-2).

Pero respecto a Pablo existen aún otros argumentos: la parquedad organizativa de las primeras comunidades, que en modo alguno eran Iglesia en el sentido institucional y jerárquico en que la entendemos hoy (¿para qué molestarse en organizar lo que iba a desaparecer pronto?), y su enérgica decisión de ir hasta los confines del Imperio, España, como si le royese la urgencia de preparar un número

de fieles suficientes que inaugurara el reino mesiánico sobre la tierra. Por otra parte, los ritos fundamentales de los primeros cristianos, bautismo y eucaristía, tenían un carácter eminentemente escatológico (comenta Montserrat Torrents): el bautismo era la entrada en la comunidad de los que iban a ser salvados; la eucaristía reproducía el memorial de la "marca" que identificaría a los elegidos en el Día del Señor, cuya figura era la sangre del cordero pascual que señalaba las casas de los hebreos en Egipto: *Cada vez que coméis de ese pan y bebéis de esa copa, proclamáis la muerte el Señor .hasta que venga* (1Cor 11, 26).

2.-Evangelio de Marcos y la Colección de Dichos.

Mateo y Lucas, cuando escribieron sus evangelios respectivos, tuvieron delante al de Marcos, pero también un documento que los especialistas llaman Colección de Dichos, o simplemente Q (del alemán Quelle, que significa "fuente", aquí en el sentido de documento que sirve de base a otro).

Q y Mc son documentos tan antiguos como 1Tesalonicenses. Los vamos a transcribir conjuntamente, ya que está claro que se complementan. Al hacerlo, y

puesto que la Colección de Dichos no existe como documento independiente, aparecerán los textos de Mateo y Lucas en los que esta Colección se encuentra como "incrustada".

Antes de que el Maestro comenzara su predicación, Juan el Bautista se le anticipa en el anuncio del Reino, y sus palabras son tajantes y enérgicas:

> *Por aquellos días aparece Juan el Bautista proclamando en el desierto de Judea: Convertíos,* ***porque el Reino de los Cielos está cerca*** (Mt 3, 1-2).

Y cuando se le aproximan los fariseos y saduceos, después de llamarles "raza de víboras" les amenaza:

> ***Ya está el hacha puesta a la raíz de los árboles****; y todo árbol que no dé buen fruto será cortado y arrojado al fuego* (Lc 3, 9).

Obsérvese que dice "ya" refiriéndose a la llegada de un juicio (el hacha que está dispuesta para segar las vidas humanas) en el que cada uno recibirá según sus frutos, y a continuación anuncia claramente quién es el personaje que va a realizar ese juicio.

Yo os bautizo con agua para conversión, pero aquel que viene detrás de mí os bautizará en el Espíritu Santo y en el fuego. En su mano tiene el bieldo y va a *limpiar su era: recogerá su trigo en el granero, pero la paja la quemará con luego que no se apaga* (Mt 3, 11-12)**.**

Y el evangelista Lucas (3, 11) añade que, preguntado por la gente respecto a qué debían hacer (para merecer el Reino según el contexto), les responde:

El que tenga dos túnicas, que las reparta con el que no tiene; el que tenga para comer, que haga lo *mismo.*

La conversión que exige el Reino está clara: ser solidario, misericordioso y justo. Pero esa radical transformación no se comprende que fuese reclamada a quienes no iban a ver la llegada del Reino. Si admitimos, por el contrario, su cercanía, estas .palabras cobran todo su sentido. Y acaba Lucas:

Y con otras muchas exhortaciones anunciaba al pueblo la Buena Nueva (3, 18)

Es decir: la Buena Nueva, la Buena Noticia, el Evangelio, en una palabra, era la inminencia de la llegada del Reino, que incluía un juicio total al pueblo judío.

Pero Juan fue apresado por Herodes. Jesús, que indudablemente fue uno de sus discípulos, o admiradores, no tardó en reemplazarle en la tarea. Las primeras palabras que dirige al pueblo en Cafarnaúm son una repetición exacta de las del Bautista:

*Después que Juan fue preso, marchó Jesús a Galilea y proclamaba la Buena Nueva de Dios: "**El tiempo se ha cumplido y el Reino de Dios está cerca;** convertíos y creed en la Buena Nueva* (Mc 1, 14-15).

Estos son los comienzos del anuncio del Reino. El Bautista y Jesús coinciden plenamente. No hay ninguna duda: Dios ha decidido ya (el tiempo se ha cumplido) cambiar el orden establecido e instaurar su reinado tras el juicio definitivo. Esta es la Buena Noticia. Mt, que copia a Mc, lo repite (4,17).

Cuando Jesús envía a sus discípulos a predicar la Palabra del Reino, les da unas órdenes sorprendentes, como hemos visto antes:

Les ordenó que nada tomasen para el camino, fuera de un bastón: ni pan, ni alforja, ni dinero en la faja, sino: "Calzaos con sandalias y no vistáis dos túnicas. Cuando entréis en una casa, quedaos en ella hasta marchar de allí. Si algún lugar no os recibe y no os escuchan, marchaos de allí sacudiendo el polvo de la planta de vuestros pies, en testimonio contra ellos (Mc. 6, 8-11).

Los textos paralelos de Mateo y Lucas indican que no deberían llevar ni siquiera el bastón ni las sandalias. Esta forma de enviar a predicar a sus discípulos, faltos de todo lo esencial para un viaje, a la espera de que les asistiesen allí donde fueren, y la urgencia que Jesús les imprime no casa bien con un Reino que hubiera de tardar indefinidamente.

Cuando Jesús habla de las condiciones necesarias para seguirle (negarse a sí mismo, tomar la propia cruz y dar la vida por él), añade que quien se avergüence de sus palabras, también el Hijo del hombre se avergonzará de él

cuando venga en la gloria de su Padre con los ángeles de cielo. Y termina con una frase decisiva:

Yo os aseguro que ***entre los aquí presentes hay algunos que no gustarán la muerte hasta que vean venir con poder el Reino de Dios*** (Marcos 9, 1).

Esta frase de Jesús es la que Pablo aplica a su propia persona y a la comunidad cristiana de Tesalónica, como hemos visto más arriba. Tiene muchas probabilidades de ser auténtica, dado que está en contradicción con el retraso de la Parusía que se observa en escritos posteriores: los evangelistas no pudieron eliminarla.

Pero sigamos con los textos. Marcos nos cuenta la entrada triunfante de Jesús en Jerusalén montado en un pollino y a la gente celebrando su llegada con estas palabras.

¡Hosanna! ¡Bendito el que viene en nombre del Señor! Bendito el Reino que viene de nuestro padre David! (Mc 11, 9-10).

Y Lucas añade que algunos fariseos, al oír esos gritos, rogaron a Jesús que reprendiera a sus discípulos. Pero Jesús les respondió:

Os digo que si estos callan gritarán las piedras (Lucas 19,40).

Es evidente que no se habla aquí de un Reino futuro, lejano, impreciso. En realidad ya está aquí, y el Maestro lo corrobora con sus palabras. También es significativo el hecho de que sólo Mc pone en boca de la gente la frase *el Reino que viene.* Pero Mc es el evangelio más antiguo. Mt y Lc suprimen esa frase. Posiblemente porque ya se hacía notar el retraso de la Parusía cuando ellos escribieron alrededor de los años ochenta.

Una vez que Jesús se instala en Jerusalén, y muy cerca ya de su Pasión, pronuncia el que se ha llamado "discurso escatológico". Lo escatológico es todo aquello que se refiere a los sucesos que tendrán lugar al final de los tiempos. Pero nada se dice en el NT acerca de que este "final" sea algo lejano y difuso. Por el contrario, Jesús habla a personas que van a presenciar esos extraordinarios sucesos. El discurso comienza cuando Jesús, ante el asombro de sus

discípulos por los hermosos edificios que veían en Jerusalén, les dice que nada quedará de todo ello. Luego les cuenta lo que habrá de suceder antes de que llegue el final (falsos mesías, guerras, terremotos, hambre y persecuciones a sus seguidores). A continuación insinúa que Jerusalén va a ser destruida y, por último, inmediatamente después *(inmediatamente* según Mt 24, 29 y Mc 13, 24ss) tendrá lugar la venida del Hijo del hombre con gran poder y gloria. El discurso acaba:

Así también vosotros, cuando veáis que sucede esto, caed en cuenta de que ***Él está cerca, a las puertas*** (Mc 13, 29; Mt 24, 33), *que* ***el Reino de Dios está cerca*** (Lc 21, 31).

Tal y como ha llegado a nosotros el discurso escatológico, no podemos saber si la venida del Reino habría de suceder tras la caída de Jerusalén (lo que sucedió el año 70, unos cuarenta después de la muerte de Jesús) o algo después. Pero lo curioso es que termina con una frase desconcertante:

> *Yo os aseguro* ***que no pasará esta generaci6n hasta que todo esto suceda****. El cielo y la tierra pasarán, pero mis palabras no pasarán* (Mc 13, 30-31).

Y en este caso Mateo y Lucas siguen a Marcos al pie de la letra.

En el discurso escatológico se mezclan la ruina de Jerusalén con el final de los tiempos. Pero Jesús se refiere a *todo esto.* Es decir: la generación que le está escuchando será testigo de los sucesos que acaba de mencionar, todos ellos. Por lo tanto, debemos suponer que, para el Maestro, faltaban sólo unas décadas para que viniese el Reino y el juicio en el que él mismo sería el juez. Lo que parece estar claro es que los evangelistas, como sus coetáneos hebreos, creen que la llegada del Ungido (Mesías) inaugura la época inmediatamente anterior al final de los tiempos. La vida de Jesús en la tierra, su pasión, muerte y resurrección, señalan el comienzo del fin. No se sabía con exactitud cuándo sería (viene como un ladrón, aparece como un relámpago, el amo puede volver en cualquier momento, cuando menos lo esperéis llegará el Hijo del hombre, etc.), pero fuese como fuese, estaban convencidos de su cercanía.

Los evangelistas nos cuentan, como acabamos de ver, los "signos" que precederán a su futura y definitiva Venida. Pero hay otros "signos" que hablan de la llegada del

Reino. En cierta ocasión, fariseos y saduceos le piden que les muestre una señal del cielo. Él les respondió:

Cuando veis una nube que se levanta en el occidente, al momento decís: "Va a llover", y así sucede. Y cuando sopla el sur, decís: "Viene bochorno", y así sucede. ¡Hipócritas! Sabéis explorar el aspecto de la tierra y el cielo, ¿cómo no exploráis, pues, este tiempo?" (Lc 12, 54-56).

O como dice Mateo:

¡Con que sabéis discernir el aspecto del cielo y no podéis discernir las señales de los tiempos! (Mt 16, 3b).

"Este tiempo" tiene sus propias señales. Posiblemente Jesús se estuviera refiriendo a las curaciones y milagros que estaba haciendo, como ya les dijo a los discípulos de Juan el Bautista, cuando le preguntaron si era él quien había de venir o tendrían que esperar a otro. Jesús inaugura el tiempo definitivo de la espera. Las señales de aquellos tiempos estaban diciendo que el Reino estaba ya a las puertas, porque su venida no había tenido otro objeto que anunciarlo, no sólo con palabras, sino con hechos prodigiosos.

Pero es evidente, volvemos a repetir, que en ninguna parte del NT se menciona una fecha fija. Por esta razón, una y otra vez, se habla de la necesidad de estar alerta.

Mas de aquel día y hora, nadie sabe nada, ni los ángeles en el cielo, ni el Hijo, sino sólo el Padre. Estad atentos y vigilad, porque ignoráis cuándo será el momento; velad, por tanto, ya que no sabéis cuándo regresará el dueño de la casa...No sea que llegue de improviso y os encuentre dormidos. Lo que a vosotros digo, a *todos lo digo: ¡Velad!* (Mc 13, 32-37).

La misma idea encontramos en el documento Q:

Como en los días de Noé, así será la venida del Hijo del hombre. Porque comían, bebían, tomaban mujer...y no se dieron cuenta hasta que vino el diluvio y los .arrastró a *todos; así será también la venida del Hijo del hombre. Velad, pues, porque no sabéis qué día vendrá vuestro Señor.... También vosotros estad preparados, porque* en *el momento que* no *penséis, vendrá el Hijo del hombre. ¿Quién es el siervo fiel y prudente a quien su señor puso al frente de la servidumbre para darle la comida a su tiempo? Dichoso aquel siervo* a *quien su señor, cuando*

llegue, encuentre haciéndolo así... Pero si aquel siervo malo se dice en su corazón: "Mi señor tarda ", *y se pone* a *golpear* a *sus compañeros, y come y bebe con los borrachos, vendrá el señor de aquel siervo el día que no espera y en el momento que no sabe, le separará y le señalará su suerte entre los hipócritas; allí será el llanto y crujir de dientes* (Mt 24, 37-51).

A continuación, Mateo cuenta la parábola de las diez vírgenes. Cinco eran prudentes y las otras cinco necias. Estas no se proveyeron de aceite y cuando llegó el novio no pudieron entrar con él porque habían ido a comprarlo. Cuando volvieron ya estaba cerrada la puerta y no asistieron al banquete nupcial. Más aún: llaman a la puerta y "el novio" les responde:

"En verdad os digo que no os conozco".

Y sigue Jesús: *Velad, pues, porque no sabéis ni el día ni la hora*

Lucas se hace eco de esta historia y de las otras frases de Mateo:

Estén ceñidos vuestros lomos y las lámparas encendidas, y sed como hombres que esperan a que su señor vuelva de la boda para que, cuando vuelva y llame, al instante le abran. Vosotros estad preparados, porque en el momento que no penséis, vendrá el Hijo del hombre.

Ante estas reiteradas advertencias, surge de inmediato la pregunta: ¿por qué Jesús les pide a sus oyentes que estén preparados si no van a ver la llegada del Reino y el juicio? Si el Maestro hubiese creído que ese Día podía tardar miles de años, no tiene sentido que tanto a sus discípulos como a la gente en general les avise que deben estar alerta. Y no podemos aducir que Jesús se dirige a las generaciones de todos los tiempos: Jesús, tal y como aparece en los evangelios, no tiene perspectivas de futuro, no le interesa, sólo habla a los que en esos momentos estaban presentes Si hubiese pensado tal cosa, debería haberlo hecho saber expresamente. El Hijo de Dios que aparece en el evangelio de Juan, consustancial con el Padre, con todos los poderes de la divinidad, no podía dirigirse en esos términos a los humanos de su tiempo. La realidad es que el Reino aún no ha llegado, y eso debería haberlo sa-

bido Jesús y haberlo hecho saber a quienes le escuchaban. Por tanto, es correcto inferir que el Maestro estaba convencido de la cercanía de esos acontecimientos. Esto puede verse confirmado en la respuesta del Maestro ante el Sumo Sacerdote, que le pregunta si él es el Cristo, el Hijo de Dios:

Sí, tú lo has dicho. Y yo os declaro que ***a partir de ahora*** *veréis al Hijo del hombre sentado* a *la diestra del Poder y venir sobre las nubes del cielo* (Mt 26, 64)

3.- Textos exclusivos de Lucas

Lucas tiene algunos textos que no se encuentran en los otros evangelistas. Por ejemplo, el envío misionero de setenta y dos discípulos para predicar el Reino. Las normas que les da Jesús se parecen a las que da a los Doce, pero añade algunos versículos interesantes:

*En la ciudad en que entréis y os reciban, comed lo que os pongan; curad a los enfermos que haya en ella, y decidles: "****El Reino de Dios está cerca de vosotros****". En la ciudad en que entréis y no os reciban, salid a sus plazas y decid: "Hasta el polvo de vuestra ciudad que se nos ha pegado* a *los pies, os lo sacudimos, pero sabed,*

*con todo, que **el Reino de Dios está cerca**". Os digo que en aquella hora habrá menos rigor para Sodoma que para la ciudad aquella"* (Lc 10, 8-12).

.

La ciudad que no recibe bien a los misioneros no va a tener una segunda oportunidad. ¿Por qué esa prisa? ¿Por qué se les amenaza (no se trata de una ciudad sino de quienes la habitaban entonces) con un terrible castigo si no hubiesen de estar vivos cuando llegasen el Reino y el juicio? Es el mismo caso que el de ciudades como Betsaida, Corazín o Cafarnaúm, sobre las cuales emitió un juicio muy severo, como veremos más detenidamente. Da la impresión de que Jesús está sumamente irritado contra los habitantes de esas ciudades a causa de su falta de apoyo al mensaje del Reino. Y la razón de ese enojo la explica Lucas en su material propio:

(Porque) *el que os escucha a vosotros, a mí me escucha; y el que os rechaza, a mí me rechaza; y el que me rechaza* a *mí, rechaza al que me ha enviado.* (Lc 10, 16).

Aquellos que desdeñan la Palabra (en el relato evangélico) son personas concretas, con nombres y apellidos, cuya

vida había de ser forzosamente de corta duración. Si el Reino tardaba mucho en venir, si el Día de Jesús, con su juicio, se prolongaba demasiado, no estarían vivas cuando llegaran, y, por consiguiente, las palabras del Maestro no tendrían ningún sentido. Por otra parte, cuando Jesús habla del juicio final, según lo cuenta Mateo (25, 3l-46), nada dice acerca de quienes serían juzgados por rechazar al propio Jesús o a sus discípulos, sólo se refiere a quienes fueron, o no, misericordiosos con sus prójimos.

Lucas también nos cuenta cómo será el Día de Jesús: *Tiempo vendrá en que desearéis ver uno solo de los días del Hijo del hombre, y no le veréis. Y os dirán: "Vedlo aquí, vedlo allá". No vayáis ni corráis detrás. Porque, como el relámpago fulgurante que brilla de un extremo* a *otro del cielo, así será el Hijo del hombre en su Día. Pero* ***antes****, le es preciso padecer mucho y ser reprobado por esta generación* (17, 22-25).

La última frase, si es que el "Hijo del hombre" era el mismo Jesús, no ofrece dudas: Jesús vendrá como un relámpago después de padecer y ser reprobado, es decir, tras su pasión y muerte. Y más adelante:

Estando la gente escuchando estas cosas, añadió una parábola, pues estaba cerca de Jerusalén y ***creían ellos que el Reino de Dios aparecería de un momento*** **a** ***otro*** (19, 11).

Según el texto, no sabemos si esa creencia les venía por haber escuchado a Jesús o porque, como otros muchos judíos, esperaban ciertamente que llegara pronto el Reino que había de liberarles de la opresión extranjera. La respuesta del Maestro en forma de parábola (la de las minas, moneda de uso corriente) nada nos aclara. Sólo da a entender que, cuando el Reino llegue, se pedirá cuentas a todos de cómo han gestionado los bienes espirituales que Jesús puso en sus manos, y que aquellos que no le aceptaron, serán ejecutados delante de él. Pero la afirmación de que la gente esperaba la inminente llegada del Reino-reinado de Dios, es interesante para nuestra argumentación.

En la exhortación final a sus discípulos, antes de su pasión, les advierte:

Guardaos de que no se hagan pesados vuestros corazones por el libertinaje, la embriaguez y las preocupaciones de la vida, y venga aquel Día de improviso sobre vosotros, como un lazo; porque vendrá sobre todos los habitan de la faz de la tierra. Estad en vela, pues, orando en todo tiempo para que tengáis fuerza y escapéis a todo lo que está para venir, y podáis estar en pie delante del Hijo del hombre (21, 34-36).

De nuevo, éstas no son palabras dirigidas a las generaciones futuras, sino a sus compañeros más íntimos, sus discípulos, a los que debía instruir acerca de todo lo que concernía al Reino de Dios y la forma de esperarlo.

4.- Textos exclusivos de Mateo.

Cuando envía a los Doce en viaje misional, les predice que habrán de sufrir num

erosas persecuciones. Entonces les advierte:

No toméis el camino de los gentiles ni entréis en ciudad de samaritanos; dirigíos más bien a las ovejas perdidas de Israel. Id y ***proclamad que el Reino de los Cielos está cerca.*** *Sanad enfermos, resucitad muertos, limpiad*

leprosos, expulsad demonios. De gracia lo recibisteis; dadlo de gracia (10, 5-8).

El mismo Jesús, cuando llega a la región de Tiro y Sidón, es decir, a Fenicia, tierra de paganos, se le acercó una mujer cananea pidiéndole que curase a su hija endemoniada, y cuando sus discípulos le ruegan que la atienda, porque viene gritando, les aclara:

No he sido enviado más que a *las ovejas perdidas de la casa de Israel* (Mt 15, 24).

Pero la mujer insiste, y el Maestro le dice:

No está bien tomar el pan de los hijos (los judíos) *y echárselo* a *los perrillos* (los gentiles) (Mc 7, 24-30 y Mt 15, 21-28).

Sólo por pura piedad y misericordia, Jesús acaba accediendo a los ruegos de una madre desgraciada. Pero estas frases concuerdan con las dirigidas a los Doce, porque, en realidad, Jesús les transmite a ellos su propia misión en la tierra: llevar la Palabra exclusivamente a los israelitas, el pueblo de Dios. Pero estas advertencias sólo se comprenden si el Reino estaba realmente cerca; tanto, que no

había tiempo para predicar a los gentiles. Y sigue a los Doce:

Cuando os persigan en una ciudad, huid a *otra, y si también en ésta os persiguen, marchaos* a *otra. Yo os aseguro:* ***no acabaréis de recorrer las ciudades de Israel antes que venga el Hijo del hombre.*** (Mt 10,23).

Es importante recordar este texto porque, como veremos más adelante, al hablar del retraso de la Venida de Jesús, está en contradicción con otras frases en las que el propio Maestro anuncia su vuelta cuando se haya predicado el evangelio en todo el mundo conocido. Aquí no; aquí se trata de las ciudades de Israel. Luego, debería haber venido el fin.

También Mateo nos transmite una frase de Jesús que no se encuentra en los otros evangelistas. Juan el Bautista había enviado desde la cárcel a algunos discípulos suyos para que preguntasen a Jesús si era él quien había de venir o debían esperar a otro. Jesús les responde exponiéndoles los prodigios que había hecho y luego se vuelve a la gente y les dice que Juan es el mensajero que debía anunciar al propio Jesús. La alocución acaba así:

Y, si queréis admitirlo, él es Elías, el que iba a *venir. El que tenga oídos que oiga* (11, 14-15).

La vuelta de Elías era un tema común en los tiempos de Jesús. Marcos cuenta que, tras la transfiguración, Pedro, Santiago y Juan le preguntaron:

¿Por qué dicen los escribas que Elías debe venir primero? Él les contestó: Elías vendrá primero y restablecerá todo... Pues bien, yo os digo que Elías ha venido ya y han hecho con él cuanto han querido, según estaba escrito de él (Marcos 9, 11-.13).

Elías era Juan Bautista. Mateo lo cuenta así:

Ciertamente, Elías ha de venir a *restaurarlo todo. Os digo, sin embargo, que Elías ha venido ya, pero no le han reconocido, sino que han hecho con él cuanto han querido. Así también el Hijo del hombre tendrá que padecer de parte de ellos* (Mt 17, 11-12).

Han hecho con él cuanto han querido parece una referencia al encarcelamiento de Juan y su posterior ejecución. Pero, ¿por qué se esperaba la llegada de Elías? ¿Y para qué? Basta leer los últimos versículos del profeta **Mala-**

quías para entenderlo: ***He aquí que yo envío al profeta Elías antes que llegue el Día de Yahvé, grande y terrible****. Él hará volver el corazón de los padres* a *los hijos, y el corazón* de *los hijos* a *los padres; no sea que venga yo a herir la tierra de anatema* (Malaquías 3, 23-24)

Los judíos contemporáneos de Jesús esperaban el regreso de Elías, considerado como un indicio del final de los tiempos. No cabe duda de que Jesús, al anunciar que el Bautista es Elías redivivo, y que ha de venir a "restaurarlo todo", está diciendo claramente que el fin (la llegada del Reino y del juicio) está cerca, refiriéndose a Malaquías: *Antes que llegue el Día de Yahvé.*

5.-Los escritos tardíos: Hebreos, Santiago, 1 y 2 Pedro, 1 Juan, evangelio de Juan y Apocalipsis.

El orden en el que aparecen aquí estos escritos no es cronológico. Posiblemente, los últimos sean las cartas de Pedro y Juan. Aquí los tratamos todos e bloque bajo el epígrafe de "tardíos", que o pretende significar otra cosa sino que fueron escritos desde los años 80/90 hasta principios o mediados del siglo II. Hay que recordar que ningu-

no de estos escritos puede atribuirse claramente a 1os autores que se les supone, lo que no es obstáculo para constatar que aún en fechas tan separadas de la muerte del Señor, todavía los cristianos seguían esperando su inminente llegada.

En **Hebreos**, el autor exhorta a sus destinatarios a perseverar en la fe a pesar de las persecuciones de que son objeto. Y les dice, entre otras .cosas:

No perdáis ahora vuestra confianza, que lleva consigo una gran recompensa. Necesitáis paciencia en el sufrimiento para cumplir la voluntad de Dios y conseguir así lo prometido. Pues ***todavía un poco, muy poco tiempo y el que ha de venir vendrá sin tardanza*** (Heb 10, 35-37).

El autor no encuentra otra forma de mantener la confianza, la perseverancia y la paciencia, que recordándoles la pronta llegada del Señor (según una cita de Isaías 26,20, en la edición de los Setenta), que habría de acabar con todos sus sufrimientos. También la carta atribuida a **Santiago** nos ofrece un par de testimonios. Cuando se dirige a

los ricos (no se sabe si de la comunidad cristiana o de fuera), con palabra muy duras por cierto les dice:

Vuestro oro y *vuestra plata están tomados de herrumbre y ella será testimonio contra vosotros* y *devorará vuestras carnes como fuego. Habéis acumulado riquezas en* ***estos días que son los últimos*** (Sant 5, 3).

Otros pasajes están destinados a fortalecer la paciencia de sus lectores, aunque en este caso no se trata de persecuciones. Posiblemente se esté refiriendo a la llegada de Jesús, que aún no se ha realizado.

Tened, pues, paciencia, hermanos, hasta la Venida del Señor. Mirad, el labrador espera el fruto precioso de la tierra aguardándolo con paciencia hasta recibir las lluvias tempranas y *tardías. Tened también vosotros paciencia; fortaleced vuestros corazones,* ***porque la Venida del Señor está cerca*** (Sant 5, 7-8)

1Pedro, después de hablar de la resurrección afirma:

El fin de todas las cosas está cercano. *Sed, pues, sensatos* y *sobrios para daros a la oración. Ante todo te-*

ned entre vosotros intenso amor, pues al amor cubre multitud de pecados (1P 4, 7-8).

Esta frase nos recuerda cómo Jesús, para el tiempo relativamente corto de la espera, recomendaba el amor incondicional, incluso a los enemigos.

2Pedro vuelve a confirmarnos que esa espera estaba en el ambiente cristiano:

Sabed ante todo que en los últimos días vendrán hombres llenos de sarcasmo, guiados por sus propias pasiones que dirán en son de burla: "¿Dónde queda la promesa de su venida? Pues desde que murieron los Padres (los de la primera generación cristiana) *todo sigue como al principio de la creaci6n* (2 P 3, 3-4).

Pero el autor no sabe cuándo será la Venida y el fin de los días, por lo que echa mano de un recurso teológico: es que el tiempo no significa para Dios lo mismo que para nosotros.

Mas una cosa no podéis ignorar: que ante el Señor un día es como mil años y mil años, como un día. No se reti-

ra el Señor en el cumplimiento de la promesa, como *algunos suponen, sino que usa de paciencia con vosotros, no queriendo que algunos perezcan, sino que todos lleguen a la conversión. El Día del Señor llegará como un ladrón.* (2 P 3, 8-10a)

Dios espera para que los que aún viven tengan tiempo de convertirse antes del Juicio y el fin. Y lo entendemos así porque la carta va dirigida a personas concreta (no a nosotros) que, además, están esperando ese Día. Por ello, después de describirles como sé consumirá toda la tierra, les dice:

Puesto que todas estas cosas han de disolverse así, ¿cómo conviene que seáis en vuestra santa conducta y en la piedad, esperando y acelerando la venida del Día de Dios, en el que los cielos en llamas se disolverán y los elementos, abrasados, se fundirán? Pero esperamos, según nos lo tiene prometido, nuevos cielos y nueva tierra, en los que habite la justicia (2P 3, 11-13)

No se está describiendo el paraíso tras la muerte, sino una tierra, aquí, esta tierra, renovada y transfigurada,

(donde habitará la justicia, es decir, donde todo será diferente a como era entonces (y aún lo es hoy). Y sigue en la misma línea el autor:

Por lo tanto, queridos, ***en espera de estos acontecimientos,*** *esforzaos por ser hallados en paz ante él, sin mancilla y sin tacha* (2P 3, 14).

Los destinatarios de la carta deben vivir sin pecado, para que el Señor los encuentre dignos. No puede estar más claro el mensaje del autor.

1Juan refiere que ya se han cumplido las "señales" que indican la llegada del fin:

Hijos míos, ***es la última hora****. Habéis oído que iba a venir un Anticristo; ahora bien, muchos anticristos han aparecido, por lo cual nos damos cuenta que es ya la última hora.* (1Juan 2, 18)

Y más adelante:

Y ahora, hijos míos, permaneced en él, ***para que, cuando se manifieste,*** *tengamos plena confianza y no que-*

déis avergonzados lejos de él en su Venida (1Juan 2, 28).

Es exactamente lo que se dice en 2Pedro: El día que aquellos cristianos esperan debe sorprenderlos en una vida de fe y sin tacha. Ellos, no nosotros.

El Evangelio de Juan, por escribirse tan tarde (finales del siglo I), y por las diferencias sustanciales con los otros tres en cuanto a la forma de concebir a Jesús, no contiene referencias a la cercanía del Reino. Ni siquiera se menciona apenas el mismo Reino de Dios: sólo dos veces, durante la conversación de Jesús con Nicodemo. Pero hay un texto muy significativo. Jesús se está despidiendo de sus discípulos en la última cena, y en un momento determinado les anima:

No se turbe vuestro corazón. Creéis en Dios, creed también en mí. En la casa de mi Padre hay muchas mansiones; si no, os lo habría dicho; porque voy a prepararos un lugar. Y cuando haya ido y os haya preparado un lugar, volveré y os tomaré conmigo para que donde esté yo estéis también vosotros (14, 1-3).

Por supuesto que los teólogos siempre han entendido esta frase como referida a la muerte personal de cada uno de los cristianos: Jesús se fue a prepararnos el lugar donde debemos descansar eternamente. Pero, en primer lugar, las palabras del Maestro van dirigidas directa y exclusivamente a sus discípulos y, en segundo lugar, la frase *volveré y os tomaré conmigo* adquiere su sentido pleno no cuando la referimos a la muerte particular sino a la venida del mismo Jesús para *tomarlos.*

Nada más comenzar, el **Apocalipsis de Juan** afirma la próxima llegada de Jesús:

Revelación de Jesucristo; se la concedió Dios para manifestar a *sus siervos lo que ha de suceder pronto; y envió a su Ángel para dársela a conocer a su siervo Juan, el cual da testimonio de todo lo que vio...Dichoso el que lea y los que escuchen las palabras de esta profecía y guarden lo escrito en ella, porque* ***el tiempo está cerca*** (1, 1-3).

Y en el saludo a las iglesias de Asia, se afirma algo que no debería sorprendernos:

Mirad, viene acompañado de nubes; ***todo ojo lo verá, hasta los que le traspasaron,*** *y por él harán duelo todas las razas de la tierra* (1,7).

Si han de verlo *los que le traspasaron* no podía tardar mucho. Más adelante habla el mismo Jesús (aunque con el nombre de 'el Santo', 'el Veraz'), y dice a la Iglesia de Filadelfia:

Ya que has guardado mi recomendación de ser paciente en el sufrimiento, también yo te guardará en la hora de la prueba que va a venir sobre el mundo entero para probar a *los habitantes de la tierra.* ***Pronto vendré****; mantén con firmeza lo que tienes, para que nadie te arrebate tu corona* (3, 10-11).

Casi al final del libro, un ángel le dice al visionario:

No selles las palabras proféticas de este libro, porque ***el tiempo está cerca*** (Apoc 22,10)

Y sin transición ni explicación alguna, sigue hablando Jesús:

Mira, ***pronto vendré*** *y traeré mi recompensa conmigo para pagar a cada uno según su trabajo* (Apoc 22, 12). .

Y el libro de las visiones termina:

Dice el que da testimonio de todo esto: "Sí, pronto vendré". ¡Amén! ¡Ven, Señor Jesús! (Apoc 22,20). .

Es muy significativo que el Apocalipsis comience y termine con la misma ansiosa expectativa.

EL RETRASO de la PARUSÍA

Ciertamente existen algunos textos en los que la Parusía y el final de los tiempos se presentan como una espera que ha de ser larga. El tiempo, evidentemente, jugaba en contra de la esperanza escatológica. Se ha pretendido ver una prueba en la parábola de los talentos, exclusiva de Mt. Allí, un hombre reparte su dinero entre sus siervos hasta que él vuelva y se dice que *al cabo de mucho tiempo* volvió el dueño. En otra parábola, la de los viñadores homicidas, narrada por los tres sinópticos, Lucas introduce una variante: donde Marcos y Mateo afirman que el dueño *se marchó lejos,* Lucas añade algo: *se marchó lejos* ***por mucho tiempo.***

Otro texto de Lucas supone también un retraso. Jesús está hablando de las señales precursoras del fin, y afirma:

Mirad, no os dejéis engañar, porque vendrán muchos usurpando mi nombre y diciendo:" Yo soy" y "el tiempo está cerca". No les sigáis. Cuando oigáis hablar de guerras y revoluciones, no os aterréis; porque es necesario que sucedan primero estas cosas, ***pero el fin no es inmediato.*** (Lc 21, 8-9).

La idea de que la Buena noticia ha de predicarse a "todas las naciones" (se entiende las entonces conocidas), parece suponer un importante retraso en la vuelta del Señor.

Id por todo el mundo y proclamad la Buena Nueva a toda la creación. (Marcos 16,15)

Id, pues, y haced discípulos a todas las gentes. Y sabed que yo estoy con vosotros todos los días hasta el fin del mundo (Mateo 28, 19 y 20b).

Así está escrito que el Cristo padeciera y resucitara entre los muertos al tercer día, y se predicara en su nombre la conversión para perdón de los pecados a todas las

naciones, empezando desde Jerusalén (Lucas 24,46-47).

Sin embargo, es cierto que para los años 70 los misioneros cristianos ya habían fundado comunidades en los puntos principales del imperio romano, incluida Roma, por supuesto, y debemos recordar que Jesús, en un momento determinado, supone que para después de esa fecha (la caída de Jerusalén en manos romanas) tendría lugar su advenimiento (Mc 13, 29 / Mt 24,33 / Lc 21,31, citados anteriormente).

Pero el retraso de la Parusía de Jesús que se detecta en los evangelistas, no lo compartían la mayoría de los cristianos. A principios del siglo III, casi doscientos años después de muerto el Maestro, Hipólito, presbítero de la iglesia de Roma, escribe un tratado llamado Crónicas, en el que intenta convencer a los creyentes que el fin no era tan inminente como ellos suponían.

Tenemos, pues, dos bloques de textos: uno es positivo (el Reino, y Jesús con él, está muy cerca) y otro negativo (el Reino tardará en llegar). Pero esos dos bloques no se encuentran separados en el NT, sino mezclados. Esto sig-

nifica que Jesús dijo unas veces que sí y otras que no, dentro de cada uno de los evangelios, algo que es absurdo. Resulta más fácil y lógico atribuir esas contradicciones a los autores que al mismo Jesús. Nada tiene ello de extraño si pensamos que todos los escritos del NT fueron redactados después de su desaparición, cuando sus seguidores se vieron obligados a repensar las palabras del Maestro al constatar que el fin y el Reino no llegaban tan pronto como él creía. De esta forma, los autores de los textos neotestamentarios, empujados por la situación ambivalente de la comunidad primitiva, añadieron frases en las que apareciese el retraso de la Parusía puestas en boca del mismo Jesús.

Pero la esperanza escatológica no se perdió. Los movimientos milenaristas, por ejemplo, expresan la creencia en ese inminente triunfo del Reino de Dios. Se basaban en una frase de 2 Pedro que hemos trascrito y comentado anteriormente:

> *Esperamos, según nos lo tiene prometido, nuevos cielos y nueva tierra, en los que habite la justicia* (2P 3, 13).

Y en el mismo Apocalipsis, donde está más claro:

Luego vi un ángel que bajaba del cielo y tenía en su mano la llave del Abismo y una gran cadena. Dominó a la Serpiente, la Serpiente antigua que es el diablo y Satanás, y la encadenó por mil años. La arrojó al abismo, la encerró y puso encima los sellos, para que no sedujeran más a las naciones hasta que se cumplieran los mil años. Después tiene que ser soltada por poco tiempo.

Vi también las almas de los que fueron decapitados por el testimonio de Jesús y la palabra de. Dios, y a todos los que no adoraron a la Bestia ni a su imagen y no aceptaron la marca en su frente o en su mano, y revivieron y reinaron con Cristo mil años (Apoc 20,1-4).

Estas ideas, como otros mesianismos, aparecen hasta nuestros días (mormones, adventistas, Testigos de Jehová...) La Promesa de Jesús era, y es, difícil de erradicar.

CONSIDERACIONES FINALES

Las consecuencias de esta argumentación son muy serias. Hemos vivido dos mil años de cristianismo sin verdadero cristianismo. Los creyentes de las diferentes iglesias, comunidades y sectas, han aspirado al poder religioso (e incluso al temporal o mundano), han convertido la pobreza evangélica en una condición propia de haraganes (a los que, a lo sumo, se les da de lo que nos sobra), y el amor al prójimo en una entelequia abstracta sin proyección real; han odiado a sus enemigos hasta declararles la guerra, perseguirles y asesinarlos, han sido incapaces de obtener "cosas buenas" mediante una oración fundamentada en una fe inquebrantable, y han sustituido la confianza en la providencia por la certidumbre del trabajo, las cuentas corrientes y la organización de empresas. Ni siquiera se han librado de esta forma (alienante, por supuesto), de "estar en el mundo", las mismas comunidades e institutos religiosos. Con la excepción de unas pocas personalidades independientes, como ya hemos dicho antes, la inmensa mayoría de los cristianos han vivido como si el Reino de

Dios no existiera. Exactamente como si no estuviese a punto de llegar.

Pero esto no debe extrañamos: está aún demasiado lejos, y hay que seguir viviendo. Desde que el emperador Constantino, en el siglo IV, liberó al cristianismo de su marginación y le concedió un status social privilegiado, el "mundo", contra el que Jesús y sus seguidores pusieron en guardia repetidamente a quienes les seguían, ha calado de modo tan profundo en los creyentes como entre los que no lo son. Ya no hay modo de distinguir a los unos de los otros, a no ser en las ideas y la forma de hablar. Ya nadie se refiere al Reino, ni a la venida de Jesús: hablamos de divorcio, de eutanasia, de aborto, de ética y moral, de erradicación de la pobreza, o de la necesidad que tenemos de Dios. Pero en el fondo se trata de una religiosidad que sólo se dirige a la conducta de cada individuo, y que carece de eficacia en cuanto a repercusión social. Dos mil años de cristianismo no han podido acabar con todas las lacras sociales que existían antes de que Jesús naciera (violencia, egoísmo, guerras, mi- seria, desigualdades económicas y culturales, etc, etc).

El Maestro de Nazaret erró en sus predicciones (la segunda carta de Pedro reproduce lo que ya pensaban muchos: "¿Dónde queda la promesa de su venida? Pues desde que murieron los Padres todo sigue como al principio de la creación"). Los cristianos han transmutado el concepto de Reino de Dios, convirtiéndolo en una entidad abstracta que sólo tiene vigencia en la esfera íntima de cada creyente. Es un reinado de Dios interno, invisible y personal, que espera su realización plena en el otro mundo. El Reino-reinado se ha trasladado al Cielo, en donde espera a quienes le busquen. No debe extrañamos, pues, que a pesar de todos los esfuerzos por instaurarlo en la tierra, no se haya conseguido ni hay esperanzas de lograrlo. A lo más que podemos llegar es a ir parcheando necesidades que no acaban nunca, porque es como si echásemos un remiendo de tejido nuevo en un vestido viejo. Lo cierto es que la justicia de los nuevos cielos y la nueva tierra *(según nos lo tiene prometido,* dice 2P 3,13) es una quimera. La esperanza en que alguna vez pueda producirse un cambio importante sólo está en manos de los humanos de buena voluntad.

Pero este no era precisamente el pensamiento de Jesús. Para él, el Reino era cosa de su Padre, y los hombres no tendrían más que aceptarlo con alegría. Su pensamiento es profunda y exclusivamente religioso. El Maestro no aportó nada práctico a la solución de los problemas materiales de los seres humanos. Era un enajenado, un visionario. No vivía en este mundo más que para transmitir un mensaje puramente religioso (basta leer los evangelios para convencerse de ello) y se fundamentaba en el convencimiento de que los humanos, por sí solos, somos incapaces de instaurar la justicia en este mundo, porque esa justicia es un ente divino y sólo Dios puede concederlo. Jesús no quiso cambiar nada: todo lo dejó en manos de su Padre.

Y por esa razón, siempre será una utopía, y la esperanza cristiana, un sueño inalcanzable.

COMENTARIO CRÍTICO
al NUEVO TESTAMENTO

Tema 4: LOS MILAGROS

Carlos Saura Garre carlosaura06@gmail.com

Una lectura detenida de la Biblias cristiana me hizo caer en la cuenta de que allí aparecían demasiadas intervenciones divinas: ángeles que anuncian el nacimiento, aclaran la situación a José, cantan a coro, aparecen a unos pastores, apremian a ir a Egipto y volver luego, una estrella que "se coloca" encima de una casa, un demonio que se lo lleva por los aires hasta un monte y al pináculo del templo, endemoniados que le conocen, muertos que resucitan, ciegos que ven, sordos que oyen, cojos que andan, la resurrección de nuestro héroe, que a continuación sube hacia el cielo a la vista de sus discípulos… Lo sobrenatural sigue manifestándose en sus discípulos, no hay más que leer el libro de los Hechos, una colección de maravillas y apariciones del Espíritu Santo. Y la lectura de la Historia

de las religiones de diversos autores, me obligó a hacer comparaciones. En Jesús se repetía lo que en otros fundadores. De todos se cuentan cosas prodigiosas que sirven para mostrar el origen divino, o casi divino, o simplemente la importancia de algún personaje, y que se ha repetido a lo largo de la historia. Buda, Zoroastro, Moisés….son algunos.

Lo sorprendente, respecto a Jesús, es que utiliza diferentes formas de curación.

A veces le es suficiente con pronunciar unas palabras, dirigidas a un hombre, a los espíritus inmundos o al mar; a veces lo hace dando un fuerte grito.

O bien sólo con el tacto. En el caso de un ciego usa su propia saliva, y con otro, barro hecho con saliva.

Aunque, en ocasiones, hace uso del tacto y la palabra. En un caso, mete los dedos en los oídos de un sordo y "gime": ¡ábrete!

Hay otro milagro en el que el paciente toca a Jesús y queda curado sin que él se dé cuenta (hemorroisa).

La mayoría de las veces el enfermo está presente, pero en dos ocasiones cura a distancia.

Las diferencias son tan exageradas que cabe preguntarse por qué una divinidad, y Jesús era la segunda persona de la Trinidad, cambia tanto en su forma de realizar milagros.

La comparación entre unos y otros hechos sobrenaturales me llevó a dudar de todos ellos. Por ejemplo: Jesús cura a distancia, algo muy propio de una divinidad. Lo vemos en la narración del criado del centurión (Mt 8,5; Lc 7,1; Jn 4,46), en la hija de una mujer pagana (Mc 7,24; Mt 15,21) y en **la hemorroísa** (Mc 5,21; Mt 9,20; Lc 8,40). He aquí estos tres estupendos milagros. Después lo compararemos con otros dos, bien diferentes.

El criado del centurión. Al entrar en Cafarnaúm (en Galilea) un centurión romano se acerca al Maestro para decirle que tiene a su criado enfermo de parálisis. Cuando Jesús se ofrece para ir a curarle, el militar se explaya en un discurso lleno de humildad y de fe: "Señor, yo no soy digno…" Jesús "quedó admirado" (una expresión muy humana por cierto, pero nada divina) y, volviéndose a la gente, dijo: "Nunca he encontrado en Israel a nadie con una fe tan grande". A continuación, aprovechando la circunstancia de que se trata de un pagano, pronuncia él también un dis-

curso sobre el futuro, cuando "vendrán muchos de oriente y de occidente a. ponerse a la mesa con. Abraham, Isaac y Jacob en el Reino de los Cielos, mientras que los hijos del Reino (los judíos) serán echados a las tinieblas de fuera, donde habrá llanto y rechinar de dientes". Son palabras que expresan exactamente lo que ya había ocurrido cuando Mateo las escribía: los judíos habían rechazado a Jesús y muchos paganos, gracias a la predicación de los hebreos helenistas cristianos, se convirtieron en seguidores del Maestro. Nada tiene de extraño que ese discurso lo haya introducido Mateo por su cuenta. Lo que sigue empalma perfectamente con la admiración de Jesús; "Y dijo Jesús al centurión: Anda, que te suceda como has creído". Y acaba Mateo: "Y en aquella hora se curó el criado". El discurso de Jesús, como puede verse, contradice sus propias palabras en la región de Tiro, cuando decía que sólo había sido enviado a las ovejas perdidas de Israel. Ahora, estas ovejas están realmente perdidas.

Resulta sorprendente cómo lo cuenta Lucas. El centurión y Jesús no se encuentran frente a frente. El militar envía unos emisarios a decirle que venga a su casa a curar a su criado, pero cuando Jesús se está acercando, vuelve a enviarle a unos amigos para decirle que no hace falta que

llegue, que con su palabra será suficiente para curarlo, etc.; todo el discurso del centurión en Mateo. Jesús se admira, efectivamente, y dice que no había encontrado en Israel una fe tan grande. Y no hay más. Los enviados vuelven a casa del centurión, que no se había movido de ella, y encuentran al criado sano y salvo. Lucas no dice que estuviese paralítico, sino simplemente enfermo, y no cuenta el discurso de Jesús sobre los paganos que entrarán en el Reino.

La narración de Juan es más extensa y diferente. Ya no se trata de un militar, sino de un alto funcionario real. Tampoco el enfermo (no se dice de qué mal) es un criado, sino su propio hijo. El funcionario va personalmente a rogar a Jesús que vaya a su casa (no sabe que puede curar a distancia), y por tanto no pronuncia ningún discurso de humildad y confianza. Jesús se siente molesto por la petición: "Si no veis señales y prodigios, no creéis", y ante la insistencia del funcionario de que vaya a su casa, le concede la curación desde lejos. El funcionario llega a casa, pregunta a qué hora sanó su hijo y comprueba que era la misma en que Jesús había pronunciado sus palabras.

Una mujer sirofenicia le pide que cure a su hija, poseída por un mal espíritu. Jesús le dice: Espera que primero se sacien los hijos, pues no está bien tomar el pan de los hijos y echárselo a los perros. Ante semejante exabrupto (la mujer era uno de esos perros), ella no se arredra e insiste: También los perros, debajo de la mesa, comen de las migajas de los niños. Pobre mujer, es imposible ser más humilde. Jesús accede: Por lo que has dicho, vete, que el demonio ha salido de tu hija. Y así sucedió.

Otra forma de curación muy propia de un ser más bien divino se encuentra en la historia de **la hemorroísa** (Mc 5,21; Mt 9,20; Lc 8,40).

La enferma se acercó a Jesús sin que nadie lo advirtiera y le tocó el vestido. Inmediatamente cesó el flujo de sangre, pero Jesús se dio cuenta de que una tuerza había salido de él. Ignorante, a pesar de su sabiduría humana y divina, de qué había ocurrido, preguntó: "¿Quién me ha tocado los vestidos?". Sus discípulos, lógicos y lúcidos, le responden: "¿Todos te apretujan y tú preguntas quién te ha tocado?". Pero él miraba a su alrededor buscando a quien le había tocado. Sólo entonces, por propia iniciativa, y algo asustada por su atrevimiento, la mujer se le acerca

y le cuenta lo que había sucedido. Él le dijo: "Hija, tu fe te ha sanado; vete en paz y queda curada de tu enfermedad".

Este es el relato de Marcos. Lucas añade otra frase de Jesús cuando Pedro le arguye que habiendo tanta gente era imposible saber quién le había tocado: "Alguien me ha tocado -insiste Jesús ignorante- pues he sentido que una fuerza ha salido de mí". Entonces se acerca la mujer y la historia sigue.

Mateo es más conciso, como otras veces. Y más avispado. Se dio cuenta de que la narración de Marcos dejaba en mal lugar a Jesús, de manera que presentó la escena de otro modo: La mujer le toca, Jesús se vuelve para mirarla y le dice: "¡Ánimo!, hija, tu fe te ha sanado".

Como vemos, Jesús es realmente un “hombre divino” cuyos poderes van más allá de los de un simple curandero, sin embargo, en dos ocasiones utiliza gestos mágicos para sanar, incluso uno no le sale bien a la primera.

El tartamudo sordo (Marcos 7,31) Le presentan a un sordo con dificultades para hablar pidiéndole que imponga la mano sobre él. Jesús, apartándolo de la gente, a solas, le metió los dedos en los oídos y con su saliva le tocó la lengua. Luego, levantando los ojos al cielo, lanzó un gemido y

le dijo: "Effata', que quiere decir: ¡Ábrete!, y se abrieron sus oídos y al instante se soltó la atadura de su lengua y hablaba correctamente. Aunque estaban solos Jesús y el enfermo, Marcos lo cuenta en plural: Les mandó que a nadie lo contaran. Pero cuanto más se lo prohibía, tanto más ellos lo publicaban. Y se maravillaban sobremanera.

El ciego de Betsaida (Marcos 8,22). Nos encontramos con un caso parecido al anterior. En Betsaida (ciudad fronteriza, mixta de judíos y paganos) le presentan un ciego. De nuevo, el evangelista da a entender que allí era conocido, aunque era la primera vez que iba. Jesús, tomando al ciego de la mano, le sacó fuera del pueblo (lo aparta de la gente, igual que hizo con el tartamudo sordo), le puso saliva en los ojos, le impuso las manos y le preguntó: "¿Ves algo?". Pero el ciego no estaba curado del todo, a pesar de la saliva y la imposición de manos: "Veo a los hombres, pero como si fueran árboles que andan". Jesús le vuelve a poner las manos sobre los ojos, y sólo entonces "comenzó a ver perfectamente"'. Y le envió a su casa diciéndole: "Ni siquiera entres en el pueblo".

Los otros tres evangelistas no dan cuenta de estas curaciones en sus respectivos evangelios. En realidad son

los dos únicos prodigios de Jesús que faltan en Mateo y Lucas. Marcos es un narrador muy especial; no cuenta la curación a distancia del criado del centurión (en la que los otros tres no se ponen de acuerdo), pero no le importa contar estos milagros tan poco milagrosos. (NOTA. Es cierto que Marcos cuenta una curación a distancia (justo antes de lo del ciego), la hija de una mujer pagana, pero véase que se refiere a un exorcismo, no a una verdadera curación). La única respuesta plausible es que el relato sea verdadero (en cuanto al hecho de utilizar las manos y la saliva), y que Marcos no encontrara motivo para suprimirlo. Mateo y Lucas fueron más perspicaces (y escribieron veinte años más tarde aproximadamente). Posiblemente oyeron acusaciones de magia de los enemigos de Jesús que los pusieron en guardia.

Siempre que leí los evangelios, cuando todavía era joven, pasaba de puntillas por lo que a todas luces debería haberme puesto en guardia, pero nunca lo hacía, como, por ejemplo, los **exorcismos** de Jesús. En la actualidad, no puedo creer que aquellas personas estuvieran realmente poseídas, un fenómeno que supone la existencia real de los demonios, algo imposible de demostrar. Tales posesio-

nes se describen claramente como distintos grados de epilepsia, de histeria o de doble personalidad.

Los exorcismos constituyen una excusa para dar a entender que Jesús tenía poder sobre los espíritus del mal, de cuya existencia no cabía duda en aquellos tiempos. Los demonios le reconocen y hablan, pero sólo para dar fe de la superioridad de Jesús. Un buen recurso literario. Resulta instructivo que Juan no los mencione y el hecho de que cuando el Bautista envía mensajeros a Jesús a preguntarle si él es el que había de venir, el Maestro enumera sus milagros, pero no incluye los exorcismos. Así lo cuentan tanto Mateo (11, 4-6) como Lucas (7, 22).

Hoy, ni siquiera estoy muy convencido de que tales narraciones se refieran a algún hecho real interpretado como milagro. Y me ocurre otro tanto en el resto de las acciones portentosas del Maestro. Por diferentes motivos.

Algunas de esas acciones resultan fuera de lugar, además de absurdas, puesto que no benefician a nadie. Recuerde el lector a Marcos 11, 12 y Mateo 21, 18, informándonos de que Jesús había secado una higuera porque no tenía fruto, ni era tiempo de que lo tuviera. O recuerden Mateo 17, 24, la historia del pez que, al ser pescado por

Pedro, a instancias de Jesús, resulta que tiene una moneda en la boca y con ella pagan, ambos, el tributo debido al Templo. O bien la narración de la tempestad calmada (Marcos 4, 35; Mateo 8, 23; Lucas 8,22). Incluso Marcos 6, 45; Mateo 14, 22; Juan 6, 16, que cuentan cómo el Maestro anduvo sobre el mar.

Y es que no sólo se trata de la inutilidad de esas escenas, es, también, que estas y otras, la mayoría, esconden incoherencias internas que no pueden darse en sucesos reales.

En Mc 1,40ss; Mt 8,1-4; y Lc 5,12-14, la historia del **leproso** curado acaba con las palabras de Jesús al enfermo: No se lo digas a nadie. Mc afirma que, a pesar de ello, "comenzó a divulgar a voces lo ocurrido", de forma que Jesús no podía ya entrar en ciudad alguna y sólo recibía en lugares solitarios. De todas formas, resulta un disparate en Mc y Lc, porque el primero dice que curó al leproso después de bajar del monte seguido de las multitudes, y el segundo afirma que lo curó estando en una ciudad. El milagro, pues, se hizo a la vista de todos, ¿por qué se le pide silencio al sanado? Dicen que el Maestro no quería que se descubriese su mesianismo, porque no coincidía con la

idea, totalmente política, que tenía los hebreos acerca del mesías, pero, incluso así, las palabras de Jesús no podían servir a su objetivo.

El ciego de Jericó (Mc 10,46; Mt 20,29; Lc 18,35): …él, arrojando su manto, dio un brinco y vino donde Jesús, ¡no parecía tan ciego, pues!, y le pregunta: "¿Qué quieres que te haga?". Es difícil entender la pregunta, Jesús sabía lo que necesitaba, puesto que era Dios, y además ¡el hombre estaba ciego!.

El paralítico. El Maestro está en una casa predicando, y hay tanta gente que ya se agolpa hasta en la calle. Le traen un paralítico y se ven obligados a abrir un agujero en el techo para que llegue hasta Jesús. Uno se pregunta si no había una solución menos drástica, como pedir paso en nombre del enfermo. Los fariseos se confabulan para eliminarle; he aquí algo que se repite a menudo, por parte de los fariseos, después de presenciar un prodigio del maestro; una reacción difícil de entender en una situación así, porque supone que los fariseos ni se inmutaban ante un milagro, como si fuera algo normal y, además, temían que

a causa de ellos la gente le siguiera. Resulta bastante infantil. (El paralítico, Marcos 2,1; Mateo 9,1; Lucas 5,17).

En varias ocasiones, las autoridades religiosas acusan a Jesús de trabajar en sábado (que, como se sabe, estaba prohibido por la ley mosaica), porque llevaba a cabo alguna curación milagrosa. Estos debates resultan falsos por dos razones. Una, porque ante un prodigio sobrenatural a nadie se le ocurre compararlo con un trabajo, y otra, porque en aquellos tiempos, incluso el curar en sábado estaba permitido (el rabí Hillel es un ejemplo entre otros). Incluso vale lo que el mismo Juan pone en boca de algunos: ¿Cómo puede un pecador realizar semejantes señales? Más bien parece que están escritos para explicar el rechazo de las clases dirigentes hacia Jesús, y acusarlas así de ser los autores de su muerte.

El enfermo en la piscina de Bezatá (Juan 5,1). En Jerusalén, junto a la Puerta de las Ovejas, había una piscina con cinco pórticos, en los que yacían multitud de enfermos, ciegos, cojos, paralíticos, "esperando la agitación del agua, porque el Ángel del Señor bajaba de tiempo en tiempo a la piscina y agitaba el agua; y el primero que se metía des-

pués de la agitación del agua, quedaba curado de cualquier mal que tuviera".

Nada más leemos este comienzo, comprendemos que nos encontramos, una vez más, ante lo que algunos estudiosos llaman "novelas", es decir, narraciones que no tienen relación con la realidad, sino que son un recurso literario para explicar un hecho que sí pudo ser real, en este caso el rechazo, otra vez, de los judíos a las obras de Jesús. No puede ser cierto, histórica y lógicamente hablando, que Dios envíe, "de tiempo en tiempo", es decir, sin avisar, teniendo a todos los enfermos continua y ansiosamente pendientes del suceso, a un ángel que remueva las aguas, único momento en que todos a una se lanzarían a la piscina en brutal confusión, sabiendo que solo uno, el primero, quedaría curado. Una forma harto cruel por parte de una divinidad que se supone amorosa con los desdichados. No se sabe por qué, y dado que en los pórticos de la piscina había una multitud de enfermos, Jesús se acerca a un hombre, del que no se dice cuál era su mal, sino sólo que llevaba treinta y ocho años enfermo, y le hace una pregunta inútil: ¿Quieres curarte? Señor, responde el enfermo, no tengo a nadie que me meta en la piscina cuando se agita el agua; y mientras yo voy, otro baja antes que yo.

Realmente patético, y, sin ninguna duda, no el único caso. Jesús le dice simplemente: Levántate, toma tu camilla y anda. Y así sucedió. Pero, ¿por qué el hombre, ya curado, tiene que llevarse la camilla si no la necesita? No se trata más que de un recurso para que los enemigos de Jesús tengan de qué acusarle. Efectivamente: era sábado aquel día, y "los judíos", al verle, le advirtieron que no podía llevar la camilla. Él les explica que alguien le ha curado y le ha dicho que se marche con la camilla a cuestas. Los judíos le preguntan quién hizo tal cosa, pero el enfermo curado no lo sabe, porque Jesús se había perdido entre la multitud. Más tarde, Jesús lo encuentra en el Templo, y le dice: Mira, estás curado; no peques más, para que no te suceda algo peor. Por lo visto, Jesús de Nazaret, Segunda Persona divina, estaba de acuerdo con la idea, entonces extendida, de que las enfermedades eran un castigo de Dios a causa de nuestros pecados.

El ciego de nacimiento (Juan 9,1). En este caso, la polémica no tiene lugar directamente entre Jesús y sus enemigos. Es después del milagro cuando estos se enfrentan con el hombre sanado, pero no con Jesús. La narración es extensa. Comienza con una reflexión de los discípulos al

ver al hombre ciego: ¿Quién pecó, él, o sus padres, para que haya nacido ciego?, lo que confirma lo que acabamos de decir en el milagro anterior. Pero, en este caso, la respuesta de Jesús va en otra dirección, no menos problemática: Ninguno pecó, sino que aquel hombre estaba ciego para que se manifestaran en él las obras de Dios, es decir, sus milagros. ¿Quiso Dios que un hombre sufriese desde su nacimiento para que, llegado su Hijo, lo curase?

Los vecinos se enteran del acontecimiento al ver al ciego ya curado, le interrogan y lo llevan a los fariseos, que a su vez interrogan a sus padres, pues no creían que aquel hombre fuese ciego de nacimiento, y después al enfermo sanado, ¡que resulta ser un experto orador respondiendo a los fariseos! Más tarde, Jesús se encuentra con él y le pregunta, sin que sepamos por qué, si cree en el Hijo del hombre. Por supuesto que el nuevo vidente no sabe nada de ese personaje, y Jesús tiene que decirle: Es el que está hablando contigo. El otro cae de rodillas ante Jesús y exclama: Creo, Señor.

La hija de Jairo (Marcos 5,21; Mateo 9,18; Lucas 8,40) Jairo era uno de los principales de la sinagoga (no se dice de qué pueblo). Se echó a los pies de Jesús y le suplicó

que fuese a su casa e impusiese sus manos sobre su hija, que estaba gravemente enferma. En el camino, rodeado de gente, tiene lugar la curación de la hemorroisa, que ya hemos contado. Antes de llegar a casa de Jairo, le salen al encuentro algunas personas para decirle que ya no era necesario molestar al Maestro, pues la muchacha había fallecido. Jesús, sin embargo, le dice: No temas; solamente ten fe.

Luego, sin permitir que nadie le siga, a excepción de tres de sus discípulos, entra en la casa, donde la gente llora y da gritos de dolor. ¿Por qué alborotáis y lloráis? -les dice Jesús-. La niña no ha muerto; está dormida.

Se burlaron de él los presentes, pero Jesús entró en la habitación con los familiares íntimos y, tomando a la niña de la mano, le dice: Muchacha, levántate. Ella se levantó y se puso a andar. Quedaron todos fuera de sí, llenos de estupor. Y les insistió mucho en que nadie lo supiera, y que le dieran de comer. Más sorprendente que la misma resurrección resulta la orden insistente de Jesús. ¿Cómo pretendía que nadie se enterase de algo tan insólito, máxime cuando había llegado allí rodeado de una muchedumbre? Mateo es más escueto e introduce algunas variantes: el padre de la niña viene a rogarle que vaya a su casa por-

que su hija había muerto, y él quería que la tocase con su manto para que volviera a la vida; Jesús no pronuncia palabra alguna, sólo la toma de la mano; y termina con la frase "y la noticia del suceso se divulgó por toda aquella comarca", algo mucho más lógico que de Marcos y Lucas.

La resurrección de Lázaro (Juan 11,1). Este es uno de los milagros que resultan más rocambolescos cuando se tienen en cuenta los detalles. Lázaro era hermano de Marta y María, las cuales enviaron recado a Jesús de que estaba enfermo. Jesús, inexplicablemente, no se da prisa por ir a curarle: estuvo dos días en el mismo lugar, como si esperase a que el joven muriese. Luego se puso en camino con sus discípulos, y en el trayecto les dijo: Lázaro ha muerto, y me alegro por vosotros de no haber estado allí, para que creáis. Esperaba, por lo visto, que sus discípulos aumentaran su fe si le veían resucitarlo. Pero, de todas formas, parece lógico que hubiera tenido el mismo efecto la curación del enfermo de gravedad: Los discípulos ya habían visto otras resurrecciones del Maestro, ¿por qué necesitaban otra más para creer en él? ¿O tal vez Juan ignoraba las otras dos resurrecciones que hizo? Cuando Jesús está cerca de la casa, Marta le sale al encuentro y

se entabla un diálogo entre los dos: Si hubieses estado aquí, mi hermano no habría muerto -pero añade: Pero aún ahora yo sé que cuanto pidas a Dios, Dios te lo concederá. Marta da por supuesto que Jesús puede resucitar a su hermano, pero que no es él, sino Dios por su medio. Tu hermano resucitará". Y Marta: Ya sé que resucitará en el último día. Ahora no parece tan segura. Yo soy la resurrección y la vida, el que crea en mí, aunque muera, vivirá, y todo el que vive y cree en mí, no morirá jamás. ¿Crees esto? (Una de las muchas frases misteriosas y ambiguas de Jesús en el evangelio de Juan). Sí, Señor, yo creo que tú eres el Cristo, el Hijo de Dios, el que iba a venir al mundo -palabras que no pueden aducirse en favor de la divinidad de Jesús, puesto que un momento antes afirmó que Jesús hacía milagros por el poder de Dios, no por sí mismo. Marta llama a María, que también llora y repite las palabras de su hermana. Si hubieras estado aquí, mi hermano no habría muerto. Pero no muestra la confianza de Marta y Jesús no entabla un diálogo con ella.

Y entonces tiene lugar una escena que no deja de sorprendemos: Jesús se conmovió interiormente, se turbó, se echó a llorar y se volvió a conmover en su interior por el muerto. Y es sorprendente porque él esperó a que muriera

pudiendo haberlo salvado. ¿Y por qué llorar de ese modo tan exagerado por un muerto que no tardaría más que unos minutos en volver a la vida? En efecto, se acercó a la cueva donde estaba enterrado el cadáver, y cuando Marta le recuerda que ya hiede, pues lleva cuatro días muerto (ahora vuelve a parecer poco confiada), Jesús le dice: ¿No te he dicho que si crees verás la gloria de Dios? Y a continuación vuelve a sorprendemos: por primera vez, levanta los ojos al cielo y habla con Dios: Padre, te doy gracias por haberme escuchado. Ya sabía yo que tú siempre me escuchas, pero lo he dicho por estos que me rodean, para que crean que tú me has enviado.

Parece que el evangelista quiere rodear el milagro de la mayor expectación posible: espera a que Lázaro muera para ponerse en camino, dice a sus discípulos que se ha dormido y va a despertarle, luego les aclara que ha muerto, mantiene una conversación con Marta, oye los gemidos de María y los concurrentes, se conmueve y llora, tranquiliza a Marta, reza a su Padre, y por fin, dando un fuerte grito, exclama: ¡Lázaro sal fuera! Debería suponerse que el milagro hubiese tenido lugar también si Jesús hubiese dado la orden en voz baja. ¿Por qué gritó? El caso es que (y aquí viene una nueva sorpresa), "salió el muerto, atado de

pies y manos con vendas..." ¿Cómo pudo salir si tenía los pies atados? Un teólogo católico (Biblia Comentada, tomo V, BAC), lo explica así: “El tipo de sepulcro no era de los excavados en el fondo horizontal de la roca, sino que estaba, conforme al otro tipo de tumbas judías, escavada en el suelo y a cuyo fondo se bajaba por una pequeña escalera desde la abertura hecha en la superficie del suelo y cerrada con una gran piedra”. De modo que, debemos entender, Lázaro, inmovilizado por las vendas, subió milagrosamente los escalones levitando y se detuvo fuera de la cueva. Fue entonces cuando Jesús ordena: Desatadle y dejadle andar. Fabuloso.

Los fariseos se enteran y se confabulan: ¿Qué hacemos? Porque este hombre hace grandes señales. Si dejamos que siga así, todos creerán en él, vendrán los romanos y destruirán nuestro Lugar Santo y nuestra nación. Se describe aquí una imagen de los fariseos que no puede ser más mezquina: saben que Jesús hace "señales", y a pesar de que la última demuestra un poder extraordinario, no creen en él. Algo que resulta más asombroso que el propio milagro. Lo demás (todos creerán en él y vendrán los romanos y destruirán nuestro Templo) es una insidiosa exageración del autor que sólo podría entenderse en el caso

de que Jesús predicara un mensaje claramente político, al que los cuatro evangelistas niegan rotundamente.

La pesca milagrosa (Lucas 5, 4) Jesús está a orillas del lago Genesaret (el mar de Galilea) rodeado de gente. Estaban cerca unos pescadores lavando sus redes y, para predicarles con más comodidad, le pide a uno de ellos, Simón, que le preste su barca para subir a ella y hablarles desde allí. Cuando terminó, dijo a Simón: Boga mar adentro y echad vuestras redes para pescar. Simón le informa: Maestro, hemos estado bregando toda la noche y no hemos pescado nada; pero en tu palabra, echaré las redes. No explica Lucas por qué razón Simón confiaba en la palabra de Jesús, al que no conocía de nada, pues era la primera vez que se veían. Lo único que había visto era a Jesús predicando. Y había por entonces más de un predicador por toda Palestina afirmando que eran el Mesías. Y llamar Maestro a Jesús en esta primera ocasión, aunque le hubiese oído predicar, parece demasiado prematuro. Indudablemente, Lucas cuenta esta escena sin tener en cuenta las condiciones históricas. Es la primera vez que Jesús y sus discípulos se ven, pero le llaman Maestro y confían ciegamente en él. Es un anacronismo notorio.

El caso es que echan las redes, y la cantidad de peces recogida fue tan grande, que se vieron obligados a llamar a los compañeros para que trajesen sus barcas y les ayudasen a llevar a la orilla la pesca, y las barcas casi se hundían por el peso de los muchos miles de peces que llevaban. Simón, asombrado, se echó a los pies de Jesús y le dijo: Aléjate de mí, Señor, que soy un pecador. Jesús le dijo: No temas. Desde ahora serás pescador de hombres.

En realidad, toda esta historia se refiere a la llamada de los primeros discípulos. Pero Marcos (a quien sigue Mateo fielmente) la había contado de otra forma antes que Lucas: Jesús camina solo por la playa cuando encuentra a dos hermanos, Simón y Andrés, y en seguida a otros dos, Santiago y Juan, y sin más preámbulos les dice: Venid conmigo y haré de vosotros pescadores de hombres. Ellos dejaron allí mismo las barcas, las redes, incluso la familia y, sin chistar, se fueron tras él. Extraña situación: ¿cómo se explica que unos hombres dejen familia y trabajo y se vayan tras un personaje del que no saben nada? Tal vez Lucas debió pensar que semejante actitud no resultaba lógica (aunque era realmente milagrosa desde el punto de vista de un Jesús con poderes divinos) y colocó este milagro justo antes de la llamada, con lo cual, la marcha de los

pescadores tras un individuo milagrero resultaba más congruente. Claro que para ello, si es que las cosas sucedieron así, que esto es sólo una conjetura, no hizo más que sustituir un milagro por otro. Sea como fuere, la pesca milagrosa sólo parece un alarde de poder para dejar apabullados a aquellos sencillos pescadores. Jesús lo hizo más de una vez.

Como mera curiosidad, añadamos el hecho de que Marcos y Mateo nombran a cuatro discípulos, mientras que Lucas sólo habla de tres: se olvidó de Andrés. Pero nada tiene de extraño, pues esta llamada de los primeros seguidores está contada también por Juan de una forma totalmente diferente.

La tempestad calmada (Marcos 4, 35; Mateo 8, 23; Lucas 8,22) Jesús y sus discípulos van en una barca por el lago, el Mar de Galilea. El Maestro duerme tranquilamente en la popa sobre un cabezal. En esto se levanta una borrasca, las olas irrumpen en la barca y esta comienza a anegarse. Jesús sigue durmiendo, a pesar de que debía estar empapado hasta los huesos. Ellos le despiertan diciéndole: Maestro, ¿es que no te importa que perezcamos?

La frase debía referirse a la actitud estudiadamente tranquila de Jesús, que ni se inmuta ante el desastre que se avecina, pero insinúa que Jesús puede hacer un milagro para salvarles, lo cual no tiene sentido en el contexto. Una vez despierto, increpó al viento y dijo al mar: ¡Calla, enmudece! El viento se calmó y sobrevino una gran bonanza. Se volvió entonces a sus discípulos y les dijo: ¿Por qué estáis con tanto miedo? ¿Cómo no tenéis fe? Ellos, se llenaron de temor y se decían: ¿Quién es, este que hasta el viento y el mar obedecen?

Como en otras ocasiones nos resulta extraño que Jesús tenga que gritar para que el milagro produzca. La narración resulta harto infantil, pues si Jesús tenía tales poderes sobre los elementos, bien podía haberlos acallado sin decir palabra, con sólo desearlo. Sin embargo parece que la intención del narrador es destacar la importancia de la fe para que se produzcan hechos prodigiosos. Aún así, antes de este milagro, Jesús había curado, ante sus discípulos, al endemoniado de Cafarnaúm, a la suegra de Pedro, a un leproso, a un paralítico, al hombre de la mano paralizada y a una multitud más de enfermos y endemoniados; lo que significa que los seguidores de Jesús debían ser bastante torpes cuando todavía no se habían dado

cuenta de que tenían delante lo que los griegos llamaban un "hombre divino", un personaje con cualidades sobrenaturales. De todas formas, Marcos parece que se complace, también en otros lugares, en remachar esta torpeza de los discípulos.

Mateo relata este milagro introduciendo algunas variantes: las olas realmente "cubren" la barca, ¡mientras Jesús duerme plácidamente!; la frase con que le despiertan es diferente: "¡Señor, sálvanos, que perecemos!", como si realmente estuviesen esperando el milagro, lo que no concuerda con la frase final de admiración; y se suprime la frase de imprecación de Jesús sobre los elementos, aunque se dice que "increpó a los vientos y al mar". Lucas y Juan ignoran este milagro.

La multiplicación de los panes (Mc 6,31; Mt 14, 13; Lc 9,10; Jn 6,1) Según Marcos y Mateo, por dos veces Jesús dio de comer a una multitud panes y peces. En la primera, él se retira con sus discípulos a un lugar solitario; pero la gente se entera y acuden "de todas las ciudades" (exageración evidente), llegando incluso antes que ellos, como si adivinasen el lugar al que se iba a retirar. Jesús siente compasión y les predica "extensamente". Se hizo muy tar-

de y los discípulos se le acercan: El lugar está deshabitado y ya es hora avanzada. Despide a la gente para que vayan a las aldeas y compren comida. No hace falta que vayan, dadles vosotros de comer-, responde, misterioso, Jesús. ¿Vamos nosotros a comprar doscientos denarios de pan para darles de comer?, preguntan ellos incrédulos. ¿Cuántos panes tenéis?- inquiere el Maestro. Cinco; y dos peces, -responden.

Entonces les manda que acomoden a la gente por grupos de cien y de cincuenta (¿por qué en grupos? ¿y por qué no todos de cincuenta, o todos de cien?), y él, tomando los panes, los bendijo y comenzó a darlo a sus discípulos. Los panes no cesaban de salir de las manos de Jesús, o de la cesta. Otro tanto sucedió con los peces, y comieron todos hasta saciarse. Incluso recogieron doce canastos llenos de trozos de pan y sobras de los peces, lo que significa que o los discípulos llevaban todos canastos cuando iban tras Jesús, o la gente salió de sus casas para verlo portando canastos para el camino.

Los que comieron fueron unos cinco mil hombres. ¿"Hombres", sin contar mujeres y niños, o se trata de una generalización y se toma "hombres" por "personas"? Sea como fuere, el número es a todas luces exagerado: cinco

mil personas son los habitantes que tiene un pueblo bastante grande.

Mateo es más parco en la narración. Jesús siente compasión, pero no les predica; sino que curó a los que estaban enfermos, ordena que la gente se acomode sobre la hierba, pero no menciona lo de los grupos de cincuenta y de cien, tal vez porque no encontró una justificación lógica para ello; y al final nos aclara lo que no sabíamos por Marcos: los que comieron fueron cinco mil hombres, varones adultos, pues añade expresamente: "sin contar las mujeres y los niños". Debieron comer, pues, más de diez mil. Lucas también añade cosas por su cuenta: Jesús les predica, pero también cura a los enfermos, y ordena que se acomoden en grupos de sólo cincuenta. Juan puntualiza varios detalles. Jesús, ingenuamente, pregunta a Felipe: ¿Cómo vamos a comprar pan para que coman estos?- Y Felipe: Doscientos denarios de pan no bastan para que cada uno tome un poco. Interviene Andrés, hermano de Pedro: Aquí hay un muchacho que tiene cinco panes y dos peces, pero ¿qué es esto para tantos? Haced sentar a la gente-, dice Jesús.

Cuando la gente acaba de comer, admirados por el portento, quisieron, por la fuerza, hacerle rey (detalle que no

parece en los sinópticos), y entonces huyó al monte él solo. Aparte estas diferencias, los cuatro evangelistas están de acuerdo en la cuestión numérica: cinco mil hombres, cinco panes, dos peces, doce canastos con las sobras.

Jesús realiza este milagro por segunda vez, pero en esta ocasión sólo lo relatan Marcos (8, 1) y Mateo (15, 32). El esquema básico es idéntico al de la primera: 1) se reúne mucha gente tras las numerosas curaciones junto al lago; 2) han venido de lugares distantes y no tienen qué comer; 3} Jesús declara que siente lástima por ellos; 4) los discípulos le advierten que es imposible dar de comer a aquella multitud; 5) Jesús pregunta cuántos panes tienen; 6) bendice los panes y los peces; 7) se reparten; 8) todos se sacian; 9) sobran varias espuertas. Las diferencias sólo consisten en los números: siete panes, algunos peces, siete espuertas sobrantes, y cuatro mil personas alimentadas. Lo sorprendente es que los discípulos, después de haber presenciado la primera multiplicación, vuelvan a hacer la misma pregunta: ¿cómo saciar a tanta gente en un lugar solitario? Parece como si no hubiesen presenciado el primer milagro. ¿Por qué Lucas y Juan no lo cuentan?

La oreja cortada (Lucas 22, 47-51) Los cuatro evangelistas cuentan el prendimiento de Jesús en el huerto de Getsemaní y cómo uno de sus discípulos (sólo Juan dice el nombre: Pedro) saltó sobre el criado del Sumo Sacerdote y le cortó una oreja. Pero sólo Lucas (los otros callan) afirma que Jesús le dijo: ¡Dejad! ¡Basta ya! Y tocando la oreja, le curó. (Un momento antes les había dicho que prepararan espadas). Con toda la parafernalia de soldados (Juan habla de una cohorte romana, de unos seiscientos hombres) más los guardias enviados por los sumos sacerdotes y fariseos, y los discípulos empuñando las espadas, resulta inverosímil que Jesús tuviese oportunidad para curar la oreja del siervo, aunque Juan haya exagerado respecto al número de soldados. No parece un momento apropiado para hacer un milagro.

Jesús camina sobre el mar (Marcos 6, 45; Mateo 14, 22; Juan 6, 16). Los tres evangelistas cuentan este prodigio justamente después de la primera multiplicación de los panes. Pero ahora nos encontramos con un problema de itinerario: ¿dónde ocurrió el milagro? Marcos cuenta que los discípulos han vuelto de su misión apostólica, y que entonces todos, con Jesús, se retiran a un lugar solitario, donde

tiene lugar el reparto de panes. A continuación, dice Marcos que "obligó" a los suyos a subir a una barca y a ir por delante de él hacia Betsaida, mientras despedía a la gente y se retiraba a un monte a orar.

Betsaida era una población que se encontraba al noreste del lago, por lo tanto el milagro de los panes debió suceder en otro lugar antes de Betsaida, en el noroeste. Allí estaba precisamente Cafarnaúm. Pero Juan lo cuenta de otra forma: después de la multiplicación, los discípulos suben a una barca y se van a Cafarnaúm. ¿Cómo pueden ir a Cafarnaúm si ya estaban allí? Por lo visto, para Marcos y para Juan, el milagro de la multiplicación tuvo lugar en lugares diferentes y, por tanto, el otro milagro, el caminar sobre las aguas del lago, pudo ser camino de Betsaida o camino de Cafarnaúm. De todas formas, lo de andar sobre el mar fue algo muy peculiar. Ellos están en la barca, con el viento en contra; Jesús, que estaba en la orilla, se echa a caminar tranquilamente hacia ellos y, según marcos, “quería pasarles de largo”, o sea, que pensaba darles un susto pareciendo un fantasma. Ya dije más arriba que este portento era uno de los que resultaban totalmente superfluos.

Y por si fuera poco, Mateo añade una escena bastante cómica: Pedro quiere andar sobre el mar igual que Jesús, él lo anima y lo hace, pero se asusta y se hunde, y el maestro lo recoge y le advierte de que le falta fe. Y veremos en otro lugar cómo exagera Jesús el poder de la fe. Aquí tenemos un ejemplo: poder andar sobre las olas.

En buena lógica, si un dios con forma humana quiere que se vea su divinidad con claridad, le basta con un solo milagro, algo realmente extraordinario, excepcional, impresionante, por ejemplo, su propia resurrección triunfante. Pero Jesús no supo aprovechar esta ocasión: sólo se enteraron los suyos, lo que resulta bastante sospechoso. Jesús pudo haberse presentado a las autoridades judías que lo juzgaron, incluso a Pilatos y a los escribas y fariseos con quienes tuvo tantas disputas. Tan extraordinario suceso como es una resurrección hubiese corrido de boca en boca por toda Palestina y los romanos presentes en la región se hubiesen enterado, incluso podrían haberlo visto vivo los que lo coronaron de espinas, lo azotaron y lo clavaron en la cruz. De esta forma, algún escritor de entonces hubiese dejado constancia de un hecho tan asombroso y nosotros, ahora, sabríamos, sin lugar a dudas, que aquello fue verdad, y la parafernalia montada alrededor de la supuesta

Sábana Santa de Turín no tendría sentido. No hay razón alguna para no hacerlo, porque, según cuenta Mateo, cuando Cristo murió resucitaron muchos difuntos que corrieron a Jerusalén y se presentaron a la gente, ¿por qué no Jesús? Es cierto que no se dice nada sobre el impacto que estos resucitados produjeron en la población, pero esto solo demuestra que sencillamente nunca resucitaron. Y por si fuera poco, los cuatro evangelistas no se ponen de acuerdo cuando nos cuentan los detalles de aquella vuelta a la vida del Maestro.

CURACIONES MULTITUDINARIAS

Los evangelistas mencionan otros exorcismos y curaciones sin entrar en detalles:

Marcos (1, 32-34; Mt 8, 16; Lc 4, 40-41)

En Cafarnaúm: "Al atardecer, le trajeron todos los enfermos y endemoniados; la ciudad entera estaba agolpada a la puerta. Jesús curó a muchos que adolecían de diversas enfermedades y expulsó muchos demonios, a quienes no permitió hablar, pues le conocían".

Marcos (3, 7; Mt 12, 15-16; Lc 6, 17-19)

"Jesús se retiró con sus discípulos a orillas del mar y le siguió una gran muchedumbre de Galilea, también de Judea, de Jerusalén, de Idumea, del otro lado del Jordán, de la región de Tiro y Sidón (es decir, de toda Palestina desde el sur hasta el norte, incluyendo territorios paganos), una gran muchedumbre, al oír lo que hacía, acudió a él. Entonces, a causa de la multitud, dijo a sus discípulos que le prepararan una barca para que no le oprimieran, pues, habiendo curado a muchos, cuantos padecían dolencias se le echaban encima para tocarle. Y los espíritus mudos, al verle caían a sus pies y gritaban: "¡Tú eres el Hijo de Dios!".

Marcos (6, 53; Mateo 14, 34-36):

"Llegaron a Genesaret y atracaron. Apenas desembarcaron, le reconocieron en seguida, recorrieron toda aquella región y comenzaron a traer enfermos en camillas...Y donde quiera que entrara, en pueblos, ciudades o aldeas colocaban a los enfermos en las plazas y le pedían poder tocar siquiera la orla de su manto; y cuantos le tocaban quedaban sanados".

Lucas también cuenta que "toda la gente procuraba tocarle, porque salía de él una fuerza que sanaba a todos".

Mateo (15, 29) tiene otro resumen:

"Vino Jesús junto al mar de Galilea, subió al monte y se sentó allí. Y se le acercó mucha gente trayendo consigo cojos, lisiados, ciegos, mudos y otros muchos; los pusieron a sus pies, y él los curó. De suerte que la gente quedó maravillada al ver que los mudos hablaban, los lisiados quedaban curados, los cojos caminaban y los ciegos veían; y glorificaban al Dios de Israel".

Los enfermos son de todas clases, aunque no se mencionan expresamente los leprosos, mientras que los endemoniados se llevan la palma. Estos debían abundar en aquellas tierras de forma extraordinaria.

OBSERVACIÓN: En Cafarnaúm**, la ciudad entera** estaba agolpada a la puerta. En otro lugar, le siguió **una gran muchedumbre**, y debió de ser bien grande, porque procedían de Galilea, de Judea, de Jerusalén, de Idumea, del otro lado del Jordán, de la región de Tiro y Sidón, es decir, de toda Palestina desde el sur hasta el norte, incluyendo territorios paganos. Otro lugar diferente, la región de Ge-

nesaret: recorrieron toda aquella región y comenzaron a traer enfermos en camillas...Y donde quiera que entrara, en **pueblos, ciudades o aldeas**… Y se le acercó **mucha gente** trayendo consigo cojos, lisiados, ciegos, mudos y **otros muchos**. Conclusión: el número de enfermos debió de ser enorme. Y al parecer, las curaciones lo fueron igualmente: **Curó a muchos** que adolecían de diversas enfermedades y **expulsó muchos demonios** (el paralelo de Mateo asegura que **los curó a todos**, lo que vuelve a leerse a continuación:) Habiendo **curado a muchos**, cuantos padecían dolencias se le echaban encima para tocarle. Y **cuantos le tocaban quedaban sanados** (sin excepción alguna, bastaba con tocarle). Trayendo consigo **cojos, lisiados, ciegos, mudos y otros muchos**; los pusieron a sus pies, **y él los curó** (tampoco hubo excepciones en este caso).

¿A cuántos enfermos curó el Maestro? Los suficientes como para que su fama se hubiese extendido por todo el imperio romano. Pero el imperio romano no se enteró de nada. Semejante maravilla, como la de la resurrección, no ha quedado reflejada en ninguna parte; desde un punto de vista histórico, nunca existió.

Por otra parte, respecto a los milagros de Jesús, debemos destacar el hecho de que existan narraciones acerca de que tales prodigios podían llevarlos a cabo diversidad de personas. De todos los fundadores de religiones se cuenta que hicieron milagros, incluyendo resurrecciones. El Antiguo Testamento está lleno de prodigios realizados por los profetas. Los de Moisés, especialmente, fueron tan extraordinarios que los de Jesús, comparados con aquel, apenas pueden considerarse juego de niños.

En tiempos de Jesús no faltaron los obradores de milagros en Roma, Grecia o Egipto, inclusa en la misma Palestina, entre los judíos (en el Talmud se habla de un rabino que dio muerte a un colega suyo porque creyó que se había mofado de él, después de lo cual lo resucitó al darse cuenta de que se había equivocado).

El Libro de los Hechos nos cuenta el caso de Simón el Mago, a quien, en Samaria, todo el mundo "le prestaba atención porque les había tenido atónitos durante mucho tiempo con sus artes mágicas". Por supuesto que el autor de los Hechos llama magia al poder de hacer milagros, igual que en algunas tradiciones rabínicas (*baraítas,* citadas en el Talmud hebreo) entendían los prodigios de Jesús.

Los discípulos del Maestro de Nazaret también hicieron milagros cuando los envió como misioneros, incluso algunas personas que no eran discípulos, pero que usaban el nombre de Jesús para realizar exorcismos, como nos cuentan Marcos y Lucas: "Maestro, hemos visto a uno que expulsaba demonios en tu nombre y no viene con nosotros". Muerto Jesús, sus seguidores (Pablo, Pedro, Felipe...) también hicieron algunos milagros. Y con el paso del tiempo, durante estos dos mil años, no han faltado nunca, hasta nuestros días, santos milagreros. Y curanderos y sanadores, cristianos y no cristianos.

Los milagros pueden hacerlos incluso personas y espíritus enemigos de Jesús: "Surgirán falsos cristos y falsos profetas, y realizarán señales y prodigios para engañar a los elegidos", dice Jesús. "La venida del Impío estará señalada por el influjo de Satanás, con toda clase de milagros, señales, prodigios engañosos", escribe Pablo en 2 Tesalonicenses. Si pueden darse prodigios “engañosos”, los milagros no pueden presentarse como prueba de la divinidad de Jesús.

Lo curioso de estas fantásticas curaciones es que no fueron tan fantásticas; nunca se habla de que Jesús, o cualquier otro hacedor de milagros, haya sido capaz de

restablecer un miembro perdido sacándolo de la nada. Se puede curar a un paralítico, pero no a alguien a quien le falte una pierna o un brazo. Por lo visto, eso sólo se podía hacer con objetos, como los peces muertos y el pan.

Pero, en fin, como dijo alguien, los milagros de Jesús, como todos los milagros, resultan inútiles para la humanidad, pues aunque sanen a algunos enfermos, no eliminan las enfermedades. Este sí sería un verdadero milagro.

Por otra parte, los milagros suponen una alteración de las fuerzas y leyes por las que se rige el Universo. Pero la observación diaria que miles de especialistas realizan tanto en el universo exterior como en nuestro planeta, incluidos los seres vivos, por supuesto, jamás ha detectado un fenómeno que requiera la presencia de un Agente Externo Todopoderoso. Aparte el hecho de que la alteración de las leyes universales es imposible: Son tan consustanciales con la misma existencia de nuestro mundo que no se pueden derogar o detener sin alterar esa existencia. Y que no pueden ser ignoradas, y menos con tanta ligereza como se hace en las Sagradas Escrituras, se comprueba, desgraciadamente casi a diario, cuando los desastres naturales, las sequías y hambrunas, las pestes y las enfermedades provocan miles de muertes de personas inocentes, y Dios

no interviene, es decir, respeta escrupulosamente esas leyes. Si se tiene en cuenta que las maravillas que se cuentan en la Biblia no solucionan problemas tan graves como esas tragedias naturales, no se entiende que en unos casos Dios manipule las leyes creadas por él mismo y en otros casos no. A menos que todos esos milagros sean falsos.

-O0O-

APÉNDICE: CUADRO de MILAGROS en los CUATRO EVANGELIOS

(31 en total)

ESCENA	MARCOS	MATEO	LUCAS	JUAN
Endemoniado de la sinagoga	1, 23		4, 31	
Suegra de Pedro	1, 29	8, 14	4, 38	
El leproso	1, 40	8, 2	5, 12	
El paralítico de Cafarnaúm	2, 1	9, 1	5, 17	
El hombre de la mano paralizada	3, 1	12, 9	6, 6	
La tempestad calmada	4, 35	8, 23	8, 22	
El endemoniado de Gerasa	5, 1	8, 28	8, 26	
La hemorroisa	5, 25	9, 20	8, 43	

Resucita a la hija de Jairo	**MARCOS** 5. 21-35	MATEO 9, 18.-23	**LUCAS** 8, 41-.49	**JUAN**
Primera multiplicación de panes	6, 30	14, 13	9, 10	6, 1
Camina sobre el mar	6, 45	14, 22		6, 16
La hija de la siro fenicia	7, 24	15, 21		
El tartamudo sordo	7, 31			
Segunda multiplicación	8, 1	15, 32		
El ciego de Betsaida	8, 22			
El endemoniado epiléptico	9, 14	17, 14	9, 37	
El ciego de Jericó	10, 46	20, 24	18, 35	
La higuera seca	11, 14 y 20	21, 18-20		
El siervo del centurión		8, 5	7, 1	4, 46
El endemoniado mudo		9, 25-27	11, 14	
El pez con la moneda en la boca		17, 24		
La pesca milagrosa			5, 4	
Resucita al hijo de la viuda			7, 11	
La mujer encorvada			13, 10	
El hidrópico			14, 1	
Los diez leprosos			17, 11	
La oreja cortada			22, 47	

El agua convertida en vino				2, 1
El enfermo de la piscina				5, 1
El ciego de naci-miento				9, 1
Resucita a Lázaro				11, 1

COMENTARIO CRÍTICO
al NUEVO TESTAMENTO

Tema 5:
RECHAZADOS y ELEGIDOS

Carlos Saura Garre carlosaura06@gmail.com

La visión religiosa del mundo que nos da el Nuevo Testamento es de una simplicidad que raya en lo pueril: sólo existen los buenos y los malos, los justos y los pecadores, y para unos y otros, premios o castigos. No hay nada de original en semejante concepción, pues todas las religiones, antiguas y modernas, han afirmado otro tanto. Se supone que un individuo escogido por la divinidad o un grupo de justos que le siguen deben intentar convertir a los pecadores para que se sumen a los que han de ser salvados. Se tiene esperanza en la conversión, pues si no, no tendría sentido la pre-

dicación del mensaje divino. Se supone, incluso, que la misericordia de Dios actuará para que se salve el mayor número posible de personas. Es decir, se espera un cambio de vida, aquí, en la tierra, para recibir el premio definitivo en una vida de ultratumba.

Pero los misioneros del bien tropiezan con un inconveniente: la mayoría de la gente, después de escuchar, vuelven a sus ocupaciones, indiferentes al mensaje. Hay quienes lo aceptan y hay quienes lo rechazan. Los predicadores pueden reaccionar de diferentes maneras, y una de ellas es la indignación. Entonces aparece el incrédulo como un malvado que se resiste a Dios. No se tienen en cuenta las circunstancias psicológicas, sociales o religiosas que pueden llevar a una persona a rechazar un mensaje religioso. Sencillamente, son los malos.

Entonces las cosas cambian: los que rechazan son rechazados, y los que aceptan son los elegidos. Es cierto que en el NT, esta simplificación se está refiriendo concretamente al pueblo hebreo, dentro del que se encuentran los que aceptan o no a Jesús. Pero el cristianismo se expande por las regiones helenizadas, las de cultura griega y romana, y aquí los misioneros se vuelven a encontrar con idéntica situación. Lo mismo les ha ocurrido a misioneros y predicado-

res cristianos y de otras religiones a través de los siglos hasta nuestros días, y es por ello que generalicemos cuando hablamos de este problema.

Jesús pertenece al tipo de predicador que no soporta el rechazo. No fue el Dios, o el hombre lleno de misericordia con los pecadores y dispuesto a perdonar en cualquier momento, como él mismo había ordenado a sus discípulos que hicieran. Jesús pensaba que había un grupo de personas predestinadas para seguirle, elegidos de antemano por designio divino, a quienes debía preservar de las acechanzas de este mundo y que recibirían el premio de unirse con él definitivamente. A otros, por el contrario, los rechazó sin contemplaciones porque ellos le habían rechazado a él, los insultó con frases muy duras y los destinó a la perdición *eterna* en un lugar de fuego y sufrimiento.

La figura tierna y amorosa que se nos ha transmitido de Jesús es sólo una parte de su temperamento y de su mensaje. La imagen dura e intransigente del Maestro de Nazaret se ha velado de forma intencionada, pero también se encuentra en los Evangelios, y a ellos recurriremos para encontrarla.

LOS RECHAZOS de JESÚS

La frase que Marcos escribe en 3,5, "*Entonces* ***mirándoles con ira****, por la dureza de su cabeza*..." O aquella otra de 9,19, cuando le traen un enfermo que sus discípulos no han podido curar: "*¡Oh, generación incrédula! ¿Hasta cuándo estaré con vosotros? ¿Hasta cuando habré de soportaros?"*, nos dan ya una pista acerca del verdadero temperamento del Maestro. Y lo peor de todo es que esta última explosión de enojo no se sabe si va dirigida al padre del enfermo o a los discípulos que no han logrado curarle, ya que en el texto no está nada claro.

La expulsión de los mercaderes del Templo fue otra expresión de ira: volcó las mesas de los cambistas y los puestos de los vendedores de palomas, y no permitía que nadie transportase cosas por el Templo, diciendo a gritos: "*¡Vosotros habéis convertido la Casa de Dios en una cueva de bandidos!", es*cribe Marcos (11,17). Juan 2,13 es más expresivo aún: *"Encontró en el Templo a los vendedores de bueyes, ovejas y palomas, y a los cambistas en sus puestos. Haciendo un látigo con cuerdas, echó a todos fuera del*

Templo, con las ovejas y los bueyes; desparramó el dinero de los cambistas y les volcó las mesas."

La escena supone a un hombre que a latigazos conmociona todo el recinto del atrio del Templo haciendo correr a hombres y bestias. Los teólogos le llaman a eso "cólera divina". Sabemos que se trata de una reacción bastante humana.

Tampoco se mostró muy paciente cuando envió a sus discípulos a predicar la Buena Nueva por los pueblos cercanos (Mateo 10,14): *"Si algún lugar no os recibe y no os escuchan, marchaos de allí sacudiendo el polvo de la planta de vuestros pies, en testimonio contra ellos".* Es decir: nada queremos vuestro, ni siquiera el polvo de vuestras calles, pues nada queremos saber de vosotros. Y termina Jesús: *"Yo os aseguro que el día del juicio habrá menos rigor para Sodoma y Gomorra que para la ciudad aquella que no os escuchó".*

Sodoma y Gomorra son sinónimos de maldad y depravación; las ciudades que no recibieron a los apóstoles serían tenidas por más malvadas y depravadas aún. Y condenadas, por supuesto, como lo fueron Cafarnaúm, Corazín, Jerusalén y Betsaida.

Cuando los fariseos se le acercan para pedirle una señal, tiene otro arranque de ira: *"¡Conque sabéis discernir el aspecto del cielo y no podéis discernir las señales de los tiempos! ¡Generación malvada y adúltera! Una señal reclama y no se le dará otra que la de Jonás"* (Mateo 16,3).

Jesús sentía antipatía hacia los ricos. Ya había dicho en cierta ocasión que era más difícil a uno de ellos entrar en el Reino que a un camello pasar por el ojo de una aguja. No sabemos la razón, pero muy probablemente porque sabía que las riquezas son un estorbo para aceptar su mensaje. En la parábola del sembrador afirmó que la Palabra sembrada entre los abrojos era ahogada por las preocupaciones, las riquezas y los placeres de la vida. Cuando llama felices y bienaventurados a los pobres, a los hambrientos, a los que lloran, según cuenta Lucas (6,20-25), a continuación maldice a los ricos:

¡Ay de vosotros, los ricos!, porque ya habéis recibido vuestro consuelo. ¡Ay de vosotros, los que ahora estáis hartos!, porque tendréis hambre. ¡Ay de vosotros que reís ahora!, porque tendréis aflicción y llanto.

Esta aversión se extiende a toda la clase sacerdotal. Un fariseo rogó a Jesús que fuera a comer a su casa, pero se escandalizó al ver que no realizaba las abluciones obligatorias. Él dijo (Lucas 11, 39):

Vosotros los fariseos purificáis la copa y el plato por fuera, mientras por dentro estáis llenos de rapiña y maldad. ¡Insensatos! El que hizo el exterior ¿no hizo también el interior? ¡Ay de vosotros, los fariseos, que pagáis el diezmo de la menta, de la ruda y de toda legumbre y dejáis a un lado el amor a Dios!

¡Ay de vosotros, los fariseos, que amáis el primer asiento en las sinagogas y que se os salude en las plazas! ¡Ay de vosotros, que sois como sepulcros que no se ven, sobre los que andan los hombres sin saberlo!...

¡Ay de vosotros, los legistas, que imponéis a los hombres cargas intolerables, pero vosotros no las tocáis ni con uno de vuestros dedos!

¡Ay de vosotros, que edificáis los sepulcros de los profetas que vuestros padres mataron! Por tanto, sois testigos y estáis de acuerdo con las obras de vuestros padres; porque ellos los mataron y vosotros edificáis.

¡Ay de vosotros, los legistas, que os habéis llevado la llave de la ciencia! No entrasteis vosotros y a los que querían entrar se lo habéis impedido.

Y añade Mateo (23, 13):

¡Ay de vosotros, escribas y fariseos hipócritas, que cerráis a los hombres el Reino de los Cielos! Vosotros no entráis, y a los que están entrando no les dejáis entrar.

¡Ay de vosotros, escribas y fariseos hipócritas, que recorréis mar y tierra para hacer un prosélito, y cuando llega a serlo le hacéis hijo de condenación el doble más que vosotros!

¡Ay de vosotros, escribas y fariseos hipócritas, que sois semejantes a sepulcros blanqueados, que por fuera parecen bonitos, pero por dentro están llenos de huesos de muertos y de toda inmundicia! Así también vosotros aparecéis justos ante los hombres, pero por dentro estáis llenos de hipocresía y de iniquidad! ¡Serpientes, raza de víboras! ¿Cómo vais a escapar a la condenación de la gehenna?

En el discurso del monte, Jesús dijo al final (Mateo 7, 21): *"No todo el que me diga 'Señor, Señor', entrará en el Reino*

de los Cielos, sino el que haga la voluntad de mi Padre celestial. Muchos me dirán aquel Día: 'Señor, ¿no profetizamos en tu nombre, y en tu nombre expulsamos demonios y en tu nombre hicimos muchos milagros?' Y entonces les declararé: ¡Jamás os conocí!; apartaos de mí, *agentes de iniquidad!"*

La perícopa no está demasiado clara. Aquí se trata de gente que hace milagros y profetiza. ¿Por qué se les rechaza? ¿Se pueden hacer milagros y profetizar en nombre de Jesús y ser un discípulo indigno que no hace la voluntad de Dios? Parece que sí; y ello cambiaría todos nuestros conceptos sobre el poder de hacer milagros y su finalidad.

Del mismo modo maldice a las gentes que rechazan su predicación: "Entonces se puso a maldecir a las ciudades en las que se habían realizado la mayoría de sus milagros, porque no se habían convertido (Mateo 11, 20):

¡Ay de ti, Corazín! ¡Ay de ti, Betsaida! Porque si en Tiro y en Sidón se hubieran hecho los milagros que se han hecho en vosotras, tiempo ha que con saco y ceniza se habrían convertido. Por eso os digo que el día del Juicio habrá menos rigor para Tiro y Sidón que para vosotras.

Y tú, Cafarnaúm, ¿hasta el cielo te vas a encumbrar? ¡Hasta el infierno te hundirás! Porque si en Sodoma se hubieran hecho los milagros que se han hecho en ti, aún subsistiría el día de hoy. Por eso os digo que el día del Juicio habrá menos rigor para la tierra de Sodoma que para ti.

¡Jerusalén, Jerusalén, que matas a los profetas y apedreas a los que te son enviados! ¡Cuántas veces he querido reunir a tus hijos, como una gallina reúne a sus pollos bajo las alas y no habéis querido! Pues bien, se os va a dejar desierta vuestra casa.

Según Lucas (10, 13), Jesús fue más duro con Jerusalén de lo que cuenta Mateo:

Al acercarse a la ciudad, lloró sobre ella diciendo: ¡Si también tú conocieras en este día el mensaje de paz! Pero ahora está oculto a tus ojos. Porque vendrán días sobre ti en que tus enemigos te rodearán de empalizadas, te cercarán y te apretarán por todas partes, y te estrellarán contra el suelo a ti y a tus hijos que estén dentro de ti, y no dejarán en ti piedra sobre piedra, porque no has conocido el tiempo de tu visita.

Pero Jesús no sólo maldice, sino que rechaza de forma tajante a cuantos no le siguen, hasta el punto de que se niega incluso a rogar por ellos:

No ruego por el mundo, sino por los que tú me has dado, porque son tuyos (Juan 17,9).

En ocasiones resulta contundente en su radicalismo, aunque sus palabras resulten contradictorias. Es lo que sucede en Jn 3, 17-18, que empieza así:

Porque Dios no ha enviado a su Hijo al mundo para condenarlo, sino para que se salve por él, aunque no ruega por ese mismo “mundo”.

Pero acaba condenando sin contemplaciones a los que no hayan creído en su salvador:

El que cree en él no es condenado, pero el que no cree ya está condenado, porque no ha creído en el nombre del Hijo único de Dios.

Y quien exhortaba al perdón, incluso de los enemigos, aparece en el Apocalipsis con la furia del mismísimo Yahvé:

A sus hijos (los de la impía profetisa Jezabel) *los voy a herir de muerte: así sabrán todas las Iglesias que yo soy el*

que sondea los riñones y los corazones, y el que os dará a cada uno según vuestras obras. (Apocalipsis 2,23)

LOS ELEGIDOS

El hecho de que, desde arriba, por designio divino, se haya decidido quiénes seguirán a Jesús y por tanto se salvarán, comienza a intuirse cuando Marcos cuenta aquella historia en la que dos discípulos suyos, Santiago y Juan, le piden que les conceda sentarse a su lado cuando esté en su gloria. Jesús les contesta: "... *sentarse a mi derecha o a mi izquierda no es cosa mía concederlo, sino que es para quienes está preparado".*

Alguien se había encargado de preparar los asientos alrededor del Enviado cuando estuviese en su Reino, para que en ellos se sentaran determinadas personas con nombres concretos. Aunque saltemos sobre la metáfora que estas palabras encierran, lo que Jesús quería decir está bastante claro.

Cuando Mateo termina su particular exposición de la parábola del banquete nupcial (ver más abajo), acaba con una frase: *"Porque muchos son llamados, mas pocos escogidos".*

¿Qué quiso decir realmente Jesús? Tras la parábola de los invitados (los llamados) que se niegan a acudir al convi-

te, pero cuya sala, no obstante, se llena de gente hasta rebosar, no tiene sentido, porque significa exactamente lo contrario: los invitados fueron pocos y los escogidos muchos. Posiblemente esta frase no corresponde a la parábola, y Jesús pudo decirla en otra ocasión y fue añadida aquí equivocadamente, por el evangelista. Pero eso no es lo importante, sino el hecho de que existan "escogidos", personas que parecen predestinadas a entrar en el Reino, a salvarse; y que estas personas conformen un número reducido. Parece que el pretendido poder de Jesús como "Salvador" del mundo no se corresponde con la realidad. Tal cosa se ve confirmada por lo que sigue:

En el discurso escatológico que pronuncia Jesús (Marcos 13,20), cuando habla de las grandes tribulaciones que habrá en Jerusalén, dice claramente: *"Si el Señor no hubiese abreviado aquellos días, no se salvaría nadie, pero en atención a los elegidos que él escogió ha abreviado los días".* Y según Mateo (24,24), Jesús dice, además, que en esos momentos aparecerán falsos cristos y profetas que harán grandes señales y prodigios *"capaces de engañar, si fuera posible, a los mismos elegidos".* Es decir: ciertas personas no sólo han sido escogidas por Dios, no se sabe por qué extrañas razones, sino, que cuida especialmente de ellas para que a sus

enemigos les resulte imposible seducirlas; son elegidos firmemente, para siempre. Y más aún:

Después de las tribulaciones de los tiempos finales *"verán venir al Hijo del hombre entre nubes con gran poder y gloria; entonces enviará a sus ángeles y reunirá de los cuatro vientos a sus elegidos, desde el extremo de la tierra hasta el extremo del cielo".*

De ciertas personas concretas se dice que sus nombres están ya escritos en el cielo. Cuando los apóstoles vuelven de la misión que les encomendó Jesús, entusiasmados porque los demonios huían al pronunciar su nombre, él les dice: "*Pero no os alegréis porque los espíritus se os sometan; alegraos de que vuestros nombres estén escritos en los cielos*".

Y otro tanto afirma el autor de la carta a los Filipenses (4,2-3), en donde, refiriéndose a Evodia, Síndique, Sícigo, Clemente y demás colaboradores, se dice: "*cuyos nombres están en el libro de la vida*". Este libro de la vida vuelve a aparecer en el Apocalipsis (20,12) de Juan: "*Fueron abiertos unos libros, y luego se abrió otro libro, que es el de la vida*".

Y ya lo había dicho también él profeta Daniel, que influyó notablemente en los escritores cristianos. En 7,1 dice: "*En aquel tiempo se salvará tu pueblo: todos aquellos que se encuentren inscritos en el Libro*".

Aunque esta última referencia no nos sirve, pues Daniel no conoció a Jesús, que no nacería hasta unos ciento sesenta años más tarde, y por tanto se supone que estaba hablando de los israelitas, no de los cristianos. Dejando a Daniel a un lado, podemos creer que si los seguidores de las doctrinas de Jesús a que se refiere Filipenses tienen sus nombres escritos en los cielos, lo mismo podrá decirse de todos aquellos que se encuentran en la misma situación.

La predestinación aparece claramente en Hechos 13, 48: "*Al oír esto los gentiles se alegraron y se pusieron a glorificar la Palabra del Señor; y creyeron cuantos estaban destinados a una vida eterna".* Creyeron, pues, porque estaban ya destinados a esa vida eterna, y los que no creyeron se supone que fue por una razón obvia: no habían sido elegidos de antemano.

"Por lo demás -dice Pablo en Romanos 8,28- *sabemos que en todas las cosas interviene Dios para bien de los que le aman; de aquellos que han sido llamados según su designio es a los que de antemano conoció, también los predestinó a reproducir la imagen de su Hijo; y a los que predestinó,*

a esos también los llamó; y a los que llamó, también los justificó; a los que justificó, también los glorificó".

Como había gente que ya estaba destinada a la gloria, Jesús puede pronunciar tranquilamente aquellas palabras que encontramos en la última cena contada por Juan: "*No me habéis elegido vosotros a mí, sino que yo os he elegido a vosotros*". Si esto se dice de los discípulos más allegados, igualmente puede aplicarse, y con mayor razón, a todos los demás seguidores de Jesús, cuyos nombres ya están escritos en el Libro de la Vida. Pero si esto es así, no se comprende que aquellos que se niegan a seguirle sean castigados: "*El que crea y sea bautizado se salvará; el que no crea, se condenará*". Y de un modo muy severo, como veremos más adelante.

En cierta ocasión, según Mateo 21,31 dice Jesús dirigiéndose a los sumos sacerdotes y ancianos del pueblo, ya en Jerusalén: "*En verdad os digo, los publicanos y las rameras llegan antes que vosotros al Reino de Dios*". Y fundamenta su afirmación en el hecho de que tales personas oyeron a Juan el Bautista y creyeron en él. Publicanos y rameras parecen, pues, haber sido también elegidos. Estos parecen ser

aquellos de los que Jesús dijo en otra ocasión (Mateo 9,13): "*No he venido a llamar a justos sino a pecadores*".

Todo cuanto llevamos dicho respecto a la predestinación supone la falta total de libertad en los individuos para creer o no creer. Sin embargo, Jesús habló de conversión en diferentes ocasiones:

El Reino de Dios está cerca; convertíos y creed en la Buena Nueva (Mc 1,15). Os *digo que habrá más alegría en el cielo por un solo pecador que se convierta que por noventa y nueve justos que no tengan necesidad de conversión* (Lc 15,7). *El que crea y sea bautizado, se salvará y el que no crea se condenará* (Mc 16,16)

Algunos contaron a Jesús que ciertos galileos habían sido muertos y su sangre mezclada con la los sacrificios de Pilato. El Maestro les dice: *¿Pensáis que esos galileos eran más pecadores porque han padecido esas cosas? No, os lo aseguro: si no os convertís, todos pereceréis del mismo modo* (Lc 13,1-3)

La conversión supone libertad para aceptar una creencia o rechazarla, y ello entra en contradicción con el hecho de que determinadas personas hayan sido predestinadas a la

gloria. Podríamos suponer que cuando los escritores cristianos o Jesús hablan de "elegidos" no se están refiriendo a que su salvación haya sido determinada de antemano, sin tener en cuenta el hecho de que se conviertan previamente. Cabe otra interpretación: se llama "elegidos" a aquellos que, libremente, han aceptado el mensaje de Jesús, es decir, se han convertido. Sin embargo, según el evangelio de Juan (6,44), Jesús dice: "*Nadie puede venir a mí si el Padre que me ha enviado no le atrae*".

Esto supone una acción especial de Dios sobre las personas para que crean en Jesús, para que se conviertan. Sin esa influencia divina, es imposible aceptar a Jesús.

LOS ELEGIDOS Y LOS RECHAZADOS

Los que aceptan o rechazan a Jesús aparecen también en algunas parábolas, la mayoría de ellas referidas al Reino.

Los viñadores homicidas (Mc 12,1; Mt 21,33; Lc 20,9)

Las diferencias entre los sinópticos son mínimas, así que haremos un resumen de las tres narraciones:

Cierto hombre plantó una viña, la rodeó con mimo de toda clases de cuidados (le puso una cerca, cavó un lagar y edifi-

có una torre de vigilancia), la arrendó a unos labradores y luego se marchó lejos. A su debido tiempo, envió a algunos de sus siervos para recibir la parte de los frutos que le correspondía. Los viñadores les trataron de .mala manera, a todos los que el dueño mandó. Por último, pensó que enviando a "su hijo querido" le respetarían, pero no fue así, sino que le mataron para quedarse con la viña, puesto que el hijo era el heredero. ¿Qué hará el dueño de la viña?, se pregunta Jesús, y él mismo contesta: "Vendrá y dará muerte a los labradores y entregará la viña a otros. ¿No habéis leído nunca esta Escritura: *La piedra que los constructores desecharon en piedra angular se ha convertido?*

La cosa estaba tan clara que los sacerdotes y fariseos que le escuchaban se dieron cuenta de que se refería a ellos. Pero Mateo, por su parte, escribe que Jesús insistió en la idea: "*Por eso os digo: se os quitará el Reino de Dios para dárselo a un pueblo que rinda sus frutos*".

La parábola es una invectiva contra fariseos y sacerdotes, que no podrán participar del Reino, pues han sido rechazados. Y lo han sido ya, aún antes de matar al "hijo querido", porque no aceptaron a Jesús (que podía ser ese hijo o no, pues la cita de la Escritura es claramente un añadido después que Jesús, que es la piedra rechazada y convertida en

piedra angular, fue muerto). Sí parece claro que el dueño de la viña es Dios y los labradores, el pueblo de Israel, y es por esto que resulta tan dura la resolución que se dice toma el amo: los matará a todos, algo que está en el polo opuesto a aquello de “no matarás” o aquello otro de amar a los enemigos.

Y según Mateo, el Reino se le dará a "otro pueblo" que rinda sus frutos. Ese otro pueblo son los seguidores de Jesús, evidentemente. No hay perdón ni transigencia alguna para quienes le rechazan a él. No se les dará ninguna segunda oportunidad. Esto es lo que sucedió realmente, y los evangelistas lo saben porque ya había sucedido: la inmensa mayoría del pueblo hebreo, no sólo sus jerarcas religiosos, se negaron a reconocer a Jesús como el enviado de Dios.

El banquete nupcial (Mateo 22,1; Lucas, 14,16)

El Reino de los Cielos se parece a un rey que celebró el banquete de bodas de su hijo, y cuando todo estuvo preparado envió a sus siervos a buscar a los invitados. Pero estos no hicieron caso, incluso algunos mataron a los siervos. El rey, lleno de ira, envió sus tropas, dio muerte a los homicidas y prendió fuego a la ciudad (de nuevo la violencia en boca del mismo Jesús). Luego dijo a sus siervos que saliesen a

los caminos y trajesen a cuantos encontrasen, fuesen buenos o malos, y la sala de bodas se llenó de comensales.

Esta misma parábola, contada por Lucas, contiene diferencias interesantes: no se trata ahora de un rey, sino de un hombre cualquiera, y no es un banquete de bodas, sino una gran cena; los invitados no se muestran indiferentes, ni asesinan a nadie, sino que se excusan educadamente. El hombre se llena de ira, pero no manda matar a los invitados, sólo encarga a sus siervos que vayan a las plazas y calles de la ciudad y traigan a su casa a los pobres, lisiados, ciegos y cojos (ya no son los buenos y malos de Mateo), y en vista de que aún queda sitio, les vuelve a enviar a los caminos y "obligar" a todos a ir a su casa. Y acaba: "*Porque os digo que ninguno de aquellos invitados probará mi cena*".

Aquí termina Lucas. La frase final es el resumen de todo: los invitados, una vez más el pueblo hebreo, no entrarán en el Reino, por muy educadamente que se excusen de seguirle. Los lisiados, pobres, cojos y ciegos, o los buenos y malos de Mateo, no son aquí más que una metáfora, una alegoría, cuyo significado queda claro: cualquiera, con tal de que no sea judío; o bien aquellos judíos que son despreciados por el estamento religioso porque carecen de la instrucción de la

Ley y no practican el ritual religioso: publicanos, prostitutas, indiferentes, incultos...

Pero Mateo añade a ésta, otra pequeña parábola: el rey entra a ver a los comensales y se da cuenta de que uno de ellos no lleva el traje de etiqueta requerido para la ocasión. Sin contemplaciones, ordena a sus criados que le aten de pies y manos y le echen a las tinieblas de fuera, donde será el llanto y rechinar de dientes, es decir, al infierno. El traje exigido para el banquete de boda no está muy claro lo que significa, pues el rey había ordenado que llevasen a su casa a todos cuanto encontrasen, "buenos y malos". Pero sí queda claro que vuelve a aparecer la elección de unos y el rechazo de otros, a los que se ordena (otra vez la violencia) matar, incendiar su ciudad y enviar al infierno, a donde irán destinados a sufrir eternamente los que no hayan seguido el mensaje de Jesús. El Maestro de Nazaret no transige lo más mínimo.

La cizaña (Mateo 13,24). .

El Reino de los Cielos es semejante a un hombre que sembró buena semilla de trigo en su campo, pero un enemigo suyo vino de noche y sembró entre el trigo una buena cantidad de cizaña. Al crecer juntos, los siervos dicen al se-

ñor si le parece que arranquen la mala semilla, pero él les advierte que no lo hagan, pues es mejor esperar a la cosecha, y entonces "recoged primero la cizaña y atad la en gavillas para quemarla, y el trigo recogedlo en mi granero".

El mismo Jesús interpreta la parábola: el que siembra la buena semilla es el Hijo del hombre (Jesús mismo, con su predicación); el campo es el mundo, y los segadores son los ángeles: la buena semilla de trigo son los hijos del Reino y la cizaña, los hijos del Maligno (es decir, los adeptos de Jesús y los adeptos del demonio). Y así como se recoge la cizaña y se la quema en el fuego, así será en el fin del mundo. El Hijo del hombre enviará a sus ángeles, que recogerán todos los escándalos y a los agentes de iniquidad y los arrojarán al horno de fuego; allí será el llanto y el rechinar de dientes. Los justos, por el contrario, brillarán como el sol en el Reino de su Padre.

Aquí se constata lo que dijimos acerca de que los humanos están divididos en dos grupos clarísimos: los buenos y los malos. Para Jesús las cosas son así de simples. El sentido común nos confirma, sin embargo, que tal cosa no es verdad: los buenos no lo son totalmente, pues todos ellos comenten alguna que otra fechoría a lo largo de su vida (si no, ¿por qué hablamos de arrepentimiento, de confesión de

los pecados y de la afirmación bíblica de que "nadie es bueno"?), del mismo modo que el individuo más malo que podemos imaginar (a menos que sea un enfermo mental) es capaz de hacer algo bueno en diferentes ocasiones. Jesús desconocía los intríngulis de la psicología humana, Pero, una vez más, no soporta que sus palabras caigan en saco roto.

La red (Mateo 13,47)

Esta parábola es, casi idéntica, en su intención, a la anterior. El Reino de Dios es semejante a una red que recoge peces de todas clases, y cuando está llena, los pescadores separan los buenos en cestos y tiran los malos. Así sucederá al fin del mundo: vendrán los ángeles, separarán a los malos de entre los justos y los echarán en el horno de fuego, donde, otra vez, será el llanto y rechinar de dientes.

El juicio que seguirá al fin del mundo va a resultar bastante injusto, por las mismas razones que hemos apuntado antes. Y por el hecho de que un castigo tan terrible, que dura toda la eternidad, es desproporcionado a la maldad humana (aunque uno piense, en ocasiones, que ciertas personas se lo merezcan).

Según la primera carta de Pedro, los incrédulos israelitas estaban también predestinados para rechazar a Jesús: "*Para vosotros, creyentes, el honor; pero para los incrédulos, la piedra que los constructores desecharon, en piedra angular se ha convertido, en piedra de tropiezo y escándalo*". Tropiezan en ella porque no creen en la Palabra: *para esto han sido destinados".* Literalmente: para esto han sido puestos (2, 7).

En la epístola a los Romanos (2, 5) dice Pablo: "*Por la dureza y la impenitencia de tu corazón vas atesorando contra ti cólera para el día de la cólera y de la revelación de justo juicio de Dios, el cual dará a cada uno según sus obras: a los que busquen gloria, honor e inmortalidad, vida eterna; mas a los rebeldes, indóciles a la verdad, cólera e indignación. Tribulación y angustia sobre toda alma humana que obre el mal; en cambio, gloria, honor y paz a todo el que obre el bien*".

Jesús pudo decir (Juan 10,26): "*Pero vosotros no creéis porque no sois de mis ovejas. Mis ovejas oyen mi voz; yo las conozco y ellas me siguen. Yo les doy vida eterna y no perecerán jamás; nadie las arrebatará de mi mano. El Padre me las ha dado, y nadie puede arrebatar nada de la mano del Padre*".

Los creyentes están seguros: "*Todos los que han venido son ladrones y salteadores, pero las ovejas no les escucharon*" (Juan 10,8).

Parece clara la idea de Dios respecto a la humanidad, o al menos respecto a los israelitas. Esta idea dualista (los buenos y los malos) es rigurosa e intolerante con los que no aceptan a Jesús, a pesar de que la puerta para entrar en el Reino es estrecha, y el camino que conduce a él es angosto, es decir, difícil y fatigoso, y muy pocos consiguen pasar. Jesús ha venido a este mundo para un juicio: para que vean los que no ven; y los que ven, se vuelvan ciegos. Pero habla en parábolas para que no le entiendan, porque los misterios del Reino están reservados a sus discípulos. Quienes se avergüencen de Jesús, él también se avergonzará de ellos cuando venga en la gloria de su Padre con los santos ángeles. Quien rechaza a Jesús y no recibe sus palabras, ya tiene quien le condene: la palabra que él ha hablado le condenará. Separados de él no podemos hacer nada, y quien no permanece en él es arrojado fuera, como el sarmiento, y se seca, lo recogen y lo echan al fuego. Todo árbol que no da buen fruto será arrancado sin piedad y arrojado al fuego. El que no nazca de agua y de Espíritu no puede entrar en el Reino de Dios. Quien quiera seguir a Jesús debe negarse a

sí mismo y tomar su propia cruz. El que ama su vida, la pierde, pero el que odia su vida en este mundo, la guardará para una vida eterna. No ha venido a traer paz, sino división, a traer fuego a la tierra, y lo único que quiere es que arda. Quien no odia a sus padres, a su mujer, a sus hijos y a sus hermanos, no merece ser su discípulo. Estas duras exigencias y estas contradicciones, llevan inexorablemente al célebre dicho: El que crea se salvara y el que no crea, se condenará

¿PERO SON CULPABLES LOS INCRÉDULOS?

Hemos podido constatar que la misión de Jesús en Palestina no fue precisamente un éxito, a pesar de haber realizado numerosos y extraordinarios milagros (lo que nos llevaría a la conclusión de que tales milagros no fueron tantos ni tan extraordinarios). El evangelista Juan se detiene especialmente en subrayar este fracaso entre los que él llama "judíos", palabra con la que no se refiere sólo a los jerarcas religiosos sino a todos los hebreos en general. Algunos ejemplos:

-Vosotros no habéis oído nunca la voz del Padre, ni habéis visto nunca su rostro, ni habita su Palabra en vosotros, porque no creéis al que Él ha enviado...

-Vosotros no queréis venir a mí para tener vida...

-Ya sé que no tenéis en vosotros el amor de. Dios...

-Si no creéis a Moisés, ¿cómo vais a creer en mis palabras?..

-Vosotros me buscáis, no porque habéis visto señales, sino porque habéis comido de los panes y os habéis hartado...

-Ya os lo he dicho: Me habéis visto y no creéis....

-Desde entonces muchos de sus discípulos se volvieron atrás y ya no andaban con él.

-A mí, como os digo la verdad, no me creéis.

-Si digo la verdad, ¿por qué no me creéis?

-Si tú eres el Cristo, dínoslo abiertamente. Jesús les respondió: Ya os lo he dicho, pero no me creéis...

-Aunque había realizado grandes señales delante de ellos, no creían en él.

-Nos odian a mí y a mi Padre. .

No insistiremos en el, hecho de que los incrédulos serán condenados con terribles castigos porque lo hemos comprobado en numerosas ocasiones. Pero si van a ser conde-

nados, es porque son culpables. Tenemos algunas frases en Juan que hablan de esta culpabilidad:

El que no cree ya está condenado, porque no ha creído en el nombre del Hijo único de Dios. Y la condenación está en que los hombres amaron más las tinieblas que la luz, porque sus obras eran malas. Pues todo el que obra el mal aborrece la luz y no va a la luz para que sus obras no sean censuradas (3,18-20)

Si no hubiera hecho entre ellos obras que no ha hecho ningún otro, no tendrían pecado; pero ahora las han visto y *nos odian a mí y a mi Padre* (15,24)

La incredulidad de los judíos se debe a su maldad. Los incrédulos son personas que aborrecen la luz porque sus obras son malas. Serán castigados, pues, no por su incredulidad, sino por la maldad de sus obras. Estas les llevan hasta un punto crítico en el que acaban aborreciendo al mismo Dios.

Pero esta es una postura absurda: nadie que esté en su sano juicio es capaz de odiar a Dios. Odiarle significa creer en él y en sus poderes, en su capacidad de premiar y castigar. Resulta metafísica y físicamente imposible aborrecer a

un ser tan extraordinario como Dios, que conoce cuanto pensamos y sentimos.

La gente no cree porque la fe no tiene un fundamento racional. Es una aceptación acrítica de algo que no puede probarse de ninguna manera. El ser humano es libre para creer hasta las mayores estupideces; de la misma manera, es libre para no creer cuando utiliza su sentido común o su racionalidad. No es la maldad lo que impide creer, sino una serie de factores: el hecho de no haberse criado desde la infancia en un ambiente religioso, de andar demasiado ocupados en los problemas básicos y perentorios de esta vida, de no aceptar lo que repugna a la razón o a la educación, o sencillamente porque ya creen en otro Dios o en otros dioses.

Lo que ocurre es que el concepto de predestinación se interpone como un muro entre lo religioso y lo razonable. Pablo se encontró este muro, pero no logró dar una respuesta lógica. En su epístola a los Romanos afirma que la elección divina es libre, porque no depende de las obras que hagamos los humanos, sino *del que llama* (9, 11-12), que *usa de misericordia con quien quiere y endurece a quien quiere. Pero me dirás: "Entonces, ¿de qué se enoja? Pues ¿quién puede resistir a su voluntad?".* El problema está magníficamente planteado, pero la respuesta no es razona-

ble: "*Oh, hombre; ¿quién eres tú para pedir cuentas a Dios?"* (9,18-20). Y no es razonable porque en realidad no es una respuesta, sino una evasiva.

La Biblia toda está escrita en clave religiosa (lo que significa que se hace intervenir a la divinidad como el personaje más importante de la acción). Las características humanas (psicológicas y sociológicas) son descartadas o ignoradas. Sólo se tiene en cuenta las circunstancias divinas, una concepción dual del mundo: Dios y el Maligno, los buenos y los malos, la luz y las tinieblas, la verdad y la mentira. Es por eso que Jesús puede afirmar con rotunda autosuficiencia:

"El que no está conmigo, está contra mí".

¿Pero fueron realmente culpables los contemporáneos y connacionales del Maestro por no aceptar su mensaje? Dudar, o rechazar a Jesús, fue algo lógico. No lo veían más que como un hombre, natural de un pueblecito olvidado e insignificante y sin estudios ni formación religiosa. Sus milagros, que hubieran sido un aval indiscutible de su divinidad o, al menos, de su proximidad a la divinidad, no pasaron de ser curaciones al estilo de tantos sanadores. Curanderos y magos pululaban entonces por las calles y plazas de Palestina. Si esos milagros hubiesen sido reales, la gente no

hubiera podido dudar y los fariseos no hubieran llegado al extremo de pensar en eliminarlo después de haberlos presenciado. No tendría ningún sentido. Pero hemos dicho que los escritos bíblicos están redactados en clave religiosa, y eso lo cambia todo.

En efecto: la Biblia que usan los cristianos, que como se sabe comprende tanto los textos judíos del llamado Antiguo Testamento como los cristianos del Nuevo, es percibida por estos como una historia continua, desde la creación del mundo en Génesis hasta el último libro, el Apocalipsis. Según esta historia religiosa, Dios eligió un pueblo para sí, el hebreo, con el que hizo una Alianza: Yo os protegeré y vosotros no adoraréis a ningún dios más a mí. Este pueblo no cumplió su parte del trato a satisfacción de Dios, que le envió numerosos profetas para ponerles en el buen camino sin conseguirlo. Por último, envió a su propio Hijo hecho humano. Pero a éste tampoco le hicieron caso. En consecuencia, Dios estableció una nueva alianza con un pueblo nuevo, el cristiano, por medio de su Hijo, al que destinó a la muerte para que, con su sangre, el nuevo sacrificio, consiguiera el perdón de los pecados de toda la humanidad. El resultado de esta decisión divina fue el rechazo de su amado pueblo

judío (culpable de no aceptar al Hijo), que en adelante quedó marginado para siempre.

Pero al interpretar así la historia, los cristianos no se detuvieron a pensar que todo ello suponía un fracaso en el plan divino de salvación, pues Dios debería haber previsto lo que iba a ocurrir antes de elegir los israelitas como pueblo. Si Dios no fue previsor, los judíos no son culpables de rechazar a los cristianos, que, además, presentaban una imagen divina que hería los más profundos sentimientos religiosos del pueblo hebreo: la existencia de la Trinidad entendida como una pluralidad de dioses (los teólogos cristianos se vieron obligados a realizar verdaderos malabarismos intelectuales para negarlo).

Pero la verdadera historia es otra: el pueblo hebreo se vio a sí mismo como elegido por Dios, y tras la llegada de Jesús, continuó pensando de idéntica forma. Para ellos, los cristianos son una rama desgajada del tronco israelita, que acabó constituyendo una religión nueva. Los cristianos, al sentirse rechazados, rechazaron a su vez al pueblo que no quería aceptar al Enviado divino, y se vieron a sí mismos como los elegidos de Dios tras el cambio de planes de la divinidad. Así que, ahora, nos encontramos con dos pueblos elegidos y al mismo tiempo rechazados mutuamente.

No hay ningún culpable en esta historia de elecciones y rechazos. Sólo se trata de una visión religiosa de la realidad que no tiene en cuenta la realidad misma.

COMENTARIO CRÍTICO
al NUEVO TESTAMENTO

Tema 6: EL EXTRAÑO CASO del EVANGELIO de MATEO

Carlos Saura Garre carlosaura06@gmail.com

Nadie sabe en realidad si el autor de este evangelio se llamaba o no Mateo. Una antigua tradición cristiana le llamó así, identificándolo con uno de los doce apóstoles. Pero esto es difícil de sostener, porque Mateo no escribe como un testigo ocular de los hechos (tal como se esperaría de un discípulo perteneciente al grupo de los más íntimos), sino que se basa en textos escritos por otros autores (el evangelio de Marcos y la Colección de Dichos) y, muy probablemente, en otras tradiciones orales y escritas (lo que se ha llamado material propio; a menos que éste sea pura invención del autor). Sigue el esquema general de Marcos: predicación en Galilea y sus alrededores, viaje a Jerusa-

lén, pasión y muerte. En este esquema introdujo los Dichos de Jesús y su material propio, colocándolo aquí y allá según lo creía conveniente.

Pero es evidente que el personaje llamado Mateo no se limitó a copiar de otros, sino que configuró su relato de una forma personal. Tomó toda la información que tenía a mano, cambió el orden de algunos versículos, añadió nuevas referencias a las escrituras hebreas, simplificó algunos datos, reunió diferente material en un mismo bloque, añadió historias por su cuenta. Todo lo cual nos lleva a la conclusión de que tenía serios motivos para hacer todo esto. Esos motivos irán apareciendo a lo largo de la exposición. Pero lo que realmente destaca en el evangelio de Mateo es el arte de su autor para mezclar cuanto sabía de Jesús y darle a esa informe mezcolanza una forma literaria propia que le diferencia netamente de los otros evangelistas.

Supongamos que Mateo se encuentra en la ciudad de Antioquía, en Siria (la mayoría de los entendidos piensan que fue allí donde escribió), en una habitación con una mesa y útiles de escribir, pensando en sus posibles lectores (judíos de habla griega convertidos a la fe de Jesús e interesados en conocer su vida), y rodeado de rollos de

papiro o trozos de pergamino donde se encuentra la mayor parte de la información que necesita: el evangelio de Marcos, escrito en hojas de pergamino cosidas burdamente, según la nueva moda de escribir (1); hojas sueltas donde aparecían las palabras dichas por Jesús en diferentes ocasiones; otras hojas con escritos referentes a Juan el Bautista, cuyos autores fueron sus propios discípulos; y los rollos de papiro de las viejas Escrituras que contenían la Torá, los Salmos y los escritos de los venerados profetas: Isaías, Jeremías, Ezequiel, Malaquías, Joel, Zacarías..., tanto en versión hebrea como en griego. En cuanto a estos últimos, los profetas, Mateo apenas tenía necesidad de consultarlos, ya que los sabía de memoria, pero, como buen judío, gustaba de copiar a la letra las escrituras consideradas sagradas (lo que no era ningún inconveniente para hacer en ellas algunas modificaciones si llegaba el caso, como así sucedió).

Y empecemos.

---

(1) Se trata de una mera suposición, pues no sabemos exactamente cuando comenzaron a usarse los pergaminos en forma de libro.

NOTA. Mateo y Lucas transmiten palabras de Jesús casi idénticas, y que no aparecen en Marcos, lo que hace suponer que ambos tuvieron delante una *Colección de dichos* al escribir sus respectivos evangelios. Nos referimos a menudo a esa colección en este trabajo

1. **NACIMIENTO E INFANCIA DE JESÚS** (Capítulos 1 y 2)

Mateo contempló el libro de Marcos: la historia de Jesús comenzaba cuando éste ya era un adulto dispuesto a cumplir su misión. Pero ¿qué se sabía de su nacimiento? Mateo quería dejar bien claro que su héroe era un ser humano muy especial, un enviado divino que contaba con el amparo y benevolencia del Dios Altísimo, un Mesías, o mejor: el Mesías tanto tiempo esperado por los judíos. Sentado esto, el carácter de hombre divino de Jesús debía mostrarse desde su mismo nacimiento. Fue así como ideó la primera parte de su libro.

Para ello, Mateo consultó algunos de los rollos que tenía sobre la mesa: los de Isaías, Miqueas, Oseas y Jeremías. Quería demostrar que en aquel niño se cumplían los oráculos de los antiguos profetas. Por supuesto, se atenía a la costumbre de los judíos de su tiempo: tomaba una frase de las Escrituras, prescindía de todas las circunstancias que la rodeaban (es decir, la descontextualizaba), y la aplicaba a una realidad de su tiempo.

El conjunto quedó formado así:

Comenzó su relato con una genealogía de Jesús, que empezando en Abraham, seguía por la descendencia real de David hasta José, el esposo de María. Resulta sorprendente que no cayera en la cuenta de un dato que él mismo aclara algo después: José no era el padre de Jesús, así que la genealogía quedaba rota. Pero no le importaba: Jesús era hijo adoptivo de José, y eso era suficiente. La genealogía la escribió en tres series de catorce generaciones, pero no contó bien y la primera y tercera resultaron con trece generaciones, aparte de que tuvo que suprimir algunos nombres de reyes. Le daba igual. Mateo pasaba por alto estos detalles a los que no daba la menor importancia.

A continuación hizo uso de las escrituras en el embarazo de María (que se anuncia a José en sueños), en el nacimiento ocurrido en Belén, en la vuelta de Egipto, en la muerte de los inocentes por Herodes y en el regreso a Nazaret.

Para resaltar el carácter divino de Jesús, contó la leyenda de los magos que vienen a adorarle guiados por una estrella, la cual, cosa bastante milagrosa, se coloca sobre el lugar en donde el niño había nacido. Es muy significativo

que los magos, al entrar en Jerusalén a causa de que la estrella, inexplicablemente, ha desaparecido, pregunten: *¿Dónde está el Rey de los judíos que ha nacido?*

Para Mateo, Jesús, por ser el Mesías, tenía que ser el rey del pueblo hebreo. Pero hay más: la misma presencia de esos personajes extranjeros tiene un significado que Mateo pretende transmitir a sus lectores: el Mesías no había venido sólo para Israel, sino también para los paganos. Por otra parte, los ángeles, enviados por Dios, aparecen en sueños a José por tres veces para dirigir los avatares dramáticos del héroe.

Así quedó concluida la primera parte.

No sabemos si el propio Mateo creó estas historias o para entonces se contaban ya en la comunidad cristiana. Si tenemos en cuenta que Lucas también escribió una infancia sobrenatural de Jesús, hemos de concluir que algunos relatos debían existir antes de que ellos escribieran. O se sentía entonces la necesidad de escribirlos.

2. PREPARACIÓN y COMIENZO del MAGISTERIO en GALILEA. (Capítulos 3 y 4)

Ahora ya podía volverse a Marcos, que comenzaba su evangelio con la predicación del Bautista, pero que lo

hacía de una forma demasiado sucinta y simplificada. Mateo decidió añadir algunas cosas e introducir ciertos cambios. El cuadro que sigue permite observar cómo cambió de lugar los versículos de Marcos, cómo simplificó las citas de las escrituras y qué párrafos añadió de la predicación de Juan (tomados de la predicación de sus discípulos o de la Colección de Dichos).

Marcos 1, 1-8	**Mateo 3, 1-12**
A) -Conforme a lo escrito por el profeta Isaías: **Mira, envío mi mensajero delante de ti, el que ha de preparar tu camino:** Voz que clama en el desierto, preparad los caminos del Señor, rectificad sus sendas,	**B)** Por aquellos días apareció Juan el Bautista proclamando en el desierto de Judea: **Convertíos, porque el Reino está cerca.**
B) apareció Juan el Bautista en el desierto, proclamando un bautismo de conversión para perdón de los pecados.	**A)** Éste es el anunciado por los profetas: Voz que clama en el desierto: Preparad el camino del Señor, rectificad sus sendas.
C) Acudía a él gente de toda Judea y todos los de Jerusalén, y eran bauzados por él en el Jordán, confesando sus pecados.	**D)** Juan tenía un vestido de pelos de camello, **con un cinturón de cuero a sus lomos,** y su comida era langosta y miel.
D) Juan llevaba un vestido de piel de camello y se alimentaba de langosta y miel silvestre.	**C)** Y acudía a él Jerusalén, toda Judea y la región del Jordán, y eran bautizados por él en el Jordán confesando sus pecados.

(Sigue con la Colección de Dichos):
Pero al ver venir muchos fariseos y

saduceos a su bautismo, les dijo: Raza de víboras, ¿quién os ha enseñado a huir de la ira inminente? Dad frutos dignos de conversión y no os contentéis con decir en vuestro interior: Tenemos por padre a Abraham. Porque os digo que puede Dios de estas piedras dar hijos a Abraham. Ya está el hacha puesta a la raíz de los árboles, y todo árbol que no dé buen fruto será cortado y arrojado al fuego.

	F) Yo os bautizo con agua **para conversión,**
E) Y proclamaba: Detrás de mí viene el que es más fuerte que yo, ante quien no merezco inclinarme para desatar las correas de sus sandalias.	**E)** pero aquel que viene detrás de mí es más fuerte que yo y no merezco llevarle las sandalias.
F) Yo os bautizo con agua,	
G) pero él os bautizará con el Espíritu Santo.	**G)** Él os bautizará en el E. Santo y en el fuego.

(Vuelve la los Dichos)

En su mano trae el bieldo y va a limpiar su era; recogerá su trigo en el granero, pero la paja la quemará con fuego que no se apaga.

Si observamos la colocación de las letras mayúsculas (al comienzo de cada párrafo) que se corresponden con el mismo color, nos daremos cuenta hasta qué punto Mateo escribió a su modo lo que había leído en Marcos. Los párrafos en negrita de Mateo son añadidos por su cuenta.

Parece que tuvo interés en darle al relato un carácter escatológico: los tiempos finales habían llegado (ya está puesta el hacha a la raíz de los árboles, tiene el bieldo en su mano y va a limpiar su era, recogerá el trigo y quemará la paja). Suprimió parte de las Escrituras citadas por Marcos, exactamente la que no es de Isaías, sino de Miqueas (en negrita en Marcos). Marcos las había unido sin más complicaciones. Mateo, más exigente, sólo citó a Isaías. Hizo más: escribió que Jesús decía: el Reino está cerca. Marcos escribió esta frase en otra ocasión, después de las tentaciones. Mateo la traslada aquí y la repite luego, también después de las tentaciones.

Mateo, como los otros evangelistas, insiste en recalcar el carácter de superioridad de Jesús sobre Juan. Era de esperar. Juan había fundado una comunidad de seguidores que continuó funcionando durante muchos años después de que, muerto Jesús, sus discípulos también se constituyeron en comunidad.

Los discípulos de Juan y de Jesús seguían bautizando cada grupo por su cuenta. Entre ambos debió haber cierta tirantez respecto a la soberanía de los fundadores respectivos. Los evangelistas trataron de dejar bien claro quién

era el mayor. Se ha sugerido incluso que las palabras de Juan, *aquel que viene detrás de mí,* no se referían a Jesús, sino al mismo Dios, pero que los seguidores de Jesús la aplicaron a éste.

Terminada esta perícopa, Mateo siguió leyendo a Marcos, que narraba, con la misma concisión de antes, el bautismo de Jesús. Mateo siguió pensando que la narración era muy pobre. Había que exaltar más al Maestro de Nazaret, así que volvió a añadir algo, que por cierto no estaba en la Colección de Dichos. Lo tomó de la tradición oral o inventó la escena él mismo. Mateo era bastante imaginativo, y tal cosa no resultaría improbable.

Marcos 1, 9-11	**Mateo 3, 13-17**
Por aquellos días vino Jesús desde Nazaret de Galilea y fue bautizado por Juan . .	Entonces aparece Jesús, que viene de Galilea para ser bautizado por Juan
Material propio de Mateo…	(Juan trataba de impedírselo: Soy yo (quien necesita ser bautizado por ti. Jesús: (Conviene que así cumplamos toda justicia
Al salir del agua, vio que los cielos se rasgaron y el Espíritu, como paloma, descendió sobre él y sonó una voz de los cielos:	Bautizado Jesús, salió del agua y en esto se abrieron los cielos y vio al Espíritu de Dios como paloma y venía sobre él. Y una voz de los cielos decía:
Tú eres mi hijo amado, en ti me complazco.	**Éste es** mi hijo amado, en quien me me complazco.

La voz del cielo, en Marcos, daba a entender que sólo Jesús la había escuchado. Mateo la cambia para que sus lectores creyeran que la oyeron todos los asistentes.

La preparación del ministerio de Jesús terminaba en Marcos con la escena de las tentaciones, un resumen brevísimo, por cierto. Escribía Marcos: "A continuación, el Espíritu le impulsa al desierto, y permaneció en el desierto cuarenta días, siendo tentado por Satanás. Estaba entre los animales del campo y los ángeles le servían".

Así de simple. Las tres tentaciones no aparecen.

Mateo volvió a sentirse frustrado, pero todo lo que decía Marcos podía ser aprovechado, aunque introduciendo sutiles cambios: el Espíritu lo lleva al desierto precisamente *para que* el demonio lo tentase, y la permanencia allí de cuarenta días y noches, la convirtió Mateo en un prolongadísimo ayuno, que le sirvió para introducir la primera tentación, pues, como era de esperar, "Jesús sintió hambre". Las hojas de la Colección de Dichos le proporcionaron la narración de las tres tentaciones, que por cierto no ocurre en el desierto más que la primera, pues las otras dos tienen lugar en el alero del Templo y en lo alto de un monte, a donde el demonio llevó personalmente a Jesús. Habien-

do triunfado el Maestro sobre el Malvado, Mateo tomó la última frase de Marcos (estaba entre los animales del campo y los ángeles le servían); suprimió lo de los animales y terminó limpiamente: "Entonces el diablo le deja. Y he aquí que se le acercaron unos ángeles y le servían".

Por cuarta vez, Mateo se encontró con una narración muy breve de Marcos. Como había hecho con las tentaciones, y volverá a hacer, partió por la mitad esa narración, comenzó copiando la primera mitad, introdujo una cita de la Escritura, y acabo con la otra mitad. Veámoslo.

Marcos	**Mateo**
Después que Juan fue preso, marchó Jesús a Galilea, y	Cuando oyó que Juan había sido apresado, se retiró a Galilea.
	Y dejando Nazaret fue a residir a Cafarnaúm, junto a mar, en el término de Zabulón y Neftalí, para que se cumpliera el oráculo de Isaías: ¡Tierra de Zabulón y de Neftalí, camino del mar, allende al Jordán, Galilea de los Gentiles! El pueblo postrado en tinieblas ha visto una intensa luz….
proclamaba la Buena Nueva: El tiempo se ha cumplido y el Reino está cerca; convertíos y creed en la Buena Nueva.	Desde entonces comenzó Jesús a predicar: Convertíos, porque el Reino está cerca.

Mateo había pensado resaltar la región de Galilea como lugar en donde comienza la salvación. Y lo consiguió con la cita de la Escritura. Al final de su libro, como veremos, cita a Galilea como el lugar donde Jesús pronuncia

sus últimas palabras, ya resucitado. El detalle de suprimir la frase de Marcos, *el tiempo se ha cumplido,* nos sugiere que Mateo no desea insistir en el hecho de que el Reino estaba demasiado cerca. Estaba cerca, sí, pero no tanto.

Cuando en este momento de la redacción, Mateo volvió a Marcos, no tuvo inconveniente en copiar, literalmente, lo que este decía: los hermanos Pedro y Andrés, y luego Santiago y su hermano Juan, son llamados por Jesús cuando los primeros están pescando y los segundos arreglando sus redes. Mateo no dice que ya conocieran a Jesús, de modo que la rápida respuesta de los cuatro aparece como algo misterioso, como si el Maestro poseyera una fuerza atractiva tan poderosa que no pudiesen resistírsele. Lo dejaron todo, las barcas, las redes, y Santiago y Juan a su propio padre.

Es curioso que Lucas encontrara demasiado sorprendente esta situación, así que, antes de ser llamados, cuenta que Jesús obró para ellos el milagro de la pesca abundante. Seguirle, dada esa circunstancia, resultaba más lógico.

Mateo tenía en mente un plan para toda su obra literaria y teológica. Había encontrado en la Colección de Dichos un magnífico discurso de Jesús, el llamado Sermón del Monte, que deseaba consignar lo antes posible (en realidad dio cuenta de cinco bloques de discursos del Maestro a lo largo de su libro), así que necesitaba terminar la narrativa de lo que estaba pasando en Galilea. Pero en Marcos no aparecía este discurso. Después de la llamada de los cuatro primeros discípulos, continuaba contando varios milagros de Jesús. Mateo los dejó para más adelante. Pero comprobó que Marcos había escrito un par de resúmenes de la actividad de Jesús, y tomando este dato lo colocó al final de su sección narrativa, tras la llamada de los primeros discípulos.

Marcos 1, 39	**Mateo 4, 23-25**
Y recorrió toda Galileas predicando en las sinagogas y expulsando demonios.	*Recorría toda Galilea enseñando en las sinagogas proclamando la Buena Noticia del Reino y sanando toda enfermedad.* **Su fama llegó a toda Siria y le traían todos los pacientes, endemoniados, lunáticos y paralíticos, y los sanó.**
3, 7-8 Se retiró con sus discípulos a orillas del mar y le siguió una gran muchedumbre de Galilea, de Judea, Jerusalén e Idumea del otro lado del Jordán, de Tiro y Sidón, una gran muchedumbre, al oír lo que hacía, acudía a él.	Y le siguió una gran muchedumbre de Galilea, Decápolis, Jerusalén, Judea y del otro lado del Jordán.

Como puede verse, Marcos ya resultaba un tanto triunfalista, y Mateo, a quien gustaba de entusiasmar a sus lectores, no dudó en seguirle mencionando a las muchedumbres que le seguían de todas partes del país, desde el sur hasta el norte, incluso desde fuera de Palestina. Esto era absurdo desde todos los puntos de vista, pero su misión, como la de Marcos, era exaltar la figura de su héroe. No importaba la lógica.

Y recorrió toda Galilea, predicando en las sinagogas y expulsando los demonios.

3. PRIMER DISCURSO. El Sermón del Monte (Cap 5, 6 y 7)

Aunque Mateo tenía que desviarse necesariamente de Marcos si quería insertar el primer discurso de Jesús, se las ingenió, para utilizado. Tras la vocación de los primeros, discípulos, Marcos había escrito dos versículos:

1,21: Llegan a Cafarnaúm. Al llegar el sábado entró en la sinagoga y se puso a enseñar.

1,22: Y quedaron asombrados de su doctrina, porque les enseñaba como quien tiene autoridad, y no como los escribas.

Mateo aprovechó el primero, pero en lugar de la sinagoga situó a Jesús en un monte cercano a Cafarnaúm, escribió luego un largo discurso de tres capítulos y lo concluyó copiando el según do versículo de Marcos.

Ingenioso.

El discurso del monte es una mezcolanza de textos dispares pues Mateo lo configura con fragmentos de Marcos; largos párrafos de los Dichos y otras sentencias de origen desconocido. A nuestro escritor no le gustó mucho el resultado: los textos aparecían sin continuidad temática, amontonados, sin relación unos con otros. Pero en realidad no podía hacer otra cosa. Al fin y al cabo se trataba de frases pronunciadas por Jesús en distintas ocasiones y dirigidas a personas o grupos diferentes. Teniendo en cuenta todo ello, el resultado era lo mejor que se podía esperar.

Empezó escribiendo las famosas Bienaventuranzas. Encontró sólo tres en los Dichos del Señor y le parecieron demasiado "materialistas". Allí se hablaba directamente a los pobres, los hambrientos y los que lloran. Mateo cambió la perspectiva: Jesús hablaba ahora acerca de los que son pobres, tienen hambre o lloran. Y añadió algo: no dijo "po-

bres;" sino "pobres de espíritu"; ni escribió "los que tienen hambre", sino "los hambrientos y sedientos de justicia", y no contento con ello ideó otras Bienaventuranzas, hasta nueve en total.

A continuación escribió una perícopa que en las biblias aparece titulada como "Sal de la tierra y luz del mundo", lo que deben ser los seguidores de Jesús. Lo curioso del caso es que tomó un par de dichos de Marcos y les añadió sus propias palabras, y aunque Jesús frunciría el ceño si la leyera, el caso es que la perícopa le quedó perfecta. Mateo era un artista con la pluma.

Mateo 5, 13-16

Vosotros sois la sal de la tierra……………………..	Frase propia de Mateo
Mas si la sal se desvirtúa, ¿con qué se la salará?.....	**Marcos, capítulo 9,50a**
Ya no sirve nada más que para tirarla fuera) y ser pisoteada por los hombres.) Vosotros sois la luz del mundo. No puede estar) oculta una ciudad situada en la cima de un monte)	Frases propias
Ni se enciende una lámpara para ponerla debajo) del celemín, sino sobre el candelero, para que) alumbre a todos los de la casa)	**Marcos 4, 21**
Brille así vuestra luz ante los hombres, para que) vean vuestras buenas obras y glorifiquen a vuestro) Padre que está en los cielos)	Propias de Mateo

---

La frase acerca de la sal la escribió Marcos al final de su capítulo 9 por pura asociación de ideas. Había dicho: "pues todos han de ser salados por el fuego", e inmediatamente se le vino a la memoria otra frase de Jesús: "Buena es la sal mas si se vuelve insípida, ¿con qué la sazonaréis? Tened sal en vosotros y tened paz unos con otros". Mateo aprovechó la mitad de este dicho. Pero cabe otra posibilidad: la Colección de Dichos tenía una frase idéntica a la que transcribe Mateo; puede que la tomara mejor de este documento.

Lo de la lámpara es una pequeña parábola de Marcos que aparece en su capítulo 4, y que le servía para aclarar que nada hay oculto que no haya de ser manifestado, y todo lo secreto puesto al descubierto. Mateo ignora las intenciones de Marcos, pues su interés está en otra parte.

A continuación escribió un discurso más extenso sobre la idea que Jesús tenía de la ley judía, tomando parte de los Dichos, de Marcos y de otras fuentes, y mezclándolo todo. Empezó por las palabras de Jesús acerca de la pe-

rennidad de la Ley, que él no ha venido a abolir, sino a cumplimentar.

En tiempos de Mateo, un grupo de creyentes venía afirmando que para los seguidores de Jesús la Ley de Moisés no tenía valor, puesto que el mismo Jesús ya había dado sus propias normas de vida. Mateo quiso dejar claro que el Maestro no había estado nunca en contra de la suprema normativa por la que se regían los judíos.

Pero a continuación, en su afán de colocar al Maestro por encima de los legisladores y profetas de Israel, escribió las palabras de Jesús que perfeccionaban esa Ley en algunos aspectos:

-Ante el mandamiento de *no matarás,* Jesús afirma que ni siquiera se debe insultar a nadie. (En este momento aprovecha la ocasión para anotar que "*antes de hacer la ofrenda ante el altar hay que reconciliarse con el hermano*", que parece inspirado, sólo inspirado, en una frase de Marcos de su capítulo 11: "*Cuando os pongáis de pie para orar, perdonad si tenéis algo contra alguno* ".

-Ante la orden de no cometer adulterio, dice que ni siquiera desear a la mujer de otro. Y aunque muy cogido por

los pelos, añade un dicho de Marcos (en su capítulo 9) sobre la necesidad de arrancarse un ojo o una mano si son ocasión de pecado.

-Frente al repudio consentido por Moisés, prohíbe todo repudio (excepto en el caso de fornicación).

-Ante la obligación de evitar el perjurio, insiste en que no se debe jurar.

-Frente *al ojo por ojo y diente por diente,* el rechazo de toda violencia.

-Y ante el mandato de odiar a los enemigos (que por cierto no estaba en la Ley, aunque parece ser una norma en la secta judía de Qumram), insiste en amarlos aunque nos persigan y calumnien.

Queda así clara la soberanía de Jesús sobre la Ley:

"Habéis oído que se dijo... Pues yo os digo... " .

No obstante debemos aclarar que Jesús, en estos párrafos, no deroga más que una ley, la del talión, que en sus tiempos había dejado de tener vigencia (sabemos que la legislación rabínica había sustituido esta norma por el pago de multas adecuadas), y en cuanto a los otros mandatos, el Maestro no hace más que profundizar en ellos, pero manteniéndolos intactos.

En esta perícopa sobre la Ley, Mateo no usa más que un par de ideas de Marcos y tres de los Dichos. Todo lo demás es de su material exclusivo.

Luego pasó a informar de las palabras de Jesús: respecto a la necesidad de hacer limosna, la oración y el ayuno en secreto (intercalando la oración del Padrenuestro, que obtuvo de los Dichos), a pesar de que, poco antes, había afirmado que todos deben ver nuestras buenas obras para que glorifiquen a Dios. No sabemos si la contradicción es de Mateo (en cuyo caso una de las dos afirmaciones no sería de Jesús) o del propio Maestro. Sería más lógico culpar al escriba cristiano poco escrupuloso con las palabras de Jesús, como venimos viendo.

Pasó entonces a añadir varios Dichos del Señor acerca de que nuestro verdadero tesoro ha de estar en el Cielo, que la lámpara del cuerpo es el ojo y por eso ha de mantenerse luminoso, que no se puede servir a Dios y al dinero, el abandono total en manos de la providencia, la necesidad de no juzgar a los demás porque nosotros podemos ser peores, y de no profanar las cosas santas, la eficacia de la oración, el hacer a los demás lo que deseamos que nos hagan a nosotros, la puerta estrecha que conduce a.

la vida y el camino de perdición, el deber de guardarse de los malos profetas (por sus frutos los conoceréis), lo insuficiente que resulta rezar mucho si no se hace la voluntad de Dios y la pequeña parábola acerca del que edifica sobre arena y quien lo hace sobre roca.

Como dijimos, rematό el discurso del monte con una frase de Marcos respecto al asombro de la gente que le escuchaba.

Hemos visto cómo Mateo tiene un claro interés en presentar a Jesús como legislador (lo coloca de una forma simbólica sobre un monte, como Moisés, aunque tal monte no tenía el más mínimo parecido con el Sinaí, pues no pasaba de ser una colina), que incluso puede abolir algunos preceptos tradicionales (el ojo por ojo). Pero Mateo no era tonto, se dirigía a judíos, y sabía que no podía exagerar. Lo dejó bien claro cuando (aunque pareciese una contradicción) atribuyó a Jesús aquellas palabras acerca de que toda la Ley, hasta lo más mínimo de ella, se habría de cumplir. Por otra parte, podemos leer a Mateo, en otras ocasiones hablando de la superioridad de Jesús con palabras atribuidas al mismo Maestro: *Pues yo os digo que*

aquí hay algo más que el Templo (12,6); Porque señor es del sábado el Hijo del hambre (12,8); Aquí hay algo más que Salomón (12,42). Sin embargo, no se le ocurrió nunca escribir que Jesús fuese más que Moisés. No se atrevió a decirlo así de claro, pero lo dio entender. Probablemente estuviera pensando: quien tenga ojos para leer, que lea.

4. SEGUNDA SECCION NARRATIVA (Capítulos 8 y 9)

Mateo se dispuso a releer a Marcos y quedó satisfecho. Cuando Marcos sólo había redactado veintitrés versículos, él llevaba escritos doscientos. A partir de este momento, Marcos consigna una serie de milagros (intercalando la vocación de Leví y una discusión sobre el ayuno y las espigas arrancadas en sábado) y Mateo decidió hacer otro tanto. Pero le molestaba ajustarse demasiado al otro evangelista, así que hizo sus propios cambios, como otras veces. La secuencia de Marcos, comparada con la de Mateo, nos ayuda a comprender esos cambios.

MARCOS (1,21 a 3,6)	**MATEO (cap, 8 y 9)**
Cura al endemoniado de Cafarnaúm	(Ignora este milagro)
	El leproso (Marcos, más abajo)
	El criado del centurión
Cura a la suegra de Pedro	La suegra de Pedro
Numerosas curaciones	Numerosas curaciones
(Colección de Dichos)……	Exigencias del apostolado
(**Marcos en 4, 35**)………………………	La tempestad calmada
(**Marcos en 5, 1**)………………………	Los endemoniados gadarenos
Jesús recorre Galilea	
El leproso (arriba, primero de Mateo)	
El paralítico ………………………………………	El paralítico
Llamada a Leví ………………………………….	Llamada a Mateo
Come con pecadores ……………………………..	Come con pecadores
Discusión sobre el ayuno …………………………	Discusión sobre el ayuno
Espigas arrancadas en sábado………………………………	**(Más adelante, en 12, 1)**
El hombre de la mano seca…………………………………	**(Más adelante, en 12, 9)**
(Marcos 5, 21)……………………………	La hemorroísa y la hija de Jairo
	Los dos ciegos (**repetido en 20, 29**)
	Endemoniado mudo (**repetido en 12, 22**)
	Compasión hacia la gente

Como puede verse, de los cinco milagros que Marcos había reunido en un mismo bloque, Mateo sólo toma tres, ignorando el endemoniado de Cafarnaúm (no se sabe por qué) y dejando al hombre de la mano seca para otra ocasión. Buscó en distintos lugares de Marcos otros cuatro milagros, puso por su cuenta el criado del centurión, los dos ciegos y el endemoniado mudo y completó así el bloque de diez prodigios de Jesús.

Es digno de mencionar el hecho de que Lucas, en estos pasajes, se amolda perfectamente a Marcos: su secuencia es idéntica.

Cuando Jesús sana al leproso le advierte de que no se lo diga a nadie (siguiendo en esto a Marcos), pero añade por su cuenta que el hombre no le hizo caso y divulgó la noticia, hasta el punto de que Jesús no podía presentarse en público en ninguna ciudad, sino que se veía obligado a quedarse a las afueras, donde, después de todo, acudía la gente de todas partes para verle.

Al curar al criado del centurión (noticia que obtuvo de la Colección de Dichos, pues Marcos la desconoce), aprovecha la ocasión para intercalar un dicho de Jesús acerca de los paganos que vendrán a sentarse en el Reino de los Cielos (Mateo estaba interesado en difundir un mensaje universalista), mientras que los judíos serán echados fuera, ya que habían rechazado al Mesías. Sigue a Marcos al narrar la curación de la suegra de Pedro, pero introduce un ligero aunque importante retoque: Marcos decía que los discípulos *instaban a Jesús* para que la curase; Mateo su-

prime este dato y, en consecuencia, da a entender que Jesús fue quien tomó la iniciativa, no necesitó que nadie le hablase de la enferma.

Al narrar las numerosas curaciones que hizo después (según Marcos), suprimió y añadió. Suprimió el dato de Marcos de que expulsaba los demonios prohibiéndoles hablar, pues le conocían. Añadió una referencia al profeta Isaías *(El tomó nuestras flaquezas y cargó con nuestras enfermedades),* presentando estas curaciones como cumplimiento de una profecía (nuestro escritor muestra siempre un gran interés en echar mano de las escrituras hebreas para justificar las actuaciones de su héroe).

A continuación intercala dos dichos sobre las exigencias de la vocación apostólica *(El Hijo del hombre no tiene dónde reclinar su cabeza* y *Deja que los muertos entierren a sus muertos).* Cuando leyó el milagro de Gerasa, vio que Marcos sólo hablaba de un endemoniado, y no pareciéndole suficiente, puso dos. Al escribir la curación del paralítico, Mateo simplifica la narración de Marcos, pero deja intacta la intención: demostrar que el Hijo del hombre tiene poder para perdonar los pecados, además de curar.

Cuando Marcos cuenta que Jesús llamó a Leví, el recaudador de impuestos, a Mateo le interesó cambiar el nombre: ahora se trata de un tal Mateo, como nuestro escritor. En realidad podía haber tenido ambos nombres y llamarse Mateo Leví, o Leví Mateo. El milagro de los dos ciegos es de su propia cosecha y el endemoniado mudo lo encontró en los Dichos del Señor.

Para terminar, hizo un breve resumen, demostrando una vez más su facilidad para mezclar textos diversos. El resumen sólo tiene tres versículos. Pues bien: el primero (Jesús enseña por los pueblos y cura toda dolencia), es de su material propio y exclusivo; el segundo se trata de una frase de Marcos (la gente era como ovejas que no tienen pastor, escrita en un contexto totalmente diferente), y el tercero otro dicho del Señor: *La mies es mucha* y *los operarios pocos. Rogad al dueño de la mies que envíe obreros a su mies.*

Así quedó terminada la segunda sección narrativa.

5. SEGUNDO DISCURSO (a los apóstoles) (Capítulo 10)

Cuando Mateo volvió a consultar el viejo libro de Marcos, éste contaba cómo Jesús había subido al monte y llamó a los que él quiso *para enviarlos a predicar* con el poder de expulsar demonios, y seguía contando la institución de los Doce, cuyos nombres transcribía. La frase que hemos puesto en cursiva le recordó que, más adelante, Marcos hablaba, de una forma muy resumida por cierto, de las instrucciones que les dio Jesús a sus apóstoles cuando les envió a predicar. Entonces decidió que lo más apropiado, llegado a este punto, era transcribir la institución de los Doce y continuar con un discurso a los misioneros, alargando el de Marcos considerablemente. Así pues, juntó dos narraciones que en Marcos estaban separadas (la institución de los Doce en el capítulo 3 y el envío misionero en el 6). Efectivamente, Mateo comenzó escribiendo los nombres de los Doce elegidos.

Es el capítulo 10 de Mateo, uno de los más enrevesados.

Cuando averiguamos de dónde sacó Mateo las palabras de Jesús incluidas en este discurso, tenemos la impresión de que el evangelista estuvo haciendo un puzzle, como en

otras ocasiones. Por ejemplo, en el sermón del monte. Pero allí apenas entraba Marcos, pues la mayor parte estaba configurada con los Dichos y el material propio de Mateo. Ahora toma de Marcos casi tanto como de los otros dos (los Dichos y el material exclusivo). Veamos todo el capítulo tomado versículo a versículo y su procedencia, sin olvidar que se trata de un discurso del Maestro exclusivamente dirigido a sus discípulos, pero que él no pronunció en la forma continua en que está redactado. Lo más probable es que lo hiciera en distintas ocasiones, puesto que está configurado con frases de Marcos, de los Dichos y del material propio del evangelista.

MATEO capítulo 10

1. Y llamando a sus doce discípulos, les dio poder sobre los espíritus inmundos para expulsarlos, y para sanar toda enfermedad y dolencia.	**Mc:** Y llamó a los doce y **comenzó a enviarlos de dos en dos**, dándoles poder sobre los espíritus inmundos. **(Está en el capítulo 6, 7)**
2. Los nombres de los doce apóstoles son.…	**Del capítulo 3 (13-16) de Marcos**
5-8 Jesús da instrucciones a los apóstoles que envía a predicar.	**Este párrafo no está en ninguna otra parte de los evangelios, se considera material propio de Mateo**
9-10a. Siguen las instrucciones,	**pero vuelve al capítulo 6 (8-9) de Marcos, más o menos parecido**

10b porque el obrero merece su sustento.	**De la Colección de Dichos**
11En la ciudad donde entréis, informaos de quién hay en ella digno y quedaos allí hasta que salgáis.	**Vuelve a Marcos: 6,10**
12-13. Al entrar en la casa, saludadla. Si es digna, llegue a ella vuestra paz; mas si no lo es, que vuestra paz se vuelva a vosotros.	**Material propio de Mateo**
14. Y si no se os recibe ni se os escucha, salid de la casa o la ciudad aquella sacudiendo el polvo de vuestros pies.	**Sigue con Marcos: 6, 11**
15. Os aseguro: el día del juicio habrá menos rigor para Sodoma y Gomorra que para la ciudad aquella. **16a.** Mirad que os envío como ovejas en medio de lobos.	**De la Colección de Dichos**
16b. Sed, pues, prudentes como las serpientes y sencillos como las palomas.	**Material propio de Mateo**
17-22. Todo este párrafo es de Marcos **13,9-13** com ligeras variantes Les habla de las persecuciones que les acechan	**Pero Marcos lo escribe en el discurso escatológico, antes de morir**
23. Cuando os persigan en una ciudad, ir a otra. Yo os aseguro: no acabaréis de recorrer las ciudades de Israel antes de que venga el Hijo del hombre.	**Este versículo es un añadido del propio Mateo**
24. No está el discípulo por encima de su maestro, ni el siervo por encima de su amo. **25a**Ya le basta al discípulo ser como su maestro y al siervo como su amo.	**Colección de Dichos**

25.b Si al dueño de la casa le han llamado Beelzebul, ¡cuánto más a sus domésticos!	**Material propio**
26. No les tengáis miedo. Nada hay encubierto que no haya de ser descubierto, ni oculto que no haya de saberse.	**Marcos 4 (22)**
27-33 Palabras de consuelo	**Exclusivos de Mateo.**
34-37 No penséis que he venido a traer paz a la tierra. No he venido a traer paz, sino espada. He venido a enfrentar al hombre con su padre, a la hija con su madre, a la nuera con su suegra, y sus propios familiares serán los enemigos de cada cual. El que ama a su padre o a su madre más que a mí no es digno de mí; el que ama a su hijo más que a mí, no es digno de mí.	**De la Colección de Dichos**
38-39 El que no tome su cruz y me siga, no es digno de mí. El que encuentre su vida la perderá, y el que la pierda, la encontrará.	**Marcos 8 (34-35):** Si alguno quiere venir en pos de mí, tome su cruz y sígame. Porque quien quiera salvar su vida la perderá, pero quien pierda su vida por mí y el evangelio, la salvará.
40a Quien a vosotros os recibe, a mí me recibe,	**Material propio de Mateo**
40b y quien me recibe a mí, recibe a Aquel que me ha enviado.	**De Marcos 9 (37b):** Quien me reciba, no me recibe a mí sino al que me envió.
41 Quien recibe a un profeta por ser profeta, recompensa de profeta recibirá, y quien reciba a un justo por ser justo, recompensa de justo recibirá.	**Material propio**
42 Todo el que dé de beber un vaso de agua a uno de	**Marcos 9 (41):** Todo el os dé un

estos pequeños por ser discípulo, os aseguro que no perderá su recompensa.	vaso de agua porque sois de Cristo, no perderá su recompensa.

Y terminó su discurso como el primero: *Cuando Jesús acabó...,* añadiendo lo que correspondía en este caso: …*de dar instrucciones a sus discípulos, partió de allí para enseñar* y *predicar en sus ciudades.*

Pero Mateo no se limitó a engarzar unas frases con otras, sino que lo hizo de tal modo (introduciendo ciertos cambios para que el empalme fuese correcto) que el resultado fue realmente notable. Pero tuvo que tomar de Marcos algunos textos que este evangelista tenía diseminados por todo su evangelio. Los nombre de los Doce, como hemos visto, los situaba Marcos en el capítulo 3. La orden de no llevar nada en su viaje misionero, la había escrito en el capítulo 6. La predicción de que serán perseguidos y llevados ante los tribunales, la colocaba Marcos (de una forma más congruente) durante la estancia de Jesús en Jerusalén, en el famoso discurso escatológico (cap 13), mientras que Mateo, en su discurso a los apóstoles, la sitúa en Galilea. La sentencia acerca de que nada hay oculto que no haya de ser descubierto la ponía Marcos en su discurso de las parábolas (cap. 4). Otra sentencia *(El que encuentre*

su vida la perderá, y *quien la pierda por mí, la salvará)* es un arreglo de la de Marcos *(Quien quiera salvar su vida, la perderá, pero quien pierda su vida por mí y por el Evangelio, la salvará),* que estaba entre las condiciones para seguir a Jesús (cap. 8 de Marcos) y Mateo, más adelante, la coloca efectivamente en el mismo lugar, pero la repite aquí, en el discurso a los apóstoles.

Marcos tenía, en el cap. 9, este dicho de Jesús: *El que recibe a un niño como este en mi nombre, a* mí *me recibe,* y *el que me reciba no me recibe a mí sino al que me envió.*

Mateo cambió a los niños por los apóstoles y colocó esa frase en el discurso apostólico: *Quien a vosotros recibe, a* mí *me recibe, y quien me recibe a mí, recibe a Aquel que me ha enviado.* Pero la referencia de Marcos a los niños no se le olvidó. La volvió a colocar en otro discurso a los apóstoles: *El que recibe a un niño como éste en mi nombre, a* mí *me recibe,* suprimiendo la segunda parte de la sentencia. Todo un puzle de difícil conjunción.

Y terminó este discurso con otra frase de Jesús tomada de Marcos, pero, en este caso, del capítulo 9. Y todo esto,

como hemos visto, intercalando textos de los Dichos y del propio Mateo.

Lo que resulta difícil de entender es el modo en que el autor iba buscando, entre el material que tenía sobre la mesa, las frases más adecuadas. Podemos suponer que, tras numerosas lecturas, se sabía casi de memoria todos los textos que contenían la información y que no había más que ir directamente a la frase que necesitaba para cerciorarse. O que transcribía los textos de memoria. O bien que el libro que poseía de Marcos estaba redactado de otra forma al que nosotros leemos ahora. Y aún queda otra posibilidad: que alguien le ayudaba en su trabajo, lo que tampoco resultaría absurdo.

6. TERCERA SECCION NARRATIVA (Capítulos 11 y 12)

Siguiendo el orden alterno que se había propuesto, Mateo pasa ahora a una nueva sección narrativa. Seguir a Marcos no resultaba adecuado, puesto que el material de este evangelista era muy reducido. Así que, para empezar, prescindió de él y tomó varios textos de la Colección de Dichos.

En primer lugar había una escena en la que el Bautista envía a sus discípulos a preguntar a Jesús si él era el que había de venir. Jesús les responde que vean los milagros que está haciendo y cómo se anuncia la Buena nueva a los pobres. Esto le gustó a Mateo, pues era una confirmación de lo que él mismo había dado a entender: que los milagros de Jesús le anunciaban como al Mesías esperado. A continuación, Jesús seguía hablando del Bautista, aplicándole las palabras del profeta Miqueas que había suprimido en Marcos cuando este escribió sobre la predicación de Juan (ver los paralelos de Marcos y Mateo en el apartado 2): *He aquÍ que yo envío a mi mensajero delante de ti, el cual te preparará por delante el camino.*

A continuación escribió lo que se refería, en los Dichos, al duro juicio que hizo Jesús sobre esta generación y las maldiciones contra las ciudades de Corazín, Betsaida y Cafarnaúm. Respecto a esta última, Mateo repitió lo que ya había dicho en otra ocasión en el capítulo 11,24.

Quedaba confirmado que quienes rechazaran a Jesús y sus misioneros, iban a ser juzgados duramente. ¿Pero empleó Jesús idénticas palabras en situaciones diferentes? Más bien queda claro que es obra de Mateo.

Siguió escribiendo una entrada llena de vaguedad, como casi siempre hacía *(En aquel tiempo, tomando Jesús la palabra…*), y se refirió a unas frases del Maestro dirigidas al Padre, que había revelado "estas cosas" a los pequeños ocultándolas a los sabios. Y a continuación se volvió a su información particular y tomó de ella las palabras sobre Jesús manso y humilde de corazón y de yugo suave.

En este punto se detuvo y volvió a Marcos. Lo había dejado cuando aquel contaba la discusión acerca del ayuno de los discípulos. Sin pensarlo dos veces insertó la continuación de Marcos: la escena de las espigas arrancadas en sábado por los discípulos de Jesús, que le reprochan los fariseos. En la respuesta de Jesús, Mateo incluyó algunos cambios. Veamos los dos textos.

MARCOS 2, 25-26	**MATEO 12, 3-4**
(Tras recriminar le los fariseos que arranquen las espigas en sábado)	
¿Nunca habéis leído lo que hizo David cuando tuvo necesidad.,y él y los que le acompañaban sintieron hambre, cómo entró en la Casa de Dios, en tiempos del Sumo Sacerdote Abiatar, y comió los panes de la proposición, que sólo a los sacerdotes es lícito comer, y dio también a los que estaban con él	¿No habéis leído lo que hizo David cuando sintió hambre él y los que le acompañaban, cómo entró en la Casa de Dios y comieron los panes de la proposición, que no era lícito comer a él, ni a sus acompañantes, sino sólo a los sacerdotes?
Material propio de Mateo…	**5-7** ¿Tampoco habéis leído en la Ley que en día de sábado los sacerdotes, en el Templo, quebrantan el sábado sin incurrir en culpa Pues yo os digo que aquí hay algo mayor que el Templo. Si hubieseis comprendido aquello de Misericordia quiero, que no sacrificio, no condenaríais a los que no tienen culpa.
27 El sábado ha sido instituido para el hombre y no el hombre para el sábado. **28** De suerte que el Hijo del hombre también es Señor del sábado.	**8** Porque señor es del sábado el Hijo del hombre.

No menciona al Sumo Sacerdote Abiatar, porque se dio cuenta de que Marcos había cometido un error, ya que se trataba de Abimelec; añadió tres versículos por su cuenta, suprimió aquello tan interesante de *el sábado ha sido instituido para el hombre y no el hombre para el sábado.* Pero los problemas sabáticos no habían terminado: Mateo siguió con Marcos en el milagro del hombre que tenía una mano paralizada, hecho que también ocurrió en sábado.

Según el viejo Marcos, Jesús decía: *¿Es lícito en sábado hacer un bien en vez del mal, salvar una vida en vez de*

destruirla? A Mateo no le interesó la frase, pero encontró otra mucho mejor en los Dichos. Y la escribió: *¿Quién de vosotros que tenga una sola oveja, si ésta cae en un hoyo en sábado, no la agarra y la saca? Pues, ¡cuánto más vale un hombre que una oveja! Por tanto, es lícito hacer bien en sábado.*

Por supuesto que para ello tuvo que hacer algunos cambios, como afirmar que los fariseos preguntaban a Jesús si era lícito curar en sábado, lo cual no estaba claro en Marcos.

Para acabar, Mateo decidió dejar a Marcos una vez más. Ahora le tocaba el turno, de nuevo, a su material propio. La gente seguía a Jesús y los curaba a todos, y les mandaba enérgicamente que no lo dijeran a nadie, pero añadiendo que esto lo decía Jesús para que se cumpliera la escritura. Y transcribía un largo párrafo de Isaías sobre el Siervo de Yahvé. Era una forma muy personal de hacerlo, por supuesto, ya que uno de los párrafos afirmaba: *No disputará ni gritará, ni oirá nadie en las plazas su voz;* lo cual no era cierto. Pero a Mateo le pareció que venía bien .para justificar el silencio que Jesús imponía a los curados.

Marcos seguía dando cuenta de la institución de los Doce, pero Mateo ya había anticipado este dato cuando contó la misión apostólica. Siguió leyendo a Marcos: Los parientes del Maestro van a buscarle porque piensan que está loco (fuera de sí). A Mateo no le pareció conveniente incluir esta nota desfavorable al Maestro, así que continuó leyendo.

Marcos seguía con las calumnias de los escribas que acusan a Jesús de expulsar los demonios con el poder de Beelzebul, y a Mateo le pareció conveniente justificar esa acusación, así que repitió aquí la breve narración de la cura del endemoniado ciego y mudo. Entonces es cuando los fariseos le acusan, y Mateo toma de Marcos las palabras que Jesús decía en su propia defensa y, como siempre, introdujo algunos cambios, añadió alguna frase (entre ellas la sentencia *El que no está conmigo está contra mí, y el que no recoge conmigo, desparrama),* y acabó con Marcos.

En este momento, Mateo se volvió a los Dichos, donde encontró algo que podía relacionarse con lo anterior, puesto que Jesús seguía increpando a fariseos y escribas. No le salió tan perfecto como otros párrafos, pues se em-

peñó en juntar varias sentencias del Maestro: el árbol bueno y el malo y sus respectivos frutos, cómo el hombre bueno saca cosas buenas del tesoro de su corazón y la necesidad de no decir palabras ociosas.

Entonces, Mateo se vuelve inesperadamente a Marcos. No para seguirle, sino para buscar en él algo que se refiriera de nuevo a los fariseos. Tuvo que saltar cinco capítulos (y no sabemos por qué, ya que antes de eso Marcos hablaba de una discusión sobre las tradiciones religiosas). Pero fue directamente a la escena en la que esta facción religiosa le pide a Jesús una señal. Marcos dejaba claro que Jesús se negó a darles ninguna señal, pero a Mateo no le pareció convincente. Sin embargo, los dichos de Jesús contenían algo más: una referencia al profeta Jonás, que podría ser aprovechable. Tanto, que nuestro escritor le dio un vuelco total al sentido del Dicho añadiendo algo por su cuenta La comparación de los dos textos nos lo explica:

Dichos de Jesús (Lucas 11, 29-32)	**Mateo 12, 39-40**
Esta generación es una generación malvada; busca una señal, y no se le dará otra señal que la de Jonás. Porque ***así como Jonás fue señal para los ninivitas, así lo será el Hijo del hombre para esta generación.***	*¡Generación malvada y adúltera! Una señal reclama y no se le dará otra que la señal del profeta Jonás. Porque* ***así como Jonás estuvo en el vientre del cetáceo tres días y tres noches, así también el Hijo del hombre estará en el seno de la tierra tres días y tres noches.***

Los Dichos no mencionaban la muerte y resurrección de Jesús. Mateo lo añadió. Los Dichos seguían hablando de la reina del Sur, que vino a escuchar la sabiduría de Salomón, y hablaba de los ninivitas, que se convierten a la voz de Jonás. Mateo cambió el orden: colocó primero a los ninivitas y detrás a la reina del Mediodía.

Y siguió con los Dichos. En esta ocasión se trataba de una frase de Jesús sobre la estrategia que utiliza Satanás, que sale de un hombre y cuando vuelve se encuentra la "casa" barrida" y en orden, toma a otros siete espíritus y se instalan todos, y el final del hombre viene a ser peor que el principio. Una especie de parábola que a nuestros oídos occidentales suena bastante oscura.

Pero no quiso acabar aquí la sección narrativa: Se volvió de nuevo a Marcos y leyó la escena de los parientes de Jesús que quieren hablarle. Preparó la escena con una entrada que el otro evangelista no tenía: *Todavía estaba hab1ando a la muchedumbre...,* demostrando así que empleaba esas entradas para engarzar unas historias con otras, como, por otra parte, también hicieron los otros evangelistas. Luego copió casi al pie de la letra lo que decía Marcos: los parientes de Jesús son los que cumplen la

voluntad de Dios. Mateo escribió: *los que aump1en la voluntad de mi Padre celestial.* De esta forma, recalcaba las especiales relaciones de Jesús con la divinidad.

Fue una sección narrativa muy movida, literariamente hablando.

7. TERCER DISCURSO. Las parábolas (Cap. 13, 1-52; falta final, visita a Nazaret, que pertenece a la sección narrativa siguiente).

Marcos llevaba sólo tres capítulos cuando Mateo lo dejó en la escena anterior. Mateo había terminado doce. En este momento, Marcos había reunido varias parábolas y Mateo tuvo la idea de formar un discurso parecido. Pero Mateo ya nos tiene acostumbrados a tomar de aquí y de allá, de suprimir, añadir y cambiar, así que será instructivo, para tener una idea de conjunto, comparar el orden de Mateo con el de Marcos y observar así algunas manipulaciones de los textos.

MARCOS	**MATEO**
Introducción	Introducción
Parábola del **sembrador**…………………	Parábola del **sembrador**
Por qué habla en parábolas…………….	Por qué habla en parábolas
Explica parábola del sembrador……….	Explica la parábola
Parábola de la lámpara……………….. ………………	(**incluida en misión apostólica)**
Parábola de la medida.…………………………………	(**incluida en sermón del monte)**
La semilla que crece sola.………………………………	**la ignora**
El grano de **mostaza**…………………….	El grano de **mostaza**
	Paráb. de la levadura (**Dichos**)
Sólo habla en parábolas…………………	Sólo habla en parábolas
	(Explica parábola de la cizaña
Todo, material propio……	(Parábola del tesoro y la perla
	(Parábola de la red
	(Conclusión

Puede verse que sólo tomó dos parábolas de Marcos para este discurso. Añadió cuatro de su repertorio particular y una de los dichos (siete en total, el número mágico, de plenitud). Una vez más, Mateo toma a Marcos sólo como fuente de información, con esa información configura su relato a su modo.

La introducción y la parábola del sembrador, excepto pequeños ajustes, son prácticamente idénticas a la redacción de Marcos.

En la explicación que da Jesús acerca de por qué habla a la gente en parábolas, ambos evangelistas dejan bien claro algo realmente sorprendente: que Jesús habla en parábolas para que no se le entienda. Los dos se apoyan en la Escritura (Isaías): para que *por mucho que miren, no*

vean, por mucho que oigan no entiendan, no sea que se les convierta y se les perdone.

Cruel sentencia a la que Mateo añade otra de su propia cosecha: *Porque a quien tenga se le dará, y al que no tenga, aun lo que tiene se le quitará.*

Y para rematar esta escena, añade un Dicho del Señor: *Dichosos, pues, vuestros ojos, porque ven, y vuestros oídos, porque oyen....etc.*

A continuación viene la explicación de la parábola del sembrador, en la que Mateo se ciñe también a Marcos, como en la exposición de la parábola del grano de mostaza. Sin embargo, Marcos tenía una conclusión:

Y les anunciaba la palabra con muchas parábolas como estas, según podían entenderle; no les hablaba sin parábolas; pero a sus discípulos se lo explicaba todo en privado.

Esta frase recalcaba la idea anterior de que Jesús hablaba así para que no le entendiesen. Mateo hizo algo extraño en su afán de sacar la Escritura a colación: dijo que Jesús hablaba en parábolas para que se cumpliera lo dicho en un Salmo (el 78,2): *Abriré en parábola mi boca, publicaré lo que estaba oculto desde la creación del mun-*

do. No se dio cuenta de que esta cita entraba en contradicción con la de Isaías, que casi acababa de referir, porque en el Salmo parece que con las parábolas Jesús lo aclararía todo, mientras que en Isaías se dice todo lo contrario.

La conclusión de Mateo a este discurso es cosa suya. Tan suya, que pone en boca de Jesús su propia forma de escribir el evangelio: *Todo escriba que se ha hecho discípulo del Reino de los Cielos es semejante al dueño de una casa que saca de sus arcas lo nuevo y lo viejo.* Alguien ha observado que Mateo dice primero "lo nuevo". Muy significativo, si es que lo hizo a propósito.

8. CUARTA SECCION NARRATIVA (Final del 13 y capítulos 14, 15, 16 y 17)

Mateo se sentía cansado. Llevaba muchos días trabajando en su obra y, como hemos visto, de una forma que le absorbía totalmente con' la tarea de alternar las diversas fuentes de información de que disponía. Pensó que debía tomarse un respiro. En adelante, al menos por un tiempo, se ceñiría a Marcos, lo cual resultaba más sencillo. Pero hizo algunos ajustes.

Veamos antes el paralelismo entre ambos evangelistas.

Marcos, 6, 1 a 9, 32	**Mateo, de 13, 53 a 17, 27**
Visita a Nazaret	Visita a Nazaret
Misión de los Doce………………………………………..	
Herodes y Jesús	Herodes y Jesús
Muerte del Bautista	Juan el Bautista
Regreso de los misioneros y………………………………..	
1ª multiplicación de panes	1ª multiplicación de los panes
Jesús camina sobre las aguas	Camina sobre las aguas
Curaciones en Genesaret	Curaciones en Genesaret
Discusión de tradiciones farisaicas	Tradiciones farisaicas
Sobre lo puro y lo impuro	Lo puro y lo impuro
Cura a la hija de una siro fenicia	La hija de la siro fenicia
Cura a un tartamudo sordo……………………………………	
………………………………………	*Numerosas curaciones*
2ª multiplicación de los panes	2ª multiplicación de los panes
Los fariseos piden una señal	Le piden una señal
Levadura de los fariseos y Herodes	Levadura de fariseos y saduceos
Cura al ciego de Betsaida ……………….………………………….	
Profesión de fe de Pedro	Profesión de fe de Pedro
Primer anuncio de la pasión	1º anuncio de la pasión
Condiciones para seguir a Jesús	Condiciones para seguir a Jesús
La transfiguración	La transfiguración
La venida de Elías	La venida de Elías
El endemoniado epiléptico	El endemoniado epiléptico
Segundo anuncio de la pasión	2º anuncio de la pasión…
………………………………………	*El tributo del templo*

A simple vista puede observarse las omisiones de Mateo (en negrita).

No transcribió la misión de los Doce porque ya la había anticipado en el segundo discurso (dirigido a los apóstoles, como vimos) ni dos milagros: el del tartamudo sordo y el del ciego de Betsaida. La verdad es que estas dos es-

cenas no decían nada a favor de Jesús: el Maestro tuvo algunas dificultades para sanar a ambos, como si le hubiese abandonado algo de su poder divino, y tenían un cierto tinte de intervención mágica. Al tartamudo sordo le metió los dedos en los oídos y le tocó la lengua con saliva, y la cura del ciego de Betsaida fue aún peor: le puso saliva en los ojos pero el ciego no se curó del todo; Jesús tuvo que insistir para que se produjese el milagro. Comparadas estas dos actuaciones con las portentosas curaciones que Mateo ya había narrado, la actitud de Jesús resultaba insegura y ambigua. Resueltamente debía dejarlos de lado. Y lo hizo.

Por otra parte, como vemos en el cuadro (en letra cursiva), se limitó a añadir un par de cosas. En primer lugar, escribió, por su cuenta, una especie de resumen sobre las numerosas curaciones que Jesús llevó acabo junto al mar de Galilea, y cómo la gente quedaba maravillada y glorificaba a Dios.

Al final de toda la sección narrativa, insertó, también de su información privada, un bien extraño milagro de Jesús: la forma en que éste pagó el tributo del Templo. Jesús ordena a Pedro que eche un anzuelo al mar, que. tome el primer pez que pique, le abra la boca, en la cual encontra-

ría una moneda suficiente para que pagase el tributo por los dos. La verdad es que Mateo no dice si aquello sucedió realmente, pues se limita a transcribir la orden de Jesús, pero, sea como fuere, la historia resulta algo rocambolesca.

Por supuesto que ninguna de las escenas de Marcos fue transcrita por Mateo al pie de la letra. Aunque copió frases enteras, introdujo ciertos pequeños cambios en el conjunto de cada historia y algunas simplificaciones dándoles así su sello personal. Pero cometió un desliz en cierto momento.

Volvamos un instante a Marcos.

En su capítulo 6 (como se ve en el resumen anterior), Marcos empezaba contando que la gente de Nazaret, su tierra, lo había rechazado, luego enviaba a sus misioneros de dos a dos dándoles instrucciones, y seguía hablando de que Herodes llegó a pensar que Jesús era Juan resucitado, al que había ordenado cortar la cabeza. Al llegar a este punto, Marcos pasa a contar lo que había ocurrido con el Bautista, y lo contó en pretérito, por supuesto. Acabó con la frase: *Al enterarse sus discípulos* (los de Juan) *vinieron a recoger el cuerpo y le dieron sepultura.* Y pasó a narrar

el regreso de los misioneros. Esto fue muy acertado, pues así los lectores "sentían" que entre una y otra escena (el envío y el regreso), había transcurrido un tiempo de espera suficiente.

Pero Mateo no fue tan atinado (no pudo serlo, ya que había suprimido la misión y el regreso de los misioneros). No se dio cuenta de que Marcos contaba la muerte del Bautista como algo ya pasado y lo narró como si acabase de suceder, pues, terminaba diciendo que los discípulos de Juan, después de enterrarle, fueron a contárselo a Jesús (lo que Marcos, lógicamente, no hacía). Y se vio obligado a escribir: *Al oír esto, Jesús se retiró de allí.* La gente le sigue y tiene lugar el milagro de la multiplicación de los panes y peces. Un desliz comprensible: Mateo estaba cansado.

En la escena de Jesús caminando sobre las aguas, Mateo añadió algo que faltaba en Marcos: que Pedro, viendo a Jesús flotando sobre las olas, sintió deseos irreflexivos de hacer lo mismo, pero se hundió. Jesús lo saca del apuro y le dice: *Hombre de poca fe, ¿por qué has dudado?* Y los que estaban en la barca, maravillados, "se postraron ente 'él'' diciendo: *Verdaderamente eres Hijo de Dios.* Postrarse era una forma de adoración; y de aquí podríamos

inferir que, según Mateo, los apóstoles le dieron a Jesús un tratamiento que sólo a Dios está reservado. Marcos, más comedido, se limitaba a escribir que *quedaron en su interior completamente estupefactos.*

En este momento podríamos preguntamos: ¿por qué añadió Mateo esa escena, al parecer innecesaria y tonta, la de Pedro queriendo imitar a su maestro? Pertenecía a lo que hemos venido llamando material propio de Mateo, que en realidad no sabemos lo que es. Podía tratarse de tradiciones orales, dichas de boca en boca, o de algún escrito que circulaba por la comunidad. Pero también es posible que el mismo Mateo la inventara para obtener algún efecto, por ejemplo, demostrar que la fe lo puede todo, que Pedro podría haber caminado sobre las aguas si la hubiese tenido, o bien facilitar lo que venía después: la adoración de los discípulos. Pero todo esto son meras especulaciones.

En la doctrina sobre lo puro y lo impuro, introdujo, en boca de Jesús, una cita de la escritura que no estaba en Marcos: *Este pueblo me honra con los labios, pero su corazón está lejos de mí. En vano me rinden culto, ya que enseñan doctrinas que sólo son preceptos de hombres.*

También a la escena siguiente, la curación de la hija de una señora siro-fenicia, le dio un toque personal. Marcos escribía que Jesús se fue con sus discípulos a la región de Tiro (al norte de Palestina, junto al Mediterráneo), pero que *deseaba que nadie lo supiese* (inexplicablemente, la mujer se entera de su presencia). Mateo suprimió ese deseo de Jesús. Marcos no decía que los discípulos interviniesen en esta escena, sino que iba directamente a Jesús y le pedía la curación de su hija. Siempre según Marcos, Jesús se volvió a ella y le dijo que no estaba bien tomar el pan de los hijos (los judíos) y echárselo a los perrillos (los paganos). A Mateo le pareció mejor introducirlos: los discípulos le ruegan que la escuche, y Jesús les responde: *No he sido enviado más que a las ovejas perdidas de la casa de Israel.* Parece como si la entrada en escena de los discípulos estuviese especialmente diseñada para forzar esas palabras de Jesús, contrarias, al universalismo de la Buena Nueva que el mismo Marcos, según hemos visto, quería destacar. ¿Por qué esta contradicción? Bueno, Mateo no podía estar en todo. Tenía un extenso material ante sí, y a veces ocurrían estas cosas. Ya se contradijo cuando el discurso sobre la Ley. Y no sería la última

vez. A pesar de ello, Jesús cura a distancia á la muchacha, cómo contaba Marcos.

La escena en la que se cuenta que los fariseos le piden una señal del cielo ya la había escrito Mateo en la tercera sección narrativa (ver número 6), pero no tuvo inconveniente en volver a contar la escena, aunque en una versión diferente. De todas formas acabó mencionando a Jonás.

Jesús, según Marcos, dice a sus seguidores que abran los ojos y se guarden de la levadura de los fariseos y de Herodes. Los discípulos dan muestras de una pésima inteligencia al creer que les está hablando de que no han traído pan (en realidad iban de viaje). El Maestro, bastante molesto, les recuerda las dos veces que multiplicó los panes, y acaba con la frase: *¿Aún no entendéis?* Mateo, para suavizar el intransigente juicio de Marcos sobre los discípulos, añadió por su cuenta: *Entonces comprendieron que no había querido decir que se guardasen de 1a levadura de los panes, sino de la doctrina de los fariseos y saduceos.*

Al escribir la profesión de fe de Pedro, introdujo un importante cambio (importante sobre todo para las generaciones posteriores). Veamos cómo tratan la escena los dos sinópticos.

MARCOS 8, 27-30	**MATEO 16, 13-16**
Jesús pregunta a los suyos: ¿Quién dice la gente que soy yo? Tras la respuesta, les pregunta: ¿Y vosotros, quién decís que soy yo?	Todo es igual que en Marcos, excepto el final, cuando Pedro responde por todos:
Pedro exclama: **Tú eres el Cristo**.	**Tú eres el Cristo**, **el Hijo de Dios vivo**.

Pero esto no es todo. Marcos cerraba la perícopa y pasaba a explicar lo que dijo Jesús anunciando su próxima pasión. Mateo no quedó satisfecho con esta solución. Había añadido a Pedro una declaración muy importante: *tú eres el Hijo de Dios vivo*, y no podía dejarlo así, era necesario explicar la importancia que tenía Pedro al pronunciar esa frase. He aquí lo que añadió:

Le respondió Jesús a Pedro: Bienaventurado eres, porque no te ha revelado esto la carne, sino mi Padre que está en los Cielos. Y yo a mi vez te digo que tú eres Piedra, y sobre esta piedra edificaré mi iglesia, y las puertas del Hades no prevalecerán contra ella. Te daré las llaves del Reino, y lo que ates en la tierra será atado en el Cielo

Un pasaje que sólo se encuentra en Mateo.

Mateo introduce aquí dos ideas que no están en Marcos:

1) La confesión de Pedro proviene de una revelación divina,

2) Jesús coloca a Pedro en una situación de liderazgo total (aunque no habla del tema de la sucesión apostólica).

Mateo no se dio cuenta de que la primera idea chocaba con la escena que viene más adelante (en Marcos, y que Mateo copia), en la que Jesús les advierte que va a sufrir, morir y resucitar, Pedro le recrimina por decir tal cosa y Jesús exclama airado: *¡Quítate de mi vista, Satanás! ¡Tropiezo eres para mí, porque tus pensamientos no son los de Dios, sino los de los hombres!* ¿Cómo se explica que Pedro tenga una revelación de Dios acerca de la filiación divina de su Hijo y a continuación se muestre tan incapaz de comprender lo que Jesús dice? ¿O cómo se explica que Pedro no repare en las palabras de Jesús sobre su resurrección? Podía sentirse incómodo por los sufrimientos previstos por el Maestro, pero si iba a resucitar, ¿por qué rechazar sus palabras? Y las rechazó todas *(¡lejos de ti, Señor, de ningún modo te sucederá eso!*, incluso la resurrección. Mateo no se dio cuenta de esta incongruencia.

En cuanto a la segunda idea, choca con el rechazo frontal de Jesús de todo liderazgo en su comunidad. Y choca igualmente con lo que sabemos por el libro de los Hechos y las cartas de Pablo: que en Jerusalén, el personaje prin-

cipal de la comunidad cristiana era Santiago, el hermano de Jesús. Pero ya hemos dicho que, muy probablemente, Mateo estaba escribiendo en Antioquía de Siria, una importante ciudad en la que había estado Pedro, y cuya comunidad cristiana sostenía la primacía del Apóstol sobre los demás discípulos de Jesús.

La escena siguiente resultó complicada. Marcos colocaba aquí seis sentencias de Jesús diferentes, y Mateo las copió, excepto la quinta, de la que sólo copió la mitad. Cosas de Mateo.

El resto de Mateo es casi idéntico a Marcos. Sólo llama la atención un detalle: al escribir el segundo anuncio de la pasión, vuelve a hacer un pequeño, pero importante retoque. Marcos había anotado que, tras el anuncio, *ellos no entendían lo que les decía y tenían miedo de preguntarle.* Mateo escribió: *Y ellos se entristecieron mucho.* Resultaba más lógico y dejaba a los discípulos en muy buen lugar.

Añadió por su cuenta lo del pez que tiene una moneda en la boca, y acabó la cuarta narración.

9. CUARTO DISCURSO (Capítulo 18)

Aunque este discurso no le resultó demasiado largo a Mateo, fue en ciertos puntos difícil.

Había dejado a Marcos en el segundo anuncio de la Pasión y; al volver a él, encontró la escena en la que el Maestro aclara a sus discípulos quién es realmente el mayor en la comunidad. La complejidad de esta perícopa nos obliga a exponerla y explicarla.

MARCOS 9, 34-36	**MATEO 18, 1-3**
Jesús pregunta a los suyos de qué discutían. Ellos callaron, pues por el camino habían discutido entre sí quién era el mayor. Entonces llamó a los Doce y les dijo: **Si uno quiere ser el primero, sea el último de todos y el servidor de todos.**	**Los discípulos preguntan** a Jesús. ¿Quién es el mayor en el Reino de los C.?
Y tomando a un niño, dice:*"Quien reciba a uno de estos pequeños en mi nombre, me recibe a mí, y quien me recibe, recibe al que me envió".*	Y tomando a un niño les dice: *Si no cambiáis yos hacéis como niños, no entraréis en el Reino de los Cielos.*

Tres cambios se observan nada más empezar la narración:

1) En Marcos, los discípulos se preguntan entre sí; en Mateo, le preguntan directamente a Jesús.

2) En Marcos, se preguntan quién es el mayor entre ellos; en Mateo, quién es el mayor "en el Reino de los Cielos". Con este detalle, nuestro autor quiso salvar, una vez

más, la reputación de los discípulos, que ahora no tienen por qué callar avergonzados.

3) En Marcos, Jesús responde al interrogante de sus discípulos de modo directo, sin tomar a ningún niño (en negrita), y cuando a continuación lo toma dice algo que no tiene nada que ver con el tema que se está tratando en la perícopa; en Mateo, Jesús sí llama a un niño para responder a los suyos, y esto hace que su respuesta no sea coherente con la pregunta.

Pero, ¿de dónde sacó Mateo esta respuesta ilógica? Pues del propio Marcos, que anotó algo muy parecido poco más adelante (capítulo 10, 15): *El que no reciba el Reino de Dios como niño, no entrará en él.*

Pero Mateo rectificó inmediatamente y continuó escribiendo: *Quien se haga pequeño como este niño, ése es el mayor en el Reino de los Cielos.*

Vemos cómo Mateo se inspira en Marcos, pero no le sigue. Y que ninguno de los dos sigue una línea lógica. En Marcos, Jesús responde adecuadamente a la discusión de los discípulos, pero a continuación se desvía del tema tomando a un niño y diciendo una frase que nada tenía que ver con lo anterior. Mateo, por su parte, se desvía de la cuestión de los discípulos nada más tomar al niño. La ra-

zón de este caos literario radica en el hecho de que, en esta perícopa, se mezclaron dos historias distintas: la respuesta de Jesús acerca de quién es el mayor (en la que interviene un niño) y el amor del maestro por los más pequeños, que se aclara del todo cuando a continuación se habla del escándalo.

La explicación que hemos tratado de dar es posible que haya resultado tan confusa como los mismos textos. Era de esperar: hasta Lucas se hizo un lío cuando escribió esta escena.

Pero, a continuación, Mateo volvió a demostrar su maestría. Aprovechó una frase de Marcos *(el que recibe a un niño como éste a mí me recibe)* para continuar hablando de los malvados que escandalizan a los niños: *Pero el que escandalice a uno de estos pequeños que creen en mí, más vale que le cuelguen al cuello una de es piedras de molino* y *lo hundan en lo profundo del mar.* De aquí pasó a copiar la famosa frase de Marcos: *Si tu mano te es ocasión de pecado, córtatela; más vale que entres manco en la Vida que con las dos manos en la gehenna, el fuego que no se apaga.* Y continuaba diciendo lo mismo del pie y del ojo. No recordó que ya lo había escrito en el sermón del monte. O no le importó.

Pero Marcos terminaba así: *Pues todos han de ser salados con el fuego.* Y por asociación de ideas acabó con algo que nada tenía que ver con el escándalo: *Buena es la sal, mas si se vuelve insípida, ¿con qué la sazonaréis? Tened sal en vosotros* y *tened paz unos con otros.*

Mateo quiso ser aquí más consecuente y aunque copia lo de la mano, el pie, el ojo y el fuego de la gehenna, acaba hablando de los niños, como empezó: *Guardaos de despreciar a uno de estos pequeños...*

En este momento, tomó su fichero de los Dichos y escribió aquello de la oveja que se pierde y la alegría de volverla a encontrar, y a continuación, la necesidad de corregir al hermano que peca. Luego consignó, de su información particular, lo referente a la oración hecha en común, las veces que hay que perdonar las ofensas. y (para recalcar la necesidad de perdonar) la parábola del siervo sin entrañas, que se niega a perdonar a sus deudores.

Y dio por terminado el cuarto discurso de Jesús.

10. QUINTA SECCION NARRATIVA (Capítulos 19 y 20)

Después de hablar del escándalo, Marcos había escrito: *Partiendo de allí se fue a la región de Judea, y al otro lado del Jordán.*

Mateo hizo otro tanto, pero después de anotar lo de la oveja perdida, la corrección fraterna, la oración en común, el perdón de las ofensas y la parábola del siervo sin entrañas (que hemos visto al final del cap. 18): *Cuando acabó Jesús estos discursos, partió de Galilea* y *vino a la región del Judea, al otro lado del Jordán.*

Ambos evangelistas han terminado de contar el ministerio de Jesús en su tierra, Galilea. Ahora, ambos narran lo ocurrido en el camino hacia Jerusalén. Marcos había escrito nueve capítulos, Mateo, diecinueve. Podemos ver cómo este se acomoda a aquel en esta sección.

MARCOS	MATEO
El matrimonio es indisoluble	El matrimonio es indisoluble
	Los eunucos por el reino
Jesús y los niños	Jesús y los niños
El joven rico, peligro de las riquezas	El joven rico, etc
Recompensa al desprendimiento	Recompensa al desprendimiento
	Parábola de los obreros de la viña
Tercer anuncio de la pasión	Tercer anuncio de la pasión
Petición de los hijos de Zebedeo	Petición de la madre de zebedeos
Los jefes deben servir	Los jefes deben servir

Mateo inserta en su escrito todas las secciones de Marcos, y se limita a añadir dos perícopas, ambas de su material exclusivo.

Sobre la indisolubilidad del matrimonio ya había escrito en el sermón del monte; ahora, siguiendo a Marcos, vuelve a hacerlo, presentando la prueba de la Escritura para demostrar dicha indisolubilidad, y terminando como lo hacía en la montaña.

Respecto a la escena de Jesús con los niños que le rodean, suprimió una frase de Marcos *(El que no reciba el Reino de Dios como niño, no entrará en él).* No tenía nada de particular que lo hiciera, pues se había inspirado en ella para escribir algo muy parecido cuando la discusión de los apóstoles sobre quién era el mayor, como ya hemos visto.

Pocas variaciones encontramos en las escenas del joven rico y el dicho sobre los peligros de las riquezas, pero al llegar a la recompensa que se promete al desprendimiento, encontramos algo curioso: en Mateo hay una recompensa especial para los apóstoles, que no está en Marcos: El Jesús de Marcos prometía a Pedro que todo aquel que hubiera dejado a su familia, casas y haciendas, para seguirle, recibiría el ciento por uno (ahora, al presente) en familia, casas, haciendas, y vida eterna en el tiempo venidero.

El Jesús de Mateo promete a Pedro que ellos, los apóstoles, por haberle seguido, se sentarán con él en doce tronos para juzgar a las doce tribus de Israel. A continuación copia a Marcos.

El resto no contiene mayores dificultades.

Marcos cuenta que Santiago y Juan (los hijos de Zebedeo) le piden a Jesús que puedan sentarse en su gloria a su lado cada uno de ellos. Mateo lo cuenta de otra forma (tal vez aquí también quiso dejar en buen lugar a los apóstoles): es la madre de Santiago y Juan la que pide a Jesús que sus hijos se sienten a su lado en su Reino. La respuesta de Jesús, en ambos casos, es prácticamente la misma.

Y para terminar, Marcos cuenta la curación de un ciego en Jericó. Mateo duplica el número: eran dos ciegos. Pero Mateo hace eso mismo en otras ocasiones. Por otra parte, la historia de estos dos ciegos se parece tanto a la que Mateo había escrito antes (también dos ciegos), al contar los diez milagros de Jesús, que en realidad podría tratarse de un duplicado. Lo que nunca podremos averiguar es por qué razón Mateo anotó dos ciegos en lugar de uno. ¿El texto de Marcos que tenía delante era distinto al que lee-

mos ahora? ¿Estaba actuando por su cuenta, utilizando un procedimiento literario muy personal, como otras veces?

11. CONTINÚA 5ª NARRACION. En Jerusalén (Cap. 21, 22 y 23)

Hemos colocado aparte la continuación de la narración quinta porque ésta se desarrolla ya en Jerusalén. Es una de las pocas cronologías en que coinciden los tres sinópticos.

Marcos	**Mateo**
Entrada en Jerusalén	Entrada en Jerusalén
Maldice una higuera	…………………….
Expulsa vendedores del Templo	Expulsa vendedores del Templo
La higuera seca. Poder de la oración	La higuera seca. Poder de la oración
Controversia sobre su autoridad	Controversia sobre su autoridad
	Parábola de los dos hijos
Parábola de los viñadores homicidas	Los viñadores homicidas
	Parábola banquete nupcial (**Dichos**)
El tributo debido. al César	El tributo debido al César
La resurrección de los muertos	La resurrección de los muertos
El mandamiento principal	El mandamiento principal
Cristo, Señor de David	Cristo, Señor de David
Guardaos de los escribas	……………………………
	Humildad contra hipocresía
El óbolo de la viuda pobre	…………………………..
	Maldiciones (**Dichos de Jesús**)
	Castigos (**id**)
	Apóstrofe a Jerusalén (**id**)

La entrada en la ciudad santa se hace entre aclamaciones de la gente. Marcos citaba dos versículos del Salmo 118, y Mateo hizo otro tanto. Pero Marcos añadía una frase del pueblo: *¡Bendito el reino que viene de nuestro padre David!* Mateo, inexplicablemente, lo suprimió, pero le dio a la entrada mesiánica un énfasis que faltaba en

Marcos. Este se limitaba a escribir que entró Jesús en Jerusalén, en el Templo, y después de observarlo todo a su alrededor, siendo ya tarde, salía con los Doce para Betania, que estaba cerca. Mateo anotó que al entrar en Jerusalén, toda la ciudad se conmovió. Pero lo curioso de esta entrada calificada de "triunfal" es que Lucas ofrece otra versión más modesta después que los discípulos volvieran con el asnillo:

Echaron (los discípulos) *sus mantos sobre el asnillo y montaron a Jesús. Según avanzaba, extendían* ***ellos*** (los discípulos) *sus mantos en el camino a modo de alfombra. Y acercándose él ya a la bajada del monte de los Olivos,* ***toda la multitud de discípulos*** *comenzaron a alabar a Dios a grandes voces por todos los milagros que habían visto, diciendo. ¡Bendito el que viene…etc. Algunos fariseos de entre la multitud* (de los discípulos, como se acaba de decir antes) *le dijeron: Reprende a tus discípulos. Jesús responde: Si éstos callaran, gritarían las piedras*

Llegado a este punto, Mateo escribió la historia de la maldición de la higuera, porque tuvo hambre y no encontró higos en ella. Hay una diferencia interesante entre ambos autores:

Marcos 11	**Mateo 21**
Jesús entra triunfante en Jerusalén y luego se marcha a Betania	Entra en Jerusalén, **expulsa a los vendedores del Templo**, y marcha a Betania.
Jesús **sale de Betania**, siente hambre, ve una higuera pero la encuentra sin fruto (no era tiempo, aclara Marcos) y la maldice. **La higuera no se seca entonces……….**	Al amanecer **sale de Betania**, sintió hambre, encuentra una higuera sin fruto. La maldice y **la higuera se seca al momento**
Intermedio de Marcos: Jesús sigue a Jerusalén donde **expulsa a los vendedores del templo.** Luego sale de la ciudad.	
Al día siguiente, los discípulos ven la higuera seca hasta la raíz. Se admiran: *Tened fe en Dios... Todo cuanto pidáis en la oración, creed que ya lo habéis recibido, y lo recibiréis.*	Los discípulos se admiran: *Si tenéis fe y no vaciláis, no solo haréis lo de la higuera… Todo cuanto pidáis en la oración con fe, lo recibiréis.*

Marcos compone su historia en dos secciones separadas por la expulsión de los vendedores del Templo (vuelve a ese truco literario que ya usó cuando la muerte del Bautista). Pero Mateo se había anticipado: Jesús expulsa a los mercaderes nada más entrar en la ciudad santa, así que se vio obligado a contar lo de la higuera en una sola narración. y fue más perspicaz que Marcos, porque no transcribió la última frase de éste acerca de perdonar antes de re-

zar, porque, evidentemente, aquello nada tenía que ver con la historia de la higuera.

En la escena de la controversia que sostuvo Jesús con sumos sacerdotes y escribas, Mateo siguió casi al pie de la letra a Marcos, sin más complicaciones.

Jesús había preguntado a los fariseos si el bautismo de Juan era de Dios o de los hombres. Ellos no contestan. Jesús, entonces, relataba la parábola de los viñadores homicidas. Pero a Mateo no le pareció suficiente, así que, antes de eso, introdujo, de su información propia y exclusiva, la parábola de los dos hijos (a requerimientos del padre, uno no quiere ir a la viña, pero se arrepiente y va; el otro le dice que sí, pero no va), que terminaba con una alabanza de los marginados de la sociedad (publicanos y prostitutas), que se abren a la fe que el Bautista les pregona, lo que no hacen los escribas, fariseos, etc.

Se volvió a Marcos para anotar ahora la parábola de los viñadores homicidas (el dueño de una viña la arrendó a unos viñadores, los cuales reniegan del dueño y apedrean y matan a cuantos aquél les envía, incluso a su hijo). Se trataba de una acusación directa al pueblo judío, que rechaza a los enviados de Dios, y por ello, dice, *se os quitará*

el Reino para dárselo a un pueblo que rinda sus frutos. Mateo vuelve a la idea del universalismo cristiano, pero esa frase no estaba en Marcos; la puso él por su cuenta. Las cosas habían cambiado desde que Marcos escribió su viejo libro.

En este momento tomó los Dichos del Señor, donde había leído otra parábola con la misma idea de la anterior: la del banquete nupcial. Un rey invita a un banquete de bodas a mucha gente, que se niegan a ir poniendo una u otra excusa; algunos incluso matan a los enviados; el rey manda sus tropas para dar muerte a esos homicidas y luego invita a otros que no estaban en la lista. Añadió un final que no estaba en Marcos y acabó con un dicho solemne: *Muchos son llamados, mas pocos escogidos.*

La historia del tributo que ha de pagarse al César y la discusión con los saduceos acerca de la resurrección de los muertos (es sabido que los saduceos no creían en tal cosa) están tomadas de Marcos casi sin variaciones. También es de Marcos la escena en la que un escriba le pregunta a Jesús cuál es el mandamiento más importante, a lo que Jesús responde recitando dos (el amor a Dios y el amor al prójimo). Hasta aquí, Mateo no hace más que co-

piar, pero suprime lo que seguía en Marcos: el escriba alababa a Jesús por su respuesta y añadía que cumplir esos mandamientos era más importante que los holocaustos y sacrificios. Y Jesús alaba al escriba: *No estás lejos dé1 Reino de los Cielos.* Mateo no consideró oportuno el hecho de que Jesús alabara a un escriba, después de las maldiciones que les iba a echar poco más adelante.

También es de Marcos el dicho de Jesús acerca de David, a quien considera servidor del Cristo, según una cita de las Escrituras. Mateo insertó esta perícopa tal y como estaba. Pero a continuación escribió un largo alegato contra los escribas y los fariseos tomando trozos de los Dichos, de Marcos y de su material propio, y mezclándolos ordenadamente. Es la diatriba más dura de Jesús. Acaba con un apóstrofe a Jerusalén (que tomó de la Colección de Dichos), el cual, a pesar de haberle recibido con alabanzas y palmas acabaron rechazándole, como se vería más adelante.

12. QUINTO DISGURSO (Capítulos. 24 y 25)

Estando Jesús en Jerusalén -así empieza todo-, uno de los discípulos (según Marcos), o todos (según Mateo), se le acercan para mostrarle su admiración por las hermosas

construcciones del Templo y sus aledaños. Jesús les echa un jarro de agua fría.

-*¿Veis todo esto? Pues os aseguro que no quedará aquí piedra sobre piedra que no sea derruida.*

Los discípulos, de momento, guardan silencio. Las palabras de Jesús parecen una profecía, pero es posible que previera la destrucción de la ciudad (ocurrida efectivamente el año 70), conociendo como conocía el ambiente de rechazo a la ocupación romana, los continuos intentos de rebelión que se producían, y la saña con que los ocupantes aplastaban todo intento de independencia.

Luego cambia la escena. Ahora están en el monte de los Olivos. Según este mismo autor, Pedro, Santiago, Juan y Andrés se le acercan (Mateo afirma que se acercaron todos) y le hacen una doble pregunta.

Según Marcos:

-Dinos cuándo sucederá eso (en qué momento tendrá lugar la destrucción del Templo), ***y cuál será la señal de que todas estas cosas están para cumplirse*** (el signo que precederá a la destrucción).

Pero cuando Mateo llega a este punto, la pregunta que hacen los apóstoles tiene una segunda parte totalmente diferente:

-Dinos cuándo sucederá eso, ***y cuál será la señal de tu venida y del fin del mundo****.*

La diferencia entre ambos escritores resulta decisiva para interpretar todo el discurso. Según Marcos, los discípulos sólo están interesados en la noticia de la destrucción de Jerusalén y su famoso Templo, mientras que Mateo los presenta interesados tanto en ese desastre como en otra cuestión que Jesús no había planteado: la venida de Jesús y el fin del mundo, que tampoco se sabe si se trata de una sola circunstancias o de dos momentos diferentes.

Planteadas así las cosas por Mc y Mt, la respuesta de Jesús tiene que ser forzosamente un galimatías, pues debe aclarar tanto las señales que precederán a la destrucción de la ciudad como las que precederán a su vuelta triunfante y al fin del mundo. Y acaba resultando un discurso confuso y absurdo porque Jesús les da la misma respuesta a todas esas preguntas.

Pero Jesús no respondió a la primera (¿cuándo será destruida nuestra ciudad? Sabía, o sospechaba, que Jerusalén iba a ser destruida, pero no cuándo. Así que se limitó

a responder a la segunda parte. Y así comenzó la confusión.

MARCOS 13, 5-8 (Comienzo de los dolores): *Mirad que no os engañe nadie. Vendrán muchos usurpando mi nombre y diciendo: "yo soy", y engañarán a muchos. Cuando oigáis hablar de guerras y de rumores de guerras, no os alarméis; porque eso es necesario que suceda, pero* ***todavía no es el fin****. Pues se levantará nación contra nación y reino contra reino. Habrá terremotos en diversos lugares, habrá hambre: esto será el comienzo de los dolores de alumbramiento.*

Resultan extrañas algunas de las señales precursoras de la caída de Jerusalén: esos que vendrán intentando usurpar el nombre de Jesús, las guerras de nación contra nación y reino contra reino (sólo andaban enredados romanos e israelitas), los terremotos y una hambruna inexplicable antes de la guerra.

MARCOS 13, 9-13: *Pero vosotros mirad por vosotros mismos; os entregarán a los tribunales, seréis azotados en las sinagogas y compareceréis ante gobernadores y reyes por mí, para que deis testimonio ante ellos. Es necesario*

ante todo que el evangelio sea predicado a todos los pueblos.
Y cuando os lleven para entregaros, no os preocupéis de qué vais a hablar; sino decid lo que se os comunique en aquel momento. Porque no seréis vosotros los que hablaréis, sino el Espíritu santo. Y entregará a la muerte hermano a hermano y padre a hijo; se levantarán hijos contra padres y los matarán. Y seréis odiados por todos por causa de mi nombre. Pero el que persevere hasta el fin, ese se salvará.

De nuevo, las señales parecen de todo punto exageradas si se refieren a lo que va a ocurrir antes de que las tropas romanas destrozaran a los sublevados. Estos versículos se refieren más bien a las persecuciones de que fueron objeto los cristianos por parte de los emperadores, cuando los discípulos andaban por todo el imperio tratando de predicar "a todas las naciones", es decir, a las que formaban ese imperio, porque los evangelistas (ni el mismo Jesús) hacen referencia nunca a naciones desconocidas.

Mateo, por su cuenta, expresó más dramáticamente la situación añadiendo varios versículos por su cuenta: *Os entregarán a la tortura y os matarán, y seréis odiados de*

todas las naciones. Muchos se escandalizarán y odiarán mutuamente; y repite de nuevo lo de los falsos profetas que engañarán a muchos, pero se salvarán los que perseveren hasta el final, hasta que todo termine, que no se sabe exactamente cuándo será, ni en qué consistirá ese fin. Y acabó con la frase de Marcos acerca de que se proclamará la. Buena Nueva del Reino en el mundo entero; *y entonces vendrá el fin* (una frase que no estaba en Marcos). Suprimió aquello de que, cuando fuesen apresados, confiaran en el Espíritu Santo. Ideas muy parecidas las había escrito ya Mateo **en el discurso a los apóstoles enviados en misión**, sacándola de Marcos. Vamos a recordarlas:

Mateo (cap.10, 17-20): *Os entregarán a los tribunales y os azotarán en las sinagogas; y por mí os llevarán ante gobernadores y reyes, para que deis testimonio ante ellos y ante los gentiles* (Marcos no decía esto último). *Mas cuando os entreguen, no os preocupéis de cómo vais a hablar…porque no seréis vosotros los que hablaréis, sino el Espíritu de vuestro Padre es el que hablará en vosotros.*

Esta repetición hace que todo resulte confuso, pues no sabemos si estas persecuciones vendrían durante la misión apostólica o cuando llegara *el comienzo de los dolo-*

res. O en ambos casos. Pero Marcos no hablaba de persecuciones cuando Jesús envió a sus discípulos a misionar (muy al contrario, la misión fue un éxito). Es cosa de Mateo colocar las persecuciones en ambas circunstancias. Los duplicados le entusiasmaban.

En esta perícopa encontramos de nuevo la forma en que Mateo juega con las frases de Marcos como si fueran piezas de un rompecabezas. Obsérvese cómo un dicho es colocado por Mateo en lugares diferentes y de diferente forma:

Marcos (13, 13), en el **discurso escatológico**, había escrito:

Vosotros seréis aborrecidos por todos a causa de mi nombre, pero el que persevere hasta el fin se salvará.

Mateo copia esta frase tal cual está en Marcos, pero en el **discurso misionero** del capítulo 10, exactamente en versículo 22.

Pues bien, cuando llega el momento de transcribir el **discurso escatológico** de Jesús, Mateo vuelve a poner ese dicho, pero antes lo divide en dos expresiones: "Seréis aborrecidos por todos" y "El que persevere hasta el fin, se salvará", y entre ambas intercala otras frases de Marcos:

"Os entregarán a la tortura y os matarán, ***y seréis aborrecidos de todas las naciones a causa de mi nombre.*** Muchos se escandalizarán entonces y se traicionarán y odiarán mutuamente. Surgirán muchos falsos profetas que engañarán a muchos. Y al crecer cada vez más la iniquidad, la caridad de la mayoría se enfriará. ***Pero el que persevere hasta el fin, ése se salvará".***

Ya hemos visto que Mateo hace lo mismo en otras ocasiones.

La perícopa que ahora titulan las biblias comunes "el comienzo de los dolores", y que acabamos de exponer, la termina Mateo, como hemos visto, de forma distinta a Marcos: *Se proclamará esta buena Nueva en e1 mundo entero… y entonces vendrá el fin.* Marcos había insertado esta frase (sin hablar del fin) en medio mismo del discurso anterior. Mateo, al cambiarla de sitio y añadir lo del fin podía comenzar una nueva narración de forma más coherente: la gran tribulación de Jerusalén. Los dos evangelistas coinciden bastante. No obstante, *el fin* no sabemos si se refiere a la destrucción de Jerusalén (de eso era de lo que Jesús estaba hablando) o al final de los tiempos.

MARCOS. 14-17: (La tribulación de Jerusalén): *Pero cuando veáis la abominación de la desolación (Daniel 9,27) erigida donde no debe (el que lea, que lo entienda), entonces, los que estén en Judea huyan a los montes; el que esté en el terrado, no baje ni entre a recoger algo de su casa, y el que esté por el campo, no regrese en busca de su manto. ¡Ay de las que estén encintas por aquellos días!*

¿Qué significaba la abominación de la desolación? Mateo nos da una pista escribiendo: *Cuando veáis la abominación de la desolación, anunciada por el profeta Daniel, erigida en el 1ugar Santo*…

Efectivamente: en el libro de Daniel aparece esa extraña frase, pero se refería a un ídolo pagano que el rey griego Antioco Epifanes erigió en el Templo ciento sesenta y ocho años antes de que Jesús naciera. Por supuesto que no era esto lo que iba a ocurrir, ni ocurrió antes de la caída de Jerusalén por los romanos.

Lucas fue mucho más específico y claro, pues suprimió esa frase de Daniel y escribió sencillamente: *Cuando veáis a Jerusalén cercada por ejércitos, sabed entonces que se acerca su desolación.*

Ahora las cosas ya están claras (aunque seguimos sin saber qué dijo Jesús realmente). Jesús sigue hablando de que, cuando llegue ese momento, Jerusalén cercada por los ejércitos, huyan a los montes, el que esté en el terrado que no baje a recoger nada de la casa, y el que esté en el campo que no regrese. Que deben rezar para que todo esto no suceda en invierno ni en sábado, porque habrá una tribulación como nunca se había visto desde el principio del mundo *ni la volverá a haber.*

Probablemente no lo fue tanto, pero unos sesenta años más tarde los hebreos volvieron a rebelarse contra los romanos, y estos arrasaron de nuevo Jerusalén y la despoblaron.

Y vuelve a repetir, con Marcos, el tema de los falsos cristos que tratarán de engañar a los discípulos a base de "prodigios". Pero no se tienen noticias, ni fuera ni dentro del Nuevo Testamento, de esos usurpadores del nombre de Jesús que harían grandes milagros.

Las cosas siguen enredándose. Las señales que profetiza el Maestro no parecen tener nada que ver con el asunto de la caída de la capital, a pesar de que así debería ser siguiendo el orden lógico de sus palabras. ¿Entonces, a qué se refieren? La respuesta podría estar a continuación,

aunque el hilo del discurso lleva a otras consideraciones muy diferentes. Veámoslo en Mateo:

MAT 24.29-31: ***Inmediatamente después de la tribulación de aquellos días***, *el sol se oscurecerá, la luna perderá su resplandor, las estrellas caerán del cielo, y las fuerzas de los cielos serán sacudidas. Entonces aparecerá en el cielo la señal del Hijo del hombre; y entonces harán duelo todas las naciones de la tierra y verán venir al Hijo del hombre sobre las nubes del cielo con gran poder y gloria. Y enviará a sus ángeles con sonora trompeta y reunirán de los cuatro vientos a sus elegidos, desde un extremo de los cielos hasta el otro.*

Lo más extraño es la frase *inmediatamente después de la tribulación de aquellos días,* puesto que se refiere a la gran tribulación de Jerusalén cuando el ataque romano. Ni Marcos ni Mateo cayeron en la cuenta, al empalmar la perícopa anterior con ésta, de lo que estaban escribiendo: la venida del Hijo del hombre y el fin del mundo deberían llegar inmediatamente después de la caída de Jerusalén. Lo único que se da a entender en estos momentos es que Jesús está respondiendo a la segunda pregunta de los discí-

pulos según Mateo: cuándo será tu venida y el fin del mundo.

Pero la verdad es que Jesús no estaba haciendo eso.

Y no lo hacía porque contradiciéndose con lo que acaban de decir, Marcos y Mateo escribieron que el momento de la venida era incierto, pues de aquel día y hora nadie sabía nada, ni los ángeles del cielo ni siquiera el Hijo sino sólo el Padre.

MAT y MAR: *De la higuera aprended esta parábola: cuando ya sus ramas están tiernas y brotan las hojas, caéis en cuenta de que el verano está cerca. Así también vosotros, cuando veáis todo esto, caed en cuenta de que El está cerca, a las puertas. Yo os aseguro que no pasará esta generación hasta que todo esto suceda. El cielo y la tierra pasarán, pero mis palabras no pasarán.*

Por fin, Marcos terminaba el discurso de Jesús con una advertencia consecuente con la incertidumbre de la venida del Hijo del hombre: debéis estar atentos y vigilantes. Y les ponía una comparación: igual que un hombre que marcha de viaje lo deja todo preparado y encomienda al portero que vele, porque no se sabe cuando llegará el dueño de la

casa, no sea que llegue de improviso y os encuentre dormidos.

Pero a Mateo no le satisfizo la parábola del dueño que se va de viaje ni el hecho de que allí acabara el discurso escatológico. Dejó a Marcos, que ya nada tenía que ofrecerle sobre el tema, y se volvió a la Colección de Dichos. Allí encontró lo que deseaba: La venida del Hijo del hombre sería como en los días de Noé, cuando todos andaban descuidados comiendo y bebiendo, hasta que llegó el diluvio y los cogió de improviso. También había una frase acerca del dueño de una casa, pero que no se iba de viaje, sino que permanecía en vela para que no le sorprendiera el ladrón (los ladrones, cuya llegada no se espera, servían también para imaginar la venida de Jesús).

En la comunidad de Mateo se especulaba con la venida de Jesús. Unos la esperaban como inminente, otros creían que era inútil seguir esperando, puesto que el tiempo pasaba y no llegaba. Mateo quiso despertar la esperanza de los segundo, pero sin dar demasiado pábulo a los primeros. Siguiendo con los Dichos, encontró tres parábolas que venían como anillo al dedo: la del mayordomo (dichoso el siervo a quien su amo encuentre al volver cumpliendo sus órdenes, y pobre del que, pensando que el señor tarda, se

entrega a toda clase de vicios), la de las cinco vírgenes necias y las cinco prudentes (cuando llega el novio, las necia se quedan fuera, pues no tenían las lámparas preparadas, y las prudentes entran al banquete de bodas), y la de los talentos (el hombre que entrega cierta suma de dinero a cada uno de sus tres trabajadores, se marcha y vuelve al cabo de mucho tiempo para ajustar cuentas, y al que no había hecho producir su dinero ordenó que lo echasen fuera, a las tinieblas).

En este momento podemos detenernos en una cuestión marginal, pero muy interesante: Jesús está hablando a sus contemporáneos, a sus amigos; si ellos no iban a ser testigos de su venida, ¿qué sentido tenía avisarles de que debían estar alerta?

A Mateo sólo le quedaba rematar la cuestión del fin del mundo para responder a la última pregunta de los discípulos, y la expresó en forma de un juicio definitivo. Para ello tuvo que olvidarse nuevamente de Marcos y los Dichos, que no decían nada al respecto, y buscar en su material propio. Antes de las parábolas había escrito: También vosotros estad preparados, porque en el momento que no

penséis, vendrá el Hijo del hombre. Saltó sobre las tres parábolas y comenzó: Cuando el Hijo del hombre venga en su gloria… El juicio se realiza de forma universal, juzgando a los humanos exclusivamente por el hecho de haber cumplido, o no, las obras de misericordia (dar de comer al hambriento y de beber al sediento, acoger al forastero, vestir al desnudo y visitar al enfermo y al preso). Pero no cayó en la cuenta de que ya había escrito que el Hijo del hombre vendría inmediatamente después de la gran tribulación de Jerusalén con sus ángeles tocando las trompetas y reuniendo a los escogidos desde los cuatro vientos. Pero aquella venida no era la del juicio, al menos Mateo no lo dice. ¿Se trataba entonces de dos venidas diferentes de Jesús tras su muerte?

¿Quedarían satisfechos los discípulos con aquella respuesta a sus preguntas? Los textos nada dicen al respecto. Lo más probable, si queremos que todo este discurso tenga sentido, es que se trate de una ficción encontrada por Marcos, probablemente ya escrita, basada en un apocalipsis judío que él se encargó de "cristianizar". Se tiene constancia de la existencia de esos apocalipsis, así que cabe esta posibilidad. Desde luego, la escena es absurda, porque cuando Jesús acaba, lo único que saben los discí-

pulos, y nosotros, es que el Maestro no sabe nada acerca de cuándo será ni la caída de Jerusalén ni de su venida ni del fin del mundo.

13. PASIÓN, MUERTE y RESURRECCIÓN (Cap 26, 27 y 28)

En este último bloque narrativo, Mateo toma casi íntegramente lo escrito por Marcos e introduce una escena por su cuenta, la muerte de Judas, intercalada entre el momento en que Jesús es simplemente trasladado a casa de Pilato y la escena que luego se desarrolla ante él.

Marcos comenzaba su relato de la Pasión así: *Faltaban dos días para la Pascua* y *los Ázimos. Los sumos sacerdotes y los escribas andaban buscando cómo podrían apoderarse de él con engaño y darle muerte.*

Parecía que los padecimientos de Jesús procederían de sus enemigos religiosos. Mateo quiso dar a entender que, aquí también, Jesús llevó la iniciativa, que era dueño de su destino. Y lo escribió de esta forma: *Jesús dijo a sus discípulos: Sabéis que dentro de dos días es la Pascua, y el Hijo del hombre va a ser entregado para ser crucificado.*

Cuando Jesús fue arrestado en Getsemaní, Marcos contaba que uno de los discípulos sacó una espada y le

cortó la oreja al siervo del Sumo Sacerdote. Jesús no reparaba en ello y se dirigía a los que le prendían: *Como contra un salteador habéis salido a prenderme con espada* y *palos*... *etcétera.*

Mateo reparó en que allí faltaba algo: Jesús, el Mesías doliente y pacífico, no podía consentir la violencia. Así que añadió estas palabras: *Vuelve tu espada a su sitio, porque todos los que empuñan la espada, a espada perecerán...* Pero se le olvidó arreglar el asunto de la oreja del criado, cosa que también había hecho Marcos. Juan, el autor del cuarto evangelio, cayó en el mismo error. Sólo Lucas se dio cuenta de que las cosas no podían quedar así y contó que Jesús, tocándole la oreja, lo curó.

Cuando Jesús comparece ante Pilato, en el momento en que pregunta a las turbas si quiere que les suelte a Jesús o a Barrabás, y antes de que contesten, Mateo interrumpe el relato y escribe algo que no estaba en Marcos: *Mientras él estaba sentado en el tribunal, le mandó a decir su mujer: No te metas con este justo, porque hoy he sufrido mucho en sueños por su causa.* Y seguía contando que los sacerdotes persuadían a la gente para que pidiesen la libertad de Barrabás. La escena parece una secuencia cinematográfica: Pilato pregunta al pueblo, la gente duda y los sa-

cerdotes tratan de persuadirla; mientras sucede esto, entra el recadero de su mujer con el aviso; Pilato vuelve a hacer la pregunta y las turbas, ya convencidas, piden que suelte a Barrabás.

¿Por qué introdujo Mateo la escena de la esposa de Pilato? Probablemente quería resaltar el hecho de que las autoridades romanas no deseaban la muerte de Jesús, querida sólo por los judíos. Efectivamente: el procurador insiste en que no ve razón alguna para ajusticiar a Jesús, y en vista de que no logra convencerles, *tomó agua y se lavó las manos* diciendo: *Inocente soy de la muerte de este justo.* Se trata de otro añadido de Mateo.

Coronado de espinas y siendo el hazmerreír de los soldados, Jesús cargó con su cruz y caminó hasta el Gólgota (Simón de Cirene le ayuda), donde es crucificado y ultrajado por los que pasaban por allí. Por fin muere diciendo la misma frase de dolor que transmitía Marcos: *¡Dios mío, Dios mío,¿por qué me has abandonado?*

Sigamos con la muerte y resurrección.

Marcos	Mateo
Muerte de Jesús	Muerte de Jesús
Las mujeres en el Calvario	Las mujeres en el Calvario
Sepultura	Sepultura

……………………….	Soldados custodian el sepulcro,
El sepulcro vacío	El sepulcro vacío
Aparición a María Magdale-na	A M. Magdalena y otra María
………………………..	Soborno de los soldados
Aparición a dos discípulos de camino	…………………………….
Aparición a los once **en Jerusalén**	Aparición a los once **en Galilea**

Cuando muere Jesús, donde Marcos se limitaba a decir que el velo del Santuario se rasgó en dos de arriba a abajo, Mateo, insatisfecho porque la muerte de su héroe no tuviese otras consecuencias, añadió que *tembló la tierra y las rocas se rajaron, se abrieron los sepulcros y muchos cuerpos de santos difuntos resucitaron.* Así quedaba mucho mejor. Pero se dio cuenta de que podía resultar mucho más dramático y anticipó algo que debía ocurrir tres días más tarde: *Y saliendo de los sepulcros, después de la resurrección de él, entraron en la ciudad santa y se aparecieron a muchos.* Pero se le escapó un detalle: ¿dónde estuvieron los resucitados desde el viernes hasta el domingo?

Todo esto lo sacó Mateo de su material propio, que al no estar a disposición de los otros evangelistas, no aparece en ninguno de ellos.

Escribió también, por su cuenta, que los sumos sacerdotes y fariseos fueron a Pilato a pedirle que pusiese una guardia para vigilar el sepulcro, por si los discípulos robaban el cadáver y luego proclamaban que había resucitado. Daba Mateo por supuesto que las autoridades religiosas hebreas habían oído hablar de la futura resurrección de Jesús, pero tal cosa no está nada clara en los evangelios. Después de las apariciones a las santas mujeres contó, también por su cuenta, que los soldados, tras la resurrección, fueron a contar a los sacerdotes lo que había ocurrido. Lo que viene a continuación es un verdadero disparate: los: sacerdotes sobornaron a los soldados para que dijesen que los discípulos habían venido de noche y robado el cadáver. ¿Quién puede reaccionar de ese modo para intentar ocultar un milagro de tal categoría? O bien, ¿es posible sobornar a quienes han sido testigos de un hecho tan extraordinario? Y, por otra parte, ¿no hubiesen sido castigados por dejar que se llevasen el cuerpo, estando ellos como estaban encargados de que tal cosa no sucediese?

Hay también una falta de concordancia con Marcos en algunos detalles respecto a las apariciones, pero no nos extrañemos, ya que los otros evangelistas tampoco se ponen de acuerdo en esta escena. Mateo hizo lo que pudo.

Observemos, finalmente, que Mateo se mostró al cabo más congruente que Marcos. Éste contaba que las mujeres vieron a un ángel en el sepulcro vacío, el cual les dijo que Jesús iría a Galilea para reunirse con los discípulos. Más adelante, sin embargo, Jesús se aparecía a los once "estando a la mesa". No dice que fueron a Galilea, y tal como está escrito, parece evidente que se encontraban en Jerusalén. Mateo subsanó el error de Marcos contando que los once marcharon a Galilea, donde vieron al resucitado. De esta forma, para Mateo, la actividad de Jesús terminaba donde mismo había comenzado.

Marcos, a continuación, decía que Jesús "fue elevado al cielo", pero Mateo ignoró tan importante detalle, no sabemos por qué. Es curioso que Lucas también cuente la Ascensión, pero Juan, como Mateo, no.

Mateo terminó su evangelio con unas palabras de Jesús a sus discípulos, cuando se les apareció en Galilea: *Me ha sido dado todo poder en el cielo y en la tierra. Id, pues, y haced discípulos a todas las gentes bautizándolas en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, y enseñándoles a guardar todo lo que os he mandado.*

La misión de los apóstoles ya no está restringida a las ovejas perdidas de Israel, como les dijera Jesús en el dis-

curso a los misioneros. ¿Por qué este cambio en el Maestro? Es muy posible que Jesús no hubiese cambiado de forma de pensar, sino que, ante el rechazo de los judíos, los primeros seguidores se vieran forzados a volverse a los paganos, y que Mateo quisiera justificarlo con palabras atribuidas a Jesús. Esta frase final no estaba en Marcos, ni en los Dichos, ni la tiene Lucas. Juan dice algo parecido, pero la fórmula trinitaria no aparece tampoco.

Mateo había comenzado su evangelio (tras la genealogía) llamando a Jesús Emmanuel, que significa, decía, "Dios con nosotros". Ahora había que redondear la obra terminada con una frase parecida. y acabó con estas palabras: *Y sabed que yo estaré con vosotros todos los días hasta el fin del mundo.*

Fue un trabajo agotador, pero cuando Mateo releyó todo lo escrito, se dio cuenta de que había valido la pena. Sus errores y contradicciones le pasaron inadvertidas. O no les dio importancia. De todas formas se había ocupado en mejorar a Marcos, el evangelista que había escrito unos veinte años antes que él.

NOTA.-Lucas hizo algo parecido con su evangelio, pero fue más fiel a sus fuentes (Marcos y la Colección de Dichos), permitiéndose menos libertades que Mateo. No se excedió en las citas de las escrituras hebreas y usó menos el libro de Marcos, ignorando parte del capítulo seis, el siete completo y buena parte del ocho. Como Mateo, tuvo su propio material, tan extenso como el de aquel y, por supuesto, distinto.

_________________________FIN_____________________________